

LUIS BERISSO

EL PENSAMIENTO
DE AMÉRICA

PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO

POR

VÍCTOR PÉREZ PETIT

Y DE UNA NOTICIA BIOGRÁFICA

POR

PAUL GROUSSAC



BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

1898



IMP. JORGE A. KERN, SANTA FÉ 2292

BUENOS AIRES

.

••

Á LA MEMORIA DE MI PADRE.

•

EL AUTOR.

PROLOGO

••

DESDE que Guyau en Francia y Leopoldo Alas en España hicieron la cita de unas palabras de Flaubert dirigidas á Jorge Sand, nadie quiso hallarse en el caso de ignorarlas, y, por el contrario, todos, á tajo y destajo, las emplearon en sus elucubraciones, artículos y bocetos. Casi, y sin casi, me da rubor ahora emplearla á mi vez al empezar á zurcir estas cuartillas; pero vienen esas palabras del maestro tan á pelo con lo que voy á decir, que la oportunidad disculpa la poca novedad de la cita.

Decía el cincelador admirable de *Salammbó* en una de sus cartas á la mujer romántica: « Me habláis de la crítica en vuestra última carta, diciéndome que desaparecerá antes de poco. Yo creo, por el contrario, que, á todo lo más, ahora empieza su aurora. No se ha hecho más que tomar á contrapelo la crítica precedente. En tiempo de La-Harpe se era gramático; en tiempo de Sainte-Beuve y de Taine se es historiador. ¿ Cuándo se será artista, nada más que artista, pero bien artista? ».

Con pocos años más que hubiera vivido el insigne escritor habría alcanzado á ver la plena realización de su deseo. La crítica científica, propiamente dicha, así como la cultivaba Taine, iba á ser la que engendraría

la evolución. Y en efecto; apenas la simpática figura de Hennequin se destacó en relieve sobre el marco de los escritores que sepultaron los restos del gran Flaubert, la crítica científica, bajo sus dedos aristocráticos de Barnum inspirado, empezó á señalar los rumbos que llevan al Parnaso. Desde entonces no hubo lucha; la crítica verdaderamente artística se impuso, y sus diversas modalidades adquirieron formas elegantes y sutiles. La obra de arte fué estudiada en sí, como obra de arte y nada más. El estilo tomó *sentido estético* al cabo; la idea de la obra fué tenida en cuenta; y el autor sólo considerado como un mago. Poco después nació la crítica impresionista.

Digase lo que se quiera, son páginas sugestivas y hermosas los bocetos al pastel de Verlaine sobre «los poetas malditos»; son exposiciones simpáticas y valientes los rasgos ligeros de Maurras; hay ciencia y hay arte en el maestro Remy de Gourmont; son unos encantadores Wyzewa, Roujon, Marcel Proust y Lucien Muhlfeld, y tienen donaire y esprit Anatole France y Jules Lemaitre. Ya se ve que no hablo de René Ghil por no asustar á los ultra-timoratos.

Es en vano que el sabio Brunetière se encrespe contra toda esta falange de jóvenes rapsodas; y es pueril, igualmente, que Morice califique de *boutades* ciertas páginas del autor de *Les Contemporains*. Yo examino friamente los trabajos de estos escritores delicados, algunos de ellos refinados y los más exquisitos, y me vuelvo á la vida con las pupilas cuajadas de visiones y el pecho rebosante de frescuras primaverales. Yo adivino detrás de cada uno de esos párrafos, tejidos primorosamente como tapices árabes, un artista de raza, un sensorio fino y vibrante, un alma delicada y hermosa. Con Verlaine me he embriagado fumando el opio mágico, engendrador de ensueños, de

ese Rimbaud extravagante; con De Gourmont he aprendido cosas graves y cosas monitisimas que tienen, á la par, todas las elegancias y todos los refinamientos del arte supremo; con Muhlfeld he llegado á descifrar ciertos geroglíficos misteriosos de la Babilonia moderna; con Anatole France he sometido mis nervios á las más raras y vibrantes sensaciones. ¡Oh, jóvenes dioses! Yo os amo y os admiro!

Pero esta vida febril mata el cuerpo y deja exhausto el cerebro. Somos, nosotros, de una pasta demasiado miserable, y apenas hemos abusado un poco de los placeres, sentimos la imperiosa necesidad de volver á los prados sanos y floridos de Fray Luis y Garcilaso. Es menester el reposo á nuestros miembros languidecidos por el amor refinado del arte sublime; y entonces nos entran pujos de inocencia, verdaderos antojos de calma, toda una borrachera de luz y aire libre. Y no queremos ya esas agudisimas vibraciones que penetran las células del cerebro como cabellos de vidrio, sino las claras linfas sonoras y los perfumes suaves de la violeta.

Por eso he sostenido en otro trabajo sobre «la crítica» (más detenido, por supuesto, que el presente), la necesidad de que ella subsista en sus varias formas. Todo exclusivismo me es antipático; el sincronismo dilata los límites del alma y del entendimiento. Y entiendo que es un absurdo, además de una ineptia, negar, por razón del progreso, la utilidad de las varias modalidades que ha revestido la crítica en su lenta evolución. Si al presente «no nos hacen felices» Horacio y Boileau, Quintiliano y Johnson, fuerza es reconocer que su obra es grande y digna de todo respeto; y que á tener en cuenta muchas de sus lecciones no se publicarían tantos adefesios como los que embadurnan las paredes exteriores del templo del arte.

Digo y afirmo que, dando preferencia, como se la doy, á la crítica verdaderamente artística, no se puede menos de reconocer la legitimidad, y hasta utilidad, de los otros géneros de crítica. Todo estriba en cómo se la ejerza. . . . Yo admiro á Horacio y no á Aristóteles; yo admiro á La-Harpe y no á Hermosilla. Comprendo y concibo la crítica histórica de Sainte-Beuve, la erudita de Villemain, la fisiológica de Taine, la psicológica de Bourget, la sociológica de Posnet, la subjetiva de Lemaitre, la impresionista de France, la política de Brandes, la militante de Zola y en otro sentido de *Clarín*, la expositiva de Filon, Pellisier y Montégut, la teratológica de Max Nordau, etc., etc. Pero desprecio al crítico sin talento.

En este libro de Luis Berisso encontraréis un epígrafe que yo tenía anotado en mis cuadernos de apuntes hace bastante tiempo. Es de Lorenzo Stecchetti y dice así: «En arte caben todas las escuelas y todas las tendencias. No hay ni *veristas* ni *idealistas*. Hay autores que escriben bien y otros que escriben mal.» Lo mismo cabe decirse de la crítica y de los que la ejercen.

Con todo lo que dicho queda, ¿habrá quien se llame á engaño si les digo que *El Pensamiento de América* es un libro bueno? Yo no quiero hacer tan poco favor al lector de este libro, ni de tal laya se los deseo á Berisso.

Pero, justificado así el libro, en cuanto obra de crítica, queda por averiguar los puntos que calza su autor. Decía más arriba que todos los géneros de crítica son útiles y necesarios; que sólo debíamos preocuparnos del modo como ella es ejercida y por quién. Este *quién* es el que estoy obligado á presentar á los lectores.



Dos ó tres muchachos, aún sin bozo, fundaron un

diario en Buenos-Aires, allá por al año 1883. Se llamaba *Las Novedades* y tenía por director á Matías Behety. Pero dejaré la palabra á David Peña, el fundador del periódico, que nos cuenta la historia de un modo encantador.

«Un día entra á la redacción un joven sin barba, de más cuerpo que malicia, tipo así á alguno de los últimos Bonaparte, — Luciano, Jerónimo, cualquiera de ellos. De todos modos, era lo mismo. Tomó asiento, después un diario, habló poco. Miraba con inconsciente estupefacción al grupo de la casa. Aquella faena del regente con blusa, del noticiero, del corrector; aquel entrar y salir de petardistas — un suélto, un bombo, un avisito, una recomendación; — el cartero que llega, el canje que se revisa, el libro que se juzga por las tapas; un empresario alocado que nos habla de unos loros que ahora llaman *sabios*; un crítico teatral que se ha metido á comedido por solo sacarnos las entradas, y á quien tratamos con respeto; una rectificación, un anónimo, un mensaje, una cuenta, un telegrama; todo esto dentro de mucho humo y ruido y generosa vida que se va en chistes y labor ímproba y no sentida; con Diego Fernández Espiro á un lado, que á la hora de tener la pluma sobre la carilla no había escrito más que el título, aunque él aseguraba estar el artículo pendiente de los puntos de la misma; con Mariano Orzábal, que traía la primera conferencia de Juan Carlos Gómez, sorprendida al vuelo con su lápiz de taquígrafo; con Leopoldo Díaz, que andaba á la pesca de una artista ó de una estrofa; con Juan Balestra, cargado de ideas, iniciador de disputas sobre Mitre y Alberdi; con Eduardo Bidau, que so pretexto de corregir las pruebas de no sé qué libro ó folleto, lo incitaba á Balestra á la pelea; con José Gil, no tan taciturno como ahora, que hace de *solissitor*; con Anto-

nino Lamberti, ya con canas, ave nocturna, simpática figura de poeta, que el tiempo ha convertido después en inventor de específicos para la calvicie..... (textual). ¡Oh tiempos!

« Y Luis Berisso, sentado, con el diario en la mano.

« Cuando todos se fueron á almorzar, sacó unas carrillas muy dobladitas, con letrita fina y me las alcanzó con verdadera timidez..... Con toda el alma atendí la solicitud de Luis Berisso, tan modesto, tan ingenuo, tan simpático. Le aseguré que su producción saldría en el periódico; y salió. Aquello debió ser su primer trabajo de aliento ».

¿Cuántos años han transcurrido desde aquel á que se refiere David Peña? No me importa sacar la cuenta; sólo me ocurre pensar que muchos de los que menciona el escritor argentino han abandonado la carrera de las letras, — que algunos han muerto.... Sólo Luis Berisso continúa firme en la brecha, sin desalentarse, convencido del triunfo, con un amor y un desinterés que extrañan á estos literatos modernos, mitad alegría mitad *poseurs*. Con razón, pues, ha dicho de él Paul Groussac: « acaso sea el único argentino que, después de los treinta años, cifre en las puras letras su mayor delicia y única ambición ».

Yo siento algo así como respeto por estos luchadores incansables, que no desmayan ante los gritos y catapultas del odio y de la envidia, que marchan hacia la luz de su ideal con una rigidez de sonámbulos. Y Luis Berisso es de esos convencidos, de esos leales amadores del arte, de esos caballeros medioevales, esclavos de su lema, completamente extranjeros en nuestras civilizaciones modernas. Yo le veo, en todos sus trabajos, obedecer á la más legítima y sana emulación; pero jamás á la envidia. Yo le veo debatirse consigo mismo, luchar con una frase que no brota feliz, tra

bajar una idea con porfiado empeño, pero sin dobleces, sin deslealtades, sin sombras en la frente ni miedo en el corazón. Es un sincero.

Su vida, sus lecturas, sus amistades y sus viajes acaso nos den la clave de este modo de ser. Trabajador incansable y fecundísimo, empezó escribiendo artículos en el *Sud-América*, *La Prensa* y *La Libertad*. De éstos merecen citarse dos: un estudio sobre Benito Pérez Galdós y otro sobre Jules Claretie. Siguió escribiendo luego en *El Nacional* y en *La Nación*, y muchos de los capítulos del presente volumen vieron por primera vez la luz pública en esas hojas importantes del periodismo bonaerense. A partir de esta fecha, su producción se acrece; y entonces, las semblanzas y bocetos, polémicas y artículos, crónicas teatrales y ensayos críticos se aprietan y bullen y ruedan de su pluma en un oleaje avasallador. Hoy es la crítica de un cuadro, mañana un estudio sobre el *Hamlet* de Novelli, otro día el boceto de un escritor renombrado, otro la presentación de Rubén Darío recién llegado al Plata, más tarde el examen de Arturo Berutti como compositor, ¡qué sé yo! Su pluma no está quieta jamás, y, como esgrimida por una mano de hierro, colabora sin sombra de fatiga en *La Perseveranza* de Milán — que le traduce su trabajo sobre el doctor Magnasco y la nueva ciencia antropológica, el cual le vale una carta de Lombroso, — en *La Biblioteca* de Groussac, en la *Revista Nacional* de Montevideo, en *La Quincena*, en *Atlántida*, en *América*, en *La Ilustración Sud-Americana*, en *La Revista Argentina* de David Peña, en *La Revista Nacional* de Buenos Aires, en *La Revista Literaria* de Ugarte, — y todavía en *La Neblina* y *La Gran Revista* del Perú, en *El Cojo Ilustrado* de Caracas, en *El Correo de París* y en *Lettere e Arti* de Bologna, que dirige Enrique Panzacchi.

Luego, ha viajado. Ha viajado por Italia, por Suiza, por España. Ha abierto su espíritu á todas las luces, á todas las armonías, á todos los perfumes; ha cruzado distintos horizontes para sorprender los secretos del paisaje, los colores del cielo, las lejanías de los mares; ha inundado sus pupilas con el resplandor helado de las cumbres helvéticas, con el azul purísimo del cielo de Italia, con las filigranas y manchas gitanescas de las ciudades españolas.... Todo esto ensancha los horizontes del entendimiento, educa el sensorio y robustece el corazón. Los verdaderos artistas debieran viajar siempre: así pulsarian mejor la lira de su propia alma; así sabríamos mejor nosotros la historia de muchos espíritus modernos. Taine viajó por Italia, Inglaterra, los Países-Bajos y los Pirineos: su teoría sobre la influencia del medio fulguró como un Sol de verdad. Castelar visitó la Alhambra, visitó Italia, y acaso sus mejores piezas oratorias sean debidas á estos dos viajes. Pierre Loti es artista tan sólo por el *exotismo*. Edmundo de Amicis se hizo conocer por la historia de sus viajes. Y aún podríamos citar á muchos modernos, á algunos refinados..... Paul Bourget, — Maurice Barrès....

Las amistades no entrarían por poco en la constitución del temperamento artístico de Luis Berisso. Ya sé que no es nueva la idea, pero no importa. Aplico el principio spenceriano, tal como lo hizo el autor de la *Historia de la literatura inglesa*. Berisso conoció á Boito, el autor del *Mefistófeles*, á Puccini el creador de *Manon Lescaut* y á Scontrino del *Gringoire*; tuvo la amistad de Antón Giulio Barrili, de Enrique Panzacchi, de J. B. Nappi, de Edmundo de Amicis, literatos y novelistas italianos; intimó con artistas de valer como Tamagno y Novelli, Masini y Gayarre, Káschmam y Navarrini, y vive actualmente en medio

de los espíritus más delicados y finos de la literatura argentina.

Todas estas causas — que así las llamamos á riesgo de que se nos tilde de pedantes — han contribuido á crear la fe que Berisso tiene en el arte; y al par han despertado en su alma las flores de la sinceridad y del eclecticismo. Leed todas las páginas de este libro y veréis si me engaño. El autor de ellas, aún en sus errores, es sincero. Libre de amistades y de círculos, dice con entera franqueza lo que piensa. Censura, por ejemplo, á Chocano, como poeta erótico; pero su censura, por lo leal y desapasionada, no puede ofender al autor de *El Sermón de la Montaña*.

Acaso extrañará el que alabemos tanto la sinceridad de este autor; más á los que tal extrañeza sientan, les recordaremos aquella hermosa verdad que Zola, en momentos de lucha, lanzó al rostro de sus hipócritas detractores: «decir siempre lo que se piensa es una cualidad muy rara». Y yo, que también tengo el culto de la sinceridad — acaso con exageración, así como la entendía Carlyle, — aplaudo de todas veras al escritor argentino.

Ya sé que muchos de los poetas y prosistas que van en este libro no son tan grandes ni tan admirables como él nos lo da á entender; ya sé que algunos de estos estudios son ingenuos, otros no muy bien pulidos; — el mismo Berisso, por otra parte, así también lo reconoce ahora. Pero tal cual los concibió, así los publica; tal cual los publicó, así los conserva. Habló con fe y no siente remordimiento. Las fechas puestas al pié de los estudios escusan muchos errores.

Respecto á su eclecticismo, él está bien de relieve en este libro para que yo me detenga mucho tiempo en hacerle notar. Sus aplausos van por igual al retórico Baralt como al incorrectísimo Abigail Lozano, lo mis-

mo al *clásico* Magnasco que al modernísimo Darío. No asiste á escuela determinada, ni comulga en un solo evangelio. Sabe contemplar con igual admiración los claros mármoles latinos como las paletas cribadas de colores de los artistas decadentes. Clásicos, naturalistas, románticos, simbolistas ó wagnerianos, son todos para él excelentes con tal que sean artistas. Busca lo bello, en una palabra, y allí donde lo encuentra allí lo admira — ya sea en la rústica choza del naturalismo, ya en la tienda de orfebres de los parnasianos. Sólo merecen su desprecio los envidiosos, los impotentes y los ignorantes: el mundo del arte, para él es de los fuertes, de los que dan muestras de vitalidad, de los que llevan una idea en el cerebro, de los que encuentran una frase artística para expresar un estado de alma. Y, por consiguiente, toda iniciativa viril, cualquier manifestación de fuerza, una simple tentativa seria, aun que fracase, le merece respeto y sabe tratarla con altura y nobleza. Y en medio de la gigantesca vorágine que arrastra las letras contemporáneas, su espíritu sutil no pierde de vista el Ideal y marcha hacia él confiado, decidido, altivo por su camino de Damasco.

¿Alcanzará la meta apetecida y tantas veces soñada en esas horas de fiebre y de trabajo? Yo no sé; pero observo sus pasos, le veo escoger el admirable poema *Belkiss* y traducirlo tan hermosa y honradamente que el mismo Eugenio de Castro «no lo hubiera escrito mejor si lo hubiera concebido en español», — como dijo *Almafuerte*. — Le veo aplaudido por literatos de la talla de Carlos Guido Spano, Eduardo de la Barra, Pedro B. Palacios, Vicente Fidel López, Luis G. Urbina, José Juan Tablada, Nicanor Bolet Perazza, Roque Saenz Peña, Enrique Gómez Carrillo y Leopoldo Lugones. — Le veo avanzar siempre á pesar de los obstáculos del camino, y escucho sus palabras que re-

velan todo un carácter: « A medida que voy nutriendo mi espíritu, la cumbre que creía al alcance de la mano, se aleja más y más de mis ojos y la veo como en una lejanía crepuscular... Sin embargo, no desfallezco ni me desaliento. He nacido con una inclinación invencible y me moriré con ella, condenado quizá, por desgracia mía, á no poder traducir jamás, en formas duraderas y radiantes, la vieja romanza que canta en mi cerebro».

Leed entretanto este libro. Él es sencillo, él es sincero, él es desapasionado, él os ilustrará. ¿Qué más se puede pedir á un libro de estos tiempos de mentira y vaciedad? *El Pensamiento de América*, prescindiendo de escuelas, tendencias y círculos, nos dice la vida intelectual de la mayoría de los hombres de letras que vivieron en este continente desde la independencia hasta nuestros días, — escogiendo preferentemente aquellas personalidades que, además de sus propios méritos, lograron ser, en determinadas circunstancias, los directores de la opinión nacional, los verdaderos centros de la intelectualidad americana.

Se objetará, quizás, que el escritor ha olvidado colocar en su galería los retratos de personalidades ilustres como Bartolomé Mitre, Juan Montalvo, Diego Barros Arana, Andrés Bello, Rufino J. Cuervo, Clemente Zenea, José Martí, Juan Carlos Gómez, Eduardo de la Barra, José Eusebio Caro, Altamirano, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Justo Sierra, Rafael Pombo, Francisco Gavidia, Asunción Silva, Julián del Casal, y algunos otros aún. Pero, ¡Dios mío! ¿no sería necesario un nuevo volumen para incluir todos estos nombres?

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

Montevideo, Julio de 1898.

NOTICIA BIOGRAFICA

LUIS Berisso nació en Buenos Aires el 8 de Mayo de 1866, y se educó en el colegio del Salvador. En 1884, publicó en el diario *Sud-América* su primer artículo que decidió de su vocación literaria y artística. Luis Berisso no ha estudiado derecho ni medicina, no ha sido empleado ni perteneció jamás á otra corporación que el *Ateneo*; ha sido, es y será colaborador literario de diarios y revistas: es su característica. En 1888, recorrió parte de Europa, estuvo en contacto con los hombres y las cosas del arte; desarrolló sus conocimientos literarios, cultivó su gusto — y siguió escribiendo correspondencias como antes artículos. Acaso sea el único argentino que, después de los treinta años, cifre en las puras letras su mayor delicia y única ambición. Culto tan noble merecía y ha recibido su recompensa: Berisso es hoy uno de nuestros buenos *ensayistas*. Tiene en prensa un volúmen titulado: *El Pensamiento de América*, y ha terminado la traducción de *Belkiss*, de Castro — una de esas imitaciones de Flaubert, que se parecen á la *Tentation*, como la luna se parece al sol.

PAUL GROUSSAC.

La Biblioteca. Año II. T. VIII. 1898.

PRELIMINAR

••

DE todas las virtudes, la que más estimo es la Sinceridad. Y este libro, con los errores que pueda tener, es la Sinceridad misma.

Cuando escribí la mayoría de los artículos, que unidos forman: *El Pensamiento de América*, dominaba todavía en mí, el entusiasmo sobre la reflexión. Estaba en la edad en que todo se vé bajo un prisma rosado y seductor. De ahí ciertos optimismos exagerados, sobre algunos poetas y prosistas, que con mi criterio de hoy, no hallo en verdad, ni tan admirables ni tan grandes.

Yo habría podido retocar esos juicios ó escribirlos de nuevo, pero hubieran perdido su sello primitivo y su frescura peculiar; más aún, habrían corrido el riesgo de no volver á aparecer. Por esto, he preferido dejar al pié la fecha en que vieron la luz.

Á los veinte años, no se piensa como á los treinta; y á los cuarenta, estoy persuadido que he de pensar distinto de hoy. Ahora noto claramente los defectos y los vacíos de mi producción anterior. No todos los que figuran en este libro son verdaderos literatos, y faltan algunos realmente notables; pero no haré nombres en ningún sentido, para no herir ni endiosar.

En Arte, soy ecléctico, y no creo en escuelas ni en maestros. El exclusivismo no tiene razón de ser. El

campo es vasto, y cada cual tiene derecho de elegir la senda que esté más en armonía con su idiosincrasia y con su temperamento. Pienso, con Stecchetti, que «hay escritores que escriben bien y otros que escriben mal.» Y nada más. Lo de clásicos, románticos, parnasianos, simbolistas, son simples definiciones que se resumen en esta síntesis: artistas!

Un crítico observa que, «sin cierta flexibilidad del gusto, no hay buen gusto y sin cierta amplitud tolerante del criterio, no hay crítica literaria.» Y tiene razón. El que está afiliado á una congregación ó secta, tendrá que ser fanático ó sectario, y por lo tanto parcial: fuera de su ambiente propio, hallará lo demás inferior, mediocre, malo.

De ahí que en mi obra, prescindiendo de simpatías y de círculos, abarque á los hombres de letras, desde la Independencia hasta nuestros días, sin hacer exclusión de tendencias, escuelas é ideales; tomando con preferencia las personalidades que, además de sus méritos propios, han logrado en determinadas circunstancias, ser conductores de mayores fuerzas representativas y centros de una mayor suma de intelectualidad.

Pero en Arte, como en todo, no obstante mi declarado eclecticismo, estoy con los que avanzan y no con los que permanecen estacionarios.

Siento la sana y legítima emulación, pero no conozco la envidia; y la mejor prueba de lo último, está en estas páginas.

Siempre que he notado una manifestación de talento en la prensa ó en el libro, en la escena ó en el cuadro, la he celebrado á mi manera, sin importárseme un bledo de lo que pudieran pensar otros; teniendo por norma inalterable, no escribir una sola palabra sobre lo que reputo en Arte, fundamentalmente malo.

Me he reído y me río de los impotentes y de los

imbéciles, que nada producen, y se ensañan en las elucubraciones ajenas, no hallando bueno sino su propia esterilidad.

Toda tentativa seria, en cualquier senda de la Ciencia y del Arte, aunque fracase, me merece respeto; me dá idea de arrojo, de vitalidad y de poder. Y el porvenir es de los fuertes y de los perseverantes.

À medida que voy nutriendo mi espíritu, la cumbre que creía al alcance de la mano, se aleja más y más de mis ojos y la veo como en una lejanía crepuscular. Sin embargo, no desfallezco ni me desaliento. He nacido con una inclinación invencible y me moriré con ella, condenado quizá, por desgracia mía, á no poder traducir jamás en formas duraderas y radiantes, la vieja romanza que canta en mi cerebro.

Pero, ya que Dios no me ciñó alas, ni dió vuelo á mi pensamiento para subir hasta la cumbre donde anidan las águilas, me dió suficiente luz para comprender que debemos ir en pos del Ideal; y en este sentido, todo el que intente elevarse con la pluma, el buril ó el pincel, por encima de la *bestia humana*, logra ya con ese solo hecho, una victoria sobre la turba.

En cuanto á mí, en lo que llevo de vida, no he hallado en el mundo nada mejor y más delicioso que el Arte. Cuando me abruman las penas, cuando me asedian las dudas, cuando me hiere el infortunio me refugio en él, — y soy feliz.

Apéname, sin embargo, no haber logrado ver hasta ahora de ese Arte, sino un débil perfil, tenuemente iluminado por un pálido rayo de luz. La suprema voluptuosidad del artista, sería poder contemplarlo de frente — en la gloria del sol!



MARIANO MORENO

MARIANO MORENO

Una llama produce apenas leve incisión en las tinieblas y una chispa incendia un volcán.

••

VICTOR HUGO.

LA popularidad transitoria y efimera surge de improviso en la superficie, brilla un día y luego se extingue cual estrella fugaz, para no avivarse ya. «La gloria real y duradera, consagrada por los siglos, ha sido comparada con el sol»; tiene luz propia y se consolida con el tiempo.

Es siempre una gran cabeza la que la irradia ó una gran cruzada la que la denota; algo, en fin, que, saliendo de la esfera de los hechos comunes y de la normalidad de las cosas previstas, repercute en todos los ámbitos del mundo.

En este sentido, Mariano Moreno es una de las puras y legítimas con que puede envanecerse la República.

Vino al mundo este escritor y revolucionario el 3 de Septiembre de 1779, en la ciudad de Buenos Aires, en la que cursó humanidades, historia, filosofía y demás materias que, cual cadenas, se ligan á la jurisprudencia, —horizonte en que iba á encaminarse para su definitiva carrera, concentrándole la actividad de su espíritu y la intensidad de

su fuerza,—recibiendo las borlas de doctor en leyes en la entonces renombrada y hoy histórica Universidad de Chuquisaca.



El siglo pasado agonizaba. . . El joven imberbe iba convirtiéndose en hombre, crecía en años é ilustración, empapábase en las ciencias jurídicas y no perdía ninguna reforma que se implantase en los códigos de la vieja Europa, ni pasaba inadvertida para él ninguna obra importante de los jurisconsultos contemporáneos.

Inquiría, estudiaba, consultaba, penetrábase de todo lo referente á la ciencia que había abrazado con ardor.

Los clásicos antiguos le eran familiares; y extraía de allí los pensamientos, máximas, y sentencias de los filósofos, los historiadores y los poetas.

Platón, Sócrates, Homero,—esos tres genios destinados á vivir más que el mundo,—estaban siempre abiertos en su bufete de estudio, eran sus amigos inseparables, sobre todo Platón, al que comprendió como pocos y por quien su admiración no tenía paralelo.

Con una preparación tan madura como amplia, con una táctica innata para pulsar una situación, con un talento natural espontáneo, Moreno estaba destinado á figurar en las conmociones y choques de una república naciente y á iluminar con vividos destellos los altares de su patria.

¡ Pasa varios lustros en el retiro y el olvido, hasta que llega el año de 1810; y el hombre

de temple y de preparación intelectual, «avezado á las luchas de la lógica» (*) va á poner á prueba sus aptitudes en uno de los acontecimientos culminantes de nuestra historia.



Le nombran secretario de la primera junta de patricios; y desde ese momento aparece el gladiador'én su medio, surge el revolucionario en su espléndida aureola, rodeado de la falange de valientes que dan lustre á las jornadas fatigosas del año memorable. Sus deliberaciones pesan en las asambleas, sus consejos se atienden, su plan se acepta; pero, se necesita un alma acerada que lo inocule en la homogeneidad de las masas, y él mismo arroja sobre si esa tarea, la toma á su cargo y asocia su nombre al de la libertad de esta República, obra de los pueblos é inspiración suya.

Prepara el terreno, desarrollando prodigiosamente sus facultades á medida que avanza, para que actúen otros en escenarios más dilatados; siembra la semilla que, regada por manos hábiles, no tarda en fructificar; ilustra á las multitudes, guíalas cautelosamente con la antorcha del derecho, al través de la lóbrega noche de nuestras turbulencias, y les señala la ruta por la que se va á la democracia y á la libertad.

Moreno razona con la lógica consistente de

(*) Juan María Gutiérrez. *Estudios Históricos: Mariano Moreno.*

las leyes, y se apoya en sus fundamentos; estudia, perora, escribe, medita maduramente antes de obrar, y, como posee intuición, presiente los efectos antes que estallen; así es que con tino, con perspicacia, con cautela ve formarse el movimiento revolucionario más grandioso que registran los fastos políticos de América.

Los imponentes alzamientos de opinión, los desbordes frenéticos y entusiastas que fanatizan á las agrupaciones electrizándolas, se deben en los antiguos á Licurgo, á Demóstenes, á Cicerón, y alejándonos de las épocas remotas, se deben en Italia á Mazzini, en Francia á Gambetta, en España á Castelar, en Inglaterra á Glasdstone; y sin esos caracteres serenos y enérgicos, que no se amedrentan ante la avalancha desprendida de las montañas, no se hubieran implantado los principios liberales, que son el génesis de todos los progresos y la indestructible base de todas las conquistas.



Dos sendas bien definidas, categóricas y netas se abrían para el futuro: por la una se iba á la libertad, por la otra á la tiranía. El problema era tangible: había que optar ineludiblemente por una de dos: figurar en el catálogo de las naciones libres de la tierra, ó decidirse á vivir bajo la tutela y presión de la corona de España, como vasallos de un rey absoluto.

Moreno, compulsando la gravedad de ese estado, no cesa en su tarea que demanda

toda la actividad de su espíritu fecundo; infiltra esa verdad amarga en el pueblo, le hace comprender su situación precaria, traza el dogma sacrosanto de la cruzada redentora, y, momentos después ese mismo pueblo, empapado en la sabia doctrina del patriota, hervía en entusiasmo, reuniase en *meetings*, se convocaba en asambleas, preludio del sacudimiento, que debía tronchar los hilos de acero con que lo tenían aferrado y hacer tambalear el trono de los reyes.

La atmósfera se hacía por momentos pesada, negras nubes cruzaban el éter, — «la tormenta no se había declarado aún, pero rodaba en el espacio»;— los ánimos candentes, agitados por la prédica fogosa de ese nuevo Berryer que desde la *Gaceta* encendía la tea revolucionaria, incitando á la lid como un cruzado, tenía que estallar, como estalló, arrasando los últimos baluartes de los conquistadores iberos, quedando esa fecha esculpida en caracteres de fuego, en las tablas gloriosas del Nuevo Mundo, como vivificante ejemplo de lo que puede el batallador y el filósofo, secundado [por los guerreros y los pueblos.



Los derechos inalienables individuales y colectivos, desconocidos hasta entonces, se abrieron paso é imperaron en toda la vasta extensión del territorio; las libertades comunales dejaron de ser una mera ficción; los partidos conciliados tornaron á su cauce primitivo; «la ciencia política se arraigó en la

sociedad» (*) que pudo gozar de los beneficios de la paz, y la prensa, esa palanca poderosa del siglo, plantó sus reales, haciendo entrada triunfal donde antes se guarecía el retroceso, sirviendo de guía é ilustración á las conciencias y á los hombres de buena voluntad.

Mariano Moreno en su rol de *secretario*, hizo más que los presidentes: fué el *alma* de la lucha titánica en que se jugaba el presente y el porvenir argentino, venció por las causas que dejó expuestas, y siempre en la senda, inquebrantable en la brecha, llegó á la realización de su *ideal*: ver á la República regida por la forma de gobierno democrático.

Esa fué la *obra* de Moreno, incuestionablemente de mayor alcance que la del jurisconsulto; obra del batallador tenaz y del atleta infatigable del principio humano, que persiguió con la fé de un convencido, con la rígida austeridad de un apóstol, hasta verlo implantado, transformando la sociabilidad argentina, del temperamento retrógrado y clerical inoculado por el coloniaje, en liberal-republicano, á cuyo impulso ascendemos, á pesar de los diques y trabas que le oponen los sectarios, y á despecho de los fanáticos, que impotentes para contrarrestar la marcha de la corriente que los arrastra, que no reconoce barreras y se expande por las arterias hasta sus últimos confines, tratan de presen-

(*) Juan Maria Gutiérrez. — *Estudios Históricos: Mariano Moreno.*

tarla como decrepita y corrompida á los ojos del mundo.

¡Insensatos! No ven ó no quieren ver que se quedan estacionarios; no ven que la Edad Media ha pasado y con ella sus adláteres; no ven que la civilización avanza, que los pueblos se ilustran, que las ideas se reforman, que todo tiende al perfeccionamiento y al progreso indefinido!



Tendría que hacer el estudio del magistrado y del jurisconsulto, fases no menos luminosas de su vida pública, pero renunció á la tarea, tratada con tanta preparación y competencia por Juan Maria Gutiérrez, Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López y José Manuel Estrada, en sus ensayos críticos: sólo diré que tiene páginas de filosofía del derecho, destinadas á perpetuarse.

Moreno, fundador y primer director de la Biblioteca Pública, dió método á las ramas de enseñanza y trazó un plan de educación popular, porque temía que el carácter belicoso de los argentinos los impulsase al barbarismo ó á la carrera de las armas. (*)

Academias de nota en el mundo científico le enviaron sus pergaminos, reconociéndolo como miembro; y cargos públicos delicados probaron la competencia del estadista y la heterogeneidad de sus talentos.

Su hermano D. Manuel, — otro servidor del

(*) Mitre — *Historia de Belgrano*, — Buenos Aires, Felix Lajoaune, 1887.

pais,—juntó sus arengas forenses, sus discursos, sus escritos y sus panfletos, y les dió publicidad en Londres, conjuntamente con las *Memorias*. (*)



El océano guarda sus restos. *Iba en desempeño de una misión que él mismo propuso, y el destino le arrebató la vida en la inmensidad del Atlántico, al amanecer del día 4 de Marzo de 1811, exclamando al morir: '¡Viva la Patria aunque yo perezca!'*

Saavedra, Presidente de la Junta de Gobierno, al tener noticia de su muerte, pronunció éstas palabras, que llegaron á ser históricas: — « *Se necesitaba tanta agua para apagar tanto fuego.* »

¡Quizá Dios le deparó esa tumba entre el rumor de las olas, el silbido de los vientos y el furor de los huracanes, para que descansara allá, en la profundidad de los mares, en aquel sarcófago inmenso, donde no irían á turbar su eterno sueño las pasiones humanas, el ruido de la lucha, ni los lamentos de la patria amada!

(1890).

(*) En la revista *Monthly Magazine*, vol. 33—Londres—1813, aparecen traducidas al inglés.



ABIGAÍL LOZANO

ABIGAIL LOZANO

- Los poetas son de raza divina: celebran los dioses con boca de oro y son los más sencillos de los hombres; hablan como inmortales ó como niños; explican las leyes del Universo y no pueden comprender los más triviales negocios de la vida; tienen ideas maravillosas de la muerte y mueren sin apercibirse como recién nacidos.

CHATEAUBRIAND.



ENEZUELA es la tierra clásica de la poesía popular. Los cantores florecen en aquel cálido clima como la vegetación del trópico. Es cierto que el mayor número no pasa de perfectas medianías, pero de tarde en tarde, emergen del núcleo poetas de estro magistral.

El *llanero*, — que no es otro que el payador de nuestras campañas, — tiene su poesía especial, sus cantos, sus endechas, sus trovas, originales y raras, que acompaña con la guitarra, — en las templadas tardes del otoño, ó en las frías veladas del invierno, cuando en la serenidad de las noches estrelladas y profundas se agrupan los gauchos en torno al fogón confortante, — al compás de melancólicos acordes.

Y lo mismo que en Venezuela, acontece en el Perú, con la *quena*; en Colombia, con los *bambucos*; en Bolivia, con los *yaravtes*; aquí,

con los *tristes*: son pueblos de imaginación precóz, en que brotan los versificadores como los hongos, y de entre el cúmulo sobrenadan los que más tarde dan á su patria inmarcesible lauro.



De los vates de su tiempo, Abigail Lozano, fué el más admirado y á la vez el más combatido.

Había en este romántico de rostro obscuro y lacia melena, — que desdeñaba á los clásicos, con no sé qué risueña ingenuidad, moñándose de ellos con el mismo furor cón que los realistas se burlan de los románticos— algo del precursor y del profeta.

Victor Hugo y Lamartine, Zorrilla y Espronceda, extendian su imperio avasallador en las ciudades, en las montañas, y hasta en las selvas del Nuevo Mundo, y Zenea en Cuba, Pardo en Lima, Llona en Quito, Mármol en Buenos Aires y Lozano en Caracas, se habian convertido en propagandistas acérrimos de aquel grandioso movimiento literario, que invadió la Europa entera, (*) y que hizo florecer en el continente austral, una poesía declamatoria, hinchada y hueca, en que las ideas se ahogaban en un océano de palabras. Los discípulos, en su mayoría, habian imitado los defectos de aquellos liricos geniales, sin tener ninguno de esos arranques impetuosos, que en un relámpago de inspiración soberana, salvaban la obra.

(*) Ricardo Palma.—*La Bohemia Limeña*.—Lima. Torres Aguirre-1887.

Pero, cada época tiene su literatura propia, y en las continuas evoluciones del arte y del pensamiento humano, hacia un *ideal* que se persigue eternamente y no se alcanza jamás, se suceden las escuelas, nacen nuevos apóstoles, se derrumban los viejos ídolos y surgen atletas como Zola, que alza su estandarte de guerra, y arroja á la faz del mundo sus gritos de combate.

Hay otros trábajadores en la sombra, que irán apareciendo en plena luz, á medida que pase la *moda* de la verdad cruda y desnuda. Ya se agitan los simbolistas, los *diabólicos*, los decadentes; empieza á hacer sus manifestaciones elocuentes una escuela que se creía muerta; y Bourget, desdeñando al *maestro*, se lanza por sendas casi desconocidas y desentraña en sus « psicologías enrevesadas », la verdad palpitante.

Es necesario, pues, al juzgar estas figuras desaparecidas, tener en cuenta el medio ambiente, la cultura social, las revoluciones intelectuales y la época en que ellas aparecieron.



Abigail Lozano, nació en Venezuela, en 1823 y pasó su juventud alejado, como Fray Luis de Leon, del *mundanal ruido*. Él no conoció seminarios, academias, ni liceos. Le faltó el Mecenaz.

Formóse por sí solo, sin ayudas ni apoyos, estudiando los autores selectos en el retiro claustral del asilo paterno, allí donde « sólo los bosques le hacían compañía »; teniendo

predilección por Calderon de la Barca y Lope de Vega, reconcentrándose en si mismo, en la filosofía de la historia, y en la magnificencia de aquella tierra feráz, bajo aquel cielo azul, perennemente azul, que eleva la inteligencia á las meditaciones sublimes!

Nunca cantaba sin alzarse desde el primer verso, como los cóndores, que en sus ansias de vuelo baten las alas gigantescas, para ir á posarse en la cúspide de la montaña ó descender en largas espirales al hondo valle.

Siempre que podía iba á inspirarse en los sitios agrestes y solitarios, internándose en los montes misteriosos y sombríos; caminaba á veces leguas hasta llegar á orillas del Orinoco, frente al Océano Pacífico, invocando sus ondas espumantes, para arrancar algún secreto á las sirenas, ó delante de la mujer querida, buscando en el *amor* la eterna revelación de la hermosura.

Por esto algunas de sus composiciones tienen todavía savia vigorosa, fuerza emotiva, gracia flexible y una fibra candente, que no se extingue, sacudiéndonos, como si el sentimiento, la admiración ó la dicha nos tocase en este instante con sus hilos invisibles.



Su defecto resaltante, el que le fustiga sin piedad la crítica, es la incorrección de la forma. No solo abusaba de las licencias métricas, sino que prodigaba las hipérboles, las

metáforas y los ripios, en una desproporción monstruosa. (*)

Con todo, enardecía á las masas con sus versos, siendo capaz de arrojarlas á la pelea en la vorágine del entusiasmo, y de retenerlas en el paroxismo de la caída.

Ha sido implacable y furibundo con los déspotas. En sus imprecaciones, — resonantes como clarín de guerra, — se agigantaba enardecíendose, y su lira de acero estallaba en apóstrofes, que eran dardos mortales al que iban lanzados.

Un ejemplo típico, de ese género de poesía, está en el canto *A Napoleón*, un tanto deformado por la ampulosidad gongórica del verso.

Dirigiéndose á la Inglaterra:

Tuviste miedo al león y lo enjaulaste;
Y de lejos oyendo su rugido,
Tú, de la mar, señora... ¡tú... temblaste!
Por el puñal de la traición herido,
Cayó á tus piés... Entonces respírate,
Cobarde vencedora del vencido....
El Océano mismo no podría
Borrar ese baldón de cobardía.

Imprecando á la Francia:

Tú no eres tan culpable ; En dónde estaba
La poderosa Francia, la temida?
Por qué no le salvó?... ¡Le contemplaba
Desde sus blancos Alpes sonreida!
Y él que la hizo tan grande!... Ella danzaba
Sobre sus mil banderas... y su vida,
Como un volcán antiguo, moribundo,
Lenta espiraba en ese mar profundo.

(*) Véase *Horas de Martirio*, y *Tristezas del Alma*, por Abigail Lozano. Edición de Caracas.

Su fantasía, no reconocía émulos, ni respetaba reglas, cuando cantaba á su amada, en estos endecasílabos, que tienen todo el fuego del amor primero, y arden como el *espíritu* en el fuego:

El amor es la dicha de este mundo:
 Poblemos ese mundo de ilusiones,
 De sueños, de esperanzas, de visiones,
 Y... Reina de ese mundo tú serás.
 Oye el rumor de las silvestres hojas,
 Oye el suspiro del fugaz ambiente,
 Oye la voz quejosa de esa fuente,
 Que pensativa contemplando estás.

Todos esos rumores, esas quejas,
 Son del mundo que habitas la armonía:
 Más, para nuestro mundo vida mía,
 Tu amor, tu amor, tan solo quiero yo.
 No quiero otros conciertos ni otros cantos,
 Porque ni el ángel puro y bendecido,
 Arranca de su cítara un sonido,
 Más armonioso que tu acento, nó.



En la poesía á *La Noche* se muestra adocenado, hueco, prosaico, haciendo pompa de recursos retóricos ya gastados; en cambio, en el canto á *América*, la delicadeza de la dicción, la armonía imitativa y la fiel reproducción de la naturaleza circunstante, eclipsa los defectillos del metro, y ostenta tan sobresalientes cualidades descriptivas, que doblegan el ánimo:

.
 Ciñen su inmensa frente por diadema
 Ejércitos de palmas cimbradoras,
 Altivas, caducas, moradoras
 Del desierto y del tórrido arenal.

Descienden en vistosos torbellinos
 De transparentes perlas sus cascadas
 Y bordan las corolas perfumadas
 De la campestre y olvidada flor.

Pueblan sus altos robles y sus ceibos
 En bandos pintorescos los turpiales,
 Y ostentan los mitrados cardenales
 La púrpura de Tiro en su color.

Las deidades del mar visten sus playas
 De caracoles, conchas y corales,
 Que ostentan sus desiertos arenales
 Como un cinto de perlas y rubí.

.....
 Un cielo azul, benigno, transparente
 De nubes de oro y nácar tachonado,
 Y sus noches de amor, engalanado
 Con millares de estrellas por do quier.

.....
 Los ojos de sus bellas son de fuego,
 Sus miradas fascinan y enloquecen;
 Descarriados arcángeles parecen
 Que descendieron en su vuelo aquí.

Sus morenas mejillas, sus melenas,
 Sus senos voluptuosos, palpitantes,
 Del corazón arrancan delirantes
 Mil suspiros de ardiente frenesí.

Y á reglón seguido de ese lírico derroche
 de colores orientales, expresa el anhelo fer-
 viente de que:

Vierta Dios á torrentes en su suelo,
 Virtud, saber, prosperidad, bonanza,
 Y el eterno fanal de la esperanza
 Alumbre su dormir, su despertar.

Que el gémio misterioso de los siglos,
 Sobre su inmensa tripode sentado,
 Le augure con la fé del inspirado
 Glorias que el mismo no podrá borrar.



Como la mayoría de los bardos americanos
 de antaño, Abigail Lozano escribió también

una oda *A Dios*, en la que pone de relieve sus creencias filosóficas y espiritualistas:

Señor, en el murmullo lejano de los mares,
Oí de tus palabras la augusta magestad,
Oílas susurrando del monte en los pinares,
Y en la de los desiertos callada soledad.

Tu voz cruza en las brisas y en el perfume leve,
Que brota á los columpios de la silvestre flor;
Tu sombra, entre las aguas, magnífica se mueve,
Tu sombra, que es tan solo, la inmensidad, Señor.

Tu diste á la esperanza las formas de una hada,
Purísima inocencia le diste á la niñez,
Si diste sed al hombre, le diste la cascada,
Si hambre, en cada espiga la aprisionada miés.

Y el niño y el anciano te llaman en su cuita,
Y acaso en los delirios el réprobo también,
Te llaman los lamentos de la viudez proscripta,
Y el trovador que llora: «Jehová», te dice, «ven».

Tu nombre en el espacio lo escriben los cometas
Con cifras misteriosas que el hombre no leyó,
Porqué jamás supieron, ni sabios ni poetas,
El inmortal arcano que en ellas se encerró.

Ahondando ese tema, Leopardi llega á la desesperación; Nuñez de Arce, duda y tiembla ante el terrible Enigma; Carducci, olímpico y sereno, canta á Luzbel y Stecchetti, risueño, se burla de los paraísos entrevistados, haciendo la apología del Infierno!

Los antiguos no dudaban tanto de la Divinidad como los contemporáneos! Hoy, la ciencia, que todo lo analiza, ha convertido las tres cuartas partes de los seres pensantes en descreídos, pesimistas, materialistas, panteístas, hegelianos, volterrianos y escépticos. (*)

:(*) Lorenzo Stecchetti — *Nuova Polémica*. — Bologna. — Zanichelli.

Los templos se derrumban, la fé muere y los creyentes se van!



En la concepción artistica era un desordenado incorregible. Le sobraba imaginación y excedia amenudo y mal la nota pindárica. La elaboración lenta, la medida exacta, la visión justa, no le cuadraba. Cuando se sentaba en su bufete, no ponía riendas á su estro, el que «necesitaba más del freno que de la espuela.»

Tocaba con igual ingenuidad en la belleza y en la vulgaridad.

Veneraba la sabiduria. Allí donde veía un jóven que tuviera dotes, sacaba partido, llevándole su estimulante consejo, enriéndole cariñosamente.

Los bohemios de Caracas invadian su casa su mesa, su biblioteca y hasta su bolsa; tenía viva simpatia por esos desheredados de la suerte envueltos en andrajos, que llevan un rayo de luz sobre su frente! Para ellos, hubiera deseado palacios de pórfido, lechos de púrpura, mujeres hermosas, el oro de Rothschild y los festines de Lúculo.

No negaba su apoyo, su influencia, su ayuda poderosa, á la fundación de centros útiles y asociaciones instructivas y democráticas, siendo decidido paladín, de todo lo que redundase en pró de la educación comunal, bien entendida.

Amaba el progreso en todas sus formas y en todas sus expansiones, cualquiera fuese

la nación donde surgiera, sin égoísmos mezquinos.

Las ideas modernas, tenían en él un propagandista.

Era culto en sus arengas, medurado en las contiendas, franco en sus apreciaciones y tremendo en sus fulminantes anatemas!

(1893)



OLEGARIO ANDRADE

OLEGARIO ANDRADE

- • Las armonías del alma como una música del pensamiento destilan de otros ingenios: pero el arpa gigantesca de *Atlántida* y de *Prometeo* está muda.

Está colgada ahí como un trofeo en el hueco de una tumba sin que ninguna mano conozca el secreto de sus cuerdas, ni los vientos helados de aquella noche eterna le arrauquen un gemido.

AVELLANEDA.



En la fertilísima zona que circundan y bañan el poético Uruguay y el majestuoso Paraná, en la Mesopotamia Argentina, como la bautizó Azara, donde la flora descubre todas sus galas entre islas pintorescas y exóticas, que son caprichos de la naturaleza riente; en esa tierra colocada, cuál bendición de Dios entre dos ríos, nació el épico bardo de Montiel.

Al Colegio Nacional del Uruguay, del que han salido robustos ingenios, hombres de estado, historiadores apreciables, abogados concienzudos, poetas de númen, ingresó también Andrade, debido á la decidida protección del general Urquiza, quien sufragó los gastos que demandaba la instrucción del jóven, en el que vislumbraba algo más que una esperanza.

Asistía á las aulas con puntualidad *cronométrica*, y el ojo menos avizor de sus camaradas hubiera notado que, aunque adicto al

derecho y á las ciencias físicas y sociales, la inclinación predominante de Andrade era la literatura, inclinación, que se fué convirtiendo en pasión irresistible.

Pisaba recién los umbrales de la vida, ungido con el óleo divino de los predestinados; tierno, pequeño, enfermizo, producía ya, como Byron y Lamartine en su infancia, versos deformes é incorrectos, frutos prematuros de una inspiración que buscaba el cauce y que, al hallarlo, alcanzó una pujanza sin precedentes en los anales de la poesía americana.

Los vaticinios de Urquiza no salieron fallidos y cumple, á fuer de verídico y sincero presentar al Mecenaz protector del príncipe de los poetas argentinos, haciendo la debida reparación á que la nobleza de ese acto le hace acreedor.

En la invocación *Á la Patria*, laureada en el torneo celebrado en aquel instituto en 1856, «se sienten rumores y se vislumbran irradiaciones de aurora». (*)



Olegario Andrade, es de una fantasía é imaginación que agiganta y sublimiza todo lo que toca hasta «deformarlo». Es un laberinto de alegorías, símbolos y profecías, que se mezclan se enlazan, se tuercen y se retuercen, como las lianas y enredaderas de las selvas tropicales, alcanzando á destacarse nítido el pensamiento al través del *velo*, del mismo modo

(*) Benjamín Basualdo — *Prólogo á las Obras Poéticas de Olegario Andrade*.—Buenos Aires—Peuser. 1887.

que el sol, al penetrar entre el ramaje del monte tupido, pone en transparencia las hebras de los insectos «que tejen en la fronda una trama infinita».

Se ha dicho de él, que la ornamentación nubla la idea; «que la retórica lanza alaridos ante esos derrumbamientos de metáforas ciclopeanas *corceles de granito, carro de las tormentas* y otras cien enormidades inauditas», (*) que no es un *poeta nacional*; que carece de escuela. Su versificación, altisonante y magna, ha sido tachada de ampulosa; sus concepciones atrevidas, de imágenes descabeheadas.

Unos, le han colocado en el quinto cielo; otros, le han bajado al abismo, motejándole hasta de rapsodista. El justo medio, la ecuanimidad del criterio, la serenidad de vistas,—tan léjos del elogio vulgar como del ataque mordaz,—no ha guiado á la *mayoría* de los que han acometido la empresa árdua de juzgar al soberbio cantor de todas las grandezas divinas y humanas.

Sea de ello lo que fuere, está arriba de toda objeción, que la lira de Andrade,—en la que Varela ha hallado cuerdas que á Quintana le faltan, (**)—vibraba armónica cuál otra no ha vibrado en esta tierra y en este lado de los mares.

Debería hacer la apología de su genio; pero

(*) Groussac. — *Juicio sobre Olegario Andrade, en el diario Sud América.*

(**) Valera. — *Cartas Americanas.—Primera série.*
— *Madrid. 1889.*

me domina la impotencia. Me sobra voluntad, me faltan alas. Tengo que mirarlo desde la superficie, como se contempla los Andes desde la llanura.



No seguiré, pues, en esta reseña, el orden cronológico al ocuparme de sus producciones. La primera que hallo y me atrae, es el magnífico canto á *La Mujer*, al extasiarse en el paraíso bíblico. La escena pasa «en los días del génesis» cuando Dios, después de haber hecho el mundo, pensó en dar al hombre una compañera que fuera á la vez su confidente. En el Edén faltaba un ángel, y Dios lo creó:

Los vientos celebraban sus amores,
Besando al Oceano en la mejilla;
Las aves se decían sus secretos,
Volando por la selva florecida;
 La luz fecunda
 De eterna vida,
Inundaba los mundos virginales
En ondas de celeste melodía

.....

Era Eva, la sonrisa de los cielos,
La nota musical de una oración,
La mujer, el compendio de lo bello,
La hija de una lágrima de Dios.
Y el hombre, mudo, solitario, triste,
Balbuceó un himno de celeste amor;
Y exhaló sus cadencias más sublimes,
El arpa colosal de la creación.

El paraíso en que Andrade pinta, la morada celeste de nuestros primeros padres, (*) es la imagen fiel de la felicidad. Todo á su alrededor les invita al amor. La sublime sereni-

(*) Véase *La Creación*.

dad del cielo, la naturaleza espléndida y fecunda, el aroma embriagador del céfiro, el canto de las aves matinales, el suspiro de las cosas que despiertan á la vida.

Y es para ellos cuanto ven y existe,
Cuanto la vasta inmensidad encierra,
Cuanto la luz con su destello viste
Astros, flores y cielos, mar y tierra.

Viven felices, amándose *idealmente*, hasta que se presenta el Mal, los tenta, les hace entrever una dicha mayor que no conocen, y les dice *que serán como Dios en el futuro*.

Se aproxima la caída. La atmósfera se diría impregnada de «calientes ráfagas» sensuales, á la calma apacible de la inocencia ingénuo, se sigue el despertar de un *deseo* nuevo, desconocido, avasallador y poderoso.

Eva, tímida, confundida, balbuciente, se dirige á Adán:

¿Qué mágico poder mi sangre mueve,
Que circula en magnética corriente?
¿Qué afán secreto el corazón conmueve?
¿Por qué se abrasa de calor mi frente?

Y Adán, con voz enternecida le responde:

Ven, acércate más; cuando te miro,
Quisiera respirar tu propio aliento;
Beberte el alma toda en un suspiro
Y hacer la eternidad de ese momento!

Y el diálogo pasional de aquellos pecadores sublimes continúa en esta forma:

EVA

Extiende, Adán, extiéndeme tus brazos
Para verte más cerca enamorada;
Y hazme con ellos amorosos lazos
Que me tengan por siempre aprisionada.

ADÁN

Ven y duérmete en ellos, alma mía;
 Por tu reposo velará tu dueño,
 Y un mundo verteré de poesía,
 De amor y de perfumes en tu sueño.

EVA

¡Dormir! ¿y para qué? ¿para olvidarte?
 Nó, que el sueño aletarga el sentimiento;
 ¿No sabes cuanto gozo con amarte?
 ¿O no sientes, Adán, como yo siento?

ADÁN

¡No sé! yo siento un fuego devorante;
 Siento mis venas de pasión hirviendo,
 Siento bullir mi sangre requemante
 Y en fuego inmenso el corazón latiendo.

EVA

Estréchame á tu seno; yo te adoro!
 Y yo quisiera ahogarte en mi ternura!
 Te miro y soy feliz; y rio y lloro,
 Y resistir no puedo á mí locura!

Y viene la *cáida*, cuyo brochazo me parece
 un estallido de alta poesía desbordante:

Y los dos extasiados se miraban,
 Los ojos en los ojos encendidos;
 Sonreían los dos y suspiraban
 Y el placer embargaba sus sentidos.

.....
 Eva, abrasada por su llama ardiente,
 Ya en dulce languidez se estremecía,
 Ya inclinaba tiernísima la frente,
 Ya extática ante Adán permanecía.

Y de repente, convulsiva, loca,
 En la emoción del férvido embeleso,
 En la boca de Adán clavó su boca
 Y se dieron los dos el primer beso!

Beso inmenso de amor! todos lo oyeron;
 De armonía los aires se poblaron,
 Los cielos de placer se estremecieron
 Y de envidia los ángeles lloraron.

El doctor Basualdo, entusiasta prologuista de Andrade, refiriéndose á esas concepciones, dice: «que el poeta aparece bajo el dominio de un vago panteísmo casi extraño á la noción filosófica y moral de la divinidad, y que la caída de la gracia no corresponde á la noción cristiana en el alcance y trascendencia que se atribuye á ese hecho,» (*) no teniendo quizá presente que el poeta *crea* á su manera una *fantasia*, doblemente soberbia por la idea generatriz y por el sentimiento estético, residiendo en ese mismo *deseñace*, más *humano* que *religioso*, el mérito de la novedad y del contraste.



En el *Nido de Cóndores*, es donde la lengua española salta fuera de los límites marcados; «se disloca, se colora, se enciende y estalla, en sonoridades metálicas que no se le conocían.» Como el ave simbólica, su fantasía, «cabalgando en nublados y huracanes,» vuela sobre las nubes, y «desciende, en un torbellino tronador,» á los más hondos precipicios de la historia.

Reviven Chacabuco, Maipo, Junín, etapas legendarias, y los héroes bizarros, que regaron con su sangre generosa los valles, las llanuras y hasta los nevados picos de la cordillera, en aquellas luchas de titanes contra España, que recuerdan los sangrientos combates de Troya, en aquella Odisea de la In-

(*) Benjamin Basualdo. — *Prólogo á las Obras Poéticas de Olegario Andrade*. Buenos Aires. Peuser. 1887.

dependencia, digna de las Termópilas, la más grandiosa de las epopeyas.

La altivéz del pensamiento, la amplitud del vuelo, la entonación magestuosa y sostenida, lo delatan como el imitador más fiel de la lira de donde brotó *La Leyenda de los Siglos*:

¿A dónde vá? ¿Qué vértigo lo lleva?
 Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?
 Va á esperar del Atlántico en la orilla
 Los sagrados despojos,
 De aquel gran vencedor de vencedores,
 A cuyo sólo nombre se postraban,
 Tiranos y opresores!

Vá á posarse en la cresta de una roca,
 Patida por las ondas y los vientos,
Allá, donde se queja la ribera,
Con amargo lamento,
Porque sintió pasar planta extranjera,
Y no sintió tronar el escarmiento!

Y allá estará! cuando la nave asome,
 Portadora del héroe y de la gloria,
 Cuando el mar patagón alce á su paso
 Los himnos de victoria,
 Volverá á saludarlo como un día
 En la cumbre del Ande
 Para decir al mundo: Este es el grande!



El Arpa Perdida, Atlántida, Prometeo, escribía Groussac: «magníficas inspiraciones fragmentarias que parecen las truncas columnas de un templo que jamás se coronará . . . » (*) Pero, no; *Prometeo* nacido de la fábula de Hesiodo, divinizado por Esquilo, que daba vida

(*) Groussac—*Juicio sobre Olegario Andrade*—*en el diario Sud América.*

á la mitología y esculpía los personajes de sus dramas en mármol de Paros; que Quinet intentó revivir en sus creaciones cosmogónicas; y en poemas truncos Gœthe, Shelley, y Hugo, resurge triunfante en las estrofas de Andrade. Es himno al pensamiento libre y á la humanidad regenerada. Es profecía de vate y anhelo de los hombres pensadores de este siglo. En él, ha personificado Andrade «al espíritu humano, verdadero emancipador de las sociedades esclavas de tiranías y supersticiones», y queda como uno de los poemas de estructura épica, más amplia y gallarda que sobre ese simbolo han intentado los bardos de ambos hemisferios.

Pero oid al poeta: entona los aires del regocijo en la hora solemne, en que el «titan inmortal del pensamiento» se venga de Jove, rompiendo las cadenas que lo sujetaban á la roca maldita:

Hoy, la tierra está viva: alguien habita
 El fondo de los mares;
 Germen de vida y juventud palpita
 En sus bosques de acidias y corales.
 No es el viento, el que gime en la maraña
 De las selvas sonoras:
 Ruido de alas abajo, y en el cielo,
 Parece que revientan
 Semilleros de auroras!

 Hay luz y voz en ella:
 Es flor recién abierta,
 Cuya blanca y espléndida corola
 Tiene el perfume agreste de las cumbres
 Y el latir convulsivo de la ola;
 En breve de su seno
 Volarán las ideas
 — Mariposas de luz del pensamiento —

Y asombrarán al mundo con sus alas
 Más sonoras que el viento!



La composición á *La Libertad*, ha sido fustigada por reputados críticos españoles. Juan Valera, dice de ella «que es una diatriba á España, un himno triunfal al Nuevo Mundo y un cartel de desafío á los europeos.» (*)

El poeta vaticina que es

Aquí, donde algún día vendrán las razas párias
 A entrelazar sus brazos en fraternal unión,
 A despertar acaso las selvas solitarias,
 Con el sublime acento de místicas plegarias,
 Cantando los esclavos su eterna redención.

Aquí la vieja Europa con mano enflaquecida,
 Con la altanera audacia de la codicia vil,
 Quiere ingertar su sangre, su sangre corrompida,
 Que se derrama á chorros por anchurosa herida,
 En la caliente sangre de un pueblo varonil.

Y allá en la blanca cima, do el cóndor aletea,
 Clavar sobre los cielos su roto pabellón;
 Y acá sobre su espalda robusta y gigantea
 Colgar de sus lacayos la misera librea,
 Colgar de sus esclavos la insignia del baldón.

El odio de Andrade al conquistador está latente en esos alejandrinos que serpean como aceros encendidos.

Sin dejar de reconocer la grandeza española, execra la conquista y el trono, con el acento indignado y profético de Daniel.

No amaba á los españoles, y hasta sentía tener que tomar de ellos el idioma, como vehículo del pensamiento.

Vindicaba así á los que murieron por la patria en los grandes días de gloria!

(*) Valera — *Cartas Americanas. Madrid. 1889.*

Ahora, al través del tiempo, cuando la paz internacional está asegurada, especialmente con los pueblos del viejo continente, esa nota contra el *invasor* parece discordante, pero aún en ello probaba Andrade el patriotismo santo que le inspiraba y el respeto profundo que sentía por la memoria veneranda de los héroes, que desaparecieron envueltos en la aureola del martirio.

El anatema vibrante y sincero, continuará resonando de generación en generación mientras exista la República Argentina, fortaleciendo ánimos y templando almas, al través del espacio, de las edades y de los pueblos!



En el canto á *San Martín*, hace la apoteosis del gran capitán de la Independencia, en estrofas *squillantes*, como trompa guerrera. Le toma en la cuna, le sigue en sumarcha abrupta: en sus exaltaciones y angustias, en sus entusiasmos y desalientos, en sus esperanzas y deseos, en sus campañas de ultramar allá en la tierra del Cid, confundido en Bailén con los dioses de la guerra y le vuelve «al paterno río», emancipó su país y libra á Chile y al Perú, de las garras formidables del león ibero.

. La figura histórica del héroe, evocada por el poeta, proyecta luces que iluminan todo el vasto escenario de la magna contienda.

. Y cuando el gigante vencedor holla con su planta la región de las nieves eternas, Andrade hace esta interrogación expresiva y

sintética, que se creería de Carducci, el de las *Odas Bárbaras*:

En qué piensa el coloso de la historia,
De pié sobre el coloso de la tierra?
¡Piensa en Dios, en la patria y en la gloria!

En esa exclamación, está encerrado todo lo que podía preocupar al guerrero argentino, en la hora de los contrastes supremos y de las decisiones definitivas

Para el que conozca la historia continental, basta ese solo *rasgo* y este *final* para sentarlo en el trono de los poetas del Nuevo Mundo.

No morirá tu nombre
Ni dejará de resonar un día
Tu grito de batalla
Mientras haya en los Andes una roca
Y un cóndor en su cúspide bravia.



Poblaba de armonías el espacio, la tierra, el mar, y su arrebatadora fantasía, hija de su inspiración gigante, no tocaba jamás el vicio, la inmoralidad, ni las bajas pasiones, sinó era para execrarlas. Temía manchar las cuerdas de oro!

El río, que arrastra en la corriente todo lo que encuentra en su curso; los planetas, que se pierden en el infinito seno de la eterna luz; el cóndor, dominador soberano de las montañas; el Océano de las olas bravías; el huracán frenético, que arrasa en la vorágine de su carrera lo que halla á su paso; el valor, el sacrificio, el «titánico orgullo», las pasiones tempestuosas, dominaban su mente, su espíritu, su musa.

Él halló la cifra que marca en el cuadrante misterioso del tiempo la era de las revoluciones atrevidas, supo traducir en estrofas imperecederas el alma de su patria y de su tiempo, y por esto, sus poesías tendrán repercusión inmediata en las edades futuras.

Descartando de ellas la fraseología banal, la ampulosidad vacía, las hipérboles descabelladas, quedan las ideas soberbias y triunfantes!



Una odisea fué su vida, lucha no interrumpida en el trabajo, creciendo en la polémica hasta hacerse hombre, para continuar bregando hasta el día postrero en que la muerte le llamó á su tenebroso seno.

Era Andrade un hombre nacido para las tormentas y las batallas, con sobrada decisión para afrontar ambas; fué todo lo que quiso ser; si hubiera vivido, ¿dónde alcanzarían las ramas del roble arraigado y frondoso!

Soñador y visionario, trató también de negocios y de finanzas, sin comprender lo uno ni lo otro; se mezcló en la política, no ambicionando puestos públicos, sinó el triunfo del federalismo; cultivó la prensa y sus afines, tocaba las cuestiones con calma y lucidez, rara vez se precipitaba. La injusticia, la hipocresía y la maldad, le exasperaban, poniendo á prueba su vida para extirparlas.

Sus editoriales terminantes y precisos, hicieron valorar la faceta del investigador sa-gaz, del periodista de combate, del observa-

dor astuto, cosechándole adhesiones y enemistades debido á su indomable altivez.

No era un politiquero que marchase á merced de los vientos reinantes, sinó un piloto que maniobraba con rumbo fijo, llevando desplegada en el tope de su nave, la enseña de los principios liberales.

El deseo del lucro no le cegaba; se conformaba con su existencia modesta y humilde, pobre, si se quiere, pero honrosa. Las desviaciones que algunos han notado en su fibra moral no deben recogerse sin beneficio de inventario, ni mucho menos los gritos aislados de los políticos, que él fulminó con el yambo de Barbier.

Lo cierto es que ha pasado desventuras y necesidades, sobrellevándolas con paciencia y resignación. Probó la miseria negra y el pan amargo, y cuando á su jóven esposa y á sus tiernos hijos leñ faltó este último, solicitó del doctor don Manuel Bilbao, redactor en jefe de una hoja de batalla, «que respondia valientemente á la causa popular» un empleo para cubrir sus obligaciones. No haré preámbulo á lo que no lo requiere, y léase esta carta sencilla que deja traslucir la caballeridad de su alma, y la corteza en que se hallaba envuelto aquel espíritu sentido:

· Esperaba la reaparición de LA LIBERTAD con verdadero interés, tanto porque debía ser, como lo es, un órgano de ideas que me son simpáticas, cuanto porque vislumbraba la realización de un antiguo ofrecimiento, que tal vez usted haya olvidado.

· Hoy se lo recuerdo, porque en la situación

precaria que atravieso, me bastaría el puesto más humilde en la redacción, aún cuando fuese el de corrector.

Excuso decirle que pondré al servicio del cargo que me confie, toda la inteligencia y buena voluntad de que pueda disponer.

Acepte usted junto con mi reconocimiento anticipado, la expresión del respeto y afecto con que le saluda—OLEGARIO ANDRADE.

Así se expresaba aquella alma de titán.

Tomen nota de esa modestia ejemplar nuestros pequeños pedantes envanecidos.



Los que le trataron en la intimidad, ponderan el generoso desprendimiento de su corazón, la fidelidad de su palabra, el cumplimiento riguroso de sus compromisos y la franca amistad, tanto con el letrado ó el ignorante, como con el rico fastuoso ó el humilde proletario.

Convergian á él, atraídas por esas seducciones, las primeras inteligencias del país, que buscaban su relación y sus fallos, teniendo una aliciente y benévola frase, en los que veía una risueña promesa para el futuro.

Cayó ese hijo del Sol y de las Musas, cuando más debía esperarse de sus estudios sazonados las doradas mieses.

Su muerte inesperada, levantó un grito de dolor en la América toda, «se olvidaron las prevenciones creadas por el partidario», y sus exequias revistieron los contornos extraordinarios de la apoteosis.

El pueblo argentino, acompañó su féretro

hasta el sepulcro, al compás de las marchas fúnebres, en medio de la congoja, de las lágrimas y de los lamentos que le arrancara la pérdida de quien cantó sus legendarias hazañas, sus sacrificios sublimes, sus glorias sempiternas!

Se apagó ese luminoso astro de una constelación brillante, como la llama de los volcanes después de la erupción; y su lira vibrante, de metálicos sonidos, rotas las cuerdas de oro, permanece muda, yerta, tal cual la dejó el poeta, en el último soplo de la vida.

(1893)

.

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES

..

¿Cuándo llegará el día en que se
aprecie más al hombre que enseña,
que al hombre que mata?

Ocampo.

MAGARIÑOS CERVANTES marchaba en la vanguardia del *escuadrón glorioso*. Su reputación, obtenida en buena ley, había volado en alas de la fama á la vieja Europa, divulgándose especialmente en España.

En un lapso de tiempo, relativamente corto, produjo más que cualquier otro bardo de su tierra, y exceptuando algunas estrofas nebulosas de visionario metafísico, ciertos lunares de poeta propagandista y lo desaliñado de sus formas de expresión, sus rimas son destellos de una inspiración rebozante, aunque vulgar.

Los laureles y flores de dos hemisferios entretrejen su corona, y los encomios que se le han prodigado,—no siempre merecidos,—son los que se tributan á la inteligencia y al talento en grado superior.

Adolescente aún, ponía su firma al pié de composiciones que sus maestros celebraban, primeros aleteos, que á decir verdad no dejaban siquiera entrever el empuje que desplegó al llegar á la edad viril.

Un trozo de *oratoria* y dos cantos de un poema *Á Montevideo*, constatan el primer paso firme, dado en una carrera, «que, sino siempre produce rosas, ofrece en su término una palma tan noble como las que hermo-sean las riberas descritas por su pluma.» (*)

Con estos ensayos salió de la sombra para brillar en la luz. Supo despertar el sentimiento artístico en sus conciudadanos y ganarse todas las voluntades. Aplicóse á la ciencia del derecho, sin archivar por esto sus tratados de retórica y poética; y cuando los profesores explicaban la solución de un difícil problema de álgebra, ó descifraban la ley de las doce tablas, él buscaba el consonante para redondear un soneto, ó la frase apropiada para cerrar un periodo rotundo, lo que le *impidió* graduarse en su país doctor en jurisprudenciã, haciéndolo más tarde en Madrid, cuando el gobierno le envió de representante ante aquella corte.



En la cruzada del Océano, cuya monotonía entre el cielo sin límites y las ondas saladas y vastas, doblega y hastia hasta á los viejos navegantes, Magariños Cervantes no permaneció inactivo, y parte de su recogimiento y de sus meditaciones, fué la novela *Estrella del Sud*, que llenó siete tomos impresos en Málaga, y que se esparció en las ciudades de la península. (**)

(*) José Tomás Guido.

(**) A. Du Mesnil. — *Notoriedades del Plata*. — Montevideo.

Allí, solo, sin relaciones, desconocido, casi sin recursos, como el bohemio de Enrique Mürger, pues estaba en la primera etapa de su vida literaria,—que debía llenarse de lauros y distinciones,—sufrió no pocos contrastes y los reveses consiguientes, empleando su pluma en pró del bien y de las necesidades colectivas, llamando la atención por sus apreciables escritos históricos y críticos.

Concibió rápidamente una comedia en verso, llevándola al escenario con utilidad y éxito.

De esa actividad surgió y se formó ese joven ignorado:—el que debía llegar á ser con los años el decano de los poetas uruguayos, —en el yunque ardiente del trabajo, no dando alza á sus tareas, sin reconocer el cansancio, ni los gritos impotentes de la envidia, ni las flechas envenenadas de las avutardas del Parnaso, compartiendo con sus compañeros el día en las faenas periodísticas y dedicando parte de la noche á sus correspondencias americanas y á sus estudios favoritos.

Esa consagración constante le valió la amistad de Espronceda, Zorrilla, el Duque de Rivas, Mesonero Romanos y demás astros de aquella generación ilustre, que dió á la literatura española un pasajero renacimiento.

La sociedad le abrió sus puertas, y la asociación de la calle de Valverde le eligió académico.

Vió sus sueños colmados. Dejó de ser un extraño en aquel mundo. Las horas de su permanencia en la ciudad de los recuerdos heroicos y de las tradiciones caballerescas, volaron rápidas. Fueron horas de fiebre. Entre

aquel núcleo pensante y batallador, él tenía su sillón y hacía escuchar su voz en las deliberaciones tumultuosas y pesar su voto en las asambleas solemnes.

La natural sencillez de sus maneras y el fondo de sinceridad que había en él, le granjearon las simpatías de la sociedad madrileña, y á tres mil leguas de su patria se hallaba como en su propio hogar.

Llegó la hora de dejar aquella tierra querida, que le aferraba con anillos de oro, despidióse con dolor del círculo de intelectuales que no volvería á ver ya y con los que había compartido los días serenos, y pasó á Francia, estableciéndose en Paris, foco y centro del intelecto y de la civilización universal. A poco de residir en aquella Metrópoli, lanzó á los vientos de la publicidad su *Revista de Ambos Mundos*, á la que llevaban el contingente de su saber, escritores de valía y poetas de reputación.

Sostuvo esa revista generalmente aceptada, mientras permaneció en Paris; pero su gobierno lo llamó con insistencia para llenar sus servicios de estadista en otras esferas, y cuando le faltó el alma, la dirección, la pluma fecunda que llenaba sus secciones, aquella sucumbió.



Inútil me parece insistir en las contrariedades y luchas que sostuvo el poeta con espíritu decidido para levantarse de la atonía, sucediéndose sus viajes á Chile, al Brasil y á la Argentina; fundando allí una publicación, es-

tampando aquí una novela, estrenando en otro punto un drama, siempre en el palenque fatigoso del combate sin tregua, para conquistar el nombre que lo mezcla entre los buenos prosistas de las repúblicas platinas.

En 1858, en unión de Juan María Gutiérrez, fundó *La Biblioteca Americana*, archivo de documentos, narraciones y monografías históricas, valioso é instructivo repertorio de los pasados tiempos, que con *La Biblioteca Popular* de Miguel Navarro Viola, es lo más completo que haya visto la luz en el Rio de la Plata, dado las firmas que colaboraban y los materiales de que venían repletas.

Sembraron en ella sus primitivos frutos: Cané, Gutiérrez, Mitre, Dominguez, Varela, López y el formidable Sarmiento: la juventud pensadora que se lanzaba con bríos á un porvenir glorioso.

Entonces sí que había verdadero entusiasmo por las altas especulaciones del cerebro. Palpitaba en las entrañas del pueblo el amor al arte, y al par de la satisfacción corporal, se buscaba el elevado goce estético. Se discutía poetas y prosadores. La crítica llenaba dignamente su noble misión. Guiaba de la mano al imberbe, para que no tropezase en el escollo y no cayese en el precipicio, y azotaba el látigo de Juvenal sobre las espaldas de los que sin preparación suficiente acometían empresas superiores, en las que debían necesariamente fracasar. No se esgrimía la sátira burguesa, de que en la actualidad se abusa, quebrando alas á los que intentan buscar un refugio en la literatura, y sobre todo, había

mayor respeto por los poetas patentados, esos gloriosos representantes de la luz, «sacerdotes de lo bello», que son el alma misma de los pueblos. No fueron por cierto nuestros antepasados, los que dieron el ejemplo de mofarse de los que alejados del sensualismo y de la codicia de esta década nefanda,—que el historiador futuro estigmatizará con el desdén de una sola frase,—continúan batallando en pró de los nobles ideales.

¡Quién sabe si esta inmigración heterogénea que nos ha tomado por asalto, no es la que nos ha hecho perder la brújula, llevándonos a la *debâcle*, y si el afán y la avaricia de dinero, que devora a las multitudes, no nos viene de un contágio funesto.



Sus poesías, llenan una série de volúmenes Bastaría examinar: *Palmas y Ombúes, Romances y Baladas, Brisas del Plata*, para hallar, en ellas las notas *ya gastadas* del patriotismo del valor y de la gloria; todo lo ha cantado, con igual suficiencia é insuficiencia: desde la naturaleza y el hogar, hasta los adelantos del siglo, «desde el titánico orgullo, hasta las acres voluptuosidades del martirio.»

No podría precisar la cuerda en que descolló su musa. Buscaba la utilidad en el arte; acometía en verso, los problemas abstrusos de la ciencia, con un candor casi infantil y á veces con temeraria audacia, fracasando en la oda elegiaca, en el himno bélico y en el anatema.

En el género satirico, espiritual y crítico,

tiene: *Las Plagas de Egipto, Meditaciones de un jorobado, Viaje chinésco, Juicios literarios.*

En el teatral y dramático: *Percances matrimoniales, El rey de los azotes, Amor y Patria, Vasco Núñez de Balboa.*

En el novelesco: *Justicia de Dios, Farsa y contra-farsa, La espada de dos filos, No hay mal que por bien no venga.*

En la historia, en la política y en la religión: *Ensayos sobre las Repúblicas del Plata, Estudios históricos y políticos, La Iglesia y el Estado,* varias traducciones del inglés y del francés y una docena de folletos y opúsculos, sobre economía política, derecho internacional y controversias del momento que agitaban á la prensa y á la opinión nacional.

Caramurú es, de sus creaciones fantásticas, la que se ha divulgado más; obtuvo el honor de ser vertida al francés por Bouret; y de sus leyendas poéticas, *Celiar* se lleva la palma:—tiene el dejo del terruño, y recuerda, en algo, por la densidad de la expresión y el vigor del colorido, á la admirable de Juan Zorrilla de San Martín, sin que la aproximación de nombres implique una comparación.



Magariños Cervantes, si se esceptúa á Benjamín Vicuña Mackenna,—aquel otro escritor, arrebatado á la vida en el esplendor de sus facultades,—representa en América, la *fecundidad*: había llegado á los 70 años, produciendo siempre, siempre reeditando, agregando á unas obras explicativas notas y á otras animados comentarios.

Pero no busquéis en esas espesas inundaciones de tinta la perfección y la belleza extrema, sobre todo en la parte poética, cuyas deficiencias graves son tan notables que saltan á la vista hasta de los menos familiarizados con el ritmo.

Eso es ineludible, el exceso de producción lo trae consigo; no dá lugar á la dicción pura, á la frase castiza, á la ampliación del párrafo, ni á la intensidad del concepto. Los versos brotan con rapidez, arrastrando consigo ripios y disonancias, del mismo modo que las aguas que bajan de las cordilleras, arrastran en su curso piedras, arenas y detritus, y llegan al fondo del valle turbias y revueltas.

La belleza está lo mismo en las telas enormes de Rafael, que en los cuadritos minúsculos de Messonier. La abundancia, ó sea la cantidad, en arte, ño prueba nada. Lo difícil, no es llenar cien carillas de lugares comunes, sinó producir un paisaje vivido, una estrofa perfecta, ó una arenga levantada y sonora! Pero así, trunca y rudimentaria, la labor del poeta impone y merece respeto.

Han sido sus jueces más conspicuos, cuya competencia no será puesta en duda por ninguno que conozca la literatura española y americana: Rafael María Baralt, Ventura de la Vega, Mariano José de Larra, Emilio Castelar, Eugenio de Ochoa, José Mármol, Esteban Echeverría, Juan Carlos Gomez, Domingo Faustino Sarmiento, Bartolomé Mitre, Eduardo Acevedo Díaz, Francisco Acuña de Figueroa y Heraclio C. Fajardo, algunos de ellos correspondientes de la Real Academia Española.

Fué por un cuarto de siglo, redactor y corresponsal de los primeros diarios del Plata y del Pacífico, trasluciéndose en las correspondencias, su espíritu eminentemente democrático y progresista, combatiendo de frente el fanatismo intemperante y torpe de los ultramontanos, mucho más temible y pernicioso que las dictaduras y las tiranías, si pudiera nuevamente arraigarse en las sociabilidades americanas.



Republicano patriota y liberal ultra, quería el imperio de la justicia y el triunfo de la verdad omnipotente. Formaba en el número de los varones esforzados, que pugnó para que la Constitución no fuera una mera fórmula dentro del Estado, no claudicó jamás en su larga carrera pública y su enseña ha flameado sin arriarse aún en medio de las borrascas espantosas de la dominación *San-tista*, que hizo tabla raza de las leyes y de los derechos más sagrados.

Los hombres de carácter, ha dicho Emerson, «son la conciencia de la sociedad á que pertenecen». Ellos lo sacrifican todo: tranquilidad, porvenir, fortuna, en aras de las causas santas ó en homenaje á sus principios inquebrantables, pero no transijen nunca con el caudillaje, los tiranos y los déspotas!

Magariños Cervantes era de esa raza *indomable*, que para vergüenza de la América latina, se vió sustituida en el poder por nulidades degradantes, en vez de los que como

él, ocupaban el primer puesto en el corazón de sus conciudadanos.

Felizmente las hordas de los bárbaros, « esas figuras dantescas » que entronizaron el puñal y el robo, han ido desapareciendo de la escena militante.

El clamor público las arrojó léjos, y la República vecina, heroica y altiva, rompió por fin las ligaduras que la maniataban al potro del despotismo, poniendo las riendas del gobierno en manos de un estadista, que es una garantía de que el orden y las instituciones no serán alteradas.



Magariños Cervantes: poeta, literato, diplomático, miembro vitalicio del Consejo Universitario, de la Real Academia de la Lengua, de la sociedad Escritores y Artistas de Madrid, corresponsal de círculos literarios y científicos de Lisboa y de París, rector de la Universidad, diputado y senador en distintos periodos legislativos, presidente del Club del Uruguay y de la comisión del monumento á la Independencia, no ha desoido nunca el llamado de la caridad, y en los torneos y veladas que se celebraban con esos fines, ha llevado siempre su valioso contingente.

Era un filántropo.

No podía oír llorar una criatura, sin correr á acariciarla; un viejo que pedia limosna en las encrucijadas sombrías, cuando el invierno destila el tédio y el frío hiela los huesos, le conmovia hasta las lágrimas; una infeliz

mujer con un chico en brazos que imploraba limosna, lo dejaban triste y pensativo; averiguaba el domicilio de esos desgraciados y les enviaba su óbolo, sin que ellos supiesen de quién venía; tronaba contra el poder temporal del Papa y sus secuaces recalci-trantes, y si veía uno de esos frailes de blanca cabellera, venerables y bondadosos como el abate *Miriel*, que Victor Hugo enseñó á amar, corría á estrecharle la mano callosa y envejecida.

Estos son los rasgos salientes de la personalidad de que con sobrada razón se gloria-ban las letras uruguayas, del hombre enca-necido en la brecha del trabajo, en las tremendas batallas de la lucha sin término, y cuya existencia laboriosa y pura, acaba de perderse en la soledad del misterio.

(1893).



ESTEBAN ECHEVERRÍA

ESTEBAN ECHEVERRÍA

..

La gloria es el himno perpetuo de alabanza que consagra el pueblo ó la humanidad reconocida al ingenio, á la virtud y al heroísmo.

ECHEVERRÍA.



EL critico, al seleccionar las composiciones en que vaciaron la inspiración de su cerebro los poetas argentinos, tropezará con este nombre: Esteban Echeverría.

Al posar su mirada sobre la poesía ó poema que tenga presente, quedará desde la primera estrofa meditándola, y exclamará: Aquí hay sentimiento, aquí hay verdad! Todo libro, todo escrito, todo verso, que haga pensar, tiene forzosamente que ser bueno si está atenido á las reglas y preceptos que lo informan.

Toda obra en prosa ó en rima, que carezca de ese indispensable *fondo*, no tiene valor *real*.

¡Cuántos *poetas* se podrian bajar del Parnaso á donde han subido por subterfugios ó medios que no son del caso citar, pavoneándose en las altas regiones del Olimpo con toda su ignorancia, tanto mas irritante, cuanto que hay algunos *verdaderos*, que son anónimos, porque el ruidoso cascabel de oro, no les empuja, no los hace sonar, no los ele-

va! Pero con todos los *golpes* que se ha propinado á esos que no quiero mentar para no acarrearne las iras gratuitas de los más, no pasará una década y su nombre con su recuerdo se desvanecerá en las alturas en que los ha colocado la injusticia como las burbujas de jabón infladas en las capas atmosféricas.



El vocablo poeta se ha gastado tanto, se ha hecho tanto uso impropio de él, se le ha desprestigiado tanto, que sería necesario, imprescindible, inventar algún calificativo nuevo, *sinónimo* de poeta, para diferenciar los poetas de los *poetas*, para poder decirselo á los que no lo hurtan como Ricardo Gutiérrez, Rafael Obligado, *Almafuerte*, y dos ó tres más; pues aquí entre los vivientes no exceden de la cifra.

Y no hay, á mi modo de ver, ó á lo menos no asoma en este momento niugún otro en este suelo, que en virtud de sus méritos pueda llevar dignamente el nombre de tal.

Tras de éstos, vienen excelentes versificadores, fáciles y fluidos unos, pesados y fastidiosos otros, que hacen versos á fuerza de martillo, diluyendo el tema en una forma alambicada y melosa; los hay que quieren aparecer originales buscando los asuntos en la antigüedad, remontándose á la era pagana, abusando de los mitos y los simbolos, hasta hacerse incomprensibles; otros, que aparentan ser grandilocuentes, trazando figuras fuera de razón y de sentido, no siendo en realidad

más que rimbombantes y vacíos y los que al tratar de imitar el pesimismo de Leopardi y el *verismo* acre de Stecchetti, bajan al abismo de la degradación y del vicio y extraen del fondo una parodia repugnante y grotesca.

Así es como hurtan el sagrado nombre de poetas, y penetran al santuario de los iluminados, al templo de las musas, sin tener la inspiración, que es la primera de las grandes cualidades.



Esteban Echeverría vió la luz en Buenos Aires el 2 de septiembre de 1805. Educóse en el colegio de Ciencias Morales. Aprendió latín y filosofía con Mariano Guerra y con el doctor Agüero, profesores famosos. Abandonó su patria á los veinte años. Hizo la travesía del océano en un buque de vela y plantó su tienda en Paris. Completó sus estudios en aquella capital, «dedicándose preferentemente á las ciencias políticas y á la filosofía, extractando en cuadernos escritos de su puño y letra lo que le parecía más notable de los escritores franceses, desde Pascal y Montesquieu hasta Leroux y Guizot. Sin abandonar esos estudios serios, emprendió otro no menos interesante en aquella época, el del romanticismo, siguiendo ávidamente las evoluciones de esa gran revolución literaria.»

«Chateaubriand, Lamartine y Hugo, gigantes de aquella lucha, le contaron bien pronto bajo sus victoriosas banderas. En el pasado Shakspeare y en el presente Schiller, Gœthe

y especialmente Byron, le revelaron un mundo nuevo.» (*)

Entonces sintió la divina fiebre de los predestinados; «una sed insaciable de ciencia, una ambición de gloria; amoríos, devaneos, pasiones de sangre, colosales visiones del porvenir», que le daban empujes desconocidos y produjo *Ilusiones*, versos sencillos y amorosos, deficientes como los de todos los versificadores noveles, los que años después, ampliados y corregidos, pasaron á formar parte de los *Consuelos*.

Estudió en Alemania las obras de Goethe y las de los de la pléyade, que seguían los estandartes del maestro. Pasó por Inglaterra y de allí se trasladó de nuevo á esta ciudad dando á conocer en *La Gaceta* y *El Diario de la Tarde*, la *Profeta del Plata*, el poema *Elvira*, y *La Cautiva*, su obra poética de mayor aliento, «en la que abrió ancho campo al pensamiento nacional, independizando el arte de la tradición pseudo-clásica».

Rafael Obligado, el continuador de la tradición literaria de Echeverría, seleccionó en 1885 sus mejores trabajos en prosa y verso, acompañados de una carta-prólogo, de la que he tomado los datos biográficos que anteceden.



Hablemos del poeta.

Echeverría, «el dulce rruiseñor de los *Consuelos*» que en otro tiempo se recomendó

(*) Rafael Obligado.—Obras Selectas, de Esteban Echeverría—Buenos Aires, Irupe. 1885.

á los escritores nacionales, seguros de que irían por una vía recta si al seguirlo conseguían asimilarse sin fracasar en la demanda las tendencias elevadas de su númen profético — es un poeta original, que pinta en cada estrofa, en cada verso, en cada palabra: un cuadro, un paisaje, una flor. No es el acumulador de ritmos más ó menos bien medidos y sonantes, no corta todas sus producciones con la misma habilidad suma é impecable: no existe en sus octavas el fuego arrebatador de las de Heredia; ni la torturada fibra de Marmol, ni la cadencia melancólica de Mendive, ni la virilidad de pensamiento filosófico de Encina, ni los arranques frenéticos y desencadenados de Andrade: pero hay realismo, sensibilidad, reflexión, y esto es mucho.

Considerémosle, pues en la faz en que se impone.

Echeverría, no se detiene en la superficie, allí donde otros se dejan mecer sin tener suficiente intuición para penetrar en los arcanos de la belleza y del arte; él rompe la espesa capa que las veda y se va al fondo de las cosas. Cante los fenómenos del mundo físico ó las pasiones morales, la naturaleza ó el amor, no gira en torno de sus temas, sinó que los acomete, penetra y dilucida como filósofo; no muestra únicamente el dorado fruto, sinó que hace saborear el jugo, facultades excelsas del poeta.

Su versificación á veces incorrecta, da sin embargo, la medida de su inspiración inagotable.



El canto *Á Tucumán* es un ejemplo vivo de lo que afirmo. He aquí como evoca á aquella tierra lozana, que invita al descanso y á la vida serena y patriarcal:

Tierra de promisión y de renombre,
 engendra en sus entrañas virginales
 cuando apetece y necesita el hombre
 para vivir feliz: en animales,
 en frutas y productos tropicales,
 en colosal vegetación. En vano
 el adusto verano
 la quema con su sol; el Aconquija,
 que entre las nubes fija
 la nevada cerviz, de sus raudales
 el tesoro derrama, y la fecunda,
 la baña con sus fríidos alientos,
 y sus campos sedientos
 de fresca lluvia y de vigor inunda.
 ¡Cuán bella entonces es!

.....
 La mirada de Dios bañar parece
 sus campiñas y claros horizontes,
 y transformar con inefable hechizo
 sus selvas y sus montes
 en otro Paraíso!

En *El Angel Caído* se manifiesta claramente la influencia avasalladora de Espronceda y de los precursores del romanticismo amanerado, más saltante aún en *Una Lágrima*.

Quien no vió nunca la hermosura tuya,
 nunca admiró su encantadora magia,
 ni sintió el pecho palpitar de júbilo,
 ni fué dichoso como yo al mirarla.

Otras hermosas ví, otras pudieron
 inspirarme ternura momentánea;
 pero ninguna embelesarme supo,
 ni cautivarme el corazón y el alma.

Fué mi destino idolatrarte bella,
 hallar en tí lo que busqué con ansia,
 la forma ideal que me pintó el deseo,
 la imágen fiel de la que yo soñara.

Fué mi destino en tus hermosos ojos
beber de amor la inextinguible llama,
por ellos suspirar, y encontrar sólo
el celestial deleite en su mirada.

¡Ah! no apartes de mí tus bellos ojos
foco de amor, aunque su amor me mata;
déjame al ménos la ilusión querida,
la serena ilusión de la esperanza.

El *Himno al Dolor*, es una psicología íntima, en la que Echeverría escruta y ahonda su propio ser. Sobre este tema, un poeta del Ecuador, Numa Pompilio Llona, escribió *La Odisea del Alma*, que alguien, olvidándose de Baudelaire y de Poe, clasifica la nota más intensa del dolor humano.

Echeverría, sin hollar esas cumbres, por las que el genio se remonta á Dios, interroga al dolor, imprecá á ese terrible y misterioso devorador del alma humana, y arranca del fondo de la suya un grito desolado.

Lástima que la idea esté encerrada en un envase prosaico y vulgar.



Del manantial de su mente han brotado centenares de estrofas. Su inagotable facultad y su flexibilidad rítmica, le permitía abordar todos los metros, desde los más difíciles y complicados, hasta los más simples y comunes.

Comprendía todas las cuerdas del sentimiento y sabía expresar todas las pasiones y todos los afectos.

Cantó lo grande y lo pequeño, los Andes y el Plata, la mariposa y la flor, el rugido y el sollozo del dolor.

Desplegó un poder de inspiración desconocido, puso como vulgarmente se dice los cinco sentidos, el sello de su constitución artística, su fibra de poeta, en *La Cautiva*, que tiene la melancolía de la *quena* y todo el realismo viviente de un capítulo de Zola.

La descripción y la pintura de la pampa á la hora sombría del crepúsculo, es de un colorido gráfico, en su métrica sencilléz:

Era la tarde, y la hora
en que el sol la cresta dora
de los Andes.

.....
Serenos y diáfano el cielo,
sobre la gala arenosa
de la llanura, azul velo
esparcía, misteriosa
sombra dando á su color.

El aura, moviendo apenas
sus alas de aroma llenas,
entre la yerba bullía
del campo, que parecía
como un piélagos ondear.
Y la tierra contemplando
del astro rey la partida,
callaba manifestando,
como en una despedida,
en su semblante pesar.

Sólo á ratos, altanero
relinchaba un bruto fiero
aquí ó allá, en la campaña;
bramaba un toro de saña,
rugía un tigre feroz:
ó las nubes contemplando,
como extático y gozoso
el chajá de cuando en cuando
turbaba el mudo reposo
con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
que el vasto horizonte ardía:
la silenciosa llanura

fué quedando más obscura,
más pardo el cielo, y en él,
con luz trémula brillaba
una que otra estrella, y luego
á los ojos se ocultaba,
como vacilante fuego
en soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto,
con su claroscuro manto,
veló la tierra; una faja
negra como una mortaja,
el occidente cubrió.
Mientras, la noche bajando
lenta venía. La calma
que contempla suspirando,
inquieta á veces el alma,
con el silencio reinó.

Este cuadro parece escorzado por Corot. En los subsiguientes, el verso pierde por instantes su riqueza, el ritmo á intervalos se quiebra; pero la idea no decae jamás. «Se ven las llamaradas del incendio en el pajonal distante, se oyen los agudos gritos del chajá, el tropel de la tribu salvaje que resuena en lontananza y el ¡ay! quejumbroso de la cautiva que se dilata y se pierde en la soledad». (*)

No está solo el *drama*, están el corazón y el alma del poeta, que sorprende los pequeños átomos: la mariposa en las yerbas, el murmullo en los espadañales, el canto en el ave, las ondas plateadas por la luna y su movimiento pausado y melancólico: la natura y sus bellezas, la risa y la lágrima, que se chocan y se expanden, se ven y se sienten.

«Escribió esa composición en humildes octo-

(*) Joaquín Castellanos. *Ojeadas Literarias*. Buenos Aires. 1886.

silabos como para hacer contraste con los ampulosos alejandrinos á cuya sonoridad deben algunos versificadores su fama poco envidiable probando que la poesía reside en las ideas y en el sentimiento, y que las modestas formas de un metro sencillo pueden albergar dignamente la sublime inspiración del poeta. Supo reconstruirse en el seno de la conciencia y sondear pacientemente las profundidades del mundo interior, así como había estudiado las maravillas del físico. (*)

Pero no basta lo dicho, hay que leer, y hay que *penetrar* esa *Cautiva*, para sentir la fruición de ese poema de las pampas, tan exacto como precioso; hay que internarse con el poeta en el desierto inconmensurable, ver cruzar como una exhalación los indios, con sus lanzas y sus penachos, en los corceles de crines soberbias, presenciar el satánico festín de los mismos que con sus alaridos espantosos perturban aquel solemne silencio de crepúsculo; el rapto, el incendio, el heroísmo de Brián y de Maria, y la muerte trágica de los amantes para sentirse conmovidos.

En *La Cautiva*, el amor triunfa del olvido. El caminante, observa en medio de la llanura al pié de un ombú una cruz solitaria, que señala el lugar del bárbaro suplicio:

Nadie sabe que mano
plantó aquel árbol benigno,
ni quién á su sombra el signo
puso de la redención.
Cuando el cautivo cristiano
se acerca á aquellos lugares,

(*) Pedro Goyena. — *Esteban Echeverría*.

recordando sus hogares
se postra á hacer oración.

Fama es que la tribu errante,
si hasta allí llega embebida
en la caza apetecida
de la gama y avestruz,
al ver del ombú gigante
la verdosa cabellera,
suelta al potro la carrera
gritando: — ¡Allí está la cruz! —

Y revuelve atrás la vista,
como quien huye aterrado,
creyendo se alza el airado,
terrible espectro de Krián.

Pálido el indio exorcista
el fatídico árbol nombra.
Ni á hollar se atreven su sombra
los que de camino van.

También el vulgo asombrado
cuenta que en la noche oscura
suelen en aquella altura
dos *luces* aparecer;
que salen y habiendo errado
por el desierto tranquilo,
juntas á su triste asilo
vuelven al amanecer.

Quizá mudos habitantes
serán del páramo aéreo,
quizá spiritus. ¡ misterio!
Visiones del alma son.

Quizá los sueños brillantes
de la inquieta fantasía,
forman coro en la armonía
de la invisible creación.



Volvamos al hombre.

Los afanes de la vida tumultuosa que llevaba, las persecuciones tenaces de los tiranos, las luchas bárbaras que había que arrostrar con valentía, afirmaron su carácter; las violaciones inicuas que hicieron en él, despoján-

dole de sus derechos de propiedad y de fortuna, al par que le mostraron las iniquidades del cinismo y las injusticias del mundo, retemplaron su alma.

Era en aquellos días del desencanto y de la duda.

Buenos Aires, bajo el puñal de Rosas, se mordía sus propias *entrañas* como el buitre de Jove.

Las escenas de sangre llegaban al apogeo.

Los asesinos asaltaban hasta las familias indefensas, y allí cometían las orgías brutales que Eduardo Gutiérrez recogió de labios de los coetáneos y de las tradiciones populares para trasladarlas á sus dramas sangrientos, escribiendo la *Vida de Rosas*, (*) veinte años de terror y de crímenes, que recogerán los historiadores futuros, para trazar la página más lugubrementemente espantosa de nuestra existencia nacional. Mármol, Mitre, Sarmiento, Varela, Rivera Indarte, Juan Carlos Gómez, huían de sus hogares, abriendo la campaña en el ostracismo contra el despotismo, en unión del poeta.

La fusta sangrienta, penetrante como el dardo fulminante ó el estileto agudo, hacia mella, minaba el organismo de ese malvado, que en medio de sus brutales orgías hizo algo que la historia apreciará, sin borrar jamás su nefando recuerdo, que predominará siempre sobre lo poco bueno que haya podido realizar.

(*) Eduardo Gutiérrez. — *Dramas del Terror*. Buenos Aires, 1882. —

Esa es la acción grandiosa de Echeverría; su pluma arrojaba al par de las otras la semilla sana, que debía difundirse y crecer hasta estallar en suelo argentino cual bomba atronadora, y sepultar en la batalla de Caseros al baldón de nuestra historia.



Luego rodó en las esferas de la política, publicó el *Dogma Socialista*; dirigió su célebre respuesta al señor Alcalá Galiano, en la que abogaba por la emancipación del espíritu americano de la tradición colonial de España aceptando de ella como un legado el *Idioma*, pero aceptándolo á condición de *mejorarlo y de transformarlo progresivamente*.

No descolló en la ciencia de Talleyrand, por más que sus teorías han sido atendidas; le faltaba la serenidad, la astucia y la sangre fría del estadista, el reposo físico é intelectual; no hubiera sido nunca un eminente hombre público.

Pero fué un pensador benéfico, un republicano patriota, un elemento conciliador, un consejero ilustrado, un libre pensador integro; hizo más él con la pluma, que muchos generales con la espada; fué, sobre todo, el poeta popular por excelencia.

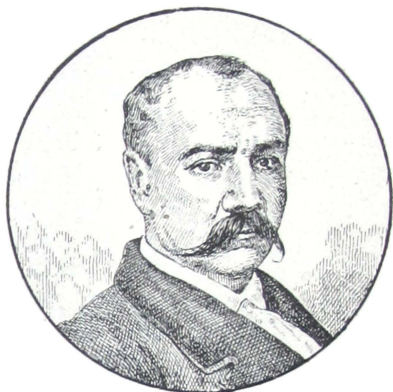
Una amarga pena lo llevó á la soledad.

Se recluyó en el silencio de los bosques, á orillas del Rio Negro (República Oriental), y falleció años después en Montevideo, de un ataque cardíaco, el 19 de Enero de 1851.

Sus versos, no son, no pueden ya ser del gusto de nuestro tiempo. La literatura ha

sufrido evoluciones y transformaciones incessantes y está hoy á centenares de leguas de donde él la dejó; pero su nombre, respetado y querido, se recuerda todavía con patriótico orgullo, por haber sido un precursor, y el primero que intentó independizar el arte nacional de influencias extrañas.

(1896)




BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

..

Mientras la mano no se deslice sobre el papel ó sobre la lápida, mientras el cerebro no se agote ni se apague del todo el calor del alma y de la vida en nuestro perecedero organismo, habremos de llenar la faena.

VICUÑA MACKENNA.

ON esas «valientes y melancólicas palabras», en que él mismo presentía su fatal fin, terminaba una carta dirigida al general Mitre, pocos días antes de morir, el que ha sido en Chile el Hércules en la literatura, en la historia y en las ciencias naturales.

Publicista fecundo, su nombre está inscripto en un centenar de volúmenes, fuera de sus manuscritos, de su colaboración en la prensa y de su correspondencia epistolar, é indudablemente, es el escritor más laborioso nacido en la zona comprendida entre el istmo de Panamá y la Tierra del Fuego.

Si la marcha de un país se mide por la altura, sagacidad y tino de sus hombres públicos, Vicuña Mackenna, es de los que han contribuido eficaz y positivamente al engrandecimiento del suyo; pues sin escalar los puestos de mayor significación en el Gobierno, influenció quizá más fuera de ellos, desde su cátedra de periodista, señalando rumbos á los gobernantes inexpertos, fustigándolos temera-

riamente, cuando daban motivo para ello y aplaudiéndolos sin reservas en sus atrevidas y patrióticas iniciativas.

No era un periodista que hiciese la oposición sistemática, ni menos de aquellos que hasta los actos escandalosos y depravados siendo de su partido los encuentran buenos; nada de eso, Vicuña Mackenna era respetado por todos los bandos, porque en sus exhortaciones, en sus ataques, en sus encomios, no predominaba la pasión del partidista ó del político que ciega, sinó la razón serena del patriota y del ciudadano ilustrado, que ve ante sí horizontes inconmensurables, y busca despejarlos y abrirlos para que llegue su patria más veloz y segura á la meta.

Historiador, ha legado á la posteridad en forma de crónicas todos los acontecimientos que se han señalado en el transcurso de la conquista hasta la pasada guerra con el Perú, teniendo por base de partida,— aunque no siempre,— la exactitud rigurosa y la imparcialidad justiciera, que sirviera á Thiers y Burke para atraerse la fé de sus oyentes en las grandes asambleas populares.

Pareceria increíble, que un hombre que ha vivido algo más de medio siglo, haya escrito lo que él ha escrito. Hay que meditar un momento en lo que representan cien volúmenes en folio. Considerando que haya producido desde los veinte años, tiene que haber estampado tres volúmenes por año, siempre entendido, sin contar las hojas que tenía bajo su tutela, su colaboración en las revistas extranjeras, los cargos á su desempeño, y cien ocu-

paciones más, que demandaban su tiempo, su atención, sus vistas.

De él, puede decirse lo que decía Cervantes de Lope de Vega,—era un *mónstruo*, y pocas veces se aplicará con más exactitud la comparación aquella «era un Tostado». Su fecundidad maravillosa, se explica solamente en un ser que ha pasado toda su vida escribiendo, sin desfallecer, sin denotar cansancio hasta los instantes supremos, desapareciendo de pié, como Sarmiento, del seno de su pueblo.



La revolución que estalló en Chile en 1851, lo halló mezclado en el bando de los liberales, al que permaneció afiliado hasta los últimos días, siendo quizá esa firmeza de principios la que le habrá impedido llegar á la presidencia de la República.

En religión tenía las mismas arraigadas ideas que en política. Se mezclaba rara vez en las discusiones que afectaban al clero; solamente cuando lo azuzaban pinchándole para que hablase, lo hacía y entonces,—del mismo modo que el cáustico Mansilla en las Cámaras argentinas,—asestaba golpes que no solo rosbaban la epidermis, sinó que iban al corazón, poniendo en vergonzosa fuga á sus contrincantes!

Y tan fiel era á su causa, que por ella fué sentenciado dos veces á muerte, y obligado á emigrar del territorio chileno, acciones que denotan un carácter probo, valeroso, inquebrantable, de aquellos que se glorificaban en la primitiva Atenas.

En el destierro estudió la agricultura, tan descuidada entonces en los pueblos americanos, y siendo como es una de las fuentes productivas de la riqueza nacional, á su vuelta á Chile, condensó en cuadernos, todo lo que su mente acopiara en la observación y en la práctica.

En minería, ha escrito tratados que han sido recomendados por naturalistas. La confección, el orden y el cuidado que ha precedido á su factura, prueban que su autor conocía las ciencias naturales, al par de la historia y de las letras universales.

Santiago de Chile, era veinte años ha una ciudad deforme, mal delineada, sin parques, sin boulevares, sin monumentos,—y hasta hace poco conservaba ese *cachet* de las antiguas ciudades de España;—siendo intendente la dotó de todo aquello que los países avanzados ostentan como ornamento, belleza y gusto, que son la resultante de la estética y de la arquitectura sabiamente combinadas.

Su administración está señalada, como una de las progresistas y laboriosas que haya tenido aquel municipio, y en lo que Vicuña Mackenna ha realizado, no dió preferencia á ciertos y determinados barrios, sinó que él estendió su mano al centro y á los suburbios, presidiendo en todo, el orden y la equidad más acabada.

«Diplomático, mostró en los Estados Unidos de lo que era capaz como hombre de estado y como tribuno internacional, perorando en inglés ante millares de yankees sobre la declaración de Monroe y propiciándose en el

gabinete la buena voluntad del Gobierno de la Unión, á la vez que reforzaba á su país con elementos bélicos en la guerra que á la sazón sostenía con España».

«Candidato popular á la presidencia, solo su popularidad, su energía y su talento pudo sostener la lucha electoral, en una situación dominada por el oficialismo, y si su candidatura no triunfó, puede decirse que su derrota fué un homenaje á sus calidades, por el temor de que un espíritu tan progresista hiciese andar demasiado á prisa un país acostumbrado á recorrer despacio su camino trazado por la rutina.» (*)

La cuestión de límites chileno - argentina, tuvo en Vicuña Mackenna un cooperador decidido para llegar á las fórmulas pacíficas, con que felizmente y para bien de ambas repúblicas, quedó solucionado ese pleito que amenazaba salir de la diplomacia serena para terminar en una lucha de desolación y de sangre.

Sin ser un pedagogo, se desveló por la instrucción; propendió en el extranjero con su pluma autorizada, á fomentar la inmigración á Chile; ayudó en sus iniciativas á Weelwright, — el empresario audaz y valeroso, que inauguró los primeros jalones de vías férreas y los primeros buques á vapor — el cual necesitaba de todo el apoyo de una entidad semejante, para convencer á los gobiernos de la bondad de esas obras, en una época en

(*) Mitre. — *Necrología publicada en La Nación de Buenos Aires.*

que los pueblos estaban todavía ciegos y en que las locomotoras, elementos de progreso positivo, se miraban como de retroceso ó simplemente como fantasmas ó demonios.

Tarea abrumadora por lo difícil, es esta de exponer detalladamente en rápidos perfiles la vida pública de Vicuña Mackenna; otros con más luces lo habrán hecho ó lo harán.

De todos los hombres de Chile, ha sido el más infatigable adalid de las causas buenas.



Ahora como escritor, sería de preguntar:— ¿qué no ha escrito? ¿de qué no ha hablado? ¿qué asunto de interés que haya caído bajo su vista no lo ha tratado con altura, desde lo grande á lo pequeño, desde el mundo al átomo? Las conmociones internas y externas de su patria; los hechos de armas terrestres y navales; los guerreros, los pensadores, y los héroes; las bellezas de la naturaleza salvaje; la flora y la fauna; las industrias florecientes de la misma, . . . el arte en sus faces infinitas; la realidad y la ficción. . . . los problemas políticos, sociales y económicos que han agitado el mundo; . . . puede asegurarse que no ha pasado nada trascendental, que él no lo haya tocado aunque fuese ligeramente.

Y bastaría ir á la Biblioteca Nacional y consultar la *Historia de Valparaiso*, *La guerra á muerte*, *Diez meses de misión en los Estados Unidos*, *El ostracismo de los Carrera*, *Historia de la Administración Montt*, *La campaña de Tarapacá*, *La de Tacna y*

Arica, Un año en la intendencia de Santiago, Los últimos días del General O' Higgins, La Patagonia (cuestión de límites,) Exploraciones, La corona del héroe, Historia crítica y social de Santiago, Episodios marítimos y el Album de las glorias de Chile, . . . algunas de las enumeradas en diez volúmenes en octavo, para convencerse que en lo dicho no hay exageración.

Tiene también curiosas monografías de soberanos europeos; entre ellas las de Federico, Rey de Prusia, y las de los emperadores Leopoldo I y José II.

Pero, ninguna de sus obras subsistirá entera, porque en ninguna concentró su espíritu. Todas fueron escritas rápidamente. De otro modo, no hubiera alcanzado á escribirlas. No bastaría la vida de un hombre para meditarlas. Por esto hallareis al lado de una página soberbia, una defectuosa; al lado de un pensamiento filosófico, otro trivial. Hacen el efecto de torres á medio concluir, con material escogido, pero detestablemente amalgamado, que se irán carcomiendo paulatinamente, hasta quedar en escombros.

Él, no tuvo en cuenta que, «la labor humana ya sea del cerebro ó de la mano, no dá fruto sólido y duradero si es hecha de prisa: lluvia de primavera, sol de verano y luen-gos días, pide la semilla para germinar en fruto ópimo. Meditación, estudio, sinceridad de sentimiento, y á veces ¡ay! hasta riego de lágrimas y de sangre pide la idea para alcanzar la suprema excelencia.»

Los que conocieron á Vicuña Mackenna,

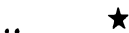
aseguran que no reconocía fatiga, ni se dejaba dominar por ella. Escribía sin alternativas, se hallase en tren, en coche ó en la redacción de un diario, y dejaba artículos aquí y allá; no podía estar quieto una hora, ni siquiera cuando almorzaba.

Enterábase de las novedades literarias y científicas que le llegaban por remesas de mil distintos puntos; ojeaba y consultaba las que podían servirle para sus investigaciones, y todavía se daba tiempo para leer y abrir juicio sobre las que valían, para sostener polémicas, — aunque no era agresivo por carácter, — para dar consejos, para contestar su larga correspondencia epistolar, teniendo metodizadas de tal manera sus horas, que no le quedaba una libre en que poder distraer su espíritu fatigado por una tarea espontánea pero fecunda, que debía terminar, como terminó, con la vida.

Si, ese hombre no podía subsistir; la tarea era superior á las fuerzas, el organismo se minaba moral y físicamente, aunque la inteligencia permanecía clara; las horas que robaba al sueño, le debilitaban; si hubiera podido suprimirlo con algun tóxico, lo habría hecho.

Ese afán innato, esa pertinacia ejemplar, esa pasión nobilísima por el arte, lo arruinaba; él lo sabía, los médicos pedíanle que abandonara la pluma (prescribiéndole el más absoluto reposo intelectual) y fuese á distraerse;... imposible, se hubiera muerto lo mismo, quizá más pronto; así es que continuó metido entre sus papeles y sus libros, los

amigos más fieles que pueda tener el hombre, y murió en la brecha, como un gladiador romano, en su hacienda de Santa Rosa,— Colmo,— el 25 de Enero de 1886.



Chile, estuvo de duelo; las ceremonias del entierro: imponentes; el Chile ilustrado, reunido todo en torno del féretro, para rendir homenaje al patriota, al cantor de sus glorias, al historiador de sus hazañas.

Asistieron en masa: el Congreso y la Cámara de Diputados, el alto cuerpo diplomático, los ministros, la Suprema Corte de Justicia, la de Apelaciones, hombres públicos, generales, historiadores y periodistas, las intendencias de Santiago y Valparaiso, municipalidades, sociedades nacionales y extranjeras, jefes y oficiales del ejército, y después el pueblo. . . .

Al depositarse los restos en su ermita, rodeados de un millar de coronas, hicieron uso de la palabra catorce oradores, terminado lo cual, fué retirándose la concurrencia en medio del recogimiento general que embargaba todos los ánimos. . .

Pocos hombres han reunido en su torno mayores simpatías y amistades que Benjamin Vicuña Mackenna, que descendió á la tumba al medio siglo y un lustro de edad, después de haber propendido con su palabra y con su pluma á la reforma de las instituciones, después de haber engrandecido á su país con mejoras, encaminándolo en la senda de

la prosperidad y de la paz, en que felizmente marcha, y bajo cuya sombra se le levanta en este momento la estatua que lo recuerda: último tributo con que las naciones recompensan el sacrificio de sus hijos.

(1889)

JUAN C. LAFINUR

••

La muerte de un hombre que deja en la humanidad la huella de su paso, no importa ese eclipse eterno y sombrío, detrás del cual desaparece una existencia.

BARTOLOMÉ MITRE.



LA época del coloniaje y de la reconquista permanece en la penumbra; y mientras las fatuidades salen á relucir en estos días, con los oropeles falsos de una fama inmerecida, quedan aquellos pensadores, revolucionarios y mártires, que modelaron las bases de nuestra nacionalidad, poco menos que olvidados. Cuántos ciudadanos descollantes, preparados para la vida pública, imbuidos de ideas prácticas, verdaderos precursores de nuestro movimiento intelectual y científico, no se mencionan ya, perdidos nombres y hechos, en la obscuridad de los tiempos, en un pasado que se extingue, y cuyos últimos reflejos, han ido á iluminar la historia del Nuevo Mundo.

Reparar esa falta, levantar esa injusticia, llenar si es posible ese blanco, es un deber.



Juan C. Lafinur,—nació en las postrimerias del siglo XVIII, en el valle de la Carolina provincia de San Luis, el 27 de Enero de 1797, cuando estas comarcas todavía virgenes, eran azotadas por los invasores británicos é ibéri-

cos, que se disputaban su predominio á sangre y fuego.

Sin el valor, las penurias, y los sacrificios denodados de San Martín, Belgrano, Moreno y cien factores más, que no tuvieron su repercusión, pero, que supieron luchar como leones y morir como héroes en la guerra épica, legándonos esta nación, que después de tantos reveses, parece encaminarse, al fin, hacia el derrotero que ellos anhelaron, estaríamos aún en manos extranjeras, y seríamos alemanes, turcos, rusos, todo, menos argentinos.

Removamos entonces de su tumba, las cenizas venerandas de esos varones austeros y abnegados que formaron la patria, algunos de los cuales no tienen siquiera un recuerdo en los fastos de la libertad, y levantémosles una urna en el panteón nacional.



En las aulas no demostró Lafinur poseer una inteligencia fácil, ni una de esas memorias enciclopédicas, que asombran por su erudición; pero era un alumno estudioso y práctico. Le devoraba una fiebre progresista. Hubiera deseado ver marchar el país á saltos, lo que era una utopía, si se tiene en cuenta la situación de esta tierra, en aquellos momentos de transición, de expectativas y de agitaciones incruentas. El don de la persistencia le era ingénito; no desmayaba nunca en sus empresas, hasta no haber coronado su intento; con él tenía ya adelantada la mitad de su carrera.

Cuando el general Belgrano, se lanzó al interior, á reclutar soldados para sus futuras

empresas guerreras, pasó por Córdoba, donde Lafinur cursaba Derecho, dejando subitamente las clases y los libros para cargar el fusil en defensa de su pueblo.

Cambiaron los sucesos, calmaron las tormentas y pasó á Tucumán, donde perteneció á la Academia de Matemáticas, fundada por Belgrano para instrucción de los cadetes del ejército.

En 1822, retirado de la vida militar, fundó en Mendoza el primer establecimiento educacional.



En la enseñanza se anticipó á su tiempo. Intentó descartar de los textos la filosofía escolástica; pero precipitó los sucesos bruscamente, sin esperar la evolución lenta; quiso recoger el fruto antes de sembrarlo, lo que fué sencillamente ilógico y de todo punto temerario.

Destruir la influencia clerical predominante, por medio de la palabra y de la pluma; sustituir las ideas retrógradas por las ideas nuevas, que empezaban á manifestarse en las cátedras europeas por boca de pensadores y de tribunos ilustres; hacer una reforma de tanta trascendencia y un cambio radical de esa naturaleza en una sociedad colonial, no era obra de un día; pero, el solo hecho de lanzarse á ello, necesitaba toda la audacia de un hombre de su talla.

Esa reforma *imposible*, y sus esfuerzos estériles y vanos por lograrla,—lo que se explica,—le formó una atmósfera maligna. Fulminado por el clero, «que le calificó de

materialista, ateo y hereje, » (*) se vió obligado á fugar á Chile, en cuya facultad se le extendieron los diplomas de doctor en jurisprudencia.



Pero, mucho antes de los acontecimientos enumerados, Lafinur vino á Buenos Aires, la ciudad comercial, industrial y científica por excelencia, entre sus hermanas ribereñas y andinas, centro de acción, en que desarrollaban sus facultades los hombres estudiosos.

Su paso por la prensa, quedó señalado como el de un investigador científico, inculcando ideas en el pueblo, que por nuevas y atrevidas, había que manejar con tacto y cautela.

En unión de Camilo Henríquez, redactó una hoja diaria rompiendo fuego contra la prédica ortodoxa del fanatismo religioso, que se había infiltrado en nuestra sociabilidad, con caracteres temibles.

Al mismo tiempo, dictaba en el colegio *Unión del Sud*, la cátedra de filosofía, desde la cual pregonaba valientemente las excelencias del Verbo Nuevo.

Aquí dió á conocer sus composiciones poéticas.

La muerte del general Belgrano, de quién era amigo particular y correligionario político, le inspiró dos, á cual peor.



(*) Mariano A. Pelliza. — *Críticas y Bocetos Históricos*.

Dejo á Juan María Gutiérrez la tarea de juzgarlas :

«En esos cantos se revelan las dotes y los defectos de su musa... La inspiración corre al par de la incorrección; la naturalidad, el sentimiento, la gracia y la armonía se mezclan alternativamente con los conceptos oscuros y ponderativos y las frases desaliñadas, aunque sea verdad que estos defectos son en número menor que las bellezas y los rasgos verdaderamente poéticos de las tres composiciones en general».

«La interrogación, era su figura favorita».

Por qué tiembla el sepulcro, y desquiciadas
Sus sempiternas losas de repente,
Al pálido brillar de las antorchas
Los justos y la tierra se conmueven?

«Así introduce el poeta su *Canto elegíaco*, y con no menos brío y entonación prorrumpe en su *Canto fúnebre*»,

A donde alzaste fugitivo vuelo
Robándole al mortal infortunado,
Virtud, hija del cielo....?

«Pero en mi concepto, las estrofas regulares con que celebró la elocuencia del orador sagrado»—se refiere á José Valentín Gómez,—«son de un mérito mayor y más originales que las anteriores silvas. El asunto también, como menos trillado, liberta al autor de la rémora de las reminiscencias y de los modelos y le obliga á buscar un cauce propio para dar salida á los sentimientos en que rebosa».

«Que natural y digna introducción!»

Era la hora: el coro majestuoso
Dió á la endecha una tregua: y el silencio,

Antiguo amigo de la tumba triste,
Sucedió á la armonía amarga y dulce....

Sigue el crítico analizando la *Oda* en detalle, y termina afirmando que esa composición es una joya de nuestra literatura. (*)

Sin pretender refutar el juicio «del más completo hombre de letras de este país», como llama Groussac á Juan María Gutiérrez, no comparto su opinión en este caso.

Los versos de Lafinur, son de una ramplona vulgaridad, y las estrofas citadas, no bastan á salvarlos del desdén y del olvido, en que merecidamente yacen.

La obra poética de este filósofo, es mala, tan mala, que sobraría por sí sola, para hacer odiar á la Poesía. En él, había un pensador y nó un poeta.-



En Chile, su figura de agitador y revolucionario se convierte en blanco de los fuegos ultramontanos. Secundado por el elemento liberal, abre una campaña contra el clericalismo; refuta victoriosamente el opúsculo *Los Apóstoles del Diablo*, que el fraile Tadeo Silva publicó en aquellos días y que era un ataque directo al publicista de la reforma; escribe la *Summa Teológica*, que quedó manuscrita en manos del Dr. O'Connor; compone la letra y la música de un himno porque la canción nacional de Robles le pareció insuficiente y

(*) Juan María Gutiérrez — *Escritores, Oradores y Hombres de Estado, de la República Argentina*. Casavalle. — 1860.

mediocre, himno que se cantó con aplauso en el teatro de Santiago por una sociedad coral; pero después, «temiendo herir la susceptibilidad del autor, lo destruyó».

Conocedor de la literatura clásica de la antigüedad y de los escritores del siglo, había reunido los materiales para una obra filosófica que venía madurando desde niño, cuya solidez de doctrina, basada en el Evangelio, debía hermanar los principios de Cristo, con la reforma social, que del otro lado del mundo se implantaba.

Le fulminó la muerte á los veintisiete años, en la plenitud de su vigor, y en visperas de contraer matrimonio, sin haber logrado realizar ninguno de esos propósitos.

«Vió trocada la luna de miel en agonía, y su pálida compañera, fué el ángel del destierro, enviado para deponer sobre su féretro la corona de azahares, marchitos por tan rápido infortunio!»

«Cerró los ojos creyendo en Dios y en la inmortalidad, profundamente tranquilo y léjos de la patria; proscripto, como todo el que osa, en épocas sombrías, enseñar la verdad y predicarla con amor. La historia le proclama noble adalid de la libertad del pensamiento y precursor del movimiento científico, que, inspirándose en la revolución, dió en tierra con los viejos sistemas del coloniaje». (*)



Amargo destino el de estos hombres supe-

(*) Arturo Reynal O'Connor — *Juan C. Lafinur*.

riores! ¡De qué vale el estudio, las largas veladas, las meditaciones febriles, las luchas agitadas, los esfuerzos generosos en pró de ideales nobles, no comprendidos, si después de vencer los escollos, la desidia, el oscurantismo, la envidia, las rastreras pasiones, es necesario partir, llevando por único consuelo la esperanza, porque lo demás, lo envuelven Dios y el Infinito, la Grandeza y el Misterio!

(1887.)



JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO

JOSE JOAQUÍN OLMEDO

••

Aquí yace José Joaquín Olmedo. Fué el padre de la patria, el ídolo del pueblo. Poseyó todos los talentos, practicó todas las virtudes.

EPITÁFIO DE SU TUMBA.



CUANDO en el escenario de América apareció José Joaquín Olmedo, la epopeya de la Independencia tocaba afortunadamente á su término; la libertad del continente era un hecho, recibiendo su sello definitivo en los campos de Junín y de Ayacucho.

Esas dos victorias de trascendencia incalculable, repercutieron en todo el planeta, probando el valor de los criollos del Nuevo Mundo. La magnitud de ese acontecimiento, que no se volverá á reproducir, necesitaba de un cerebro privilegiado que al comprenderlo lo perpetuase en verso magistral y rotundo.

No pocos, unos con aptitudes y otros sin ellas, lo intentaron, pero faltaba el soplo vigoroso del genio que se impusiera, faltaba el alma del poeta que al inspirarse en esa nueva Odisea, trasmitiese con viril patriotismo el caluroso entusiasmo de los vencedores, templase el estro en la nota épica y depurase las estrofas en el crisol de la verdad, buriándolas con el númen del pensador y del artista. Entonces, como enviado de lo descono-

cido, se presentó Olmedo con su canto *Á la Victoria de Junín*.



Guayaquil, fué su ciudad natal y Lima la de sus estudios. Esto es cuanto sé de su biografía juvenil. Su foja de servicios como estadista es larga y magnífica; y su nombre empieza á sonar desde 1812, al ser elegido, por inmensa mayoría, diputado á Cortes.

En 1822, forma parte del Congreso peruano, abierto bajo los auspicios del general San Martín, y más tarde, Bolívar lo enriela en la Diplomacia, graduándolo de Ministro representante cerca de los gobiernos de Inglaterra y Francia.

En aquellas cultas capitales adquiere la experiencia de la vida y aprende á conocer los hombres y sus flaquezas, la sociedad y sus vicios.

Habla y escribe las dos lenguas. Traduce el *Ensayo sobre el Hombre*, del afamado poeta inglés, Alejandro Pope, y se penetra de la literatura bretona y sus derivadas.

No malgasta sus fuerzas físicas y morales, ni pierde su tiempo en futilidades. Vá á las bibliotecas y allí se identifica con Milton, Shakespeare y Byron, se empapa en sus creaciones maestras; penetra en los museos, los escudriña y estudia, porque es idólatra por la historia natural; va á los grandes establecimientos fabriles y manufactureros y acopia para su colete un caudal de conocimientos que ignora, y en todo y por todo se vé al hombre dotado de inteligencia, al obser-

vador infatigable, que busca penetrarlo todo, inquiriéndolo sus causas al recorrer el velo de los misterios, para su espíritu siempre ávido de nuevos descubrimientos.

A su vuelta al Ecuador, Olmedo no descansa. Los gobiernos que se suceden le llaman á los ministerios, á las cámaras, á la diplomacia, y al aparecer el canto á que ya he aludido, se le abren todas las puertas.



La *Inmortalidad* de Heredia, comparte con *La Victoria de Junín*, de Olmedo la dualidad de los aplausos y la reputación que alcanzan los cerebros de tal contextura y complejidad.

Devoto de los clásicos, Olmedo sigue el método y las reglas de la escuela preceptista y escribe ese canto á Bolívar, en que la sensación de lo patético está fiel y gráficamente dada.

La estética y las leyes que la constituyen, están tan sabiamente ajustadas en esa poesía, que hacen un paralelo hermoso con el verso bruñido, de imágenes estupendas.

Consultad el argumento, contemplad el escenario inmenso de los llanos y de las cordilleras, examinad al héroe, recurrid pacientemente á los anales de esa lidia inmortal, y concluireis vuestra prolija excursión, reconociendo que pocas veces se ajustará con tanta fidelidad el arte poético á los hechos rigurosamente históricos.

Mirad estas estrofas que arranco del canto á Bolívar, en las que de vez en cuando cru-

za un pensamiento brillante como un relámpago en la obscuridad:

Quién el que ya desciende
 Pronto, y apercibido á la pelea?
 Preñada en tempestades, le rodea
 Nube tremenda: el brillo de su espada
 Es el vivo reflejo de la gloria:
 Su voz un trueno: su mirada un rayo.
 ¿Quién, aquel que al trabarse la batalla,
 Ufano, como Nuncio de victoria;
 Un corcél impetuoso fatigando,
 Discurre sin cesar por toda parte. . . ?
 ¿Quién, si no el hijo de Colombia y Marte?

Cuanta inspiración encierra este fragmento simbólico, en que pinta el combate de Junín!

«Gloria, más no reposo», de repente
 Clamó una voz de lo alto de los cielos;
 Y á los ecos, los ecos por tres veces,
 «Gloria, más no reposo», respondieron.
 El suelo tiembla; y cual fulgentes faros
 De los Andes las cúspides ardieron.
 Y de la noche el pavoroso manto
 Se transparenta, y rásgase, y el éter
 Allá léjos, purísimo aparece,
 Y en rósea luz, bañado resplandece.
 Cuando improviso, veneranda sombra
 En faz serena, y ademán augusto,
 Entre cándidas nubes se levanta.



Olmedo tiene también el reverso de la medalla; sería pretender lo que no alcanzó en sus *Geórgicas* Virgilio, ni Homero en su *Iliada*: que no se hallara una sola tacha en sus concepciones, una sola irregularidad en la versificación, una sola imágen pálida, un solo anacronismo ó redundancia en el language.

Nótese que este canto analizado en detalle, tiene partículas malas y hasta estrofas como.

ésta que carece de gusto, resintiéndose en la hilación y en la estructura métrica:

Del hombro izquierdo nebuloso manto
 Pende, y su diestra aéreo cetro rige:
 Su mirar noble, pero no sañudo;
 Y nieblas figuraban á su planta
 Penacho, arco, carcáj, flechas y escudo.

Pero si esta última estrofa adolece de disonancia y se presta á la censura, en cambio tiene otras como las que paso á transcribir, en que al dirigirse á Dios, todo lo armoniza.

Las irregularidades señaladas no llegan á hacerle sombra, porque cuando lanza su pensamiento audaz y pide inspiración á su númen, sobrepasa toda esfera y es necesario aplaudir:

¡Oh padre, oh claro Sol! no desampares
 Este suelo jamás, ni estos altares.
 Tu vivífico ardor todos los seres
 Anima y reproduce: por tí viven,
 Y acción, salud, placer, beldad reciben.
 Tú al labrador despiertas,
 Y á las aves canoras
 En tus primeras horas:
 Y son tuyos sus cantos matinales.
 Por tí siente el guerrero
 En amor patrio enardecida el alma,
 Y al pié de tu ara rinde placentero
 Su laurel y su palma:
 Y tuyos son sus cánticos marciales.
 Fecunda ¡oh Sol! la tierra,
 Y los males repara de la guerra.
 Da á nuestros campos frutos abundosos
 Aunque niegues el brillo á los metales:
 Da naves á los puertos;
 Pueblos á los desiertos;
 Á las armas victoria;
 Alas al génio y á las Musas gloria.

Dios del Perú, sostén, salva, conforta
 El brazo que te venga:
 No para nuevas lides sanguinosas
 Que miran con horror madres y esposas;

 Brilla con nueva luz, rey de los Cielos,
 Brilla con nueva luz en aquel día
 Del triunfo que magnífica prepara
 Á su libertador la patria mía.

El mérito, pues, de esta celebrada composición estriba en que, á la belleza de la verificación, del ritmo sonoro y del corte clásico aquilata el de la reproducción más fiel y exacta de los hechos históricos.

No ha sacrificado el argumento á la poesía, ni la forma al fondo; ha ajustado el uno á la otra, alcanzando así el fallo definitivo que le da la crítica severa del historiador y del hombre de letras.



Bolívar al tener conocimiento de ese canto, dirigió á Olmedo dos extensas cartas—denunciadoras de una intelectualidad poderosa,—algunos de cuyos acápites creo oportuno reproducir:

«Usted abraza la tierra con las áscuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles que no rodó jamás en Junín: usted se hace dueño de todos los personajes: de mi forma un Júpiter; de Sucre un Marte; de Lamar un Agamenón y un Menelao; de Córdoba un Aquiles; de Necochea un Patroclo y un Ajax; de Miller un Diomedes y de Lara un Ulises. Todos tenemos nuestra sombra divina ó heroica que nos cubre con sus alas de protección como ángeles guardianes. Usted nos hace á

su modo poético y fantástico; y para continuar en el país de la poesía la ficción de la fábula, usted nos eleva con su deidad mentirosa, como el Águila de Júpiter levantó á los cielos á la tortuga para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros rastreros. . . . Usted debió haber dejado reposar ese canto como el vino en fermentación, para encontrarlo frío, gustarlo y apreciarlo. La precipitación es un gran delito en un poeta. Racine gastaba dos años en hacer menos versos que Vd., y por eso es el más puro versificador de los tiempos modernos.

«El plan del poema, aunque en realidad es bueno, tiene un defecto capital en su diseño.

«La naturaleza debe presidir á todas las reglas. También me permitirá usted que le observe que el genio Inca, que debía ser más leve que el éter, pues que viene del cielo, se muestra un poco hablador y embrollón, lo que no le han perdonado los poetas al buen Henrique en su arenga á la reina Isabel: y ya usted sabe que Voltaire tenía sus títulos á la indulgencia, y sin embargo no escapó á la crítica.

«La introducción del canto es rimbombante: es el rayo de Júpiter que parte á la tierra, á atronar á los Andes que deben sufrir la sin igual hazaña de Junín: aquí de un precepto de Boileau, que alaba la modestia con que empieza Homero su divina *Iliada*: promete poco y da mucho».

A las anteriores consideraciones críticas, contestó Olmedo con las siguientes levantadas y arrogantes:

«Todos los capítulos de las cartas de usted merecerían una seria contestación; pero no puede ser ahora. Sin embargo, ya que usted me da tanto con Horacio y con Boileau, que quieren y mandan que los principios de los poemas sean modestos, le responderé que eso de reglas y de pautas es para los que escriben didácticamente, ó para la exposición del argumento en un poema épico. ¿Pero quién es el osado que pretenda encadenar el genio y dirigir los raptos de un poeta lírico? Toda la naturaleza es suya; ¿qué hablo yo de naturaleza? Toda la esfera del bello ideal es suya. El bello desorden es el alma de la oda, como dice su mismo Boileau de usted. Si el poeta se remonta, dejarlo; no se exige de él sino que no caiga. Si se sostiene, llenó su papel. . . . Por otra parte, confieso que si cae de su altura, es más ignominiosa la caída, así como es vergonzosa la derrota de un balandrón. El exabrupto de las odas de Píndaro, al empezar, es lo más admirable de su canto. La imitación de estos exabruptos es lo que muchas veces pindarizaba á Horacio.

«Quería usted también que yo buscara un modelo en el cantor de Henrique. ¿Qué tiene Henrique con usted? Aquel triunfó de una facción, y usted ha libertado naciones. Bien conozco que las últimas acciones merecían una epopeya; pero yo no soy mujer de esas; y aunque lo fuera, ya me guardaría de tratar un asunto en que la menor exornación pasaría por una infidelidad ó lisonja, la menor ficción por una mentira *mal trovata*, y al

menor extravío me avergonzarían con la gaceta. Por esta razón, esas obras si han de tener algo de admirable, es preciso que su acción, su héroe y su escena estén siquiera á media centuria de distancia.» (*)



La similitud que algunos escritores han notado en Andrade con Olmedo, se halla en la sonoridad del verso, en la amplitud de las imágenes y en la altura de los pensamientos, que parece no hallaran en la tierra bastante teatro en que expandirlo, penetrando á veces en los temas más antipoéticos, como son los abstractos y los metafísicos.

Tomo al azar de sus poesias, una estrofa en que fulgura la fantasía de Olmedo:

Como rayo entre nube tormentosa
Serpéa fulminando, y veloz huye:
Vuelve á brillar, la tempestad disipa,
Y su esplendor al cielo restituye;
Así la espada del invicto Flores
Por entre los espesos escuadrones
Va sin ley cierta, brilla. . . y desaparecen.
Á los unos aterra su presencia:
Otros piedad clamando, se rindieron:
Y á los que fuertes para huir, huyeron,
Los alcanzó en su fuga la clemencia.

Rencillas de partido, lidias de hermanos, que no debieran existir, hicieron correr de nuevo la sangre en los campos regados en la homérica conquista de las libertades, y Olmedo que se había inspirado en aquella grande epopeya, cometió el imperdonable

(*) José María Torres Caicedo. — *Ensayos Biográficos. París. 1863.* —

yerro de poetizar la guerra civil, escribiendo su canto *Á Flores*, al recibirse del mando de la República; mereciendo por ese hecho, del historiador Restrepo, el anatema á que se hacia acreedor:

«Befa y deshonor á los autores de tan sangrienta ejecución, (se refiere á los muertos de la batalla de Miñarica) y al que la cantó en estrofas brillantes como un acto sublime de heroísmo».

Eso dice el historiador de los revolucionarios, y Olmedo en su canto, lo que va á leerse:

Leyes y patria y libertad proclaman. . .
 Y oro, sangre, poder. . . esas sus leyes,
 Esa es la libertad, de que se llaman
 Ínclitos vengadores. . .

La contradicción entre ambos, como la ha hecho notar el ilustrado venezolano don José María Rojas, está visible.

Pero lo cierto es que «á medida que la figura de Flores se aleja en la perspectiva histórica y se apagan y confunden sus rasgos entre el tropel de hombres de su especie que produjo la América en el primer medio siglo de su independencia, la de Olmedo se agiganta.» (*)

Después de diez años de mando cayó el Gobierno del general Flores, del que formaba parte el poeta. y subió el nuevo régimen que desde aquella fecha ha sufrido transformaciones radicales con tiranos como Garcia Moreno, de la liga de los *ilustres*, que han

(*) C. Ballén. — *Prólogo á las Poesías de José Joaquín Olmedo*. — Garnier Hermanos. — París.

sepultado al Ecuador en la bancarrota y el descrédito, siendo inútiles los sacrificios de patriotas tan preclaros como Eloy Alfaro y Juan Montalvo, que han emigrado de su patria por las persecuciones tenaces de que eran objeto.



La significación poética de Olmedo es notable: él fué el iniciador del movimiento literario del Ecuador; sus poesías imprimieron un espíritu nuevo á los noveles poetas y una radical evolución hacia las ideas encarnadas en el principio democrático, lanzando el reto al rostro de los dictadores y el anatema tremendo á los conquistadores.

Si no hubiese escrito otra composición que su canto *Á la Victoria de Junín*, sería por sí solo, sobrado título, para pasarlo á la posteridad.

Tal es el juicio de los contemporáneos sobre José Joaquín Olmedo, prez y honra de la poesía ecuatoriana, el Arte Divino, á cuyo soplo se realizaron los más grandes portentos y se transmiten los pueblos desde la antigüedad, de generación en generación, bloqueados en esa forma sublime del pensamiento, sus leyendas, sus descubrimientos y sus ideales.

(1890)



DOMINGO F. SARMIENTO

DOMINGO F. SARMIENTO

••

Era la mitad de un genio.

GROUSSAC

LLEVABA sobre sus espaldas el peso de setenta años, bien cumplidos, y no fallecía, no se agostaba; tenía aún la savia del roble secular y todas las nerviosidades de los espíritus juveniles. Su musculatura vigorosa y atlética no permitía que la cabeza pensadora se encorvase sobre el pecho, sostenida por dos hombros fornidos á guisa de columnas, en que descansara la cúpula de un templo.

Cuando se le veía andar, con la frente erigida, en soberbia actitud á lo Dantón, con su balanceo característico, con sus ojos que miraban por encima de todas las cabezas, los ancianos, los jóvenes y los niños, dirigían la vista al batallador septuagenario, al publicista valiente y atrevido, con el mismo mesurado respeto y singular admiración con que los habitantes de París veían pasar la fantástica silueta de Teófilo Gautier ó contemplaban los blancos cabellos de Victor Hugo.

Sarmiento, á pesar de sus evoluciones, de sus traspiés y de sus geniales excentricidades, «ha sido la personalidad más original de la historia argentina», ha dicho Groussac, y

han repetido la frase, reconociéndola justa, hasta sus adversarios más encarnizados.

El ciudadano, que de maestro de escuela, «ó sembrador», que es lo mismo, fué elevándose gradualmente á diputado, senador, convencional, ministro, gobernador, hasta sentarse en el sillón presidencial,—el escalón, más alto de la República,—tiene tantos prismas como facetas un diamante. Un exámen detenido daría tela para largas digresiones.

Estadista, pedagogo, literato, sus discursos en la asamblea constituyente, sus disertaciones en la cátedra universitaria, sus escritos en la prensa periódica, están marcados por un sello especial, inconfundible.



De un temperamento exaltado, de una organización pletórica, cuyos nervios, como las olas del mar no lograban serenarse del todo jamás, tuvo en el gobierno periodos magníficos, lampos audaces de hombre de estado, en los que lo acompañaba la opinión, y tuvo también sus caídas estrepitosas, debido á su carácter altanero é irascible, retrocediendo de un salto, con el mismo ímpetu, el camino trillado, naciendo de ahí el epíteto mordaz de *loco* y de visionario, aplicado ya en otros tiempos á Colón, Lutero y Fulton, que lo trocaron de hiriente y depresivo, en honroso y elevado. Los *locos* como Sarmiento, se acabaron por desgracia; y los que le calificaron de tal, quisieran haberlo sido como él, para ocupar un sitio en la galería de las personalidades eminentes.

Su carrera pública, agitada por los vaivenes de una democracia naciente y turbulenta, propia de los pueblos jóvenes, llenos de ardor, de entusiasmo y de gloria,—fué de lucha.

Nacido en San Juan,—provincia fecunda en personalidades descollantes,—se lanzó á pintarla con los tóques violentos de sus pinceles de artista, bebiendo sus inspiraciones en las auras y en las montañas de aquella naturaleza agreste.

Fruto de su inteligencia y de su observación pertinaz, son las numerosas páginas descriptivas, históricas y sociales que diseminó en el *Facundo* y en los *Conflictos y Armonías de las Razas en América*.



En medio de una sociedad embrionaria, en un ambiente en que se respiraba lo refractario, en una zona donde la instrucción no tenía base ni orden, predominando los analfabetos, se incubó el talento de Sarmiento, talento natural y por ende de una solidez indestructible, coronando en la universidad de esta capital sus estudios apenas esbozados.

La ruidosa popularidad de Mitre, Rawson y Alberdi, resonaba en la república y obligaba á la emulación. Sarmiento, consultando sus aptitudes, encontróse con fuerza y resistencia para llegar hasta la meta: estudió, consultó, escudriñó y no desmayó, hasta no ver realizado el ideal, que le daba fuerzas para luchar y para vencer.

Y entonces, se le vió batallar con ardor y con fé, multiplicándose para abrirse brecha,

con sus escritos fogosos, meditados, de una filosofía avanzada, hasta destacarse en el periodismo como una de sus entidades perfiladas, sobresalientes y netas.

No había tema que Sarmiento no tratase: ya político, económico, constitucional ó literario, con argumentación maciza y erudición amplia; pero donde se realizaba su fibra era en la polémica acre, en la sátira sangrienta y en el sarcasmo irónico: hundía al adversario, clavándole en el blanco de sus tiros formidables.

Y en ese terreno no hubiera tenido competidores, si su espíritu turbulento no se hubiese exaltado á la menor contrariedad, hasta degenerar en impropiedades, desbordándose en reiteradas ocasiones como los rios al salir de cauce, perdiendo la serenidad y la sangre fría que es menester conservar en las situaciones difíciles.

En Valparaiso, á donde huyó perseguido por la ferocidad de Rosas, estableció la escuela normal de preceptores, y sostuvo en *El Mercurio* campañas políticas y debates sobre la sociabilidad chilena, que le obligaron á recurrir á su arsenal de polemista para contrarrestar las filípicas agudas que le endilgaban sus adversarios, poderosos contendores, que nunca faltaron en el diarismo de aquella nación.

Vuelto aquí, su personalidad adquirió acentuación nacional.

Con su propaganda en el estadio de la prensa, en la tribuna parlamentaria, en los consejos de gobierno, «demolió dictaduras,

destruyó montoneros y aniquiló el caudillaje indómito y ensoberbecido, fustigando el despotismo con la misma elocuente impetuosidad con que fustigara la iniquidad el inolvidable Sheridan». (*)

De su gira por Europa, Chile y Norte América, dejó un libro de impresiones de viaje, curiosas y pintorescas.

En París, conoció al republicano Lafayette; en Santiago al historiador Lastarria; y en los Estados Unidos, al educacionista Horacio Mann, con los que sostuvo relación escrita, hasta la muerte.



Su obra intelectual es vastísima: inmensa en conjunto y deficiente en detalle. El *Facundo*, aparecido como un sol en medio de las producciones de entonces, fué un acontecimiento para las letras patrias, y ese acontecimiento puede decirse que continúa, pues no se ha escrito aún el libro que pueda sustituirlo.

Tiene los más hermosos cuadros que se ha trazado sobre la naturaleza argentina y sobre los habitantes y las costumbres del país, haciendo relucir la civilización y la barbarie por los mágicos golpes de su pluma, que á veces fatiga por su exuberante fantasía, pero que conduce insensiblemente al fin, con una sagacidad comparable á la de Victor Hugo, echando mano de recursos que el

(*) Osvaldo Magnasco, -- *Discurso en la tumba de Sarmiento.*

vulgo no percibe, líneas ténues é indecisas, que el criterio superior advierte y saborea, admirando los resortes inexcrutables de que se vale el genio para iluminar una situación vaga ó dar vida al más obscuro de los héroes.

Sus facultades creadoras, se revelaban en todo: en sus visiones del porvenir y hasta en sus aciertos proféticos.

El pequeño mundo; las imágenes impalpables; los paisajes vaporosos y rutilantes, con sus lunas muertas de tan extraño y melancólico efecto en Lamartine, no han sido creados para Sarmiento, que se gozaba en el triunfo de las praderas inundadas de sol, « en la pompa de la flora tropical y en lo vasto de los horizontes sin límites », tocando en los extremos de la grandeza real; teniendo las primordiales cualidades de Andrés Bello, aventajándolo en la originalidad rarísima de su estilo, que si carecía de la pureza gramatical del primero,—el más correcto prosista *español* en América,—tenía en cambio la consistencia, la elasticidad y la fuerza que le faltó á aquél.



Jefe de los educacionistas y maestro de tres generaciones de argentinos, Sarmiento había nacido para enseñar, y enseñó. Todo su afán, toda su ambición, acabó por cifrarla en ese apostolado.

Sabía decir: — Bástame la satisfacción del deber cumplido, bástame la idea de haber

podido ser útil en algo á la juventud estu-
diosa.

Agradaba verle en el hogar, rodeado de sus nietos que idolatraban al ilustre abuelo, ó en su gabinete atestado de manuscritos, de papeles y de libros, escudriñar en los manuales didácticos que venían de allende el mar, y al hallar alguna innovación para incorporarla á nuestros textos, la alegría se pintaba en las líneas severas de su rostro.

Empapado en las doctrinas filosóficas de Locke y Herbert Spencer, que seguía en sus fundamentos, trató de verter en sus producciones algo más que simples fantasías de mero solaz y llevadero pasatiempo; él marchaba hacia una orilla conocida, tenía marcado un rumbo definido, categórico, concreto; no pretendió abarcarlo todo, camino por el que se termina sin arribar á nada duradero.

Sus reglas y sus tratados pedagógicos, se propagaron en las catorce provincias, y su retrato, figura al lado de los de Rivadavia y Moreno, en todas las escuelas y colegios de la república.

Las sendas abiertas por él en nuestra literatura naciente, han creído seguirlas algunos prosistas, que no han hecho sinó girar en su torno, como pálidos satélites al rededor del disco solar, apagándose en seguida, por la exigua luz de sus rayos macilentos.



Este anciano venerable y augusto, tan soberbio con los potentados y los mandones, amaba á los desgraciados y á los débiles.

Le placía ver á las criaturas sonrientes y alegres dirigirse en grupos á las escuelas; las acariciaba paternalmente al pasar, descubriendo los tesoros de ternura que el león escondía en su alma y que el rígido semblante de «Sócrates severo» amenudo traicionaba.

Sarmiento ha legado un bello ejemplo á la juventud intelectual del continente. A los setenta y seis años, no abandonaba todavía la arena del combate; y la luz de su cerebro, lejos de debilitarse con la vejez, continuaba desde la Asunción señalando á la América el camino del porvenir.

De sus postreras páginas literarias escritas en el Paraguay, á donde se dirigió, en busca de climas más propicios para su salud quebrantada, y en donde murió, arranco esta profecía, que fué la última vibración de su pensamiento:

Es la humanidad una tierra dura é ingrata que rompe las manos que la cultivan, y cuyo fruto viene tarde, muy tarde, cuando el que esparció la semilla ha desaparecido.

(1896)




JORGE ISAACS

JORGE ISAACS

“ Hay vidas que se parecen á la hierba solitaria que nace en medio de las arenas abrasadas por el sol.

MIGUEL CANÉ

ALÍ es un pintoresco y poético pueblo, situado al pié del valle que besan rumorosas las ondas del Cauca, alejado del fragoroso tumulto, de las ciudades, del oleaje de las pasiones encontradas y de la corrupción de las populosas capitales. Sitio agreste, en el cual deslízose tranquila y sonriente la primavera de la vida de Jorge Isaacs, inspirándose en las galas de ese territorio tropical, opulento de savia y ataviado por los caprichos de una vegetación lujuriosa y exuberante.

Colombia y Venezuela son hermanas gemelas en la poesía, dos repúblicas fecundas en trovadores. La configuración topográfica, las montañas que las circundan, los rios que las riegan, los valles que las embellecen, los bosques umbríos, las selvas vírgenes, la apacible serenidad de las noches, las auroras y los crepúsculos predisponen á la meditación y al éxtasis.

Jorge Isaacs se templó en ese ambiente embriagador, identificóse con la vida pastoril, corriendo por las verdes campiñas, esca-

lando montes, atravesando praderas, vadeando rios, y en sus momentos de inspiración, robaba como los pintores algun paisaje delicioso, ó rimaba composiciones de sentimiento como *La vuelta del recluta*, que hiere el alma en sus vibraciones internas y cuya intensidad de imágenes corre parejas con la de las baladas alemanas de Uhland.

La tarde se apaga, y abajo la aldea
Blanquear entre sauces y pinos se ve;
Rebaños que bajan al valle, vadean
El rio que lame del monte los pies.

Los ecos repiten la voz quejumbrosa
Que da el campanario llamando á oración,
Y aquel caminante descúbrese y ora,
La frente en la mano que empuña el bordón.

¿Quién es? De su blusa los rojos jirones
A un digno soldado disfrazan quizá:
Es Pablo el recluta: partió bello y jóven,
Los soles le han vuelto morena la faz.

Dos lágrimas tiernas sus flacas mejillas
Mojaron, los campos natales al ver...
Su amor y una madre dejó á la partida;
¡Ni madre ni amada le esperan tal vez!

Risueño y gozoso saluda encontrando
Al jóven amigo que nunca olvidó.
¡Ay! ¡cómo los soles del sur le cambiaron!
Tan solo responde, «¡bendígate Dios!»...

Teresa, la niña que tanto le amaba,
Que en lágrimas tibias bañole al partir:
Hilando á la puerta de alegre cabaña
Jugar á sus hijos contempla feliz.

Detiene el viajero la marcha, y ahogan
Profundos sollosos su trémula voz;
Teresa, temblando, cree ver una sombra...
Su tez ha perdido de rosa el color.

Fué solo un recuerdo... Los niños la abrazan
Mirando al mendigo con miedo infantil;
Dos lágrimas gruesas enjugan sus palmas,
Volviéndo en silencio la marcha á seguir.

Sus ojos nublados la choza paterna
Descubren. Es noche. Responde á su voz
El viento que cruza la estancia desierta:
La muerte ha dos años su hogar apagó.

La luna al ponerse le vió solitario
Subir la montaña, camino del sur...
En torno del fuego medrosos aldeanos
Que vieron su sombra refieren aún.



Isaacs no ha tenido una educación intelectual en el sentido europeo, aunque no carecía de un juicio maduro, de una imaginación soñadora y de un talento complejo, solidificado en la lectura de los clásicos antiguos y en el estudio de los modelos y reglas del buen decir.

Cuando en 1877 apareció en Buenos Aires el elegante volumen que contenía las rimas del esclarecido novelista colombiano, fallaron los jueces más conspicuos que en materia de crítica contaba la Confederación, enaltecíéndole unos y haciéndole severísimos reproches, otros.

Solicitado el juicio del entonces Presidente de la República, Nicolás Ávellaneda, lo dió desde el trípode augusto cual nuevo Júpiter, pretendiendo sepultar bajo el escámpelo de su acerba crítica y de su sistemática y convencional escuela la seguida por Jorge Isaacs, condenándolo abiertamente, con una zaña y encono injustificado y que no se esperaba de un criterio tan agudo, como era el del literato-magistrado que dejó tan hondo y prematuro vacío en las letras argentinas.

Las razones aducidas y en las que basó

su opinión extraviada, lo diré sin buscarle atenuantes, no fueron dictadas por un sentimiento de serena imparcialidad ni de estricta justicia: alguna insinuación malévola, ha de haber intervenido en la severidad y en la acritud con que juzgó al que, sin ser un gran poeta, no era por cierto un vulgar versificador.

Salió entonces á la palestra, en defensa del bardo motejado, Santiago Estrada, y en una refutación persuasiva y elocuente destruyó lo escrito por Avellaneda, con acopio de erudición de buena ley y con un lujo de argumentación irrefutable. (*)



Ahora, dejando de lado esa polémica fogosa, sostenida con igual briosidad é intrepidez por ambos contendientes en la región de las nubes, y las pasiones que hayan podido suscitarse en pro ó en contra de las escuelas en pugna, es necesario confesar que el número mayor de sus poesias tienen un defecto capital, que salta á la vista hasta de los profanos; la incorrección, defecto de que adolecen y del que no se dan cuenta los poetas noveles, y que proviene de la fecundidad llevada al periodo álgido de su mayor expansión, de ese afán inexplicable y contra-productente de producir y producir á destajo, lamentable y rápido derroche de inspiración

(*) Santiago Estrada.—*Respuesta á una carta del Dr. Nicolás Avellaneda, sobre los versos de Jorge Isaacs y el ideal del poeta.*—Buenos Aires. Biedma.—1877.

que se desborda como un río al salir de madre, en centenas y centenas de estrofas, amignorando el mérito y la intensidad de las ideas, que se empequeñecen en la estructura pobre é incorrecta del verso.

¡Si en vez de la cantidad se mirase la calidad! ¡Si este bardo, en vez de expandir su musa, dando rienda suelta á caprichos é impresiones fugaces en tantas rimas en las que no veo el arranque épico en el grito de batalla ó en la maldición violenta y el acento tierno y elegíaco al llorar las desdichas de las patria ó al evocar melancólicos recuerdos amorosos, las hubiera refundido en una, como su compatriota Diego Fallón quizá sería el principe de los poetas colombianos!

Escogiendo lo más perfecto en el laberinto enmarañado de sus composiciones poéticas, hallaría á lo sumo media docena que no se resentirían de la falta señalada; las demás —lo afirmo sin jactancia, no por el prurito de hacer alarde de conocimientos que no me sobran, sinó porque es la verdad desnuda y tal cual debe estamparse,—si bien se levantan de la mediocridad, no alcanzan á tener los contornos severos ni las proyecciones luminosas de la estrofa artística.



Isaacs ha padecido y sufrido mucho, muchísimo, lo que no es dable concretar, moral y físicamente: ha tenido sus noches negras y sombrías y sus horas de amargura indecible, en que acarició la idea del suicidio co-

mo un supremo bien. La fatalidad le habría llevado á las puertas de la muerte, si no hubiera reaccionado á tiempo contra esa resolución extrema, forjada en un raptó de locura frenética, cuando el dolor inexpriable habia llegado al paroxismo y la desesperación habia pasado ya por todas las formas del delirio, amenazando hacer estallar el corazón.

Apuró hasta la hez la copa amarga del martirio, y el sufrimiento quebró en sus labios la sonrisa.

Por esto no se le verá descender nunca de su olimpica gravedad, para bajar á la humorada fina ó al chiste ingenioso: ¡siempre allá, sobre el páramo sombrío ó la llanura verdosa, el alma triste del cantor atribulado!

Hasta 1886 vivió sumido en las amarguras de su propio corazón. Después abandonó Bogotá, para recorrer los desiertos del Nuevo Mundo, en busca de minas de carbón y de hulla. El poeta se convirtió en industrial, y por esta vez la fortuna no fué esquiva con él. De vuelta de su expedición científica, tuvo la desgracia de perder en las costas del Atlántico á su fiel y denodado compañero de viaje, á cuya memoria acaba de dedicar estos versos sentidos y patéticos, á mi juicio, los mejores de su lira:

¡Y dejamos su tumba para siempre
en el jaral de la marina selva,
sola con los mujidos de los vientos
y el fragor de la mar en la ribera!

Aquel postrer adiós que no responden
los mudos labios ni las manos yertas,
ahogaron mis sollozos.... y la fosa
lentamente colmó la extraña tierra.

Después envueltos en nocturnas sombras,
 infló el terral las temblorosas velas,
 y al fulgor de los pálidos relámpagos
 hicimos rumbo hacia la mar inmensa.

¡Cómo responden al gemir del alma
 ecos y gritos de las olas negras
 que al viento arrojan sus penachos niveos
 y en las rompientes iracundas truenan!

¡Cuán distantes las cumbres de los montes
 en los albores de la luna llena! . . .

¡Qué lejano el desierto pavoroso
 donde su tumba solitaria queda!

¡Compañero leal, valiente amigo! . . .

¿qué dar en galardón y recompensa
 de tu terrible sacrificio heróico
 á los seres amados que te esperan?

Ahora ostentarás plácida noche
 en las verdes llanuras del Combeima
 la veste salpicada de lampiros,
 su nimbo azul de fúlgidas estrellas.

Las brisas jugarán en los follajes
 que tu cabaña en el otero cercan;
 allí del hijo amado hablan gozosos. . .
 son sus pasos. . . ¡Es él que salvo llega!

¡Y duerme ya en la tumba que le dimos
 en el jaral de la marina selva,
 sólo con los mugidos de los vientos
 y el retumbo del mar en la ribera!



Como Virgilio, como Horacio, como Teócrito,
 como todos los bardos de real estirpe, tentó
 también el genero denominado *pastoril*,
 cultivado en Inglaterra por Burs y Moore,
 en Norte América por Longfellow y aquí, en
 este suelo, por José Hernandez y Estanislao
 del Campo, en lenguaje festivo y modismos
 gauchescos. Y aunque Jorge Isaacs no fraca-
 só en la tentativa atrevida y audaz, no tuvo
 ésta repercusión continental, porque el arte

como la ciencia no permanece un sólo día estacionario: evoluciona, y toma nuevas tendencias que destruyen las pasadas.

El positivismo echa raíces profundas.

El sentimentalismo ha muerto desde que surgió Balzac. Vivimos de prisa; las jere miadas y los ayes no se escuchan, su reinado se ha extinguido totalmente. Hasta los lamen tos bíblicos de Job y el grito soberbio de Prometeo encadenado, que vienen resonando á través de los siglos, han ido á apagarse entre la carcajada sarcástica de la orgia, el hurra atronador del circo y las aclamaciones delirantes del *frontón*. ¡Estamos de nuevo en plena Bizancio, y en camino de una deca dencia inevitable y fatal! Vendrá la transi ción, vendrá la reacción; pero entretanto es preciso amoldarse á las modalidades y á los gustos de esta época sensual, escéptica y ma terialista y esperar mejores días.

Al leer á Goethe, á Hugo, á Tasso, en su *Werther*, en sus *Miserables* ó en su *Jerusalém Libertada*, me siento transportado en un re lámpago á las esferas superiores del pensa miento y de la luz, donde se cierne el genio creador, cual cóndor en los Andes, abriéndose ante mi imaginación estrecha, horizontes infinitos y grandiosos, mundos de revelaciones ocultas á mis ojos inexpertos, concebidos por esos titanes del cerebro al ser iluminados por el espíritu de Dios.

Pero los Hugo, los Goethe, los Tasso, son *fenómenos* raros, que como los cataclismos volcánicos ó siderales, no se suceden dos en un siglo en todo el perimetro del planeta; y

el escritor ó el poeta—vuelvo á insistir— que intente hacer obra de artista, á la vez atrayente y justa, tiene que reflejar la sociedad, la vida y el medio ambiente de su tiempo, si no quiere desaparecer en la penumbra del anónimo, ó ser arrastrado por las corrientes dominantes de la época.



Y ya es hora de que pase á hablar de *María*, la obra capital de Isaacs, la que lo dió á conocer ventajosamente, en el pleno desarrollo de su potencia cerebral, y de la que dijo Cané «que era el único libro escrito en América que había hecho llorar del Cauca al Plata».

El armonioso trovador no ha inventado el argumento, ni la novela ha sido una trama puramente fantástica, sinó su propia y desconsolada existencia, narrada con tintes diáfanos y sombríos, en que brillan relámpagos de esperanza, dolores eternos, alegrías fugaces.

Escrita en el lenguaje arrobador, sencillo, íntimo, impregnado de un «sello indefinible de tristeza», que enerva el alma ó la hace vibrar á impulsos del sentimiento humano, en ese lenguaje á veces místico, con el que Lamartine escribió *Graziella*, Chateaubriand *Atala*, Saint-Pierre *Pablo y Virginia*,—las tres columnas del romanticismo francés,—ha sostenido paralelo, según el juicio de un argentino ilustre, con esas obras que tienen sobre sí el rubro de la inmortalidad y una aureola de luz inextinguible.

La pintura gráfica de los paisajes naturales, las medias tintas del sol al sepultarse en el zenit, entre gasas de oro y destellos diamantinos, que iluminan el crepúsculo moribundo, el follaje embriagador de la selva umbría, el sordo cuchicheo de los vientos quejumbrosos, el rumoroso arroyuelo de plateada superficie alumbrada por la luna, la azulada noche tachonada de antorchas infinitas, la aurora matutina con su Venus deslumbradora de hermosura, el fresco ambiente de la mañana, los vapores del rocío esfumados por la tierra, las canoras avecillas que vuelan por el jardín y se susurran sus confidencias amorosas, la casa paterna con todas sus nimiedades y candorosos atractivos; y en medio de esas bellezas y secretos encantos de un hogar humilde y feliz, como marco al cuadro, María, la casta enamorada de Efraim, por cuyo amor se extingue lentamente, como las últimas palpitaciones de una lámpara sin combustible, descrito con los primores del artista, que roba con su paleta los colores al cielo.

Y la série de sensaciones no interrumpidas que se suceden ordenadamente: el cariño puro de esos dos ángeles, unidos por el amor y separados por la fatalidad de su destino tremendo, que interpone primero entre ambos, como barrera insalvable, el océano embravecido, y luego el abismo pavoroso de la muerte; el retorno de Efraim, después de una peregrinación por el continente oriental; las epistolas sentimentales de María y las escenas de dolor intensas y sensibles, que Isaacs

hace correr bajo los ojos como vistas de un kaleidoscopio, anuncian el desenlace brutal, el angustioso fin, que echa por tierra los sueños azules, los proyectos sonrientes del porvenir y las escenas de paz y de dicha entrevistas, extinguiendo hasta la eternidad la faz celesté de aquel hogar venturoso.

«Ninguna fibra del alma deja de vibrar en esa dolorosa historia, ningún incidente se olvida y todo es eficaz porque todo es sincero; se siente en ella una vitalidad palpitante, y predispone al lector, por no sé que modificación simpática de la sensibilidad, á reproducir como una lámina bruñida y sonora los acentos de la pasión narrada. Hierde todas las fuentes de nuestros propios amores y nos reimpregna en su caudal, estremeciendo todas las cuerdas de la emoción. Nos hace penetrar en el misterio de aquellas almas cándidas y fuertes, en sus ilusiones, sus congojas, sus zozobras, sus agüeros, sus presentimientos y sus esperanzas, desde el nacimiento hasta el estrago de su fé. María sucumbe á una enfermedad hereditaria cuyas primeras explosiones amargan las horas de su amor. Su muerte es presentida, esperada. Los jóvenes luchan contra aquella sombría perspectiva, y cuando la efusión de sus alegrías la alejan por intervalos, el ave negra les suscita dolientes supersticiones que la reproducen y la fijan tenazmente en su memoria.» (*)

(*) José Manuel Estrada.—*Juicio crítico sobre la novela María de Jorge Isaacs.*

No puede reprimirse el sollozo al leer el pasaje desgarrador de la vuelta de Efraim á la mansión desierta, cuando al caer en brazos de su hermana idolatrada — que él cree su prometida — le comunica la muerte de María, las postreras confidencias, los recuerdos infantiles, el árbol secular, las azucenas del huerto, las mil evocaciones que acudieron á los labios de la moribunda en el instante de la suprema transparencia, y que no pueden ser obra de la imaginación febriciente, ni delirio del cerebro enardecido; tienen que haberse *sentido*, como las ha sentido Isaacs, para escribirlas.

Y debió ser bajo la enormidad de esa desgracia, cuando enderezó á Dios ésta súplica:

Señor! si en sus miradas encendiste
este fuego inmortal que me devora;
si en su boca fragante y seductora
sonrisas de tus ángeles pusiste;

Si de tez de azucena la vestiste
y negros bucles; si su voz canora
de los sueños de mi alma arrulladora,
ni á las palomas de las selvas diste;

Perdona el gran dolor de mi agonía
y déjame buscar tambien olvido
en las tinieblas de la tumba fría.

Olvidarla en la tierra no he podido,
¿cómo esperar podré si ya no es mía?
¿Cómo vivir, Señor, si la he perdido?



Será siempre *Marta* la novela más subjetiva en su género, más real, más patética y mejor escrita, á pesar de las descripciones sobrecargadas de luces y de matices, de ciertos diálogos sin movimiento y de alguna escena pálida y por demás ingenua; manchas

imperceptibles que no alcanzan á empañar la nitidez cristalina del idilio, ni la serena majestad del conjunto homogéneo en el cuadro soberbio.

El cincel de Fidias modeló en mármol pentélico la Venus mitológica, é Isaacs, después de afanes y contratiempos, escribió *María*, inspirada revelación de un espíritu artístico, nacido en el Cauca, cuyas maravillas describió con su pluma y cantó con su lira de poeta.

Y cuando llevo el pensamiento á Colombia y medito en el autor de este idilio, « que muerto para la esperanza », no pulsa ya el arpa celestial del bardo ; cuando veo esterilizarse una cabeza de complexión tan soberana, para encerrarse en un mutismo desesperante, me veo forzado á lanzarle una reconvención, un grito de protesta, para que no cuelgue la lira de la que nació *La casa paterna* y no enmudezca jamás la pluma que creó *María*, que simboliza en esta parte del mundo, lo que en la otra el *Werther* de Gœthe, esto es: ¡ el poema de la juventud y del amor !

(1893)



JUAN B. ALBERDI

JUAN B. ALBERDI

••

Muchos de los disentimientos que más de una vez me han separado de respetables compatriotas, no tuvieron otro origen, que la diversidad del medio y del punto de vista desde los cuales nos tocó formar nuestros juicios respectivos sobre los hombres, las cosas y los acontecimientos del país.

ALBERDI

CUCUMÁN, «el jardín de la república» según la gráfica expresión de Sarmiento es la provincia que vió surgir á este robusto brazo de nuestra nacionalidad: paladín brioso de la democracia y de la idea federalista, y defensor abnegado de los hombres emprendedores y laboriosos.

Abrazó Alberdi, desde temprano, la carrera de las leyes que le cautivaba, al par que abría á la juventud estudiosa de aquel tiempo un horizonte halagüeño y fructífero, dado los escasos argentinos que la ejercían, y donde los abogados de su talla se creaban bien pronto una numerosa clientela.

En el foro chileno y oriental y en la alta Cámara, fué una figura expectable, abordando con lucidez y tino las arduas é intrincadas cuestiones legislativas. El que no llevara consigo pruebas explícitas y terminantes ó no aduciera atendibles razones, era inútil, inoficioso que se presentase á su estudio, porque

Alberdi defendía lo justo: estaba vaciado en el molde de los antiguos tribunos de la Grecia.

Sus arengas forenses decidían á los jueces y su dialéctica, un tanto fría, pero convincente como los razonamientos formidables de Pitt, se avenía con su temperamento sereno, casi taciturno, pero noble.

En la diplomacia, si no tuvo oportunidad de revelar su tacto en conflictos internacionales, — que no se presentaron, — mereció la confianza del gobierno y el respeto de miembros distinguidos: — embajadores, ministros y cónsules, — que tenían de su capacidad un concepto superior. No una, sino repetidas veces lo envió el poder ejecutivo, con cargos difíciles, antes las cortes europeas.



Era Alberdi todo un repúblico. Su modelo, las figuras bizarras de la unión americana: Washington, Lincoln, Adams. Trataba por todos los medios de arraigar en nuestro territorio las mismas leyes y los mismos códigos, identificando nuestro sistema de gobierno con el que regia y rige aquella república gigante, de sorprendentes transformaciones y de colosales industrias.

Persistía, con la fé de un convencido, en esas bases, y sus obras jurídicas y económicas iban encaminadas á ese fin, que era la estrella fija que lo guiaba al través de sus patrióticos ideales.

Después de la caída de Rosas,—de aquella tiranía abominable y sangrienta, sin precedente en los anales de nuestra procelosa

historia, — se presentó el publicista, con sus libros sobre la organización política y comercial del país y sus *Bases de la Constitución Argentina*, que prestaron y siguen prestando inapreciables servicios.

Tenia Alberdi una cualidad muy rara; por desgracia no tan común como sería de desear, en los estadistas que le sucedieron, quizá la que lo privó de ascender á los más altos destinos: la honradez de Tácito. Se cuidaba de no mezclarse con los que hacían política localista y estrecha, con los que vendían su voto y su conciencia, como los fariseos la túnica de Cristo, por un puñado de oro; y una vez ligado á un plan político, era incapaz de una deserción.

Antes de poner en pública subasta sus principios, que eran su brújula, su norte, su talismán, lo que valía la pena de vivir, pasaba por todos los sacrificios y necesidades, pero no claudicaba.

«Su personalidad, se destaca como el fundador de una escuela constitucional, en torno de la cual hanse desenvuelto, acontecimientos de una prolongada duración en el país.» (*)

Alberdi descolló en las bellas letras y en la música; sobre esta última compuso un tratado; y «se ensayó agradablemente en el panfleto, el cuento á lo Voltaire y la alegoría política puesta de moda por Laboulaye.» (**)

Al emigrar de Buenos Aires, escribió en el mar del sud un poema humorístico y serio:

(*) Juan María Gutiérrez.—*El doctor Alberdi*.

(**) Croussac—*Juan B. Alberdi*.

El Tobía, del que puede verse un fragmento en *El Lector Americano*.

Con criterio maduro y el raciocinio de un filósofo, esbozó en un libro, que se publicó en París, la vida y los trabajos industriales de Williams Wheewrighth, fustigando tenazmente á los gobernantes que ponían trabas á ese ilustrado yankee, quien dotó á Chile de gas y de ferrocarriles; al Perú de los primeros buques á vapor; á la Argentina de vias férreas como el Central Argentino, el Central de Córdoba y el de la Ensenada, y propuso á la nación la realización del puerto ideado por Rivadavia, que se ha construido en el mismo sitio proyectado: al pié de Tolosa, punto estratégico y seguro para la defensa de las costas que baña el Plata. -



Experimentado pedagogo, comprendia el magisterio de la enseñanza en todo su alcance y en las *Bases* de la Constitucion Nacional se hallan sus sabias doctrinas, sobre cuestión tan influyente como la educación de la juventud.

Huía de los monacales y de los sofistas como se huye de la lepra, y sin ser un cleróforo solía decir: *Que el clero se eduque á si mismo; pero no se encargue de formar nuestros abogados y estadistas, nuestros negociantes, marinos y guerreros.*

Por ahí podía medirse al educacionista y sondearse las revelantes convicciones del libre pensador.

No era materialista en el sentido grueso de

la frase; pero, tampoco, estaba conforme con el sentimentalismo religioso. Insistía en que *la sociedad necesita, de la religión el hecho y no la prédica estéril y palabarrera.*

Odiaba el servilismo del Tartufo, y al entender en una causa ó al tomar sobre sí la responsabilidad de una fracción política, lo hacia por acto espontáneo de su voluntad y no por la codicia remunerativa. La guerra tenaz que el localismo estrecho le declaró, fué injusta. Alberdi buscaba la amalgama y la conciliación de las catorce provincias, porque solo así, en un acuerdo común, comprendía que debía surgir la grandeza nacional.

Sus sanas intenciones y sus nobles propósitos fueron empuñados; la rivalidad y la envidia de algunos de sus contemporáneos, le persiguió hasta Fontenay, á cuyo retiro le llegaban los dardos enconados y punzantes de la diatriba.

«A la vejez y después de cuarenta años de ausencia, aceptó agradecido la reparación pública, resolviéndose á volver á su patria para sentarse en el Congreso. Era muy tarde, para él y para nosotros! No hay error más triste que ceder al llamamiento de la realidad, cuando la hemos transfigurado á la distancia con largos años de ilusión. Si la aparición de Alberdi envejecido y desorientado no fué un desencanto sinó para los que no habían leído sus libros, para él la decepción fué profunda y fatal: se volvió al destierro como á su única patria, para acabar de morir. Había bebido durante un cuarto de siglo la hiel de la calumnia y el vinagre de

la iniquidad: pero ese adiós eterno á su pueblo que no le conocía y á quien no conocía ya, fué sin duda la gota de suprema amargura.

«Queda su obra fragmentaria, y con ella el testimonio irrecusable del cerebro más comprensivo, del espíritu más ágil y sagaz de su generación, que es la gran generación argentina. Como literato de vigor y colorido, es inferior á Sarmiento y acaso á López: á todos aventaja como pensador político. En él la forma se ajusta tan perfectamente á la idea que no parece existir: no tiene estilo distinto del pensamiento; y la frase transparente, estrechamente adecuada al concepto, remeda un velo blanco sobre una blanca desnudez. No tenía paleta; pero, suele ser tan precisa su línea, que la ausencia de color no se deja sentir. Hay una virtud secreta en su talento, lo mismo que había en el hombre una belleza interior.» (*)

Conservaba el diploma de altas corporaciones científicas europeas, siendo miembro correspondiente de la Academia Española.



El congreso de la nación en virtud de todos estos antecedentes honrosos, y sobre todo, apreciando el talento jurídico y legislativo del Dr. Alberdi, votó una crecida suma para la impresión definitiva de sus obras completas, (ya aparecidas), poniéndola bajo la custodia y el patrocinio de los doctores, D. Manuel Bilbao y D. Arturo Reynal O' Connor,

(*) Groussac—*Juan B. Alberdi*.

quienes guardaban sus manuscritos inéditos, su correspondencia epistolar y las últimas confidencias de su espíritu.

Se hallaba Alberdi en extranjero suelo, en la pobreza, casi en la indigencia, cuando le sorprendió la postrera hora de la vida, dejando á las generaciones presentes, no pocas enseñanzas, y los perfiles bien acentuados de un carácter probo, de una sola pieza; un ejemplo de virtudes cívicas que desapareció con él del escenario político argentino.

Consagrado por entero al estudio de los intereses colectivos, y al mayor esplendor de la confederación, su inesperada muerte, comunicada por el hilo telegráfico en su lacónismo desesperante, asumió las proporciones de un duelo nacional al extinguirse de improviso, lejos de las playas natales, una cabeza privilegiada, uno de los hombres mejor preparados para la gestión de los negocios públicos, y una de las figuras culminantes de la patria.

(1889)



GUILLERMO MATTA

GUILLERMO MATTA

••

La civilización no atinaría á celebrar dignamente sus victorias, si le faltara el himno inspirado de sus vates.

CÁRLOS GUIDO Y SPANO

QUIEN leyó su composición *Á mi madre*, melancólica como *La Resignación* de Miguel T. Tolón, íntima como las místicas endechas de Mendive, sentimental como los nocturnos de Jorge Isaacs, verá en ella,—si es verdad el dicho universal de Buffon.—«que el estilo es el hombre,»—un corazón sencillo y noble como aquel de los antiguos patriarcas hebreos, que sentados á la sombra de sus mágicas palmeras ó á orillas de sus ríos deliciosos entonaban cánticos á Sión; quien haya leído la titulada *Un hijo*, incorrecta en el orden y en la versificación, pero empapada por las lágrimas brotadas del alma acongojada y del espíritu herido, verá netamente el fondo del hombre, y quien por último haya leído sus himnos *Á la Patria* y *Á la América*, sentirá renacer aquellos espontáneos entusiasmos, que después de las guerras por la libertad, parecen haberse extinguido como el fuego de cien volcanes.



El nombre de este bardo, ha sonado dentro y fuera de Chile, de éste y del otro lado de los Andes, por espacio de treinta años,— que lo han sido de servicios á su país, — y está estrechamente vinculado á sus progresos materiales y morales, de los que fué celoso y constante centinela.

Es de aquellos organismos templados para la contienda. Temperamento guerreador, su nerviosidad se manifiesta en el debate periodístico y en el diálogo parlamentario, manteniéndolo en alto, atacando de frente, sin evadir el adversario, hasta estrecharlo en una encrucijada sin salida, donde le clava la pica de la ironía y lo deja en ridículo. El sarcasmo en este caso, viene á ser el puñal que mata, mientras que la calumnia pasa sin rozar.

Nada hay en él que haga pensar en la quietud, en la paralización, en el mutismo. Su constitución moral y física no se aviene con el retiro y la soledad. Necesita una cátedra para enseñar, ó una tribuna pública para enrielar las multitudes. Fuera de ese ambiente de batalla, su vitalidad se adormece y se eclipsa. Y cosa rara, la sencillez humilde de un obscuro ciudadano prima en él sobre la vanidad justificada, de los que elevados por la serena armonía de sus cantos, á la región de los *olímpicos*, miran con desden desde la cima á los que se agitan en el llano, por subir á su vez á la montaña.

Guillermo Matta, es un nombre para mi querido, que se pierde en la aurora feliz de la adolescencia, cuando bebía á grandes sor-

bos, como néctar delicioso, los trozos literarios y poéticos que seleccionó Alfredo Cosson, y que era el único manjar apetecible para mi estómago, indigestado con la geometría y el álgebra, el latín y el griego, cuatrológica espantable que nunca he podido asimilarme, y de la que no retengo una sola ecuación, ni un solo pasaje nebrigiano.

Y no lo olvido jamás: de todas las poesías que contenía aquella selección escogida por un espíritu iniciado en los secretos del gusto, y en la que se leían las firmas más autorizadas, desde Calderón hasta Estanislao del Campo, la composición que dejó mayor impresión emotiva, en mi alma juvenil, es la que dedica á la autora de sus días, que contiene estos versos, que los años y las borrascas no han logrado desvanecer:

«Una madre es la luz de la existencia
Es el único amor que no concluye»

que evoca á Chateaubriand y á Lamartine.



La guerra de la libertad contra la opresión, de la justicia contra la fuerza, del derecho contra la conquista, que convulsionó medio continente, había fenecido. Hacía quince años que los subditos de Felipe II habían vuelto á su España, místios y cabizbajos, hartos de sangre y de derrotas.

Pero estas repúblicas en embrión, enervadas por la lucha tremenda, débiles, sin capital, sin comercio, sin unidad, sin brazos, se revolvían en su anémica impotencia; los cau-

dillejos y el fanatismo contribuían con el todo, á esa crisis fatalista, que no las permitía progresar. Los patriotas chilenos levantaron la bandera de la reacción, extinguiendo los fuegos de la discordia, y en una docena de años, se lanzaron á escape por la pendiente de la libertad y del engrandecimiento.

Por esos años, entre 1829 y 30, nacia en Copiapó Guillermo Matta. Muchacho aún, le llevó la ola á Alemania, donde se estrenó en las letras, produciendo versos no vulgares. Desde los diez y ocho años á los veintiuno redactó la *Revista de Santiago*, y á los veinticuatro, aparecían celebradas en todas las esferas de la sociedad, dos de sus leyendas.

Los que empiezan con brios semejantes desde temprano, fracasan, no llegan. Adolfo Mitre, Benigno B. Lugones y Alberto Navarro Viola,—naturalezas artísticas.—cayeron derribadas por la parca traicionera, «sorprendióles la noche en la mitad del día»; pero, el poeta chileno, viene á destruir esa proposición con su facundia extraordinaria, hoy que ya blanquea sobre su cabeza la nieve de las canas.

Él, como Vicuña Mackenna, mereció el destierro, por no querer quebrantar sus principios.

Debido á esa imprevista causa conoció Inglaterra, España é Italia, á las que dejó vinculado su nombre, sus escritos y sus versos.

Vuelto del ostracismo en 1861, después de restaurado lo que él anhelaba, caído Montt, afilióse al partido radical, tomando sobre sí la tarea de redactor en jefe de *La Voz de*

Chile, que circuló profusamente, entrando de lleno en la fatigosa carrera de Girardin y Armand Carrel.

Dos libros suyos, á los que ya he hecho alusión, despertaron un interés vivísimo en los círculos sociales: *Un cuento endemoniado* y *La mujer misteriosa*, que sin ser precisamente del género festivo, se amoldan más á este; donde como chispas del pedernal, brotan aquí y allí, la sátira fina, la ocurrencia feliz y la gracia desbordante.

El uno es la defensa de la sociabilidad y de la moral: el otro, es un estiletazo á la secta que tuvo por fundador á Ignacio de Loyola, levantando las iras del partido clerical, cuyos gefes protestaron energicamente en panfletos, en diarios y en el púlpito, hasta hacer de la edición *auto de fé!*

Siguieron á esos, como eslabón de una cadena que no termina: himnos, cantos y poemas, de los que podría decirse, parodiando al libro de Principe: *Muchísimo bien, muchísimo mal.*



La Poesía, según la definición que daban Lamartine, Victor Cousin y Channing: «Es lo que tiene el hombre de más íntimo en el corazón y de más divino en el pensamiento».

Y ella, entre las artes es reina. Miguel Angel con el mármol, Rafael con el pincel y Bellini con su genio musical, no llegan á producir y no producirán jamás,—á lo ménos en mí,—el placer inefable, que deja en el alma un lamento de Job, un terceto de Dante,

una égloga de Virgilio. Pero la Poesía y la Música, uniéndose, se completan, por sublime armonía literaria y espiritual, y mientras los sonidos bordan y coloran la estrofa, ésta, engrandecida por los instrumentos de bronce, explende en apoteosis soberbia, y adquiere en la caja armónica del alma, vibraciones indescriptibles.

Matta, tiene en su lira los acordes del alma: llora, canta y ríe. Sin embargo, no es aquella de Zenea, que se estremecía á su contacto como el buque en el huracán, ni la de Carpio, que en sus salmos llegaba al misticismo sagrado; está entre ambos.

No traza las pinceladas de la ternura á la manera del cantor de *Rolla*, que las saturaba de hiel, ni en sus imprecaciones recuerda á *Mármol*, que simulaba un torrente desatado, y si bien la censura justiciera, podría destrozarle estrofas y estrofas de romántico *Arolano*,—que destilan lo trivial y absurdo,—fruto impremeditado de la juventud aspirante, tiene también los productos sazonados del trópico, el vigor de la madurez intelectual.

¿Ha hallado Matta en el arte, lo que se da inconcientemente á cualquier nulidad: *su personalidad propia*? Nó, pero hay algo más que lirismo en lo que escribe, hay la moraleja ó la máxima, el principio filosófico ó el móvil social, en que la reflexión madura prima sobre la fantasía desbordante, aunque á veces por ajustarse al *fondo* mata la *forma* que es el molde impercedero.



El elogio exagerado, que llega al ditirambo, ha tenido y tiene en estos países y en la Europa misma sus notas descollantes, por lo que me atrevo á clasificar de irreflexiva y audaz, la afirmación que un crítico italiano, altamente reputado, el señor G. A. Gesareo, estampa en la *Nuova Antologia*, considerando á Guillermo Matta «superior á Nuñez de Arce, é igual á Victor Hugo!».

Si el entusiasta crítico del que conozco juicios atinados, hechos con conciencia y talento á Josué Carducci, Lorenzo Stecchetti y la *Condesa Lara*, fuera á juzgar con esa bonhomía manifiesta á Olmedo, Heredia Mármol, Encina, Gutiérrez y Andrade, tendría que agotar los calificativos hiperbólicos, porque son verdaderas entidades.

La poesía subjetiva no es su cuerda vibrante, por más que le haya arrancado sonidos agradables y armónicos.

Las reformas, la libertad, la civilización, el heroísmo, la ciencia, le han hecho prorrumpir en cantos, que vivirán indudablemente más que él.

En la descripción de la naturaleza, ó sea la poesía descriptiva, tiene composiciones que el citado crítico considera como modelos: *Por el bosque*, *Impresiones*, y *La nueva primavera*.

El índice de sus obras ocuparía un espacio largo, y lo creo simplemente inútil, desde que ninguna se hallaría actualmente en Buenos Aires.

La maravillosa Italia: sus monumentos, sus

poetas, sus artistas: Dante, Leopardi, Manzoni, Canova, Miguel Angel; las catedrales y los sepulcros, las obras maestras de arquitectura, pintura y escultura, el Quirinal, el Vaticano, la cúpula de San Pedro, le han facilitado más de un hilo para sus rimas; y en la tierra en donde Goethe escribió su *Fausto*, halló algunas de esas leyendas fantásticas que recojen los viajeros de labios aldeanos y que han cantado en sus tristes baladas Schiller y Uhland.



Ha sido Matta un servidor de su patria en todos los terrenos: en la cátedra de humanidades en 1867, en el congreso como diputado en 1870, en el municipio de Atacama como intendente desde el setenta y cinco al ochenta y uno, en las cortes de Alemania é Italia desde el ochenta y dos al ochenta y seis, en el periodismo en distintas décadas, se mostró siempre hombre de acción, de pensamiento y de habilísima sagacidad.

En el alto cuerpo diplomático europeo, tuvo ocasión de estrechar la mano á reyes, embajadores y príncipes, estableciendo una corriente simpática con los que se acercaban á su legación por intereses ó consultas.

El señor Matta no ha defraudado pues las esperanzas de sus mandatarios. Su estadía en Europa, ha probado á los mismos cuanto valen los hombres de su talla, para los cargos escabrosos y difíciles.

Él, ha arreglado satisfactoriamente las reclamaciones surgidas de los bandos neutrales,

ocasionadas por la sangrienta guerra del Pacífico, corroborando los hechos de armas, tal cual se desencadenaron; ha propendido por todos los resortes á la prosperidad de su país, informando á los poderes constituidos, en extensas cartas de las reformas é innovaciones realizadas en materia de derecho internacional, para aplicarlas á su suelo fecundo; ha coadyuvado á divulgar los productos agrícolas, ganaderos, industriales y hasta científicos, en naciones poderosas, que apenas saben si existimos sobre el haz de la tierra.

Guillermo Matta, investido en el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Chile, cerca de las Repúblicas del Plata, ha sabido grangearse en la capital argentina las simpatías del pueblo, de la sociedad y de los gobernantes, manteniendo alta é incólume la política de concordia, de armonía y de paz, iniciada por sus dignos antecesores.

(1890).




VICENTE FIDEL LÓPEZ

VICENTE FIDEL LOPEZ

••

El carácter representado por el pensamiento y la acción, es de una naturaleza inmortal.

SAMUEL SMILES.

 EN Grecia, cuna de las ciencias, las artes y las letras, florecieron Homero, el rey de los poetas de la antigüedad; Aristóteles, el príncipe de los filósofos; Herodoto, el padre de la Historia, y Fidias, el estatuario sublime.

A Herodoto, han seguido todos los historiadores que alumbraron el tortuoso sendero recorrido por la humanidad, en su gestación y en su desarrollo progresivo.

Pero, como lo han afirmado los sabios y los eruditos, Herodoto unía á rarísimas cualidades un gravísimo defecto, defecto quizá mayor que los méritos, lo que le valió el dictado de: *Padre de la Historia y de la Mentira*.

¿De qué sirve aquella si parte de una base falsa, si, en vez de la difusión de hechos acaecidos, los inventa, ó cuenta los que pasan por la imaginación del escritor?

Eso compete al novelista, pero jamás al historiador.

En Historia la mentira es imperdonable; y

•

deja, por lo tanto, de ser buen historiador el que falsea los acontecimientos ó los dobla á su antojo.

El que se dedique á ese ramo de las ciencias, debe estar poseído de un criterio maduro, de un ojo penetrante y experto, de un privilegiado buen sentido, de una paciencia á prueba de archivo y de un raciocinio, cuya solidez esté en armonía con la verdad, para asignar con exactitud é imparcialidad, el rol preciso é incontrovertible á los factores y á los hechos complementarios en cada etapa de la vida de un pueblo.



A esta última categoría, es decir, á la de los historiadores por excelencia, á los que aunan la fidelidad documentada al comentario histórico, pertenece Vicente Fidel López, que, si hubiera actuado en una plataforma más amplia, en un centro intelectual más vasto, en una nación europea, por ejemplo, tendría un concepto tan honroso como el que poseen Thiers y Washington Irving.

Los que juzgan superficialmente al pensador de que trato, por estar retirado de la política, por su innata sencillez de carácter y por su modestia de hábitos, me tacharán de parcial; pero los espíritus selectos, los que le han leído con meditación, los que se han dado el placer de saborear sus páginas luminosas, precisas, claras, repletas de vigor, los que conocen las audacias de estilo de este escritor, que penetra de un rasgo en lo más recóndito del pensamiento, que condensa

en un párrafo el ideal de un pueblo y que en tres renglones da vida á la fisonomía de un Rosas ó á la semblanza de un Bolívar, colocándolos frente al lector como entidades tangibles, dirán que no exagero.

López, ha remontado los orígenes de nuestra historia, « para desentrañar, por medio del exámen paciente y de la deducción lógica, las obscuridades en que envolvieron los hechos, las reservas, los intereses y las pasiones coetáneas ». No es simplemente el narrador que abrumba con citas y comprobantes; ni el erudito, que á fuer de prolijo, nubla el entendimiento extraviándolo; es el observador que analiza y compara, es el filósofo que medita y crea, que hace palpar las causas y los efectos de una revolución, su móvil aparente, su fin real y sus inevitables proyecciones futuras.

Y si esquivo los detalles inútiles,—de que se sirven no pocos para llenar páginas insustanciales, que hastian al mortal paciente que las lee, con la halagadora esperanza de que al volver la hoja se hallará con un capítulo ameno y agradable, — cuida la consulta de documentos, que hacen luz sobre el pasado y no sacrifica puerilmente la comprobación, por no revolver notas en los archivos.

Es más conciso que minucioso, más acerado que dúctil, más profundo que superfluo. Busca el fondo y el porqué de las cosas en todas las manifestaciones de la actividad y del pensamiento humano, y se entrevé en sus juicios el procedimiento analítico de

Macaulay, la aguda penetración de Carlyle y la severa majestad de Sainte-Beuve.



Tiempo ha, el doctor Juan Balestra, joven abogado y aventajado periodista, leía en un salón de amigos, como una página magistral, y á fé que lo es, el paralelo entre San Martín y Alvear, escrito por Vicente Fidel López.

La generalidad de los historiadores, al trazar un paralelo escollan en el prurito de buscar analogías y contrastes que no siempre han existido.

En cambio, López llega en él casi á la perfección; tiene toques atrevidos, analogías verdaderas y dualismos exactos; eran dos figuras bizarras, entre las que no mediaban abismos de temperamento, de tendencias, de aspiraciones, que podían estar frente á frente, y salir igualmente vencedoras.

Al comenzar la lectura, se hizo en la sala bulliciosa un silencio solemne. No hubo indiferentes.

El pequeño grupo concentró su atención en aquellas páginas de fuego. El doctor continuó leyendo y á medida que adelantaba, las figuras crecían, se encarnaban, tomaban actitudes guerreras. Un soplo desconocido flotaba en aquella atmósfera caldeada. Y el paralelo iba de comparación en comparación, de simil en simil, en un crescendo tumultuoso, hasta que llegó al final, y los dos héroes quedaron de pié, iluminados por los destellos de la forma escultural y elocuente, en la que podía valorarse la redondez del periodo, el sabor

castizo de la frase y el ático giro del concepto.

Que *facilidad* dificilísima para bosquejar en dos rasgos un personaje, para pintarnos un sitio histórico, para trasportarnos al campo del combate: las banderas acribilladas, flameando al viento, el humo cubriendo el sol, el relampagueo de los sables, el fragor de las bayonetas, de las espadas y de las baterías tonantes, entre el impetu de las cargas desesperadas, que dejan un tendal de heridos y de moribundos cuyos ayes se pierden entre una lluvia de fuego y un mar de sangre! Ejemplos: las batallas de San Lorenzo, de Salta, de Chacabuco y de Maipo,—síntesis de la revolución, — cuadros patéticos, en que López ilumina con el pincel de Verney, aquellos ejércitos de bravos que renovaron en los peñascos andinos las hazañas de Esparta.

Y el supremo resorte en el estilo, que todos le envidian, que al tratar de una conjuración es sombrío, y al presentarnos un hecho heroico, resplandece?

Medias tintas tanto más extrañas, cuanto que no pueden imitarse, y al querer intentarlo se cae en una decepción.

Reune á la pulcritud de los datos, la severa imparcialidad de los juicios; á la verdad, el interés; á la narración, la filosofía.



Por esto, la *Historia de la Revolución y de la Independencia Argentina*, que abarca el descubrimiento, la conquista, la época colonial y la epopeya heroica, quedará como un monumento duradero del espíritu humano.

La figuración constante del general Mitre, su vida de soldado, de publicista, de político, y de conductor de pueblos, ha contribuido, no poco, á que sus obras se busquen y se popularicen; en cambio, la del doctor López, menos agitada, de acción más obscura, pero no menos eficaz, no ha logrado ponerlas en boga; pero el día que se difundan, no caerán ya de las manos de sus lectores.

Son atrayentes de especial encanto sus consideraciones, reflexiones y motivos, sobre la influencia de la sangre y el espíritu de raza en el carácter belicoso de los argentinos; la pintura de las costumbres clásicas de antaño: correrías de indios, levantamiento febril de villas y de pueblos, industrias primitivas, la yerra, los domadores, los gauchos y los juegos característicos del pasado siglo, encuadrados en el marco de la Pampa inmensa, con sus celajes matutinos y sus crepúsculos que incendian las nubes, las lagunas y las lejanías y apagan los rumores ambientes: páginas nacionales, que tienen el sello de la exactitud y la belleza de lo natural sin artificio.

Es un contendor ilustrado. Sus *Refutaciones* lo comprueban. Tiene una maza formidable de crítico, que si la lanzara con toda la fuerza de sus nervios, aplastaría en su caída hasta un coloso; pero no hace alarde de ella. En la polémica, su estilo se trueca en cáustico é incisivo como el de Swift, sin poseer la sátira sangrienta de Juvénal, ni la risa juguetona de Beaumarchais; y, con todo, rara vez recurre á ese medio para probar sus

asertos, porque no es de aquellos espíritus que, por hacer gala de su ilustración, ponen á veces de relieve la malignidad.



He examinado á López bajo la faz del historiador, y esa queda todavía deficiente é incompleta. No me he ocupado del estadista, del jurisconsulto, del periodista. No caben en estas pálidas reseñas cincuenta años de actividad intelectual y recio batallar de inflexible atrida. Pero no es posible callar, que el hombre, á quien Marcelino Menéndez Pelayo, el sabio enciclopédico y Juan Valera, el notable humanista, colocan á la cabeza de los historiadores de América, ha sido también un patriota de viejo cuño. Atravesó, sereno, impecable, el largo espacio que media de la Independencia á la actualidad; vió de niño las repercusiones de aquel movimiento regenerador de nuestros abuelos; luego, presencié la tiranía abyecta, cuya negra noche de crímenes durara veinte años, execrándola desde el destierro; cruzó el océano borrascoso de nuestras luchas civiles con una antorcha en la diestra; contribuyó á la reórganización institucional del país después de la victoria de Caseros; fué en distintas administraciones diputado, senador, consejero de estado; aceptó, por último, á raíz de la caída de Juárez, el ministerio de Hacienda, tan expoliado, más que como una ambición personal que no sentía, como un sacrificio patriótico que se impuso voluntariamente, sacrificio que

sus contemporáneos no supieron valorar, pero que la historia tendrá en cuenta.

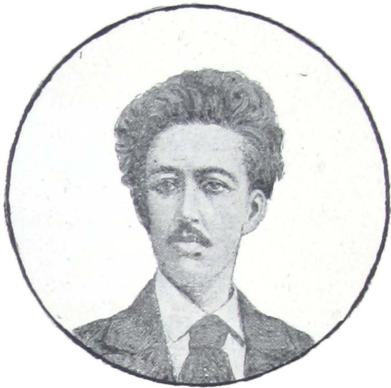
Maquiavelos «de formato menor» que él quería entregar á los jueces, le impidieron realizar sus planes financieros, obligándole á abandonar la escena pública.

El apasionamiento partidista no respetó ni sus canas: le atacó acerbamente, hasta en sus sentimientos más delicados, arrojando sobre él todas las calumnias y todas las diatribas.

La tempestad ha cesado; pero, las pasiones y los rencores de círculo no se han extinguido todavía.

Cuando estos se apaguen, cuando los actores del presente ya no existan, cuando el juicio de la posteridad se pronuncie, se medirá su acción eficaz en los destinos del país; y se verá, que el doctor López,—que no manchó jamás su alba túnica de armiño—fué un digno descendiente de aquel varón ilustre que formó la memorable Asamblea de 1813, y que nos legó en el «grito sagrado», el himno impercedero.

(1896)



MANUEL ACUÑA

MANUEL ACUÑA

••

«Sufrió y no tuvo consuelo, amó y no fué correspondido, sintió la fiebre de la pasión en la sangre y la tristeza de los recuerdos punzadores en el alma, probó la traición del afecto y no pudo olvidar, la vida se tornó para él en una maldición, y se la quitó».



Más de una vez, recorriendo con curiosidad creciente las líricas de Manuel Acuña y pensando en su negra suerte, he tomado la pluma con el propósito de decir algo del poeta dulce y melancólico, del rruiseñor mejicano, del cantor apasionado de la mujer y de los amores voluptuosos é ideales.

Hoy, por fin, voy á ocuparme del que á mi manera de ver ha sido la primer figura lírica de Méjico, desde el renacimiento literario de aquella nación hasta el presente, exceptuando á Manuel Gutiérrez Nájera y á Salvador Díaz Mirón, dos bardos de diversa cuerda y de fibra resistente y poderosa.

Midiendo lo que ha producido Manuel Acuña en su corta existencia,—¡casi no ha vivido! ¿qué son veinte años en la vida del hombre?,—y deduciendo lo que debía esperarse de un cerebro pletórico como el suyo, que no reconocía la fatiga ni se doblegaba bajo el yunque legendario, puede calcularse cuántos lau-

reles habría agregado á su corona y hasta qué altura se hubiera remontado en alas de su inspiración gloriosa!

Meditando un instante en el fin trágico de este jóven, al que Chateaubriand á semejanza de Victor Hugo, hubiera llamado «niño sublime», y palpando las causas que lo precipitaron al suicidio, se siente invadida el alma por la pena íntima y la amargura suprema, que produce siempre, aun en los extraños, la pérdida prematura del que habría llegado á ser una gloria de las letras continentales.



Manuel Acuña vió la luz en el Saltillo, pequeño pueblo de Méjico, el 27 de Agosto de 1849.

En la casa paterna y de sus propios mayores, recibió aquella instrucción y educación preliminar, que rara vez se aprenden fuera del hogar. Imberbe aun, fué trasladado á la capital, para ampliarlas en una de las escuelas populares del Estado, saliendo de allí, después de haber cursado satisfactoriamente los seis años de preparatorios, para pasar á la Facultad de Medicina, á la que encaminaba sus estudios serios.

No tenía aun dieciseis años bien cumplidos, cuando ingresó en la Universidad, dispuesto á llegar de un salto á la meta.

Su persistencia,—digna de remarcarse en este sitio,—le dejaba apenas libre las horas indispensables para llenar debidamente las múltiples necesidades de su vida agitada; se

pasaba los días y las noches sobre los textos de medicina, poniendo á prueba su férrea voluntad y su firmeza inquebrantable en el estudio de la ciencia que habia abrazado con entusiasmo viril, mereciendo en los certámenes los plácemes de peritos que veían en él una doble personalidad literaria y científica, honrosa para su país.

Temperamento impresionable, de elevados sentimientos, de inspiración magnífica, que corría parejas con la ternura y la sensibilidad de su alma; de un corazón abierto á todas las iniciativas generosas, en donde no tenían cabida el rencor, la envidia, ninguna de las bajas pasiones inherentes á la naturaleza humana, unía Acuña un entendimiento claro, perspicaz y adivinador, que le permitía descubrir muchas veces, sin esfuerzo, pensamientos profundos, casi geniales, revistiéndolos con el atildamiento del arte, hasta acertar en circunstancias solemnes, con la forma escultural y estatuaría de los grandes poetas.

En los intervalos en que daba trégua y reposo á su cerebro fatigado, hallaba solaz al espíritu y descanso al cuerpo, léjos de las diversiones y de los círculos, en su rústica cabaña del Saltillo; pulsando la lira, de la que ha hecho brotar candentes las estrofas más bellas y sentidas del Parnaso mejicano.

Allí, en la calma augusta de la naturaleza salvaje, al pié de los Andes majestuosos, en la callada soledad de los bosques seculares, á orillas de los ríos deliciosos, ó en la infinita extensión de las praderas vírgenes, bajo un cielo purísimo y un sol ardiente, bebía la ins-

piración á grandes sorbos y arrancaba á su arpa celeste, acordes divinos.



Sus primeras tentativas poéticas fueron saludadas como una revelación, y á fé que lo eran.

Todavía hoy sus *Doloras*, tienen la frescura y la lozania primaveral, y vienen á dar un solemne mentís á la paradójal afirmación de Juan Valera, que decía que quien procurara imitar á Campoamor, «lo haría pésimamente», lo que me parece demasiado restrictivo en este caso, pues leyendo las *Doloras* del bardo mejicano, vería que, si no ha superado, ha nivelado en ellas, á su glorioso compatriota.

El canto *El Hombre*, calcado en un verso del autor de *Las Orientales*, y dedicado á Altamirano, afirmó solidamente su estro, y periódicos y revistas se afanaban á porfía por engalanar sus columnas con las primicias de Acuña. Los cronistas, celebraron su aparición como un acontecimiento nacional, y como la aurora de un nuevo poeta de vuelo para Méjico, que aun en los umbrales de la niñez, escribía ya un canto filosófico, en el que se dan la mano el gusto y la estética, los *prosaismos* y la retórica correcta.

¿De donde vino ese titán pigmeo, tan grande y tan mezquino, á que llamamos hombre? se pregunta:

¿Del lodo? puede ser; pero su frente
Está demasiado alta para el lodo;
¿Del cielo? puede ser; pero la tumba
Donde concluye todo,
No dista de sus plantas más que un paso,

Y si fuera del cielo debería
 Ya que tiene un ocaso,
 Tener también su oriente como el día.
 Aborto incomprensible de la nada
 Que lo lanzó destello de su abismo,
 Esperad, esperad á que las sombras
 Entre sus negros pliegues lo cobijen,
 Que allí tal vez, escrito entre esos pliegues
 .Encontrará su origen. . .

El epilogo no es menos arrogante y hermoso
 que la introducción.

Todo acabó.

Todo eso grande que la mente forma
 Y que el cráneo encierra,
 Solo dejó al pasar, como un recuerdo
 Un pedazo de tierra
 Y allí. . . ¿qué hay mas allá?
 ¿Qué encuentra el hombre?
 Tras de ese velo negro que separa
 La luz de las tinieblas. . . ?
 ¿Es en la tumba, acaso, donde toca,
 Viéndola cara á cara,
 Esa ilusión que en su carrera loca
 Convertida en vapor se le escapara?
 ¿Es allí donde encuentra los perfumes
 Y las notas dulcísimas y suaves,
 Que no pudieron darle en sus encantos,
 Las flores ni las aves. . . ?
 ¿O luminoso punto que camina
 Partiendo de la nada,
 Por un círculo estrecho, y que termina
 Su existencia mesquina . . .
 Allí donde ha empezado la jornada?
 ¿Concluye en el sepulcro
 Que sus despojos últimos recibe?
 ¿Es allí donde muere para siempre,
 Es allí para siempre donde vive?
 ¿Quién sabe. . . ! Nuestra mente
 No alcanza á descifrar esos arcanos. . .
 Y, entre tanto. . . allá vá. . . Luz tenebrosa
 Cuyo destino y cuyo ser esconde

La impenetrable niebla del abismo...
 Allá vá... tropezando y caminando,
 ¡Sin comprender adónde,
 Sin comprenderse él mismo!



En *Un Rasgo de buen humor*, mostró la vena satírica. Recuerda, por su estructura, los sencillos y graciosos, tan celebrados, de Ricardo Palma:

¿Y qué? Será posible que nosotros
 Tanto amemos la gloria y sus fulgores,
 La ciencia y sus placeres,
 Que olvidemos por eso los amores,
 Y más que los amores, las mujeres!
 ¿Seremos tan ridículos y necios
 Que por no darle celos á la ciencia,
 No hablemos de los ojos de Dolores,
 De la dulce sonrisa de Clemencia.
 Y de aquella que tierna y seductora,
 Aun no hace un cuarto de hora todavía,
 Con su boca de aurora,
 «No te vayas tan pronto», nos decía.
 ¿Seremos tan ingratos y tan crueles,
 Y tan duros y esquivos con las bellas,
 Que no alcemos la copa
 Brindando á la salud de todas ellas?
 Yo, á lo menos por mí, protesto y juro
 Que si al irme trepando en la escalera
 Que á la gloria encamina,
 La gloria me dijera
 —Sube, que aquí te espera
 La que tanto te alhaga y te fascina;
 Y á la vez una chica me gritara:
 —Baje usted que lo aguardo aquí en la esquina;
 Lo juro, lo protesto y lo repito:
 Si sucediera semejante historia,
 A riesgo de pasar por un bendito,
 Primero iba á la esquina que á la gloria.

Y así, de ese corte fluido son los versos que rematan esa humorística joya.

Poco después de escrita esa poesía, como una amarga ironía de la suerte, tuvo que escribir *Lágrimas*, á la memoria de su padre, cuya intensidad de cariño no puede evidenciarse en fragmentos, sinó leyéndola íntegra, y la que es considerada como «un modelo de ternura y de amor filial». (*)

A pesar de ese revés espantoso del destino,—que persigue y se ensaña doblemente en las naturalezas espiritualistas y esquisitamente soñadoras,—no abandonó sus estudios predilectos, y en los torneos literarios y científicos que se organizaban, era indispensable que él tomase parte, contribuyendo con su actividad proverbial á hacer más atractivas esas justas de la inteligencia, poniendo de relieve toda la florescencia de su vigor intelectual.

En la velada literaria que se efectuó en Méjico el 3 de Mayo de 1873, volvió á hacer brillar la chispa humorística de su ingenio, en la composición *Nada sobre nada*, tocando rápidamente todos los temas sin exprimir ninguno. Desde esa fecha parece que las cuerdas de su lira se hubieran cortado todas, quedando solamente subsistentes, como en la de Mario Rapisardi—las del dolor y de la desesperación.

Su pequeño poema *La Gloria*, su drama *El Pasado* y los tercetos *Ante un cadáver*,—inimitables por su psicología científica,—bastarían por sí solos, para colocarle, con merecida justicia, al par de los mejores poetas mejicanos.

(*) Fernando Soldevilla.—*Prólogo á las Poesías de Manuel Acuña*. París. Garnier Hnos. 1885.

En *Cineraria*, ante un féretro, recordando la muerte de su padre, se expresaba así:

Yo también tuve un padre que á la fosa
 Rodó sin que mis labios lo besáran,
 Y sé lo que es ese dolor profundo,
 Que hace una noche eterna de los días
 Y un desierto tristísimo del mundo.
 Yo sé que horizonte es el que se cierra
 Delante del espíritu aterrado,
 Cuando eleva sus alas de la tierra
 La que en su pecho maternal encierra
 Cuanto se alza de bueno á nuestro lado.
 Yo adivino esa pena, y porque casi
 Siento la misma angustia que devora
 Al huérfano infeliz que en su aislamiento
 Busca á su madre y por su madre llora,
 Yo le traigo en su nombre mi gemido,
 Y la eterna promesa de que nunca
 Caerá sobre esa lápida el olvido.

En la poesía titulada *Hojas Secas*, arranca de su lira estas estrofas:

Las lágrimas del niño
 La madre las enjuga.
 Las lágrimas del hombre
 Las seca la mujer. . . .
 ¡Que triste las que brotan
 Y bajan por la arruga,
 Del hombre que está solo,
 Del hijo que está ausente
 Del sér abandonado
 Que llora y que no siente
 Ni el beso de la cuna
 Ni el beso del placer!

Y continúa con estas otras, impregnadas de dulzura y de ensueño:

Si hay algun pecho amante
 Que de ternura lleno
 Se agite y se estremezca
 No más para el amor,
 Yo quiero ser, mi vida,
 Yo quiero ser el seno

Donde tu frente inclines
Para dormir mejor.

Yo quiero oír latiendo
Tu pecho junto al mío.
Yo quiero oír que dicen
Los dos en su latir,
Y luego darte un beso
De ardiente desvario,
Y luego . . . arrodillarme
Mirándote dormir.

.....
Pero si gozar contigo
No ha de ser posible nunca
Cuando estés triste, y en el alma
Sientas alguna amargura,
Yo te ayudaré á que llores,
Yo te ayudaré á que sufras,
Y te prestaré mis lágrimas
Cuando se acaben las tuyas.

Explosión de cariño digna de Musset!



En Acuña había, (según Soldevilla) « dos principios antitéticos, que como los polos de una pila voltaica se repelían.

« Idealista por temperamento, sus anhelos, sus aspiraciones, sus ansias, se minaban y destruían poco á poco por los estudios materialistas, determinando en él esa serie de decepciones que lo han conducido como por la mano al borde del abismo. — Bien claramente manifestado está esto, en su bellísima composición: *Entonces y Hoy*. Es en la primera parte el pintor de la dicha y de la felicidad tranquila:

La madreselva, alzando entre las rejas
su tallo trepador
enlazaba sus ramas y sus hojas
en grata confusión.
formando un cortinaje en el que había
por cada hoja una flor,

en cada flor una gotita de agua,
y en cada gota un sol.
.....

« Y luego termina diciendo con la amargura propia del desdichado:

Bajo el cielo nublado de mi vida
donde esa luz murió,
¿Que hará en este mundo de los sueños míos?
que hará mi corazón?

« El mismo contraste, el mismo progresivo desfallecimiento, la misma muerte de sus ilusiones, se advierte comparando *Esperanza y Nocturno*.

« Es en la primera el espíritu valiente que anima al alma... Y en la segunda, resuelto ya á dejar la mortal envoltura que tanto cansaba á su elevado espíritu, lanza el ¡ay! doliente y triste del cisne que agoniza» (*).

Para Soldevilla las causas de la muerte residían, pues, en esos principios antitéticos que luchaban entre si por primar en su cerebro y en su alma. Sin negar la influencia funesta del materialismo en su naturaleza delicada, creo que esa no puede haber sido causa suficientemente poderosa para llevarlo hasta el suicidio.

Lo cierto es que Acuña enamoróse de una niña preciosa,—encarnación viviente de su musa ideal,—por la cual no fué correspondido pues se unió con otro en los lazos del matrimonio. Nuestro héroe en vez de largar la carcajada de Espronceda, ante ese acto de la comedia humana, se enamoró doblemente y

(*) Fernando Soldevilla.—*Prólogo á las Poesías de Manuel Acuña*. París. Garnier Hnos. 1885.

sintióse devorar por una de esas pasiones amorosas irresistibles que aumentan á medida que el tiempo transcurre,—lo que prueba que el tiempo no borra siempre las heridas del alma,—y viendo todos sus sueños truncados y todas sus esperanzas desvanecidas tan cruelmente, resolvió acabar con sus penas escribiendo antes el nocturno *Á Rosario*, uno de los más bellos y conmovedores que salieron de pluma de poeta y que dirigió á su amada al morir:

¡Pues bien! yo necesito
decirte que te adoro,
Decirte que te quiero
con todo el corazón;
Que es mucho lo que sufro
que es mucho lo que lloro,
Que ya no puedo tanto
y al grito en que te imploro
Te imploro y te hablo en nombre
de mi última ilusión.

Yo quiero que tu sepas
que yá hace muchos días
Estoy enfermo y pálido
de tanto no dormir;
Que ya se han muerto todas
las esperanzas mías,
Que están mis noches negras,
tan negras y sombrías,
Que ya no sé ni donde
se alzaba el porvenir.

Comprendo que tus besos
jamás han de ser míos,
Comprendo que en tus ojos
no me he de ver jamás;
Y te amo y en mis locos
y ardientes desvaríos
Bendigo tus desdenes;
adoro tus desvíos,
Y en vez de amarte menos
te quiero mucho más.

En seguida ilumina con luz diáfana la serena paz nupcial entrevista, y prorrumpe en estos acentos desolados:

¡Que hermoso hubiera sido
 vivir bajo aquel techo,
 Los dos unidos siempre
 y amándonos los dos;
 Tú siempre enamorada,
 yo siempre satisfecho,
 Los dos una sola alma
 los dos un solo pecho
 Y en medio de nosotros
 mi madre como un Dios!

Más abajo, con la convicción profunda de los eternos desencantos, exclama:

¡Bien sabe Dios que ese era
 mi más hermoso sueño
 Mi afán y mi esperanza,
 mi dicha y mi placer;
 Bien sabe Dios que en nada
 cifraba yo mi empeño,
 Sinó en amarte mucho
 bajo el hogar risueño
 ¡Que me envolvió en sus besos
 cuando me vió nacer!

Y termina con esta estrofa sublime, escrita con las últimas pulsaciones de la vida, en la que se vislumbra claramente su fatal fin.

Esa era mi esperanza. . .
 más ya que á sus fulgores
 Se opone el hondo abismo
 que existe entre los dos,
 ¡Adiós por la vez última
 amor de mis amores;
 La luz de mis tinieblas,
 la esencia de mis flores;
 Mi lira de poeta,
 mi juventud, adiós!

El 6 de Diciembre de 1873, día en que concluía de rendir exámen de cuarto año de

medicina, se quitó la vida, despedazando de esa manera el corazón de su madre que lo idolatraba, y llenando de tristeza á sus admiradores y amigos, que vieron en su prematura muerte la desaparición de un talento extraordinario, que embelleció con los vivos resplandores de su fecunda inteligencia y de su brillante é inspirada imaginación, la poesía americana.



No trascurrieron muchos años de aquel acontecimiento doloroso, cuando, un dia, el correo del Pacífico trajo hasta aquí la infausta nueva, que la beldad aquella, — que había inspirado á Manuel Acuña sus más bellos versos, — halló también en el suicidio el reposo que anhelaba.

¿Qué secreto impulso, la obligó á seguir las mismas huellas de aquel que la amó tanto?... ¿Quizá la desesperación tardía?... ¿quizá el amor que nacía poderoso al pié de su sepulcro?... ¿quizá el remordimiento terrible de haber sido, sin quererlo, la principal cómplice en la muerte del célebre poeta mejicano?...

No sabría acertar con la definición exacta de aquel enigma misterioso é impenetrable; pero, sea de ello lo que fuere, si es verdad que hay un más allá... y que el espíritu no muere, esas dos almas sublimes y heróicas ante el sacrificio, que no supieron comprenderse en la tierra, tienen que estar unidas en el cielo.



JOSÉ VALENTÍN GÓMEZ

JOSE VALENTÍN GOMEZ

•• El verdadero cristianismo, consiste en cumplir los deberes respectivos de cada estado.

DEAN FUNES

A sí pensaba el venerable Dean, en una de sus máximas olvidadas. Aquellos sacerdotes no creían incompatible el desempeño de los cargos públicos con su misión espiritual: eran frailes, misioneros, soldados, estadistas. Uno de los que comprendió austeramente su doble misión moral y espiritual, fué José Valentín Gómez. Por esto le coloco al lado de figuras notorias, y no porque haya sobresalido como prosista vigoroso ó literato discreto, pues sus escasas y ligeras producciones, de puro periodismo, no tienen mayor valor, escritas bajo la impresión de los sucesos en las hojas diarias de su época, época de labor, de heroismo y de titánicas conquistas, en que más se bregaba por libertar esta tierra del yugo opresor que pesara sobre sus débiles hombros, que dedicarse á las tranquilas pláticas teológicas, á los árdulos problemas matemáticos ó á las serenas meditaciones de la filosofía y de la historia.



Su patria: Buenos Aires. El Liceo de San Carlos: el eslabón de sus estudios. Sumaba.

maba cuatro lustros y ya era teólogo graduado en la célebre Universidad de Córdoba, apologista felicísimo de la religión de Cristo y doctor en derecho canónico y civil de la Universidad de Chuquisaca.

En la Biblia y en los Evangelios, buscaba virtudes que asimilarse, ejemplos que enaltecer y verdades que difundir. Se puso así en comunicación con Dios, y logró hermanar la Religión y la Ciencia. La una afirmó su fé y su esperanza en una vida futura; la otra léjos de alejarle de sus creencias le confirmó en ellas.

Si á lo dicho, se agrega que la lectura constituía su preocupación favorita, se tendrá la justificación de sus heterogéneas dotes, porque la lectura tiende á aumentar conocimientos, y á refrescar recuerdos, que de otra manera se desvanecerían.

Finalizada su carrera, tornó á la ciudad de su nacimiento y de sus reminiscencias infantiles; y veinticinco años después, en el mismo colegio de San Carlos, en que se educara, regenteaba la cátedra de filosofía, contándose entre sus discípulos esclarecidos: Vicente López, autor del himno nacional; Manuel García, benemérito patricio, y Benardino Rivadavia, modelo de presidentes argentinos.



En la revolución de 1810, obra de nuestros abuelos, movimiento que debía cortar radicalmente nuestra situación precaria, despejando el horizonte cargado de nubes y ensanchar los límites de la Confederación, Gómez predi-

caba á viva voz, desde la cátedra sagrada el dogma sacro de nuestra emancipación inmediata de la tutela española, y al declararse los sucesos trocó el hábito del misionero por el fusil del soldado, que nunca manejara, y se portó como se portan los bravos, en el memorable encuentro de Las Piedras (1811), mereciendo elocuentes testimonios del capitán general y de los gefes superiores del ejército.

La proclama de ese dia fué hecha por él, á pedido de Belgrano; y cuenta el general Mitre, con emoción penetrante, en su historia del héroe, que animaba á las tropas con palabra elocuente, y se le veía recorrer á caballo durante el combate los fuegos enemigos, socorriendo á los heridos y bendiciendo á los moribundos.

Así, ayudaban á su patria los Gómez, los Gorriti, los Funes, en todo los terrenos en que el deber ineludible los reclamaba al mágico sonido de las dianas matinales ó al toque arrebatador de los clarines de guerra, sin arredrarse ante el peligro, ni ante la magnitud de la empresa; esos son los sacerdotes que faltan en nuestro culto presente y que en vez de encerrarse en los conventos y oponer trabas al país con absurdas pretenciones de mando, impulsándolo al retroceso, lo ayudaban á librarse del férreo poderio de la Ibérica Metrópoli.



Bajo el gobierno de Alvear (1813), formó parte de los constituyentes, con Monteagudo, Agrelo, López y Vieytes, á cuya Asamblea

presentó una fórmula de Constitución dándose á conocer como orador político. Dos años después, comprometido por los sucesos en el derrocamiento de Alvear, tuvo que emigrar á Río, pero antes del destierro se le persiguió con saña y se le encerró en una cárcel, «remachándosele una barra de grillos.»

Durante el directorio de Puyrredón, cesaron las persecuciones, y Valentín Gómez pudo retornar á Buenos Aires, donde fué consejero de gobierno.

A mediados de 1818 se dirigió por segunda vez al Brasil, con el grado de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República, y una vez llenado su cometido en la imperial corte, se trasladó á Francia, investido de las mismas serias facultades, «designado para negociar en Europa la independencia argentina, sobre la base del plan preparado por García y Rivadavia, para que cesaran las hostilidades que inundaban de sangre las provincias del Río de la Plata.» (*)

Estas misiones diplomáticas, aunque desempeñadas con mesura, pero, sin la energía necesaria, fracasaron.

Francia, para asegurar la pacificación de estas regiones, proponía el establecimiento de una monarquía constitucional, que Gómez aceptó *á priori*, pero que terminó en un rechazo.

Llenada su misión de paz en París, se embarcó de nuevo con rumbo á su país á dar

(*) Mitre—*Historia de Belgrano*.—Buenos Aires. Félix Lajoane 1887.

cuenta al gobierno del resultado de su misión.

Un violento huracán lo sorprendió en el *banco* denominado *Inglés*, naufragando el buque que lo conducía, salvándose milagrosamente en un bote, á duras penas y después de peripecias inenarrables. Tuvo el sentimiento de ver perecer á su secretario Esteban Luca, uno de los bardos de la revolución, formado á su contacto, en el largo transcurso de su vida diplomática, y cuya muerte sugirió á Andrade, las melancólicas estrofas del *Arpa Perdida*.

Llegado á Buenos Aires, se le extendió el decreto de rector de la Universidad de la capital, en cuyo puesto dedicóse á realizar necesarias reformas en la organización y disciplina interna del establecimiento, poniéndolo á la vanguardia de los centros educacionales de la nación.

Su paso por la dirección fué fecundo, saliendo de las aulas una pléyade de distinguidos repúblicos, abogados y diplomáticos, educados en las libres expansiones del pensamiento.



Los votos del pueblo argentino llevaron por último á la tribuna del congreso, la figura venerable del varón catoniano, y su palabra persuasiva, meditada y elocuente, era escuchada en el silencio profundo, con que los antiguos oían las arengas de Demóstenes y Cicerón, en el foro ó en la plaza pública.

Planteaba y resolvía en política, sociabilidad y religión, los más trascendentales problemas.

Tres periodos, sin intermitencias, tuvo su

banca de diputado en la legislatura, militando en el ala derecha de los patricios, sin doblegarse jamás ante los reveses imprevistos, en las eventualidades de la adversa suerte ó en los supremos momentos de prueba.

Su palabra escrita, es escasa. Trató cuestiones religiosas, sociales, de moral y de derecho público; pero perdía la fluidez, la vivacidad y la precisión de la hablada, que era la de un orador sereno, recordándose aun hoy, al través de los años, sus discursos parlamentarios y su sentida oración fúnebre pronunciada sobre la tumba de Belgrano.

Otros empleos y nombramientos se le confirieron, que escapan á mi memoria, pero que no escapan á la del biógrafo, el día que recoja y analice los datos dispersos para unificarlos, narrando la vida de estos ejemplares ciudadanos de nuestras luchas turbulentas.



Recuerdan á José Valentin Gómez, los historiadores, en sus fastos; los patriotas, en sus epistolas; los ancianos, en sus confidencias; los guerreros, en sus partes; la posteridad, en sus sentencias y la patria, en los altares de la gratitud y de la gloria!

(1886).



MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

El sublime elegista mejicano tenfa un hilo de oro atado al pié y apenas aleteaba en la noche del pesimismo, volvía á su romántico nido, tapizado con el plumón de todos los ensueños, entibiado con el calor de todos los amores, y desde ahí seguía entonando inefables melodías lacrimosas y divinas. Divinas sin hipérbole, porque del levantamiento volcánico, producido en su corazón por el dolor y el desencanto, de la lava petrificada y decorada de cactus espinosos floreadas de copas de sangre, surgían cimas muy altas, muy serenas, muy níveas; esas cimas en que los antiguos colocaban á los dioses, desde donde los modernos ven el cielo más insondable, más negro, pero más fulgurantes las estrellas.

JUSTO SIERRA.

Dos años ha moría en el extremo sur de la América del Norte este poeta encantador.

América cubrió su sepulcro de coronas de laurel y de blancas siemprevivas, y sus compatriotas despidieron sus restos con los honores de un príncipe. ¡Y era de veras un príncipe Manuel Gutiérrez Nájera!, era un príncipe de la Poesía el que se alejaba para siempre de la tierra, yendo á buscar quizá, en su seno, como el malogrado Luis de Baviera, el rey loco, en el fondo del lago, la suprema visión!

Vióse marchar detrás del ataúd, en proce-

sión silenciosa, camino del cementerio, á un pueblo entero. Sus discípulos, inconsolables y llorosos, llevaron á pulso el cadáver del amado maestro, cubierto con la bandera mejicana. Al enterrarlo, hubiérase dicho que cada uno de los presentes dejaba allí un pedazo de alma.

¡Ah! la muerte tiene estas emboscadas inesperadas y terribles; sale al encuentro cuando menos se piensa en ella, y troncha de golpe los anhelos más santos y los entusiasmos más noblemente inspirados. Á Gutiérrez Nájera le sorprendió en momentos en que, con paso firme y mirada certera, divisaba ya la isla ideal de sus sueños, de sus risueños sueños de gloria; cuando comenzaba para él la hora triunfal por tanto tiempo anhelada. Su desaparición produjo un estremecimiento en la sociedad mejicana y un derrumbe en el hogar bendito, donde quedó huérfana su hija Cecilia, á quien él tanto adoró. Se fué en una melancólica tarde de otoño; y murió jóven, á los treinta y seis años, al llegar á la meseta superior de la existencia.



La vida del *Duque Job* — era éste su pseudónimo — podría concretarse así: una aspiración sin término á los cielos del Ideal. Diríase que no reconocía nada más alto después de Dios, que la divina Poesía. A ella consagró sus veladas de profundo recogimiento. En el colegio, mientras sus camaradas mataban las horas libres en recreaciones

propias de la edad, él discurría consigo mismo y entablaba diálogos con los profesores sobre puntos oscuros de teoría literaria, «en que apuraba sus instintos estéticos y su pericia artística.» Acostumbróse á meditar desde temprano y se fatigó los ojos rastreando en la *Biblia* el génesis del Mundo; en Platón y Aristóteles, la Ciencia y la Filosofía; en los *Vedas* y en el *Ramayana*, el nacimiento de las religiones; en Homero, el valor y el sacrificio de los héroes troyanos, y en la *Mitología* universal, el origen de las abstracciones y de los simbolos.

Por la escala del amor llegó á la bondad, y por la de la plegaria se remontó á Dios. Un himno á la Virgen hizo creer en el advenimiento de un poeta místico; pero ese cántico no era sinó una de tantas bizarrías de quien iba á pasar por las evoluciones más raras y caprichosas, yendo de la fé ciega en la Divinidad hasta la completa negación del Todo, de San Francisco de Asis á Kant; siendo alternativamente creyente y ateo; bebiendo á la vez en los manantiales del arte cristiano y de la poesía pagana, para volver en sus últimos dias á cantar á Dios.

Su madre logró transfundirle la delicadeza y la ternura que exornan la mayoría de sus composiciones; y su padre le enseñó, con el ejemplo, la ruta intrincada que conduce al honor y á la gloria.

De ese tronco brotó un retoño sano, en que el ódio no pudo albergarse. Si alguna vez lo sintió, no lo dejó ver. Su cerebro, henchido de substancia luminosa, recibía luz

de todas partes y la reflejaba como el sector de los faros giratorios. Por eso era querido y era amado. Por eso la memoria del poeta vive, como si el muerto estuviese presente. Por eso la juventud de Méjico sigue la huella que él le señaló; le ensalza, y levanta su nombre como una bandera.

Su cuerpo era de Méjico y su alma de París. Impregnóse su espíritu de «parisina», á punto de que su producción se confundiría con la de un escritor francés, si no fuese el tema local. En prosa, lírico ó ligero, un periodista *boulevardier*; en verso, un insigne banvillista, en su mejor periodo.

En sus primeras poesías vése algo como una predilección por Alfredo de Musset, al que se asemeja en la melancolía, la nota dominante de su inspiración.

Mariposas, Ondas muertas, La Serenata de Schubert, son acentos arrancados á un arpa donde hay una cuerda que constantemente gime.

Y ese gemido sigue dominando en *Mis enlutadas, Almas huérfanas* y *Cecilia*, convertido á veces en suspiro, en queja, en llanto; pero jamás en un apóstrofe ó en un grito de rebelión.



Y este exquisito soñador, que no había nacido para las «plebeyerías republicanas», pagó también tributo á la política. Tuvo que andar del brazo de esa cortesana rica, caprichosa y voluble. El brillo de las armas y la oratoria tiene para las multitudes inconscientes mayor

fulgor que el de las letras. Los entorchados del militar se reverencian más que un gajo del laurel simbólico. La Poesía, en Méjico como en todas partes, perseguida y odiada, andaba desnuda. Y era preciso vivir. Paladeó entonces Gutiérrez Nájera la amargura del esfuerzo, sin premio y el acre sabor de la murmuración. Entró á los debates de la prensa; «hizo florecer el editorial y dió lira á la crónica». Y, puro y bueno, tuvo que adular, Horacio mal recompensado, al eterno Porfirio.

Con todo, fué blanco de intrigas palaciegas y de servilismos deprimentes. Se defendió con nobleza, oponiendo á la pesada manopla de sus adversarios la punta del florete; y, una vez vencidos, los abandonaba á su propia nulidad, sin odios y sin venganzas, que no tenían cabida en aquel caballero sin tacha. «en aquella alma enferma de ideal, que, como se dijo de la de Joubert, estaba encerrada y cohibida por un cuerpo cualquiera encontrado por casualidad.» (*)

Evidentemente, la política no llegó á seducirle. El arte sí. Los domingos hacia su viaje al país de las fantasías; tenía su desahogo irrico; trazaba la *Conversación Dominical*, especie de *causerie* amena y sutil, saturada de fragancias femeninas y de gracia gentil. Aprovechaba ese paréntesis semanal para hacer su florilegio, llenando cuatro grandes columnas de notas é impresiones, mezclando máximas y anécdotas, novelas cortas y pequeños

(*) Justo Sierra—*Prólogo á las Poesías de Manuel Gutiérrez Nájera, Méjico. 1896.*

poemas, el cuento triste y la crónica alegre, el relato de bodas y la reseña teatral, todo en un desborde policromo de matices delicados y de colores mareantes. Presentaba bajo nuevos prismas el claro-oscuro de un lienzo, las ocultas revelaciones de un libro, las armonías secretas de la música; daba la sensación de una alborada ó de un crepúsculo, ó hacia cantar al bosque sonoro.

La realidad adquiría contornos de ensueño, y los cuadros revivían imponentes ante la vista; Chapultepec, impenetrable y lleno de misterio; las cascadas rumorosas del Atoyac, coloreadas de iricos fulgores; la vegetación abrupta que trepa por las rocas montuosas, formando en los árboles centenarios, cubiertos de enredaderas floridas, fantásticas glorietas y el ambiente irisado, poblado de aromas silvestres, de zumbidos de abejas y de pios de pájaros.

Familiarizó á los mejicanos con «los grandes hombres y los grandes capítulos de la historia»; acuñó á Morelos, Hidalgo, Juarez, en medallones destinados á perdurar; hizo la defensa de Lesseps, en el artículo *Conviene morirse á tiempo*; en los *Poetas Españoles* «sostuvo la tesis de que ya no los hay en la Península»; y en el titulado *Oyendo á Wagner* adoptó un género de crítica musical nuevo en América: el de la sensación subjetiva: á la manera de Mendes.

Durante quince años de periodismo, derrochó su talento en mil juguetes, en cuentos rápidos, en sensaciones de arte, en *scherzos* y acuarelas, en polémicas políticas é históri-

cas, en ecos volantes de impresión personal.

Tamagno, con su voz de trueno; la Patti, con sus escalas cromáticas de trinos sorprendentes; Brindis de Salas, con su violín mágico—«caja de almas difuntas»;—la Hading, la Judith, Coquelin... trágicos, cantantes, pintores, músicos, poetas, no olvidarán por cierto la memoria del *Duque Job*, por más que no todas hayan sido rosas las que él distribuyera al pasar.

Quien le conoció me asegura que producía fácilmente. Dejaba volar la pluma sobre el papel, mientras que en su mente bullían las ideas; iba desarrollando el tema, coordinaba los pensamientos, y entre charla y charla con sus colegas, el escrito empezaba á tomar forma, llenaba una carilla tras otra con celeridad pasmosa, hasta que llegaba al final; borraba una palabra, enmendaba una cláusula, cambiaba un adjetivo; y momentos después, presentaba un escrito como un fotógrafo presenta un negativo, un pintor un cuadro, un grabador una lámina.

Y no obstante esa rapidez de concepción única, en medio de chisporroteos de fuegos de artificio, de truncamientos de frase y de dislocaciones de sintaxis, hacia saltar por fin á la superficie un pensamiento resplandeciente como un sol!



Sus poesías, ¿qué encierran?: sueños, visiones, esperanzas, recuerdos; la fé y la duda; el poema del amor eterno, con su prelude divino y con su epilogo desesperante; capri-

chos, locuasidades y bizarrías de mente inquieta; remembranzas de etéreas y angelicales figuras, evocaciones, cosas reales y cosas imposibles; lo real, envuelto en tules vaporosos y fantásticos, y lo ideal, en un nimbo de ultraterrestre esplendor.

Sutil y extrema delicadeza del verso, hay en la composición *Ondas muertas*:

En la sombra debajo de tierra,
donde nunca llegó la mirada,
se deslizan en curso infinito
silenciosas corrientes de agua.
Las primeras, al fin sorprendidas
por el hierro que rocas taladra,
en inmenso penacho de espumas,
hervorosas y limpidas saltan.
Más las otras, en densa tiniebla,
retorciéndose siempre resbalan,
sin hallar la salida que buscan,
á perpétuo correr condenadas.

Á la mar se encaminan los ríos,
y en su espejo movable de plata,
van copiando los astros del cielo
ó los pálidos tintes del alba:
ellos tienen cendales de flores;
en su seno las ninfas se bañan,
fecundizan los fértiles valles,
y sus ondas son de agua que canta.
En la fuente de mármoles niveos
juguetona y traviesa es el agua,
como niña que en régio palacio
sus collares de perlas desgrana.
Ya cual flecha bruñida se eleva,
ya en abierto abanico se alza,
de diamantes salpica las hojas
ó se duerme cantando en voz baja.

En el mar soberano las olas
los peñascos abruptos asaltan:
al moverse, la tierra conmueven
y en tumulto los cielos escalan.
Allí es vida y es fuerza invencible,

allí es reina colérica el agua,
como igual con los cielos combate
y con dioses y mónstruos batalla.

Y ahora, ved la antítesis entre esas corrientes subterráneas donde jamás llegó ojo humano, y las que pasan por el alma abriendo surcos también invisibles á la vista, pero más hondos que aquellos que dejan las aguas al deslizarse por los flancos de la montaña y al estrellarse con estrépito en las peñas:

¡Cuán distinta la negra corriente
á perpétua prisión condenada,
la que vive debajo de tierra
do ni yertos cadáveres bajan!
La que nunca la luz ha sentido,
la que nunca solloza ni canta,
esa muda que nadie conoce,
esa ciega que tienen esclava!

Como ella, de nadie sabidas,
como ella, de sombras cercadas,
sois vosotras también, las oscuras,
silenciosas corrientes de mi alma.
¿Quién jamás conoció vuestro curso?
¡Nadie á veros benévolo baja!
¡Y muy hondo, muy hondo se extienden
vuestras olas cautivas que callan!
Y si paso os abrieran, saldriais,
como chorro bullente de agua,
que en columna rabiosa de espuma
sobre pinos y cedros se alza!
Pero nunca jamás, prisioneras,
sentiréis de la luz la mirada:
¡seguid siempre rodando en la sombra,
silenciosas corrientes del alma!

Si os detenéis en los versos reproducidos, os convenceréis de que no hay uno solo susceptible de ser cambiado por otro, sin que la composición pierda su belleza.

Hé aquí el ramillete que formó de todas las blancuras:

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?
 ¿Qué cosa más pura que místico cirio?
 ¿Qué cosa más casta que tierno azahar?
 ¿Qué cosa más virgen que leve neblina?
 ¿Qué cosa más santa que el ara divina
 De gótico altar?

.....
 ¿No ves en el monte la nieve que albea?
 La torre muy blanca domina la aldea,
 Las tiernas ovejas triscando se van;
 De cisnes intactos el lago se llena;
 Columpia su copa la enhiesta azucena
 Y su ánfora inmensa levanta el volcán.

Entremos al templo: la hostia fulgura;
 De nieve parecen las canas del cura,
 Vestido con alba de lino sutil;
 Cien niñas hermosas ocupan las bancas,
 Y todas vestidas con túnicas blancas
 En ramos ofrecen las flores de Abril.

Subamos al coro: la virgen propicia
 Escucha los rezos de casta novicia
 Y el Cristo de mármol espira en la cruz;
 Sin mancha se yerguen las velas de cera;
 De encaje es la ténue cortina ligera
 Que ya transparenta del alba la luz.

Bajemos al campo: tumulto de plumas
 Parece el arroyo de blancas espumas
 Que quiere cantando correr y saltar;
 Su airosa mantilla de fresca neblina
 Terció la montaña; la vela latina
 De barca ligera se pierde en el mar.

Ya salta del lecho la jóven hermosa,
 Y el agua refresca sus hombros de diosa,
 Sus brazos ebúrneos, su cuello gentil;
 Cantando y risueña se ciñe la enagua,
 Y trémulas brillan las gotas de agua
 En su árabe peine de blanco marfil.

Da la sensación de la naturaleza en la silva
Trixttsima Nox; condensa el dolor fúnebrario,
 en *Mis enlutadas*; la tristeza elegíaca, en

Almas huérfanas; es pesimista, en *El monólogo del incrédulo*; y en *Nom omnis moriar*, tuvo la visión de la inmortalidad.

Y siempre, hasta en sus canciones menos felices, tiembla una lágrima ó gime un acorde.

«Ya es una série de notas de Chopin, ya es una elegante rapsodia parisiense, ya una ganancia feudal, ya un clásico y lejano son de flauta». (*)



Cuando publicó *La Serenata de Schúbert*, los conservadores y los rutinarios, aferrados á los preceptos de escuelas anticuadas, é incapaces de evolucionar por el temor de perder pié y exponerse á un fracazo, le atacaron rudamente, sin razón, á mi ver, pues en esos endecasílabos no hay nada que no sea elegantemente «clásico».

Aquel lírico soñador realizaba sus obras tal cual las concebía, sin pesarle ajenos juicios y sin destruir jamás un solo verso para halagar á los indoctos y profanos. Se daba por satisfecho con que lo entendiesen unos pocos, ó el invisible ruiñeñor que anidó en su alma. É hizo bien. Comprendió que el verdadero artista no es el que adula los gustos comunes, sinó el que,—inabordable aristo,—se recluye en su torre de márfl.

Escuchad ahora, los deliciosos arpegios de esta melodía verbal:

¡Oh, qué dulce canción! Límpida brota
Esparciendo sus blandas armonías.

(*) Rubén Darío.—*Boceto sobre Manuel Gutiérrez Nájera. en la revista «Buenos Aires».* 1896.

Y parece que lleva en cada nota
¡Muchas tristezas y ternuras mías!

.....
¡Cuántos cisnes jugando en la laguna!
¡Qué azules bríncan las traviesas olas!
En el sereno ambiente ¡cuánta luna!
Más las almas ¡qué tristes y qué solas!

En las ondas de plata
De la atmósfera tibia y transparente
Como una Ofelia náufraga y doliente,
Vá flotando la tierna serenata! . . .

Hay ternura y dolor en ese canto,
Y tiene esa amorosa despedida
La transparencia nitida del llanto,
¡Y la inmensa tristeza de la vida!

¿Qué tienen esas notas? ¿por qué lloran?
Parecen ilusiones que se alejan. . .
¡Sueños amantes que piedad imploran,
Y como niños huérfanos se quejan!

Bien sabe el trovador cuán inhumana
Para todos los buenos es la suerte. . .
Que la dicha es de ayer. . . y que «mañana»
Es el dolor, la obscuridad, ¡la muerte!

El alma se compunge y se estremece
Al oír esas notas sollozadas. . .
¡Sentimos, recordamos, y parece
Que surgen muchas cosas olvidadas!

Y surgen al compás del ritmo la casita blanca,
el lago azul, el huerto, la arboleda, las
horas de felicidad pasadas junto al piano, con
la novia de rubios cabellos y de mirada celeste:

¡Un peinador muy blanco y un piano!
Noche de luna y de silencio afuera. . .
Un volúmen de versos en mi mano,
Y en el aire ¡y en todo! ¡primavera!
¡Qué olor de rosas frescas en la alfombra!
¡Qué claridad de luna! ¡qué reflejos!
¡Cuántos besos dormidos en la sombra,
Y la muerte, la pálida, qué léjos!
En torno al velador, niños jugando. . .
La anciana, que en silencio nos veía. . .

Schúbert en tu piano sollozando,
 Y en mi libro, Musset con su «Lucía».
 ¡Cuántos sueños en mi alma y en tu alma!
 ¡Cuántos hermosos versos! ¡cuántas flores!
 En tu hogar apacible ¡cuánta calma!
 Y en mi pecho ¡qué inmensa sed de amores!

Asoma su livida faz el desencanto. Desfilan los recuerdos. En la mente del bardo reaparece cándida y astral la amada criatura. El viento murmura en voz baja cosas del pasado, llevándose los ecos lánguidos de la serenata, que se esfuman vagos y ténues en la noche estrellada:

¡Y todo ya muy léjos! ¡todo ido!
 ¿En dónde está la rubia soñadora?
 ¡Hay muchas aves muertas en el nido,
 Y vierte muchas lágrimas la aurora!
 Todo lo vuelvo á ver... ¡pero no existe!
 Todo ha pasado ahora... ¡y no lo creo!
 ¡Todo está silencioso, todo triste...
 Y todo alegre, como entónces, veo!
 Esta es la casa... ¡su ventana aquélla!
 Ese, el sillón en que bordar solía...
 La reja verde... y la apacible estrella
 Que mis nocturnas pláticas oía!

Los románticos devaneos de la juventud persisten, vuelven como un *ritornello*. El poeta recuerda todavía aquellos ojos que *hablaban*, aquella cabellera que caía,—cascada de bucles,—sobre los hombros alabastrinos, aquellos labios hechos para besar, aquellas mejillas frescas, que denotaban la pureza virginal y aquel cuerpo gentil, que tenía los contornos de la Venus de Hamerling.

Inquieto y febril la busca; cree verla en el jardín, detrás del cedro robusto, donde por

vez primera la estrechó palpitante entre sus brazos:

¡Y nada existe ya! Calló el piano...
 cerraste, virgencita, la ventana...
 y, oprimiendo tu mano con mi mano,
 me dijiste también: «¡Hasta mañana!»
 ¡Hasta mañana!.. Y el amor risueño
 no pudo en tu camino detenerte!..
 y lo que tú pensaste que era sueño,
 fué sueño ¡pero inmenso! ¡el de la muerte!
 ¡Ya nunca volverás, noche de plata,
 ni unirán en mi alma su armonía
 Schúbert, con su doliente «serenata»,
 y el pálido Musset, con su «Lucía»!

En estos acentos, el alma del bardo, herida por la tristeza, gime. Revive la decoración con un poder de encanto sugestivo: los arpeggios de la serenata flotan en un crepúsculo de ópalo, mientras su memoria se reconcentra por última vez en la imágen angélica que lo despertó á la vida.



Y esa nota sigue acentuándose en la composición *Mariposas*.

La armonía imitativa y el ritmo cadencioso están tan íntimamente fundidos con la idea, que la poesía se convierte en música:

Ora blancas cual copos de nieve,
 Ora negras, azules ó rojas,
 En miríadas esmaltan el aire
 Y en los pétalos frescos retozan.
 Leves saltan del cáliz abierto,
 Como prófugas almas de rosas,
 Y con gracia gentil se columpian
 En sus verdes hamacas de hojas.
 Una chispa de luz les dá vida
 Y una gota al caer las ahoga;
 Aparecen al claro del día,
 Y ya muertas las halla la sombra.

¿Quién conoce sus nidos ocultos?
 ¿En qué sitio de noche reposan?
 ¡Las coquetas no tienen morada! . . .
 ¡Las volubles no tienen alcoba! . . .
 Nacen, aman, y brillan y mueren,
 En el aire al morir se transforman,
 Y se van, sin dejarnos su huella,
 Cual de ténue llovizna las gotas.
 Tal vez unas en flores se truccan,
 Y llamadas al cielo las otras,
 Con millones de alitas compactas
 El arco-iris espléndido forman.
 Vagabundas, ¿en dónde está el nido?
 Sultanita, ¿qué harem te aprisiona?
 ¿A qué amante prefieres, coqueta?
 ¿En qué tumba dormís, mariposas?

Y en el contraste entre el fragmento que acabo de citar y el que viene, la melancolía se trueca en queja doliente. A las mariposas reales suceden las mariposas fantásticas:

¡Así vuelan y pasan y espiran
 Las quimeras de amor y de gloria;
 Esas alas brillantes del alma,
 Ora blancas, azules ó rojas!
 ¿Quién conoce, en que sitio os perdisteis,
 Ilusiones que sois mariposas?
 ¡Cuán ligero voló vuestro enjambre
 Al caer en el alma la sombra!

Y pasan, en fúnebre ronda, los insectos alados:

Tú, la blanca, ¿por qué ya no vienes?
 ¿No eras fresco azahar de mi novia?
 Te formé con un grupo de lirios
 Que de niño llevé á la parroquia;
 Éras casta, creyente, sencilla,
 Y al posarte temblando en mi boca,
 Murmurabas, heraldo de goces,
 «¡Ya está cerca tu noche de bodas!»

De aquí hasta el fin, Gutiérrez Nájera escribió las estrofas que siguen con el corazón

sangrando. Bajo la aparente placidez de la forma siempre suave y melancólica, en que el apóstrofe airado no corta jamás la serena armonía del ritmo, el espíritu descubre allá, en el fondo de su estructura íntima, desgarramientos de fibras interiores y sollozos ahogados.

¡Ya no viene la blanca, la buena!
 Ya no viene tampoco la roja,
 La que en sangre teñí, beso vivo,
 Al morder unos labios de rosa!
 Ni la azul que me dijo: ¡poeta!
 Ni la de oro, ¡promesa de gloria!
 ¡Ha caído la tarde en el alma!
 Es de noche... ¡ya no hay mariposas!
 Encended ese cirio amarillo...
 ¡Ya vendrán en tumulto las otras,
 Las que tienen las alas muy negras
 Y se acercan en fúnebre ronda!
 Compañeras, la cera está ardiendo;
 ¡Compañeras, la pieza está sola!
 ¡Si por mi alma os habéis enlutado,
 Venid pronto, venid, mariposas!

Y llegaron también para el poeta las mariposas negras, símbolos del dolor y de la muerte!

«En el tibio hogar, ¡cuántas lágrimas! ¡qué tristes noches! Los pájaros callaban en sus doradas jaulas; el girón de cielo azul no se asomaba á la gota de rocío que titilaba en el rosal; la amada cabecita rubia no loqueaba en el amplio corredor; la luz y la alegría habían huido. Y los ojos anublados y las bocas contraídas, y cada figura humana era una sombra trágica, y cada mirada un dolor comprimido».

«Todos los cariños agrupados alrededor de

aquel lecho: el amor sosteniendo combate encarnizado con la muerte, defendiendo esa existencia excelsa, ha rogado, ha mandado ora gritos de rabia sorda como las ondas de un mar en ebullición, ya lamentos de ternura infinita, y el recio combate terminó con una victoria más para la muerte!». (*)



Gutiérrez Nájera fué un espíritu ansioso de luz, al que ya no le bastaba el pasado, ni le satisfacía el presente: volaba hacia el porvenir; filósofo, quiso rasgar el velo que oculta los misterios insondables de Psiquis; creyente, no dudó de sí mismo, aunque estaba persuadido de que el éxito no sería inmediato; artista, persiguió su gran quimera, el Ideal, que, cuando se cree alcanzado huye á lo lejos como esos palacios de encantamiento que forjan las nubes en el horizonte brumoso, ó se precipita de golpe en una tumba.

¡Ya descansa en ella el poeta de las sublimes elegias!

¡El esquife gallardo sobre el que cruzó á velas desplegadas el océano de la duda y salvó la tempestad de las pasiones queda encallado, allá, en los arrecifes de la costa!

Saludemos el recuerdo del extraño ser, que se aisló deliberadamente «en la isla del inmortal Ensueño;» de quién amó con tanto amor al Arte; celebremos la perseverancia del lirico insigne, adorador fanático de una

(*) Véase el artículo necrológico de la *Revista Azul* de Méjico.

diosa que entre nosotros no tiene altares, é inclinémonos respetuosamente ante el hombre que, después de haber probado todos los goces y todos los sinsabores de la vida, se alejó para siempre de esta misera tierra, — «desterrado ciudadano de un Versailles ideal,» — yendo á buscar quizá, en su seno, como el malogrado Luis de Baviera — el rey loco — en el fondo del lago, la suprema visión!

(1897)



FLORENCIO VARELA

FLORENCIO VARELA

- La más miserable ó la más penosa de las muertes, no es nada en comparación del recuerdo que deja una vida bien empleada, y solo es grande aquel que ha merecido el glorioso privilegio de transmitir una lección semejante y un ejemplo tal á sus descendientes.

ENRIQUE MARTÍN.

SI Florencio Varela hubiera cruzado el planeta en esta era, tendría sus rasgos remarcables en *El Evangelio Social*, la moderna galería de varones ilustres de Samuel Smiles; y á fé, que el incansable y severo publicista, merecía un biógrafo de esa talla, para seguirle en las borrascas y turbulencias de una vida agitada por los vendabales de la política, de las revoluciones civiles y de las guerras internacionales.

Entre nuestros magistrados hallaremos muchos de su potencia intelectual, algunos de su fuerza de carácter; pocos, muy pocos que le aventajen en la integridad y rectitud de sus acciones y «en la moralidad sin tacha», que sirviera de norma y de modelo, á los contados Tácitos de que ha podido vanagloriarse nuestra democracia.



Varela, se debía antes que á sí mismo, á sus convicciones, fijas como las leyes que rigen la

naturaleza. Carácter templado en el crisol de sus mayores, descendiente de aquellos altivos patricios del año Diez,—de feliz recuerdo en las páginas palpitantes de nuestra historia,—intransigente con los déspotas, rechazaba virilmente toda propuesta con insólita altivez; su pluma no era de aquellas que con un puñado de oro se mellan, nó; jamás fué ciego instrumento de nadie; habrá errado muchas veces en sus apreciaciones,—¿quién no yerra?—pero, siempre en conciencia de haber hecho lo mejor, y propendido al mayor bienestar de sus conciudadanos.

Buscaba por todos los medios inculcar en el cerebro del pueblo, las verdades aprobadas por la ciencia y la experiencia y las doctrinas novísimas, de que se convirtió en apóstol.

Al tomar sobre sí la responsabilidad de una causa ó de un partido, no descansaba, no se daba trégua, hasta no ver el coronamiento de su obra.

Las vallas que para otros parecían inabordable, él las salvaba de un salto, hollando todos los terrenos en que el deber supremo le impulsaba, no intimidándole ni los potentados, ni los imbéciles, ni los asesinos; iba contra la avalancha si necesario era, en sostén de sus afirmaciones, ya en el terreno del honor, ó en la arena del periodismo en que imperaba por la fuerza del estilo, que fulguraba á veces rayos como el de Girardin, otras se desbordaba de ironía como el de Juvenal, echando mano en ciertos instantes de la risa terrible de Voltaire: sarcasmos que al herir mataban.

Y, como no tenía contendores de su compleción y fuerza que pudieran nivelársele, se le buscaba con el puñal del asesino degradado para quebrar su pluma valerosa.



Varela, alzó bien alta la misión del periodista, extinguiendo la diatriba y los insultos injustificados, por medio de mordaces censuras á los provocadores, y si su ejemplo vigorizador no se hubiera enervado, no veríamos escarnecer á los hombres públicos hasta llegar al colmo repugnante del vilipendio, dando un espectáculo bien triste de inmoralidad y de bajeza.

También, en aquellos tiempos, un estadista que se le imputase la menor sospecha de hurto, pedía en seguida rectificación ó satisfacción amplia de la misma pluma que le azotara; hoy, en cambio — debido quizá á la excesiva libertad de la prensa,—se insulta á mansalva soez y groseramente á los altos dignatarios del Estado, llenando la medida hasta lo inconcebible, recibiendo estos los dicterios con una impasibilidad rayana en la desvergüenza.

Y, pensando cuerdamente, no me parece ese el camino á seguir. Se dice que un gobernante no debe bajar al estadio de la prensa por una simple vulgaridad ó una fútil revelación á dar explicaciones, — pero, ¿es correcto, que deje impune cargos infamantes, y que si resultasen falsos, escape el delincuente sin la condigna pena?



Espíritu comunicativo, Varela se hizo de amigos en Montevideo y el Brasil, en Inglaterra y Francia, y cuentan sus coetáneos que era imposible acercársele sin cobrarle cariño. (*)

Conversador ameno, de vastísimos recursos en el idioma castellano, espresábase en un lenguaje vivaz y elocuente que le venía de casta. Sereno y tranquilo en las pláticas familiares, brillante y concienzudo en las conferencias públicas, pasaba en los momentos de febril excitación, á ser ardiente y fogoso; su talla se erguía como la de Danton—al arengar á las masas desde la tribuna para arrojarlas á la revolución,—y sus cabellos entrelazándose, le daban un aire de fiereza que imponía, infundiendo respeto, reclamando la atención de sus oyentes, convenciéndolos con su dialéctica invulnerable, y con su verbosidad portentosa de tribuno.

Siempre que hablaba lo hacía para convencer; no buscaba las frases de relumbron, sinó aquellas palabras indispensables que sintetizaban mejor su pensamiento, clavándolas como puñales en el corazón de sus enemigos, que lo eran de la patria, de las nobles iniciativas y de las fecundas instituciones.



¡Qué cambios se han operado en un lapso de tiempo apenas sensible! Ayer no más morían los ciudadanos en aras de un sentimiento generoso, en aras de una causa buena ó mala

(*) Luis L. Dominguez—*Florencio Varela*.

con bélico entusiasmo, corriendo las multitudes al primer llamado de sus gefes; hoy el entusiasmo es falso porque se compra con los caudales de los bancos, es efímero, desde que deja de ser espontáneo; solo el lucro predomina con su cruda y abrumante realidad en las esferas sociales, comerciales y políticas; y es esa la razón de porqué hemos visto a personajes de cierta influencia desertar de un partido para entrar en otro, sin el menor remordimiento, con una hipocresía y descaro que repugnan, vendiendo su conciencia al mejor postor, sin meditar en los compromisos contraídos y en la gravedad del hecho; y cuando se contempla todas estas evoluciones absurdas, propias de hombres públicos indignos y cobardes, se siente el vacío dejado por aquellas grandes almas, y se palpa cuanto ha descendido y cuanto desciende el nivel moral de los individuos!



Tenia el fogoso publicista muchos puntos de contacto con los griegos; sus hábitos sencillos, sus maneras graves, cuadraban bien a su carácter franco, a su fisonomía simpática y atractiva, desprovista de la vanidad,—patrimonio directo de los petulantes y de los imbéciles,—que hacia que toda persona ya proletaria, ya de elevada alcurnia, fuera recibida con la misma solícita atención.

Y de allí nació su popularidad y la autoridad que tenían su palabra y su pluma.

En la jurisprudencia, una de las ramas que conocía *in extenso*, dejó verdaderos textos de

filosofía del derecho, poniendo de relieve en sus escritos defensivos, la deficiencia de las leyes, que á veces eran hasta retroactivas, sugiriendo reformas en los códigos, que de no hacerlas hubieran traído interpretaciones torcidas, é iluminando más de un artículo obscuro ó contradictorio.

La literatura, servía de solaz á su cerebro fatigado por la lucha diaria; tenía pasión por los clásicos; leía á Virgilio, Byron y Quintana, y después escribía ó traducía fragmentos que le servían de inspiración. Consultaba á Carlyle, á Macaulay, á Irving y á Herbert-Spencer, cuando iba á resolver cuestiones histórico-sociales ó problemas filosóficos; y no faltaba en su biblioteca ninguna de las autoridades que hacen luz en las ramas del saber humano. (*)



Las turbulencias intestinas que trajo aparejadas la caída del gobierno de Lavalle, le obligaron á emigrar con sus hermanos á Montevideo, refugio hospitalario de los argentinos proscriptos.

Allí adquirió notoriedad en el foro y en la prensa, que no carecía de cabezas pensadoras, abriendo brecha en la opinión con sus editoriales, tremendos apóstrofes, que hacían rugir de ira á los dictadores, y temblar á los tiranos.

La actividad fecunda de su espíritu privilegiado no decaía. Convirtiéndose en exaltado propagandista de las leyes y filosofía de las

(*) Luis L. Dominguez—*Florencio Varela*.

naciones, fundando *El Comercio del Plata*, vehículo de su palabra, representante de una idea, censor de los mandones, órgano genuino del pueblo, teniendo la envidiable gloria de haber sido paladin excelso en las campañas salvadoras emprendidas contra esbirros y fanáticos, en estas Repúblicas, que después de romper las cadenas remachadas por el yugo de una monarquía invasora, salían del letargo en que las sumiera la dominación española, las guerras civiles y el poder de sus caudillos, para caer de nuevo en el abismo.

Las tremendas revelaciones estampadas con convicción profunda y firmeza de ánimo, el fuste azas ardiente con que azotaba el rostro á los malvados, la verdad expresada sin subterfugios ni reticencias, á la luz del derecho y de la justicia, le acarrearón las fulminaciones del general Manuel Oribe, el que con el mayor cinismo, mandó cumplir la orden de muerte que tenía contra aquél, siendo bárbaramente asesinado por la espalda, en la noche del 20 de Marzo de 1848 (*).

El sentimiento, los gritos de protesta hacia el asesino y el cobarde que tal crimen consintiera, se alzaron de improviso como una sola y gigantesca ola en las costas platinas, entre un coro de lágrimas de dos pueblos hermanos, vinculados por la sangre, el idioma y la raza, que lloraban el fin imprevisto y

(*) Véase la carta reservada de Rosas á Oribe, que el Dr. Vicente Fidel López inserta en su *Manual de Historia Argentina* al tratar de ese crimen, y los comentarios que hace el ilustre publicista.

sangriento de ciudadano por tantos motivos sentido.



Florencio Varela, como todos los mortales, habrá tenido sus defectos que no han llegado hasta nosotros apagados quizá por el brillo de sus virtudes republicanas; pero su memoria será venerada aquí y en todas las naciones que él visitara por la solidez de sus principios, por su espíritu esencialmente liberal, y sobre todo por su honradez política.

Murió en su ley, como el soldado en el campo de batalla, al pié de su bandera, con la pluma en la diestra mano, en defensa de todo un pueblo sumido en los abismos del crimen, por el puñal de un dictador envilecido.

La historia, guarda estos hechos, como reliquias preciosas de un pasado tenebroso, y la posteridad hará surgir de su tumba, la efigie del revolucionario y del luchador que estirpó las falsas doctrinas, sucumbiendo en la tremenda lid como Héctor en los muros de Troya.

Sus conquistas no han caído en terreno estéril, quedan algunos pregonándolas en suelo argentino, siguiendo los rumbos que él les trazara abiertamente con su prédica, en los días aciagos.

Inspírense los hombres de Estado, en el ejemplo vivificante de honradez cívica, que nos legara el patriota integérrimo y justo; inspírense los oradores en el elocuente tribuno que no temía arengar á las multitudes en medio de las grandes calamidades públicas, y

sobre todo, no olvidemos nunca al periodista, que con valor inaudito, sostuvo la cruzada más borrascosa,—abierta contra los tiranos,—de que se conserva recuerdo en los anales de nuestra turbulenta historia.

(1889).

..

RAFAEL MARÍA BARALT

•• « Este venezolano ilustre, del que nos separa el tiempo y la muerte, soporta bajo su sepulcro humilde, el doble peso de la losa y de la indiferencia ».

DOLOROSA y amarga injusticia! Este hombre á quien el Creador concedió al par del talento el culto á la virtud, para que supiera cimentarla, fué un caballero de temple antiguo, un ciudadano sin mácula y un filántropo, que comprendiendo el magisterio de la caridad, la practicó sin cesar, mitigando los dolores y las miserias sociales. Esas prendas, completadas por un carácter severo, que no excluía la afabilidad, contribuyeron no poco á las simpatías que supo conquistarse en uno y otro continente.

Por esto, cuando emprendió el fúnebre viaje á la isla sombría, el sentimiento por su muerte se convirtió en una unánime explosión de condolencia.



No sabría precisar, con un rasgo, en qué descolló su númen.

Sus poesías, si no tenían fuego, inspiración, ni vuelo, eran correctas y depuradas; y con dar una ligera ojeada ó un simple vistazo á la *Historia de Venezuela*, se enteraría el

público, de que quien la trazó, no era un bisoño, ni un profano en la materia y si un audaz investigador de la verdad, en los dominios de la meditación filosófica y de las ciencias históricas.

Dominaba á fondo las ramas literarias, teniendo un tacto *sui generis* para desarrollar y ampliar los temas que cruzaban por su mente. Trozos escogidos de lenguaje castizo, son los que le sugirieron las bellezas naturales de Venezuela, las tradiciones remotas y las clásicas costumbres de aquel pueblo pastoril y trovador.

Escudriñaba en los archivos la oculta luz para llevar la convicción á los ánimos; y trataba de paso asuntos de indole puramente imaginativa, no dejándose trasportar por la fantasía más allá de la línea precisa, pues temía caer en el romanticismo académico, entonces en boga.

A Baralt, se le escuchaba desde las columnas de la prensa seria, en donde se debatían los graves intereses públicos, ya en las tribunas que escalaba con la fé y la convicción de un apóstol, ya en las academias y en los círculos literarios en que se encontraba ó se le invitaba á que lo hiciese.



En la inducción filológica, era un innovador, y si se sujetaba á las reglas y á los preceptos gramaticales aceptados, sabía también depurar el idioma de arcaísmos y modismos convencionales que lo afeaban y que debían forzosamente desaparecer, enriqueciéndolo con

americanismos, que están en boga en ambos hemisferios.

« Señaló rumbos no explorados y es probable que no siempre haya hecho en ellos las observaciones necesarias para deducir generalidades exactas». (*)

Pero teniendo en cuenta su dicción poética, su notable historia, sus escritos pedagógicos, hay que convenir ante y sobre todo, que descolló en la corrección, calidad y extraordinaria pureza de la lengua, que le sugiriera trascendentales observaciones, que por lo justas, hallaron repercusión en España y aceptación inconcusa en la academia respectiva.

« Quería gozar de la armonía silábica de las voces humanas, y del vocablo como vestido de las ideas; pero quería también saber el porqué de esa armonía y la estudiaba fundamentalmente entre los dédalos oscuros de la prosodia y de la ortología de las lenguas vivas y muertas». (**)

El *Diccionario de Galicismos*, precedido de un prólogo de Hartzenbusch, es la obra de mayores desvelos para el cerebro paciente de Baralt, que quedará como fruto sazonado de su agudo ingenio, y servirá de pieza notable en el proceso que le levantará el tribunal supremo de la crítica. (***)



(*) Andrés Bello.
(**) Andrés Bello.
(***) Mitre, en *Letras Americanas*, (*La Biblioteca*, 1897) dice: Baralt y Bello, son autoridades en la madre patria y han enseñado á la misma España, por boca de sus maestros, como debe hablarse y escribirse.

Su *Oda* al descubridor del Nuevo Mundo, premiada en el Liceo de Madrid, es un modelo de clasicismo; se vé en ella la labor del académico y del lingüista, pero le falta inspiración, la facultad innata que conduce á los elegidos á la divina altura.

Con placer la traeria aquí integra, para que pudieran saborearla los que no la conocen. Su extensión me lo veda.

Y con mencionar trozos fragmentarios, estrofas sueltas, versos incompletos, no podría sentirse el efecto que produce al leerla íntegra; sería idéntico al de un palacio truncao, en el que no puede verse la regularidad de la arquitectura, la severidad de las líneas, la espléndida majestad del conjunto.

Opto pues, por reproducir su soneto al gran navegante:

¿Quién el furor insulta de mis olas?
 ¿Quién del mundo apartado y de la orilla
 Entre cielos y abismo hunde la quilla
 De tristes naves náufragas y solas?

Las banderas triunfantes que enarbolas,
 En la mojada arena con mancilla,
 Miedo al mundo serán, no maravilla,
 Y el ocaso de tus naves españolas.»

El mar clamó; pero una voz sonora,
 ¡Colon! prorrumpe y al divino acento
 Inclina la cerviz, besa la prora.

Cruje el timón: la lona se hincha al viento;
 Y Dios, guiando al náuta sin segundo,
 A los piés de Isabel arroja un mundo.



Los libros de Baralt, como los de la mayoría de los vates mejicanos, granadinos, ecuatorianos y los de las zonas centrales, no se encuentran en esta capital; no se explica la

razón de esa necesidad que no se llena, si se considera que se solicitan con empeño y que día á día han ido escaseando, hasta el extremo de que ni buscándolas con la linterna de Diógenes podrían hallarse las *Poetas* ó la *Historia de Venezuela*, del personaje en cuestión, una de las celebridades filológicas de América.

Esto será motivo de no poco peso, para que se me eche en cara la pasión, al hacer apenas justicia á la laboriosidad y á los méritos del escritor venezolano, que ocupó en su tiempo el sitio que ocupan hoy en Méjico, Justo Sierra y Guillermo Prieto, y en Colombia, Salvador Camacho Roldán y Rufino Cuervo.



Baralt, ha dejado suficientes materiales sinó para perpetuarse, para que se le recuerde por muchas décadas en las letras sud-americanas.

La modestia, no la que encubre la hipocresía, sinó la que huye del aplauso banal, aureoleó su figura con un resplandor de beatitud; lo que no obstó para que la maledicencia y la envidia, le hincaran su ponzoñosa lanceta, sin dejar huellas en aquel temperamento de acero, que resistía y no se doblegaba.

Marchaba con el movimiento intelectual literario y científico de Europa, y se engolfaba en investigaciones de arqueología lingüística, fecundas para futuras enseñanzas.

Llenó dignamente su misión de educacionista levantando templos de enseñanza y predicando la moral con la acción.

Si Samuel Smiles lo hubiese conocido, le habría reservado una página en el *Evangelio Social*

Venezuela, le debe una estatua; y se la debe, porque los monumentos no se alzan únicamente á los guerreros y á los hombres de estado; deben tenerlos también los educacionistas como Baralt. Entre el soldado que lucha por la libertad de su patria, el estadista que la guía cautelosamente al través de los mares, salvando los escollos, y el varón que por ella se sacrifica, cabe el pensador que la educa y civiliza, sin el cual serian infructuosos é inútiles los esfuerzos de los demás factores.



Entrado en años, dejó Baralt su país y se marchó á España; conocido ya por las producciones de su ingenio, tuvieron ocasión de apreciar sus dotes morales, «que estaban en admirable equilibrio, con sus grandes facultades, paralelas y armónicamente vigorosas». Allí vivió feliz y tranquilo, querido de propios y extraños, reuniendo en las veladas de su modesto hogar, á los sabios, los letrados y los artistas; y allí dió cima á sus trabajos gramaticales y lingüísticos, que quedarán como fuente de consulta seria y provechosa.

La Real Academia, le honró contándolo en el núcleo de sus miembros eminentes y coadyugó en la esfera de sus atribuciones á cambios, depuraciones y enmiendas, de que adolecía el habla castellana.

No por eso echó en olvido á Venezuela, que

la seguía al través de sus evoluciones y vicisitudes, desde país tan lejano, ya viéndola bajo un gobierno despótico retroceder al más hondo abismo de la abyección, ya gobernada por estadistas sesudos, avanzar gigante á sus futuros destinos.

Sus patrióticos anhelos se iban realizando en parte y decidido estaba á tornar á las playas natales, cuando la devastadora parca, tronchó brutalmente aquella férrea naturaleza, que habia salvado, como la nave legendaria, las mas negras borrascas.

Vivió medio siglo para su patria, para las letras, para la humanidad; y espiró con la serena entereza de un filósofo, en posesión plena de sus facultades intelectuales, pidiendo como Goethe: «luz, más luz», é iluminando su último sueño la imágen sagrada de Dios, que él veía acercarse á medida que su espíritu iba penetrando en las regiones de la inmortalidad.



CARLOS GUIDO SPANO

CARLOS GUIDO SPANO

••

Guido es un clásico por la corrección de la forma y por la simpatía que profesa á la belleza plástica; pero su inspiración vuela á mayor altura que la inspiración pagana.

PEDRO GOYENA.



CARLOS Guido Spano, es el último representante que queda de aquella generación gallarda, que hizo resonar sus proclamas, sus apóstrofes y sus himnos, en las cimas y en los abismos, en las llanuras y en los valles argentinos.

Andrade, Mármol, Luca, Echeverría, López, Encina, Varela, Chassaing, se han hundido unos en pos de otro en las tinieblas de la muerte, vibrando todavía sus notas de clarín en todos los corazones. Y los pueblos americanos guardan la memoria de esos poetas con religioso respeto, transmitiendo de padres á hijos esos arranques henchidos de entusiasmo patrio, y de anatemas contra el *invasor*.

Guido es un astro que declina al ocaso, marcando ya esa parábola que tiene su conjunción en la tumba; pero, aun en la senectud, conserva radiante el fulgor de su primera aparición. Su nombre se repite con fervido cariño en las márgenes del Plata, del Amazonas y del Rimac, y tiene ya una estela

luminosa, envidiable y duradera, que va del Atlántico al Pacífico.



Hijo de Buenos Aires, la abandonó a los trece años, llevado por su padre al Brasil. Rosas, el cegador insaciable de cabezas, fué el que precipitó esa partida imprevista. Perseguió a todos aquellos que no pensaban como él, y los esbirros se encargaban de cumplir los designios de aquel cínico sediento de sangre.

Habituado a la vida invariable de la ciudad, presentóse ante sus ojos un espectáculo que debía herir las cuerdas ocultas de su lira ignorada. Rio Janeiro, con su bahía encantada, las montañas que la cercan cuyas masas de basalto simulan gigantes acostados en sus faldas, el *Pan de Azúcar*, cono elevado que se esfuma en las nubes, el Salto de Tiyuca, que es la belleza indecible, los cambiantes de luces y colores que presentan aquellos bosques de palmeras seculares, y las quebradas de verdura, donde la flora tropical embalsama el ambiente, con sus mil aromas embriagantes, abrieron su alma a las expansiones poéticas, trazando aquellos vívidos *Recuerdos* del Janeiro, que quedan todavía como los destellos sublimes de una imaginación deslumbradora.



Allí formó en el círculo democrático. Estaba empapado en las ideas ardorosas de la revolución francesa. Mirabeau, Danton, Manuel,

Berryer, Foy, Casimiro Perier, lo fanatizaban; unos por el génio, otros por la audacia insolente, los más por la bravura inaudita.

No se explicaba como en el suelo de América pudiese existir un imperio, en medio de quince repúblicas, y con Quintino Bocayuva y Francisco Octaviano, del que se dijo que «desde los pies hasta la punta de los cabellos era una polémica animada», hicieron fermentar en la prensa y en la tribuna, la nueva fórmula representativa.

Tanto insistió con su propaganda innovadora, que se le extendieron los pasaportes, pero quedaron sus amigos, que continuaron agitando la bandera revolucionaria, obteniendo la sanción popular al ser derrocado el bueno de Don Pedro II, el rey modelo, tomando las riendas del gobierno el mariscal Deodoro Da Fonseca, actual presidente, que no ha correspondido por cierto á las esperanzas que sus conciudadanos cifraban en él. Nuestros vecinos, tienen ya su «crisis de progreso», y nosotros sabemos por esperiencia propia, lo que esto significa.

No quisiera ser pesimista, pero, á su vez probarán también los brasileros todas las calamidades que trae aparejadas la palabra fatal!



Coincidió su expulsión de aquel territorio, con el arribo de una carta de Paris, que le anunciaba la agonía de Daniel, su hermano querido. Al tener conocimiento del hecho «corrió en su auxilio,» pero, cuando llegó, era cadáver. Su cuerpo reposaba en el Cemen-

terio del Père Lachaise y su alma había volado á Dios!

Quiso darse cuenta del mundo europeo con sus complejos sistemas de gobierno; desde las naciones que están regidas por anacrónicas teorías de reyes absolutos, hasta las que llegan á las utopías radicales; estudió las costumbres, religiones y usos de aquellos pueblos envejecidos, las sociedades refinadas y aristocráticas, las liberales y fanáticas; y en las bibliotecas y museos contempló las grandezas emocionantes de otros tiempos, retornando al Plata, después del derrocamiento del tirano.

En el setenta y cinco el Imperio intentó declarar la guerra á Montevideo y Guido corrió á incorporarse como soldado raso á los heroicos defensores de la Nueva Troya, y el setenta y uno, cuando la peste diezaba esta ciudad, formó en la vanguardia de la comisión popular.

Guido ha desempeñado puestos honoríficos en la magistratura y en la política; pero ni la política ni los cargos públicos le han seducido.

Al revés de las mediocridades ambiciosas que llegan á la popularidad por la habilidad y astucia de los gefes de partido ó por la falsificación de los registros, él la ha alcanzado con sus obras y sus buenas acciones, y no cambiaría todos los millones de Rostchild, por su modesta posición de ciudadano, basada en una vida sin mancha!



No creo en los poetas propagandistas, ni

en la poesía científica. Pienso con Juan Valera: que el poeta debe escribir para *deleitar* y no para *enseñar*. Para lo primero es necesario nacer con el fuego sagrado, para lo segundo están los filósofos.

«El poeta no ha de ser el eco de estos últimos sinó la voz de la conciencia instintiva de la humanidad; ha de decir grandes cosas por una iluminación súbita, sin conocer ni reflexionar que las dice. Homero y Dante pronunciaron oráculos, que en el día los filósofos desentrañan é interpretan.» (*)

Pero sin sentimiento, habrá rima, habrá lógica, habrá arte, pero no hay poesía.

Guido es un lírico. No tiene la entonación elegiaca de Leopardi, ni el empuje épico de Heredia, ni las voluptuosidades carnales de Stecchetti. Es melancólico, sin afectación; sentido, sin falsedad; verdadero, sin retórica.

La pompa magestuosa, las figuras imaginativas tan grandes como vacías, las paradojas criminales, los ripios inaguantables, no existen en su poesía que es la poesía de un *virtuoso* que llega en la forma al clasicismo antiguo.

«No pocos han esterilizado sus facultades cantando á las flores, á las mariposas, á *ellas*. Para estos poetas todas las aves son canóras, todas las mujeres son hermosas, todas las brisas perfumadas, todo es música y ritmo, todas las tonteras son candor.» (**)

(*) Juan Valera.— *Estudios Críticos*.

(**) J. Fierro—Poetas Nacionales: *Carlos Guido Spano*.

Guido, sin despreciar esos temas, ha querido ejercitar sus facultades en géneros opuestos, recorriendo casi toda la escala métrica, desde el vasto alejandrino hasta el encojido heptasilabo, tocando la cuerda erótica y la descriptiva, la sátira amarga y el yambo hiriente y aprisionando en tercetos clásicos á lo Nuñez de Arce, algunos de esos apotegmas que Campoamor ha divulgado en sus *Doloras*.

Es un poeta multiforme, que ha puesto el envase griego al servicio de las ideas modernas y de la actualidad batalladora.



Su *Adelante!* es el grito del siglo:

¡Ea, muchachos, es la aurora! ¡arriba!
Tomad el hacha y el martillo, y vamos;
Si como ayer tenaces trabajamos,
El monte derribado caerá.

Alcemos con sus troncos nuestras casas
Asilo de la enérgica pobreza,
Donde creció el jaral y la maleza
La viña lujuriente medrará.

La gran naturaleza nos invita
A su festin suntuoso; seamos parcos
Y al repasar por sus triunfales arcos,
La libertad nos guíe con su luz.
Bajo su influjo bienhechor, la dicha,
La paz y la abundancia nos esperan:
A los valientes que en la lucha mueran,
Un recuerdo, una palma y una cruz!

No desmayeis, conscriptos del progreso:
Rasgue el arado el seno de la tierra,
Guerra á la incuria, á la ignorancia guerra,
Amor á Dios, respeto por la ley,
Diques al mar pongamos, freno al vicio,
Allanemos la rispida montaña,
Y sea nuestro orgullo y noble hazaña
En cada ciudadano ver un rey.

Así avancemos como un haz; la ruta
 Nos la haga más liviana el noble canto
 Del poeta; las artes con su encanto
 A nuestro rudo afán den galardón;
 Busquemos la gran patria en que los hombres
 Se reconozcan prósperos y hermanos,
 Invitando á los pueblos soberanos
 A seguir de los libres el pendón.

Y dulce será el ver en nuestros lares
 De la jornada al fin, todos reunidos,
 A los seres amables y queridos
 Que ennoblecíó el trabajo y la virtud, —
 Recordando los triunfos del pasado
 En las largas veladas del invierno,
 O elevando sus preces al Eterno
 Que nos da la esperanza y la salud!

Leyendo á Guido, parece que el hombre olvida, por un momento, las rudas batallas de la vida, que la humanidad es ¡menos egoísta, que hay más bondad en los corazones, más luz en el horizonte, más esperanzas en el porvenir, y que hasta el espíritu, desatándose de la mortal envoltura, recobrando el perdido vigor, se eleva por encima de las miserias de la tierra!



« Me he inclinado reverente en presencia del *Patri-carissimo*, he admirado el monumento *Á Italia*; he sentido cosquillas, contemplando el cuadro de *Los quince años*; conocido la envidia, espiondo *En los guindos* », (*) experimentado universalidad de sensaciones en *At Home* y en *Nenia*, que tiene el perfume de una elegía de Esproncedo.

(*) J. Fierro. — *Poetas Nacionales: Carlos Guido Spano*.

da, y probado las tentaciones de San Antonio en las quintetas á *Manuela*.

¡Es tan hermosa! No hay vuelta,
 ¡Que voluntad no subyuga!
 Fresca *achira*, palma esbelta,
 Alegre, viva, resuelta,
 Ó amarla ó ponerse en fuga.
 ¡Manuela! . . . ¡Ah criolla! La tengo
 Metida en el corazón.
 ¡Pero casarme! . . . Prevengo
 Que á eso si que no me avengo . . .
 Por no ser mi vocación.
 Pero en cambio con delicia
 Le daría en mi embeleso,
 Si en sus misterios me inicia,
 Mi amor por una caricia,
 Y hasta el alma por un beso.

Nadie diría que el que ha escrito esas trovas graciosas y festivas sea el autor del *Bajo-Relieve*, severo como una estatua romana, cincelada en mármol de Paros.

Y este hombre, á quien la juventud corre á pedir enseñanzas y consejos, que puede dar, suele gastar en sus criticas más templanza que energía, mas bondad que maldad; al revés de los que se ensañan en las elucubraciones ajenas y no encuentran nada bueno fuera de las propias.



El frío escepticismo, no ha hallado vibración en el arpa de Guido, que es un poeta creyente.

Un ejemplo, lo tenemos en la composición que sigue, empapada de tan profunda y serena melancolía que remeda el eco de una queja doliente ó de una vieja romanza.

En ella, Guido, da un adiós á las ilusiones, á la juventud, al arte, al amor, á la gloria, á todos los recuerdos pasados y benditos.

Entre el cordaje de su lira, deslízase un débil soplo de duda que hace estremecer su alma y cuando parece que ésta va á sucumbir retorna el creyente como un rayo de sol:

¡Oh blanca reina del alto cielo
Que en carro ebúrneo triste paseas!
Tú á quien preceden vividas teas
Mi selva obscura viste de luz,
Y allá apacible, dulce y sin velo,
De sus misterios reveladora,
Sé de mis sueños cándida aurora,
Nimbo suave de aislada cruz.

Alumbra el fondo de aquel paisaje,
Donde entre zarzas véense esparcidas
Ruinas humildes, tumbas queridas,
Que sollozando guarda el amor.
Ellas señalan el largo viaje
Del que ha vencido rudas jornadas;
Marché por sendas no frecuentadas,
Fiado en mi estrella y en mi valor.

¡Cuántos azares! De suerte escaso
Mantuve siempre la frente altiva;
Si la fortuna se mostró esquiva,
Jamás ante ella me prosterné.
Tenues celajes que ya al ocaso
Llego, me anuncian, de mi existencia;
Suene la hora, pronto á la ausencia,
Sin un lamento me alejaré.

¿Quién ¡ay! entonces de mi destino
Traerá á la mente la vaga historia?
Sombra que pasas, humo es la gloria,
Tu eden soñado, quimera al fin.
Luna que esparce fulgor divino,
La dicha dura solo un momento:
Ninguna antorcha resiste al viento;
Rotas las copas cesa el festín.

Yo luché un día . . . Quedé tendido
Del casco de oro la sien desnuda;

Débiles ecos del arpa hoy muda,
 Por esos campos muriendo van.
 ¡Mas dónde el númen fortalecido
 Con el aliento de la esperanza?
 Plegó sus alas; la noche avanza
 ¡Luna amorosa temple mi afán!
 De tu diadema de nácar, dame
 Porque me inspire, blandos reflejos;
 Vibre armonioso mi canto léjos,
 Al arte, al mundo, postrer adiós.
 Que en el en limpias ondas derrame
 Su savia toda, contrita el alma:
 Á otros del triunfo la verde palma;
 Á mi el silencio, las sombras, Dios!



Hasta su noble figura, recuerda el ideal de los bardos antiguos: «La cabeza coronada por blanca, abundosa y rizada cabellera, la frente ancha y serena, como un océano en calma, bajo la que centellea una mirada luminosa y vivaz: el busto severo y de gallarda apostura, evoca las estrofas brillantes del cantor de Laura, el amoroso plectro de Boscán y los nemorosos concetos de Garcilazo.»

Tal así, como me he acostumbrado á verlo en nuestras calles y paseos, con su vestir rígido y humilde, con su sombrero exótico, de anchas alas, de entre las que se destaca su fisonomía bondadosa y varonil; le veo en sus versos, que transparentan la sencillez patriarcal, el optimismo benéfico, y la hidalguía de los sentimientos elevados.

Cuando el sol dora la cumbre de los montes ó el campanario de la aldea, en el silencio de la tarde, que cae serena como una bendición del cielo, sentado á orillas de

un arroyuelo que serpea en el llano ó en la cabaña pajiza del isleño, donde solo se escucha el murmurar de las corrientes que desembocan en el río y el trino de los ruiseñores enamorados, he leído á este bardo y nunca comprendi su lenguaje mejor que allí, en el seno de la naturaleza, *alma mater!* ..

¡Oh soledad! ¡Oh murmurante río,
A cuya márgen espontáneos crecen
Los árboles frondosos, que el otoño
Despoja ya de su hojarasca verde!
Huésped errante de la *selva oscura*
Di en estas limpias aguas ¡Cuántas veces
Me vió la tarde, absorto en mis recuerdos,
Contemplando su plácida corriente!

La gran naturaleza, de mis penas
Oyó el lamento que hacia Dios asciende
En su templo inmortal á quien la invoca
Seguro asilo y bálsamos ofrece.

Al dejar sin retorno estos lugares
Tan dulces á mi afán, lleve indeleble
Una impresión de gracia, de frescura,
Y aun el zahumerio del paisaje agreste.

Como esas aves de amoroso instinto
Que en busca de calor el aire hienden,
Así mis pensamientos al amparo
De los afectos íntimos se vuelven.

¿Pero en cual mejor sitio hallar la calma
Y este silencio arrobador, solemne,
Que al fatigado espíritu conforta
Mientras las horas se deslizan breves?

Es aquí donde exhausto peregrino
Quisiera alzar mi solitario albergue,
Y arrullado del aura y de las ondas
Vivir léjos del mundo, para siempre! . . .

Esta misteriosa influencia es debida á que Guido, como Chateaubriand, «ha cantado los bosques en los bosques, ha pintado el océa-

no desde los buques, ha hablado de las armas en los campamentos, ha aprendido el destierro en el destierro, » y en sus viajes, en el roce continuo con estadistas y letrados, ha estudiado los hombres, la política y las leyes.

Federico de la Barra en Chile, y Pedro Goyena en la Argentina, han unido sus voces al coro de alabanzas con que fueron acogidas sus *Hojas al Viento* y sus *Ráfagas* benéficas.

Victor Hugo,—el gran lírico,—dijo que Guido «es un generoso espíritu que quiere la verdad por la luz, la libertad por la justicia, la paz por la fraternidad, y que el filósofo iguala en él al poeta.» (*)

No debo agregar una palabra más á la palabra del coloso que reposa en el Panteón!



Y á los que gritan que la Poesía muere, por que la ven agostada por las fiebres transitorias y mercantilistas de una generación corrompida y escéptica, les diré que no se dan cuenta que la Poesía es la belleza perdurable.

El planeta ha sufrido transformaciones inauditas: han desaparecido las civilizaciones antiguas; han caído Babilonia, Menfis, Cartago, Tebas y Esparta, opulentas y soberbias, con sus monumentos que se decían eternos; Roma ha visto derrumbar su *Forum* y su *Coliseum*; el Egipto, verá desaparecer sus gigantescas pirámides carcomidas por el tiempo; pero

(*) Victor Hugo—*Carta á Carlos Guido Spano, acusándole recibo de sus Hojas al Viento.*

Homero y Virgilio, desde el Olimpo de la gloria, continuarán desafiando los siglos y la eternidad!

Y, mientras Witman y Tennyson, Tölstoy, y Carducci, Swinburne y Leconte de Lisle, Ibsen y Dostoiewski, alcen sus acentos apocalípticos, la humanidad entera se detendrá á escuchar! ..

(1890).

FRANCISCO J. CALDAS

• • Las ciencias y las artes han ilustrado las naciones tanto como las virtudes de sus héroes.

LAKANAL.



AS ciencias abstractas, han tenido en Sud América escasos cultores; y de estos, pocos descollaron hasta alcanzar una discreta popularidad.

Caldas, «el prodigioso Caldas», según la expresión de Humboldt, es del reducido núcleo el mayor de los talentos científicos que han florecido en este hemisferio á fines del siglo pasado y á principios del presente.

Nació en Popayan, en las vertientes del Orinoco, el año de 1770.

Inculcáronle sus padres, en el hogar, la educación rudimentaria y las nociones pedagógicas, pues no holgaban allí las escuelas y los textos. Y no se sabe como sin ayudas, sin maestros, sin recursos, debido tan solo á sus propias privilegiadas aptitudes, llegó á ser buen físico, notable botánico, excelente astrónomo, profundizando las matemáticas sublimes que se hallan tan intimamente ligadas á los estudios sidéreos y algebraicos como el matiz de la flor á su fragancia.



El cielo diáfano de Nueva Granada, atrajo

sus miradas y cautivó su espíritu anhelante de nuevos horizontes. Falto de los aparatos indispensables, los fabricó por sus manos; hizo observaciones, computó fechas, dedujo cálculos — que rara vez salieron errados — descorriendo el velo misterioso que escondía á sus ojos la bóveda celeste.

Como es sabido, la astronomía física era campo explorado ya en tiempos de Copérnico, Galileo, Newton y Ticho Brahe; pero, la experimental, data de estos últimos cien años, ó á lo ménos arranca desde entonces el vertiginoso y febril impulso que le dieron Secchi, Ghaisser, Schiaparelli, Flammarión y Goultd.

El Semanario de Nueva Granada, (*) contiene un tesoro inagotable de las publicaciones de Caldas, sobre fenómenos sísmicos y meteorológicos y se queda la mente absorta y el espíritu perplejo, ante la claridad y la sencillez con que sostenía y demostraba prácticamente sus teorías, aquél hombre de ingenio singular.

No empleaba en la exposición el método rigurosamente científico; se valía de un lenguaje llano, pero no vulgar, sin tecnicismos nebulosos, al alcance de los iniciados y del vulgo; y de ahí provenía su renombre, y el respeto con que se acataban sus predicciones, basadas en cálculos precisos y en principios inmutables.

El pueblo, cobróle bien pronto una confian-

(*) Francisco J. Caldas — *Semanario de Nueva Granada* — Nueva edición. París. 1849.

za ilimitada, al ver que sus pronósticos se cumplieran.

Anunciaba un eclipse, el paso de un cometa, la aparición de un astro, una lluvia de estrellas ó un ciclón devastador, guiándose por las causas que mantienen la armonía de los mundos y en las leyes que rigen el sistema planetario y no erraba en sus cálculos.



Caldas fué en Colombia lo que Flammarión en Francia; su nombre corría de boca en boca, llevado por las trompetas de la fama, al palacio del potentado y á la cabaña del labriego, lo mismo que las voces de la prensa universal hacen resonar el de este último de París á Buenos Aires.

Poseía una forma de expresión especialísima, rara en los hombres científicos, con la que alumbraba la nebulosidad de los temas, quitándole en lo posible la aridez del álgebra que hasta á los profanos, si bien el citado astrónomo francés, le supera en sus disquisiciones espiritualistas y en la ornamentación de su estilo literario, irresistiblemente seductor.

Además era un botánico de conocimientos vastos, adquiridos más en la práctica sin alternativas que en la teoría que se evapora y se pierde, sin la primera. Hizo excursiones á las selvas vírgenes, á los bosques tropicales, á las montañas andinas y á las entrañas de la tierra, formando las colecciones más completas que se conocen.

Se ha dicho que «nadie, después de él ha

conocido también la flora equinoccial» (*) y recuérdese que por allí anduvieron Bonpland, Boussingault, Saussure y Humboldt, entidades célebres, glorias genuinas de la humanidad.

Los beneficios que reportó á las ciencias, abriendo cursos populares de astronomía y las conferencias sobre botánica que dió en Bogotá y en los estados de Venezuela sembrando el fruto de sus estudios, no serán olvidadas por los biógrafos del porvenir.



Sus obras, incompletas, á causa de su muerte, han quedado como fragmentarios jalones de que se han valido los modernos naturalistas y exploradores para sentar los cimientos de sus propios tratados.

«Fundado sobre la constancia del calor del agua en ebullición y sobre su variación mudando de nivel, inventó un aparato para medir las alturas, y poniéndolo en práctica, probó que las montañas se pueden medir con el termómetro como se hace con el barómetro». (**)

Dejó textos sintéticos sobre astronomía y botánica, en los que recopiló el *summum* de sus observaciones y análisis, de los que se han perdido manuscritos preciosos.

Escribió una introducción á la *Geografía*

(*) Juan María Gutiérrez—El Lector Americano.—*Nota sobre Francisco J. Caldas.*—Buenos Aires. Casavalle 1874.

(**) Martín García Mérou—*Impresiones*—Recuerdos de Colombia—Madrid. Murillo. 1884.

de las Plantas, del barón de Humboldt y dejó en sus *Memorias* «la colección de observaciones astronómicas hechas en el virreinato de Santa Fé y la fitografía de las plantas del Ecuador, comparadas con las producciones vegetales de las demás zonas y del globo entero». (*)

Como Franklin arrebatara el rayo á las nubes, Caldas arrojó todos los peligros para robar algún secreto á la Naturaleza.

Ha estudiado las causas que producen la chispa eléctrica en los días de tempestad, ha seguido á los planetas en su curso eterno; ha profundizado las leyes de la física y de la química; y los temas astrales, áridos para explicarlos con el rigorismo de la ciencia, él sabía embellecerlos con maravillosas descripciones, transportando al lector al Infinito.

Al leerle, se siente llevada el alma á aquellos mundos invisibles que giran en el espacio inmenso; se presencia la marcha de los astros en su rotación interminable al rededor del Sol; se vé la formación de los huracanes, la electricidad convertida en rayo, el choque de los dos fluidos magnéticos, productores del trueno, el granizo, las lluvias, los espejismos y las nieblas; en una palabra: la atmósfera con todos sus secretos y conmociones, que forman las armonías del Universo.



Su nombre, no pasaria por periodos de transición como el presente, si en vez de ser una

(*) Th H. Barrau.

pequeña república su cuna, hubiera sido París, centro de atracción del humano pensamiento.

Los estudios del sabio colombiano, sirvieron de punto de apoyo y dintel de partida en que basaron sus libros futuras eminencias europeas, que no han tenido siquiera una palabra hacia el mentor de los naturalistas del Nuevo Mundo, hacia el que les abrió la ruta de las exploraciones.

Caldas, sin haber hecho descubrimientos siderales ó físicos de repercusión como los de Galileo, Haley y Kepler, es acreedor á su gloria, si se tiene presente que sus observaciones las realizó sin instrumentos adaptados, sin recursos y sin ayudas, indispensables en medio de las montañas y de los desiertos; y como naturalista, es indisputablemente superior á sus contemporáneos, por su *Quinología*, y por las notables colecciones mineralógicas, encerrada en los museos de ambos hemisferios.



Caldas, víctima de la independencia americana, terminó sus días, de una manera trágica.

El 6 de Mayo de 1816 las fuerzas realistas, al mando del general Morillo, penetraron en Bogotá, y pasaron por las armas á muchos ciudadanos, que trabajaban por el triunfo de la libertad. Entre estos, cayó Caldas; se le sacó del Observatorio, y se le levantó un consejo de guerra, el cual lo condenó á la pena capital, por revolucionario y perturbador,

siendo fusilado, para vergüenza é ignominia de sus ejecutores, el 29 de Octubre del mismo año.

Su fin bárbaro, me trae á la memoria aquella exclamación de Cormenin al ver hollado el sepulcro de Mirabeau por las turbas desenfrenadas y las cenizas del gran tribuno sacadas del panteón y arrojadas al viento:

«¡Oh miseria de las grandezas humanas!»!

(1887.)



JOSÉ RIVERA INDARTE

JOSÉ RIVERA INDARTE

• • «Su nó era nó sin apelación, y su sí era sí todopoderoso, cuando lo daba, lo hacía á sabiendas, sus pensamientos y sus palabras estaban bien concordes: por sí solas tenían la fuerza de un argumento.»

No fué poeta: era un versificador espontáneo, estaba léjos de hacer composiciones acabadas; pero, sus versos, se leían con placer: agradaban por su resonancia, por su ritmo, por su ajuste métrico.

Conocía las reglas de la poesía, pero no era poeta: le faltaba la inspiración natural, sin la cual no puede llegarse á serlo. Él, creía de buena fé, que *cuando entre nosotros estuviese más adelantada la educación, se enseñaría á ser poeta, como se enseña á ser géometra.* (*)

Profundo error!

Pero en sus composiciones, ha tratado de encerrar una sensación, una verdad, un grito, ó simplemente una idea; no escribía versos por darse el placer estúpido de no decir nada, como hacen la trailla de retóricos insoportables que pululan por estos mundos.

La cuerda del sentimiento, que no es la única que destemplan, él la tocaba raras ve-

(*) Juan María Gutiérrez—*Juicios Literarios: José Rivera Indarte.*

ces y demostraba un profundo menosprecio por esos bardos plañideros que pulsan el laud y ensalzan en versos metafóricos y ditirámicos, la belleza, la gracia y las virtudes de su amada, para ver si logran como Byron y Lamartine tocarle el corazón empedernido, sin sospechar siquiera que arrojan sobre sí una paletada de ridículo desdén.

Si todavía se contrajeran á incubar sus adefesios en los *albums*, el ridículo no pasaría de la intimidad; pero nó, no se contentan y los dan á la publicidad, algunos en forma disparatada, sin ilación, sin medida, confundiendo los metros y trepando al vocabulario á pesca de palabras exóticas, que no es *Decadentismo*,—como ellos, inocentes, creen,—sinó una mezcla informe de frases incoherentes, churriguerescas y vacias, con las cuales convierten la lengua castellana en una jerga imposible.

Es curioso recorrer de vez en cuando ciertos periódicos y revistas del continente, en que las pobres musas hacen el gasto solas. A cada carga feroz que reciben de los *bárbaros*, se quedan desnudas y maltrechas.

Es necesario, pues, que los tales *vates* comprendan que el arte no es un pasatiempo vano ni un semillero de lugares comunes, sinó una religión, y de que á la generalidad se les da un bledo de que sus amores sean ó nó correspondidos.

Canten en buena hora el progreso, la libertad, las batallas, los inventos del génio, las grandes pasiones de la vida; pero den á sus estrofas «sangre, carne y fuego», hagan vi-

brar en ellas sus almas de artistas y verán como se les escucha y se les alienta, si es que en efecto valen, si tienen *algo* como Chénier en el cerebro.

La manía de los *versos* se arraiga y amenaza desbordarse y si se sigue así sin ponerse coto podremos enviar en breve al extranjero *centenares* de *vates*, para surtir los mercados europeos, de ese *producto* nuevo, genuinamente nacional.



Rivera Indarte nació en Córdoba,—dos años antes que la junta de patricios, reunida en Tucumán, declarara la independencia de la república—el 18 de Agosto de 1814.

Se educó en Buenos Aires y se hizo periodista en la vecina orilla. A los diez y ocho años publicó *El Investigador*, y á los veinticinco asumió la redacción de *El Nacional* de Montevideo. La tiranía que pesó sobre este país en 1840, le contó entre sus aguerridos enemigos; flageló sangrientamente á Rosas desde esa hoja histórica, sosteniendo la campaña desigual en unión de otros argentinos, que refugiados en aquella tierra hospitalaria hacían un fuego nutrido al despotismo entronizado en Buenos Aires, apartándose de allí cuando su partido triunfaba y el tirano caía para siempre derrotado en los campos de Carceros por Urquiza.

Esa campaña y sus tendencias, las resumió en un libro voluminoso *Rosas y sus Opositores* y en el panfleto *Tablas de sangre*.

Vuelto á esta capital, entró de lleno en las agi-

taciones políticas de aquellos días que precedieron á la reconstrucción nacional, colaborando con editoriales claros y nutridos en el periodismo de esta ciudad; «y esa vocación por la prensa, formó el pedestal de su fama futura, como le atrajo persecuciones y sinsabores en la vida.» (*)

Poco dado á las farsas mundanas y á las maneras estudiadas de expresar el reconocimiento ó la estima, con frases halagadoras, ajenas á la sinceridad, era agradecido y circunspecto con las personas que lo merecían, y si perdonaba las ofensas, difícilmente las olvidaba. (**) Carácter rígido y poco comunicativo, no guardaba rencor sinó á los farsantes, á los que se arrastraban á los pies de los potentados á mendigar solicitudes y empleos, á los que traficaban con los dineros del estado y á los que claudicaban de sus ideas amoldándose lo mismo á los gobernantes austeros, que á los mandones ensoberbecidos.

Estos eran los sentimientos que predominaban en Rivera Indarte.

La crítica, aun la más acerba y acre, siempre que fuese justa, no le irritaba, al contrario, oíala con calma para enmendarse en sus incorrecciones y como tenía «conciencia de sus fuerzas», no se desalentaba, reformábase en sus yerros, y en seguida aparecía con otros trabajos en la brecha.

Su vestir humilde, en consonancia con sus

(*) Juan María Gutiérrez—*El Lector Americano*—
Nota sobre José Rivera Indarte.

(**) Juan María Gutiérrez.

principios, hacia que lo mirasen con la *natural* reserva, con que ciertos energúmenos juzgan á los hombres de valia por el traje y de ahí deducen la capacidad del que lo lleva, si bien sus correligionarios se honraban en seguirlo en sus campañas políticas y en todas las ocasiones que lo requiriese.

En la lucha,* era fogoso é implacable, capaz en la polémica virulenta de derrumbar por siempre toda una reputación, y no en el terreno personal, sinó en el de la lucha por las ideas, por las que se sacrificó sin descanso.



No solo resaltó como publicista atrevido, sinó como literato discreto, en críticas y bocetos históricos de combatientes aguerridos y poetas de fuste, que tienen el sello desordenado y singular de su modalidad característica; bocetos y críticas que esparció en las hojas periódicas, y que allí permanecen, hasta que algun editor las recoja y aune.

Sus poesias, tuvieron mejor suerte. Se coleccionaron en Buenos Aires en 1853. El general Mitre colocó á su frente una introducción cariñosa, trazando la semblanza de esta personalidad batalladora.

«Debía tener muy desenvuelto el órgano de la *causalidad*, si es cierto el sistema de Gall; jamás estudiaba en autores de *segunda mano* y se dirigia siempre á las fuentes. Los poetas contemporáneos eran para él lo que han sido á veces los sonidos vagos del viento ó el canto de las aves para algunos músicos

compositores: leía en alta voz una buena poesía antes de empezar á hacer versos, como quien mueve los brazos y el cuerpo antes de dar un salto: era aquello un auxilio gimnástico para su inspiración. No creía, y tal vez con razón, en lo que se llama el talento innato del poeta; creía que la inspiración era el trabajo y la fé en el resultado que se adquiere con la constancia. Tenía facilidad suma para cambiar el giro de sus frases métricas; á veces escribía veinte versos para completar una cuarteta que era la forma más maleable para él: nunca escribió en silva, y prefería la estrofa empleada por Manzoni en su oda al 5 de Mayo. (*)

Su *Voto de América*, opúsculo en que tocaba asuntos delicados de sociología política, le costó la cárcel.

Lamento no tenerlo á mano para participar al lector el fondo de las cuestiones que analizaba.

Asistía á las reuniones del Congreso en los días de debates acalorados y allí estudiaba á nuestros tribunos. Era entusiasta por los verdaderos oradores, los escuchaba atentamente y sabía apreciarlos; efecto contrario producíanle esos habladores ampulosos, sin convicciones, de periodos huecos, de frases de relumbrón y sin fondo; no podía oírlos, le exasperaban, y salía de las cámaras mal humorado.



(*) Juan Maria Gutiérrez—*Juicios Literarios: Jose Rivera Indarte.*

En política, como en literatura, tenía la franqueza de los juicios: era un periodista honrado, no torcía su criterio por todo el oro de las arcas públicas. Esos hombres, por contados, merecen recordarse.

«Ha vivido en medio de una tormenta y no siempre la naye que ayudó á pilotear salió al puerto. Fué audaz y no faltan timoratos allí donde él esgrimió la pluma; tuvo mérito y á veces es este el calor que hace brotar la envidia; dió golpes certeros, de esos que arrancan sangre en el corazón de muchos malos poderosos que pagan bien á los que mienten en su provecho; sostuvo ideas que por nuevas, adelantadas y generosas ciegan y perturban las pupilas de algunos ojos todavía tiernos, aunque no pertenezcan á niños por la edad. Hay muchos vencidos por él en el palenque: pobre, huérfano, desvalido, le acompañó la injusticia en más de la mitad de su camino.» (*)

Ese ardiente entusiasmo, que lo arrastraba á la lidia sin trégua, que hacía en él parte de su propia vida, es una de las facetas acentuadas y típicas de su organización intelectual.

Los temperamentos pacíficos, se amoldan á la quietud, al silencio, al aislamiento; los impetuosos de sangre meridional y fogosa, no pueden retenerse, estallan; allí donde ven una arbitrariedad, tienen que combatirla; don-

(*) Juan María Gutiérrez—*Juicios Literarios: Jose Rivera Indarte.*

de se entroniza un déspota, sepultarlo; donde se hunde el pensamiento, alzarlo.

Y Rivera Indarte, había nacido con ese instinto de luchador y no podía vivir sin ejercerlo.

Así se comprende que no se preocupase de los refinamientos de la moda y de las vanas ostentaciones de la sociedad.

Los orientales no olvidaron por cierto el contingente que este argentino aportó á la heroica defensa de Montevideo: el reconocimiento ámplio en la historia de aquella nación, es prueba de ello.



Atacado repentinamente de una enfermedad al pulmón, contraída en seis años de brega, en el rudo batallar de las pasiones y en el palenque de la prensa diaria; desterrado no sé cuántas veces de la República, después de haberla servido como ciudadano, como militar y como publicista; agobiado por injusticias é ingraticudes en pago de servicios, murió olvidado en la proscripción en la isla de Santa Catalina, territorio brasilero, el 19 de agosto de 1845, á los treinta y nueve años de edad.

Este fué el fin de D. José Rivera Indarte, polemista virulento, panfletista agresivo, versificador ameno, patricio discutido.

(1887).



RICARDO PALMA

RICARDO PALMA

••

Sus versos encierran la vida, el perfume, la aterciopelada voluptuosidad y los purísimos matices de las flores y encontrarán siempre corazones que los sientan, memorias que los conserven y labios que los reciten.

LUIS BENJAMÍN CISNEROS.

RICARDO Palma ha llegado ya á la parte culminante de su órbita, — donde son contados los que llegan, — sin vacilaciones ni desalientos, y marcha todavía impelido por su empuje poderoso hacia adelante.

Lima, la valiente, la homérica Lima, le vió nacer. Creció, y á medida que aumentaba en años, se multiplicaba su afán por las letras, estrenándose con composiciones festivas, que hicieron converger las miradas de los peritos hacia aquel astro que se alzaba fulgurante en el opaco cielo de la literatura peruana.

Niño aun, desarrollóse en Ricardo Palma la pasión por los viajes; enemigo obsecado del quietismo, era entusiasta por ellos y las exploraciones, donde se estudia, se observa, se asimila, se forma el gusto por lo bello, el punto de comparación y el discernimiento de lo útil.

No ha escrito Palma una obra trascendental, una de esas obras geniales que por sí solas bas-

tan para inmortalizar á un hombre, pero sus *Tradiciones*, esplayadas á enjambres en las hojas periódicas, al par que afirman su reputación, tendrán proyección en el futuro y contribuirán á que su nombre se conserve vivo y fresco en las repúblicas latinas, en medio de una aureola de luz inalterable.

Ellas van y vienen en alas del invento de Guttemberg, del Perú á Chile, de Chile á la Argentina y de la Argentina á Colombia, volviendo en seguida al punto de partida, para tornar después á una nueva peregrinación continental.



Escrupuloso *traductor*, é *intérprete* de los cuentos, de las consejas y de las tradiciones seculares de su patria, se remonta al Imperio de los Incas para rastrear las costumbres añejas, los hábitos estrafalarios y los modales exóticos de aquella edad de hierro, que ha ido borrándose á medida que ha avanzado el oleaje de la civilización hasta extinguirse; pinta las rústicas faenas del campo en las tierras calientes del alto Perú; y penetra á la Ciudad del Sol, animando como en una tela de Rembrandt, á la limeña traviesa y al obeso franciscano, al querellante barbero y al indio manso, al inquisidor cruel y al arrojado conquistador.

Las leyendas fabulosas calcadas en falsos mirajes ó ideadas por imaginaciones primitivas que han ido arraigándose en el espíritu público, las ha aprovechado, deduciendo la moraleja y la filosofía práctica, del cúmulo de

fantásticas visiones y de las tenaces y perniciosas aberraciones en que nacieron envueltas.

Con ellas ha creado un nuevo género, abriendo sendas desconocidas á las investigaciones históricas, un género que hasta entonces no había sido explotado por ningun otro prosista ó narrador contemporáneo, buirilando con maravillosa habilidad cuadros que son miniaturas magistrales y artísticas, que condensan en reducido espacio una época entera.

Exhumando de los archivos la materia prima, Palma ha hecho revivir los tiempos del coloniaje, y el complejo mundo de los antiguos virreyes del Perú, haciendo palpitar en sus páginas aquel pasado típico con vida nueva y esplendorosa.

Le cabe también la iniciativa de haber sido de los primeros que en el Nuevo Mundo ha trazado la historia de la Independencia en trozos fragmentarios, presentando aisladamente los hechos culminantes de la misma, de manera que muchos episodios de aquella epopeya, se han divulgado, debido á ese medio, que ha sido todo un hallazgo.



El paciente tradicionista del Rimac ha hallado aquí, quien siga sus huellas luminosas: Julio L. Jaimes, Lucio Vicente López, Vicente G. Quesada, Juana Manuela Gorriti, José S. Alvarez y el malogrado Eduardo Gutiérrez, que han dado á veces en la nota difícil de interesar agradablemente; pero al aplaudir sus felices tentativas, debe-

mos confesar que ninguno de los seis ha alcanzado á su perfección, porque Palma en las *Tradiciones*, además del tema primordial, habilmente exprimido — se ha creado — por así decirlo, un lenguaje especial con una terminología propia, que siendo castiza, no es común, de lo que resulta una nueva originalidad que ningun otro posee, y que haría reconocer una narración suya entre un cúmulo de narraciones.

Y de ahí, la resonancia considerable que ha alcanzado su nombre en España y América.

Escritor picante, profundamente psicológico con agudezas que pinchan como la aguja al penetrar en la carne, y el chiste ingenioso, rebosante de sal ática, levanta roncha al ridiculizar la carcoma política, la clerocracia prepotente ó las manías y extravagancias sociales.

Su pluma proteiforme pasa por antítesis extrañas: ya se desliza grave, pausada, sombría, ya va sonando con ritmos musicales. De pronto cambia la decoración y se trueca en jocosa y festiva, obligando á la carcajada franca, para acabar en la primitiva gravedad.



Poeta, le sobra chispa, gracejo, espiritualidad, corrección académica y profundo conocimiento del idioma castellano; pero le falta la cuerda del alma que enternece y conmueve y la grandilocuencia, que entusiasma y transporta.

Si bien ha celebrado las mujeres bellas, las flores balsámicas y el amor, en estrofas

fragantes y exquisitas que emanan el aroma embriagador de la voluptuosidad, su fuerte es la gracia picaresca y el epigrama irresistible. Tiene de Breton de los Herreros el ojo recóndito y sagaz, que todo lo vé y lo penetra, la intención maliciosa de Stecchetti y el buen humor contagioso de Larra.

Su lira, no v ibra en el himno.

No han brotado de ella esas notas fulminantes con que Abigail Lozano imprec  a la Francia en *Napoleón*, y José Mármol maldijo a Rosas, en sus estrofas candentes, violentas como estallidos; ni tampoco esa elegiaca beatitud con que Rafael Obligado ha pintado las escenas campestres en *Las quintas de mi tiempo*, que recuerdan la serena fluidez de Fray Luis de León; pero sus *Verbos y Ger ndios* no pueden leerse, sin que asome en seguida la sonrisa a los labios.

Ahí van de muestra unos, que hacen el efecto de una cosquilla hecha al descuido:

Hubo una chica, por San Marcelo,
all  en mis tiempos de mocedad,
que tragar me hizo tamaño anzuelo,
que si en mi ayuda no viene el cielo
hago casi una barbaridad.

Yo la llamaba vida y consuelo;
me llamaba ella su trovador;
ni la dulzura del caramelo
era más dulce que nuestro amor.

Beatita era ella de escapulario,
y siempre o a misa y sermón,
y la novena y el trecentario
eran su tema de distracción.

Pero una noche  noche menguada!
ya de la una para las tres,
vi de su cuarto salir callada
sombra cubierta de un *cachez-nez*.

— Hoy te asesino ¡pese á mi estrella!
grité, en su colmo mi exaltación;
cogí un revólver, me fui sobre ella,
resuelta en mi alma su perdición.

Y la bribona, con risotada,
me dió esta ruda contestación:

—¿A qué esos gritos cuando no hay nada?
—¿Y ese hombre? Ese hombre, quién es, malvada?
—¿Ese? es mi padre de confesión.

El verso que cierra la última estrofa es de finísima espiritualidad, y de esa factura son la mayoría de sus rimas y letrillas.



¿Queréis otro ejemplo de humorismo festivo? Pues escuchad lo que pasó en la tierra de Palma allá «en los tiempos del Virrey Inglés». No deja de ser curioso y prueba que los mozos de entonces no tenían pelo de tonto, ni se chupaban el dedo.

Una doncella de quince abriles, «fresca como rama de durazno en flor», suplicaba á la puerta de un templo, con ojos lacrimosos, «una limosna por amor de Cristo», cuando acertó á pasar por allí «un mancebo trapalón y listo», que apeándose del coche, la dijo:

—¿Quieres limosna?—Quiero. . .
(Contestó la infeliz á aquel maldito)

—Pues sígueme, lucero.

—Pero. . . ¿á donde me lleva el caballero?

—Te llevo á los infiernos. . . y ¡chítito!

Y prosigue la historia
que no fué infierno sinó dulce gloria
lo que halló la rapaza,
en brazos del mancebo libertino
el que, hastiado, á la postre, buscó traza
para plantarla en medio del camino.

Y de entonces la ciega, noche y día,
 en el alma el recuerdo mantenía
 del delicioso instante
 en que al infierno la llevó un tunante:

Y vuelta á la fatiga
 de paupérrima vida la mendiga,
 sintiendo su alma del deleite esclava,
 no ya de pan limosna demandaba

y, entre lágrimas vivas,
 decía con clamores sempiternos:

—Almas caritativas!

¿No hay una que me lleve á los infiernos?

«Todo el libro de Hermsilla, sobre el arte de hablar en verso,— dice Gutiérrez,—no es tan buen consejero como este epigramático concepto de Palma, en el que caracteriza la retórica y la estética de sus simpatías, y al cual se ajusta invariablemente»:

Forme usted líneas de medida, iguales,
 y luego en fila las coloca juntas
 poniendo consonantes en las puntas,

—¿Y en el medio?—¿En el medio? ¡Ese es el cuento!

Hay que poner talento.

En sus canciones anima la luz y la sombra,
 naciendo de las ténues claridades del contraste,
 composiciones melancólicas ó arrogantes,
 que se hacen leer aun por los menos afectos á la rima difícil.

Si el Perú tuviera que enviar representante á un certámen de Juegos Florales, en que intervinieran todas las naciones americanas, tendría que elegir, sin titubear, á Ricardo Palma.

He ahí condensado mi juicio sobre el poeta elegante y galano.



Durante la guerra que Chile llevó al Perú, guerra sangrienta, que tantos estragos causó á la república hermana, haciéndola retroceder veinte años en su prospera marcha,—Ricardo Palma llenó su deber, asistiendo á la vanguardia de las tropas, en distintos hechos de armas en que se peleaba con el desnudo de Tirios y Troyanos.

Al incendiarse el pintoresco pueblo de Miraflores, cercano á Lima, donde el poeta tenía su hermosa vivienda y su biblioteca valiosísima compuesta de diez mil volúmenes, entre ellos manuscritos curiosos y autógrafos inéditos, [sirvió de pasto á las llamas, y en ellas desaparecieron los originales de una novela histórica que tenía concluida.

Ricardo Palma, vive hoy retirado de la política, empeñado en rehacer su derruida biblioteca,—que sufriera tan descomunal descalabro en Miraflores,—con el concurso de todos sus amigos,—que aquí son los primeros literatos argentinos,—y solo allí de tarde en tarde, reaparece y brilla en la arena periodística, con sus jocosos epigramas ó sus tradiciones amenas para tornar á encerrarse en el mutismo.



En literatura no es un sectario,—según propia confesión,—no se armoniza ni con el realismo de Zola, ni con el romanticismo exagerado de los caballeros de la Edad Media. Es un *centralista*, si puedo usar la frase, para expresarme sintéticamente.

Republicano liberal, profesa las modernas

doctrinas; está con el bando reparador de tantos descalabros y desatinos; hace ya algunos años fustigó al padre Cappa, uno de los viejos retrógados que retoñan en el Perú,— por un trabajo histórico que es la negación de los principios proclamados por la Independencia y en el que dejaba traslucir que San Martín y Bolívar eran traidores, enemigos de la patria y otras sandeces del jesuitismo.

Bolívar y San Martín, los jefes de la cruzada libertadora, los batalladores incansables, los redentores de pueblos, los fundadores de la unidad republicana en el Nuevo Mundo, los que lanzaron el grito inmortal de libres, desde las márgenes opulentas del Orinoco hasta el caudaloso Plata, ¿enemigos de la patria...?

La contienda se trenzó entre ambos, y Ricardo Palma, con aquella chispa que como la electricidad sacude hasta los fanáticos, con el gracejo peculiar de *Jotabeche* y la ironía sarcástica de Mora, le hizo morder el polvo de sus farsáicas revelaciones, — hijas genuinas del *Jesuitismo*,—exponiéndole ante la conciencia pública en toda su fea desnudez.

La muchedumbre indignada, á impulso de un mismo sentimiento, púsose de pié como un solo hombre para expulsar esa secta odiada del territorio peruano: organizáronse tribunas y *meetings* en las plazas públicas, y á duras penas pudieron contenerse los agitados ánimos, debido á la intervención nacional.



Resumiendo: Ricardo Palma ha despertado.

emulación, y escritores de nervio se han lanzado á imitarle, no logrando aun escribir como él, en el lenguaje difícil de las tradiciones; lenguaje ameno, jocoso, festivo, sin ser pornográfico, que es el rasgo de toda una personalidad literaria, única,—asi como sueña,—en la zona extensa del Perú, y rara, en el resto de las repúblicas meridionales.

(1889)



MARTÍN GARCÍA MÉROU

MARTÍN GARCÍA MÉROU

••

Ah! descubrámonos reverentes delante de la verdadera poesía, la que vive del sufrimiento y nace del alma, la que no encierra sentimientos fósiles en moldes clásicos, la santa palabra que despierta todos nuestros sueños y arrulla todas nuestras emociones con su triste y misteriosa influencia. .!

GARCÍA MÉROU.



MARTÍN García Mérou, es un escritor fecundo, quizá en demasía, lo que le valdrá en todo tiempo menos alabanzas que censuras.

Ha dejado de ser una promesa. Está en pleno desarrollo, y es indispensable que salde sus compromisos con el pasado, contemple la senda recorrida, juzgue con toda conciencia la tarea efectuada, y levante la mirada al porvenir!

Porqué, sería de veras imperdonable, que quién como él lleva un capital en el cerebro, fuera á derrocharlo en sendas divergentes: en las aventuras políticas, en los registros comerciales, en las oficinas públicas, en las manifestaciones callejeras, donde, con rarísimas excepciones, se eclipsa y se anula casi toda la juventud de nuestra época.

El arte y solo el arte, debe ser su único medio y su único fin. En su pureza inma-

•

terial están las nobles fruiciones del espíritu y, en su culto, el derrotero que conduce á la posteridad.

En este país, las letras no engallardecen en la proporción del desenvolvimiento material, por la sencilla razón de que no hay estímulo para el pensador.

El ambiente es malsano; se respira una atmósfera de indiferentismo tal, que ahoga las ideas y las ambiciones más legítimas, y el que se atreve á publicar una novela ó un drama en estos días, me parece que tiene tanto valor, como el héroe que corre á la batalla.

Las flores se secan, marchitan y mueren, si les falta una ráfaga de aire ó un rayo de sol.

El talento se debilita y se agosta, si no tiene escena propicia.



Nuestra juventud contemporánea se extravía, se inicia con brío en el periodismo y acaba con desaliento en la política, que es la rémora de los pueblos. Cree que la gloria está en el poder, de ahí sus errores y sus lamentables extravíos; quiere figurar á toda costa, olvida el estudio paciente y metódico, se hace politiquera, revuelca y estruja cuanta personalidad cae en el tapete, malgasta sus fuerzas en debates personales, donde á veces recibe heridas que jamás se restañan, consigue por fin una gobernación ó un ministerio, allá en una de las provincias olvidadas del Interior, y á los tres meses, uno de esos astutos intrigantes políticos de tierra adentro, que nunca falta, trama la gran comedia, y el es-

tadista improvisado se derrumba con estrépito y va á morir, olvidado, en un rincón de la montaña, cuando no es perseguido por el sable del caudillaje bárbaro, que le acosa hasta más allá de las fronteras de la nación.

Esto me trae á la memoria el comentario que le sugirió, á Eusebio Blasco, una semblanza sobre Nuñez de Arce:

«Un biógrafo diría que fué redactor de *La Iberia*, que estuvo en la guerra de Africa, que de progresista pasó al partido de la unión liberal y ¿qué importa todo eso? Tanto valdría hacer constar que es académico y que fué ministro. ¡Lo han sido tantos!»

«Pero el *Idilio*, lo ha escrito él solo!» (*)

Hé ahí lo que vive, lo que no muere jamás!

Apenas si hay aquí quien sepa que Nuñez de Arce ocupó un ministerio en España; pero nadie ignora, ó al menos no debiera ignorarlo, que es uno de los grandes poetas líricos de nuestro siglo!



Martin García Mérou, lleva publicado: *Estudios Críticos, Poemas, Impresiones de Viaje, Reflejos, Ley Social, Paisajes y Sensaciones, Cuadros Épicos* y los *Recuerdos Literarios*.

Dado los años que arroja su partida de bautismo, ha escrito mucho, y no siempre bien, por más que el general Mitre haya dicho lo contrario; pero, el que menos ame

(*) Eusebio Blasco. *Mis Contemporáneos*. — Madrid. Alvarez — 1886.

la forma alada de expresar las ideas, tiene que doblegarse ante sus composiciones impregnadas de pasión, de fuego y de sinceridad.

Llevan el sello de un temperamento poético, enamorado del *ideal*, que busca poesía en todas las cosas de la naturaleza y de la vida; en las noches serenas y brillantes, en el suspiro del aura que pasa cantando en la espesura, en la luna que marca su parábola luminosa en el firmamento, en las luciérnagas que remedan en el hondo valle las fosforescencias del mar y del cielo, en los ojos negros y profundos de la mujer amada, en el choque de las pasiones encontradas, en el soldado que cae al pié de su bandera, en los hechos históricos de los países del sol y en las olas que entonan en medio del océano su eterna sinfonía.

No finje el sentimiento, siente de veras, y para mí es esta la secreta facultad, que distingue al versificador del poeta verdadero.

El don supremo de conmover y de transmitir la vibración íntima del alma, que sale del corazón y va recta como línea matemática al corazón del lector, no se adquiere con el estudio, no lo enseñan los maestros, ni se aprende en los tratados de retórica y poética, porque viene de Dios!



La excesiva facilidad de improvisar, hace flaquear sus cantos; ese continuo rimar sin reposo, cual si un acicate de acero le azuzase sin darle un instante de tregua, daña su

vestimenta externa; pero, resuena aun en sus estancias más incorrectas, esa música interior de que ya he hablado.

Su nombre, salvando simultaneamente los límites de la tierra natal, ha llegado á la Península y de allí á Venezuela, Colombia y el Perú, mereciendo honrosos y discretos juicios, que han sido la voz de aliento, el grito de *Excelsior!* dado al modesto y estimado autor de los *Recuerdos Literarios*.

García Mérou, no deriva de los modernos franceses, ni es un decadente.

Hay en él *algo* de los bardos del Norte, cierto *naturalismo subjetivo*, tan distante del *verismo* meridional y en extremo sensualista de Stecchetti, como de ese paganismo raro, —«que se hunde en la cosmogonía india y logra revivir ídolos informes, mónstruos, misteriosos y civilizaciones fósiles»— que flota entre el cielo y la tierra, y brilla, con fulgores de incendio, en los *Poemas Bárbaros* de de Leconte de Lisle. A mi ver descende manteniendo las debidas distancias, de Enrique Heine y Teófilo Gautier, y ha conseguido asimilarse, en parte, en sus *Voces íntimas* y en *La vieja historia*, la tristeza infinitamente melancólica de los rondeles y de las baladas.

La censura ha sido cruel al reprocharle esa inclinación natural, en la que ha sabido salvar ileso el sello de su nativa originalidad.

Esos modelos escalaron el Olimpo, allí moran, y hallarán siempre imitadores en los *espíritus excelsos*.

Han de resistir al embate de la crítica, de las revoluciones y de lo que es aun más terrible, al embate del tiempo, que «destruye lo que no puede subsistir y eterniza las obras del genio!»



García Mérou, es de los que creen que «el porvenir es la cristalización del ideal», y persiguen su *quimera* sin vacilaciones, la llevan tan hondamente arraigada en su ser, que podría decirse se confunde con su propia vida, colorean las imágenes con la sangre de sus venas, y persisten en la brecha, hasta que deshacen el obstáculo, saltan las barricadas, y se presentan vencedores, con la estrofa límpida y vibrante como campana de cristal:

Bendita, sí, bendita
Esa fuerza inmortal que precipita
Al genio en la corriente creadora;
Y enciende, iluminando el firmamento,
En el cielo la aurora
Y en la frente del hombre el pensamiento!

Esa perseverancia, que no reconoce fatiga, ese continuo batallar con la *idea* que martillea el cráneo, de día, de noche, á toda hora, en todos los momentos, para esplender cual brillante engarzado en sutil y finísimo oro, es la que de tarde en tarde, revela á los vates profetas, esos nuevos apóstoles, portadores de la palabra divina, que,

Hacen surgir la voz que balbucea,
El huracan frenético que zumba,
El rayo que en la sombra centellea! . . .

Delante de la catarata, que se abalanza con

fúria en el abismo, no tiene su musa apóstrofes de grandiosa elocuencia, sinó acentos trémulos como estos, llenos de severa magestad:

Aquí donde la mente enardecida
Se embriaga de profundas emociones,
Siente más viva circular la vida
Y latir con más fuerza las pasiones, —
Levantemos el himno de victoria,
Nosotros, los errantes, los proscritos,
Los que al vivir, llorosos ó risueños,
Hacemos nuestros sueños infinitos,
Y vivimos la vida de los sueños! . . .



Al llegar á París, canta con soltura y altivez la metrópoli gloriosa, donde todo se halla reunido; lo grande y lo pequeño, lo efímero y lo duradero, el lujo y la proleza, el arte y la corrupción.

Tú reunes los templos seculares,
Los viejos y gastados monumentos,
Los pórticos, las leyes, los altares,
El arte, la pasión, los pensamientos!
Tu espada, Roma! tu diadema, Grecia!

.....
Cuando acude á mi mente tu memoria,
Gigante lleno de trofeos, brilla
A mis ojos el cuadro de tu historia!
Te veo derribando la Bastilla,
Levantando frenético la tea,
Impulsando tus masas populares
Con el sordo bramido de los mares
Y la lenta invasión de la marea. . .

Y sigue una animada pintura de aquel mundo tumultuoso, un cuadro vivido en el que renacen los héroes, los genios y los histriones de la ciudad maravillosa. El interés redobla á cada estrofa. Van pasando como sombras espectrales: Bonaparte, en su carro

de fuego, con los pendones de Austerlitz y Jena; Molière y Corneille, con sus tipos eternos: Harpagón y Tartufo; el Cid, y la arrogante figura de Poliuto.



Mimí, por su fúnebre tristeza y las tintas idílicas y elegíacas que la envuelven, recuerda las canciones del hogar de Juan de Dios Peza.

En la claridad ideológica, singular estructura métrica é ingenuidad casi infantil de la *Barcarola*, se descubren analogías con las doloras de Manuel Acuña. Es hermosa como una puesta de sol y delicada como una sonrisa angélica:

Ves? todo calla, todo suspira
 Las amarguras de su pesar:
 La hoja que tiembla, la dulce lira,
 La luz que espira,
 La brisa, el mar!

.....
 Yo llevo en mi alma, jónen y pura,
 La savia ardiente del ideal;
 Yo sé lo que hablan á la espesura
 La noche obscura
 Y el manantial!

Ves? soy tu esclavo! Ves? á tu planta
 Pongo mi vida, mi amor mi paz!
 Mi alma á tu acento fiel se levanta,
 Mi voz te canta
 Con fé tenaz!

Cuando en mi pecho tu amor derramas,
 Cuando comprendes mi frenesí,
 Y todo: el cielo, la luz, las ramas,
 Me pregunta: ¿Amas?
 Te miro á tí!...

Ven! olvidemos los sinsabores
 De tanta pena, tanto dolor!...

Busquemos juntos climas mejores,
Eternas flores
Y eterno amor!

Pero esta continua cadencia rítmica termina por fatigar el oído; como en el *Lohengrin* de Wagner, las largas declamaciones dialogadas, desarrolladas sobre un mismo tema, insistente y abrumador, doblan la cabeza, adormecen los sentidos, y cierran los párpados, aun á los fanáticos adoradores del Dios de Bayreuth.



Lo contrario sucede con el poema *Lavinia*, que cierra la colección de sus cantos soberbiamente, y que ha pasado casi inadvertido por la crítica.

Aparte de ciertas incongruencias de detalle y de las divagaciones extensas que llenan el preámbulo, sin razón ostensible, me parece un triunfo de fuerza y de sentimiento.

Deseos me dan de reproducirlo íntegro, pero su extensión me lo impide.

Alberto es un sensualista, un *Don Juan*, «con corazón de asceta», un soñador epicúreo, «que pensaba en prosa y amaba en verso».

Un buen día, cansado de las correrías orgiásticas y de las caricias interesadas de las Nanas y de las Manon Lescaut, enamoróse de una niña preciosa: de Lavinia, radiante en su belleza virginal.

Viene lo que podría llamarse la fórmula sacramental: los besos á hurtadillas, las citas nocturnas, los himnos *giocondos*, los juramen-

tos eternos, y con el rapto, el amor en su explosión vital.

Transcurre el tiempo. Poco á poco, el arrebatado lascivo, el primer impulso fogoso y dominador se debilita, la sangre bullente se aplaca, el deseo colmado trae el hastio, el idilio se desvanece, y llega el epílogo doloroso del abandono y de la ausencia, que cuando no obliga á la infeliz al suicidio, la arroja al inmundo lupanar, más espantoso que la muerte misma!

El voluble Alberto, «desdeñando su pasión primera», resuelve probar las delicias del amor conyugal.

Lavinia que conoce su decisión, corre á casa de él, á cerciorarse por sí misma de la verdad tremenda:

¿Es cierto?—pregunta:—¿No me engañaba?
 ¡Ah! no es posible, no es posible, Alberto!
 ¿Acaso, dime, tu conciencia ha muerto
 O tu alma vive del rencor esclava? . . .

.....
 Yo esperaba, esperaba todavía. . .
 No podía creer que en tu memoria
 Muriera como imágen transitoria
 Mi pasión. ¡Cuántas horas de alegría
 Has pasado á mi lado! ¡Cuántas horas,
 Mintiéndome palabras seductoras.
 Reposabas tu sien sobre mi pecho,
 Calmaba tus eternos desvarios,
 Te entrelazaba en un abrazo estrecho
 Y cerraba tus labios con los míos! . . .

Soy la misma, y ¿me ves? ¡Aún más amante!
 ¡Oh! vivir á tu lado eternamente,
 Posar mis labios en tu triste frente
 Arrullando tu espíritu anhelante. . .
 ¡Ese es el porvenir que me arrebatas!
 Yo te he dado mi vida, y tú me matas.
 Vuelve otra vez. No ha muerto mi cariño,

Ni el odio ha envenenado mi abandono.
¿No oyes que te amo? Vén, eres un niño.
Yo que he debido odiarte, te perdono!...

Ante esa declaración apasionada y tierna, llena de arranques amorosos, en los que la inspiración relampaguea; Alberto, en vez de abrazar á Lavinia, y confundirse de nuevo en un beso extático, le dice friamente: «olvidemos el pasado», «mi vida va á tomar otro rumbo», «sé dichosa y olvidame»

Ella, sorda á esas palabras brutales, le ruega suplicante, agota el llanto.

«No me hieras»,—le responde al fin, «ya bastante he sufrido por tí». «Vamos, sé bueno...» Alberto permanece inmóvil, mudo, helado, como estatua de mármol:

El viento con gemido lastimero
Silbaba y azotaba los cristales. . .
Se oían como ruidos sepulcrales
Perderse en el silencio. Él, altanero,
Con la vista le dió la despedida.
Lavinia vaciló . . .

plegó sus lábios, secó la última lágrima que brotaba de sus párpados ardientes. y soberbia, en su indignación justificada, rápida como flecha, salió del aposento meditando una horrible venganza. Corría loca dejando atrás plazas y calles, no hallando ya calma y reposo.

El recuerdo de los días serenos y radiantes, renacia con colores azules en la noche siniestra, acudiendo en tumulto á su memoria y haciendo germinar por primera vez en su alma, un sentimiento malvado.

Al pasar frente á una taberna oyó gritos y

cánticos báquicos, rumores de orgía, penetró resueltamente entre aquel grupo de hombres y mujeres perdidos, miserables y hambrientos, embriagados por el alcohol y el ópio, y viéndolo á uno, de mirada espantosa, con una copa en alto:

Lavinia lo detuvo con las manos
Y entreabriendo su manto á su mirada,
Dejó ver su cabeza iluminada
Como por un destello sobrehumano.
—«¿Me ves?—le dijo:—Mírame. ¡Soy bella!
Y brillaba en la sombra como estrella.

.....
..... «Quiero ser tuya,
Tuya, tu bien, dormir entre tus brazos,
Al calor de tus férvidos abrazos
Y sin que nada nuestro amor destruya,
Pero hay alguien que está sobre mi senda...
Yo te daré mi vida como ofrenda,
Yo ligaré mi suerte con tu suerte,
Si rompes la cadena que me ata. . . »
Y el contestó.—«Dí, ¿cómo poseerte?»
—«Siendo mi vengador. Tómame, y mata. . . »

¡Oh! qué triste es la lluvia! No hay un astro
Sobre el cielo enlutado. Silva el viento
Y se pierde en la sombra su lamento....
Así pasa la vida... Cada rastro
Del agua, ahonda el primitivo cauce.
Dobla sus ramas con dolor el sauce!
Como un ladrón, el viento se desliza
Rozando las paredes. ¡Su eco incierto,
Parece la canción de una nodriza
Que quisiera arrullar al mundo muerto!...

Entre tanto, en casa de Lavinia,

Brilla la alegre luz de los festines.

Aguarda al homicida. Su flotante cabellera
cae muellemente extendida sobre el lecho
nupcial.

Es la hora trágica:

Despierta, Macbeth! Pálidos se oprimen
 Los labios fríos del rencor. El crimen
 Afla su puñal. La virtud llora,
 Y el vicio alegre entona sus canciones...
 ¡Media noche! ¡hora de pesares, hora
 En que se exaltan todas las pasiones!

Puck está cerca. Hay voces que nos llaman
 Y nos engañan. Hoffman se sacude
 Y oye el violín de Kréspel. Todo acude
 A un conjuro siniestro. Se derraman
 Apariciones vagas por el viento,
 Cada canto es el eco de un lamento,
 Los muertos dejan su ataúd y giran;
 Los genios llegan por ocultas sendas;
 Los que duermen se agitan y suspiran;
 Pasa el aura impregnada de leyendas.

Y ella espera impaciente. Su mirada
 Se fija con horror en su atavío...
 Su pasión ha crecido como un río
 Ahogando su conciencia desgarrada...
 Odia y espera, espera al asesino
 Con salvaje ansiedad.

.....
 Rumores... ¡Escuchad! Se abre la puerta
 Y entra un hombre de súbito aterrado;
 Y mostrando un puñal ensangrentado,
 Pasea en torno su mirada incierta...
 Ebria de gozo, ardiente, entre sus brazos
 Cae Lavinia; le oprimen sus abrazos;
 Le acaricia su boca con locura,
 Y, cediendo al ardor de su reclamo,
 Roto el traje, radiante de hermosura:
 «Soy tuya—dice—para siempre. ¡Te amo!...»

Así, extraña y lugubramente, termina el poema de Martín García Mérou, en el que en medio de desfallecimientos explicables, hay cuartetas de sonoridad metálica, versos que esplenden cual corazas guerreras, y sobre lo dicho, la sensibilidad exquisita, que no es la sensiblería chillona de los fabricantes de ri-

mas incoloras, sinó la rara facultad que traduce la risa y el llanto, el amor y el odio; —que hace estremecer las células del cerebro y vibrar las cuerdas invisibles de la caja armónica del alma,—rasgo dominante de su idiosincracia intelectual.



García Mérou no debe buscar, pues, expansiones en la nota épica, ni en el mundo físico, á pesar de su *Tequendama* coloreado con la gama de la paleta tropical y de sus *Cuadros de la Conquista del Perú*, sinó en el mundo moral, que tiene también sus tempestades formidables, y cuyo olímpo no es la biblioteca, sinó el corazón humano!

Estoy firmemente convencido, que su lira, tan vibrante, en los arrebatos de la pasión,—fuente de eternas bellezas y de inspiraciones eternas, — naufragará en la *epopeya* ó en el *drama heróico*: porque no tiene el trueno de las trompetas en el himno, ni vibraciones en el anatema.

Le falta lo que le sobraba á Andrade: los grandes aletazos de cóndor!

Parece que él lo ha comprendido también así, pues en su colección no figuran las tiradas histórico-filosóficas de los poetas *didácticos*, ni la pedantesca erudición de los que intentan hacer de la poesía una tabla de logaritmos.

Es deber también aplaudir su *sinceridad literaria*. Antes que *mentir* en verso, como la mayoría de los vates incipientes de nuestra tierra, que describen las fúrias oceánicas,

sin haberlas visto jamás, y pintan los Andes sin conocer un cerro, él ha preferido reconcentrarse en sí mismo, en los senos de la razón y en los abismos del alma, para arrancar de allí la estrofa palpitante y sentida!



En su primera juventud, García Mérou marchó en terreno diametralmente opuesto al actual; había caído en la red que habilmente tejen los hombres de sotana, para afiliar prosélitos, cantando á veces, sin sospecharlo siquiera, los falsos dogmas de un pasado aterrador y luctuoso!

La enervante atmósfera claustral, que ha malogrado tantas esperanzas en flor, le envolvió contagiándole. Militó entonces en la fracción clerical, capitaneada por dos espíritus literarios de altísimo vuelo, dos maestros elocuentes que no han tenido sucesores en la tribuna argentina: Nicolás Avellaneda y Pedro Goyena.

Y ahora, asombrado de su pasado y de sí mismo, se pregunta:

. . . . « ¿Cómo he podido yo, acérrimo enemigo de Tartufo y de sus cófrades, encontrar poesía en un culto falso, hipócrita, inmoral y degradante para el hombre? »

Y se contesta con franqueza: « Si; es necesario decirlo: he comenzado por donde comienzan los niños. Dios me lo perdone! Tengo sobre la conciencia algunos centenares de versos inspirados por lo que entonces llamaba enfáticamente la *religión* y que no era

otra cosa que un aguado y declamatorio catolicismo aprendido en las páginas más hinchadas de Chateaubriand» (*)

Y agrega esta noble confesión que le honra:

«Más que todos los absurdos sermones de oradores sagrados, que jamás he tenido la paciencia de escuchar despierto, me habían convencido Nuñez de Arce, lamentándose de la muerta piedad de sus primeros años y Alfredo de Musset, en el prelude de *Rolla*, y en el apóstrofe á Voltaire! Después de haber estudiado su espíritu prodigioso, sus previsiones geniales,—Voltaire ha dejado de ser para mí aquella especie de Mefistófeles iconoclasta que me inspiraba horror, y lo encuentro mil veces más humano, más noble, más bueno, que toda la falange de gazmoños tortuosos y ondulantes que se arrastran en la sombra.» (**)



En consecuencia, ha eliminado de sus *Poesías*, todas aquellas composiciones de «sectario artificial», absurdas y retrógradas, que están en abierta contradicción con sus ideas avanzadas,—porque comprende que el hombre debe tener carácter y principios, y no abandonarlos sinó con la vida,—declarando neta y categóricamente, que es un hijo de su siglo y

(*) Martín García Mérou. *Prólogo á sus Poesías*, Buenos Aires. Jacobsen. 1885.

(**) Martín García Mérou—*Prólogo á sus Poesías*.

no de la Edad Media, un *convencido*; enemigo del oscurantismo y de la teocracia absorbente, partidario de la libertad de cultos, que marcha con la verdad, la luz, la ciencia, las modernas evoluciones del pensamiento, y las portentosas conquistas de la civilización avasalladora y triunfante!

(1893).



JOSÉ S. CHOCANO

JOSE S. CHOCANO

••

El odio es la indignación de los corazones fuertes y poderosos.

EMILIO ZOLA.

QUARAVILLA de veras la cantidad de versos hueros que se escribe en América y más aun la facilidad con que se les ensalza.

Día á día, llegan de todos los puntos del horizonte, volúmenes y folletos de versos. Y lo lamentable del caso, es que en su casi totalidad no son versos ni cosa que se les parezca, sinó pésima prosa. Da grima ver como se malgasta papel y tinta; y, ante esta constante inundación de ripios, más ó menos sonoros, un sentimiento de ira acaba por apoderarse del espíritu, por indulgente y benévolo que sea. Se escribe sin preparación, sin talento, sin bagaje intelectual, hasta sin gramática. Se confunde nombres, escuelas y épocas. Junto al Poeta, con mayúscula, se coloca al anónimo versificador; junto al escritor de fibra, al perpetrador de adefesios. Se cita á Poe, el célebre precursor de Baudelaire, y después á un zapatero cualquiera. Se pone frente á frente y se paralela autores, que riñen entre si. A un periodista ramplón, le llaman: *distinguido*; á un modesto rimador

de vaciedades: *ilustre*. En medio de este revoltijo atróz, los que verdaderamente valen, son los que pierden.



José S. Chocano, es entre los poetas jóvenes del Perú á la vez el más incorrecto y el más original quizá de todos ellos. El aplauso de los indoctos va á malograrlo, sino reacciona á tiempo, y se convence, de que entre el elogio servil de la ineptitud y el latigazo despiadado del crítico, es preferible el último.

Porque me interesa su talento, porque veo en él un buscador, un deseoso de ahondar la Psique humana, un luchador de brazo férreo y puños de bronce, porque entre el cordaje de su lira, pasa á veces la nerviosa imprecación de un rebelde ó un soplo de inspirado, es que me ocupo de él. De otro modo, siguiendo una norma invariable de conducta, al atentado literario opongo el silencio absoluto.

La sinceridad es una gran virtud, y debe practicarse en arte como en todo.

Basado en ella, declaro que *Azahares*, exceptuando *Pizzicato*, *En voz baja* y *La canción del beso*, es un volumen de composiciones malas, indignas de la pluma que ha producido *Iras Santas* y *En la Aldea*. Son los balbuceos afeminados de un rimador de salón, sin garbo y sin gracia, sin la distinción y la delicadeza de los trovadores de amor, y con todos los defectos del instrumentista que no conoce el tono menor, y del

pintor que no sabe mezclar los colores, para producir las medias tintas y los contrastes.



La delicadeza y la ternura no son el patrimonio de los musculosos y de los fuertes, yo bien lo sé, y bastarían para probarlo Díaz Mirón en Méjico, Chocano en el Perú y Leopoldo Lugones en Buenos Aires.

Sus liras de acero, son más propias para retemplar el rebaño humano que para enternecerlo. Tienen los clarines, las trompetas, los tambores. Les falta las violas, los violoncelos, los oboes. Por esto, cuando ensayan el madrigal, fracasan. En cambio, si esgrimen el yambo, están en su terreno. Atormentados por el espectáculo de la desigualdad social, de la estupidez triunfante y de la miseria humana, rugen su lamento ó arrojan á la faz del mundo el anatema ó el sarcasmo, sin medir su alcance ni sus consecuencias. Bajan á la arena de la justa, el pecho desnudo y en la diestra la lanza pujante, y se levantan ó caen luchando por el triunfo de una idea ó de una utopía, con todo el entusiasmo del fanatismo. Yo amo á esos fuertes, porque en el ardor de la refriega desnudan sus almas y las muestran enteras. Dejan ver el fondo de su conciencia y de su ser y van, si llega el caso, hasta en contra de la avalancha, con una serenidad que pasma. Y esto, lo digo sobre todo de Lugones, al que creo conocer bien. Su exagerado socialismo es más propio de un demoleedor que de un verdadero socialista; pero, yo me lo explico: su alma juvenil está

enferma. Ante la injusticia imperante, ante el desequilibrio social, ante el entronizamiento de todas las platitudes, ante la indiferencia de pueblos y gobiernos por todo lo que significa arte, él se subleva; siente el hastío de la vida burguesa y el odio al histrión, que devora millones en banquetes y fiestas, en carruajes y palacios, en modas y paseos, mientras los pobres roen las migajas de los festines, y para no morir de asco, abre la válvula de escape de su cerebro, y entre un tropel de metáforas relampagueantes, pega el zarpazo, ó lanza el apóstrofe hiriente!



Chocano debe pues archivar el madrigal y esgrimir de nuevo el látigo, de donde salió *El Sermón de la Montaña*.

Iras Santas, es hasta ahora su obra capital: la única que la crítica puede tener en cuenta. Las composiciones que encierra, están impresas en tinta roja, nacen de una lira enrojecida por la indignación y levantan la canción del tajo.

Veamos algunos ejemplos:

Ha llegado el momento del desborde...
 Ha llegado el momento en que la lucha
 una su ruido al de mi lira acorde...
 El sol toca en el zenit; la frente brilla;
 un tumultuoso estrépito se escucha;
 y resplandece en lo alto la cuchilla!

El joven trovador de sangre ardiente,
 de lira férrea y de crispados nervios,
 salpicada de sangre alza la frente,
 humillando despóticas grandezas,
 para arrojar sus cánticos soberbios
 por encima de todas las cabezas...

Yo amo la comunión! Sí, que los hombres
formen un sólo sér amalgamados,
con sólo el distintivo de los nombres...

Pero si hay gerarquías, que la palma
sea para los genios elevados;
que en el talento está el nivel del alma!

¡Oh Pueblo! rómpe el arma que te hiere,
en las espaldas del tirano inmundio;
y si el tirano de terror no muere
la cabeza sèpárale del tronco,
y al enseñarla ante el absorto mundo
lánza el excélsior de tu canto bronco...

Ven ¡oh musa! conmigo hasta la cumbre;
que ahí con el amor que tú me inspiras
lograremos tener calor y lumbre,
oyendo, entre delirios sobrehumanos,
el enorme concierto de mil liras
¡y el bronco aplauso de un millón de manos!

Aquí el poeta es él, no tuerce su rumbo, ni reprime sus ímpetus, ni dora la pildora, ni encubre las llagas sociales. Dice lo que él cree la verdad, lisa y llanamente, y la grita á plenos pulmones, sin importársele un bledo del código penal y de los castigos judiciales.



Su socialismo intransigente, le ha valido persecuciones enconadas, y le ha hecho probar á los veinte años, las amarguras de la expatriación y los tormentos de la cárcel.

Prisionero en el Hospital Militar de San Bartolomé donde se le asistía en calidad de tal, compuso una série de sonetos, — forma maleable para él, — sonetos de propaganda subversiva, en los que ciego de furor arremete contra instituciones y gobiernos y amenudo también contra tiranos imaginarios.

Chocano, tiene la obsesión del rojo y de

la sangre, y ve Nerones donde por lo común no hay sinó *Quijotes* disfrazados de generales.

El siguiente, notable por el verso que lo cierra, es una muestra del género:

Mientras haya en la cúspide un tirano,
 Mientras haya en el antro un prisionero,
 Mientras en la ciudad quiera el guerrero
 Hacer lo que en la breña y en el llano,
 Mientras no se alce el Pueblo soberano,
 Yo hecho Job de este inmundo estercolero
 He de cantar las rabias que el acero
 Siente al hallarse entre la puerca mano. . .
 Y cual mano que rueda cercenada
 Prendida siempre al puño de la espada,
 Bregando seguiré siempre con ira. . .
 Y logrando aplastar á los perversos
 Los hundiré en la cárcel de mis versos;
 Y como reja les pondré mi lira!

El poeta del Rimac, no reconoce otra aristocracia que la de la inteligencia, y persigue esta quimera: la igualdad humana y la fraternidad universal:

Yo quiero la igualdad, ya que la suerte
 Es común en el punto de partida. . .
 Si todos son iguales en la muerte,
 Todos sean iguales en la vida!

Hermosas palabras, que con diversas variantes viénesse repitiendo desde los tiempos de Cristo, sin haber logrado todavía encarnarse en el corazón de la humanidad; generosa profesión de fé, que tiene su complemento en esta décima:

Es el poeta altanero
 Quien debe romper el yugo;
 Siempre al cantar Victor Hugo
 Tembló Napoleón Tercero. . .

Tirteo, vate y guerrero
 Si en la canción se levanta;
 En la lid crece y espanta,
 Y ante el que le vé y escucha,
 Es un poeta que lucha
 Y es un guerrero que canta!...



Los endecasílabos que llevan por título *Dolor* escritos en un calabozo de Lima, son una provocación á sus enemigos y un desahogo de su alma herida. Vibra en ellos la pasión tempestuosa del luchador, que no cesa ante los obstáculos:

Poeta, si eres grande, enseña el golpe
 que te hayan dado en las contiendas rudas:
 si eres Homero enséñame tu Zoilo;
 y si eres Cristo enséñame tu Judas!

.....
 Nada importa la estúpida diatriba,
 nada importa la torpe carcajada...
 Sigue, poeta, en tu sublime anhelo;
 que quién tiene los ojos hacia arriba
 no ve las pequeñeces de este suelo!...

Ten el orgullo del potente roble
 al que se prenden por subir las yedras:
 el alma fuerte en el combate noble
 arrastra insultos como el río piedras...
 Despreciando el rencor de los estultos,
 yérguete siempre impávido y sereno;
 que si arrojando á las alturas ciego
 ruge la tempestad de los insultos,
 ¡el clarín de tu fama será un trueno!...

A las estrofas que anteceden, podría agregarse este enérgico grito de sublevado:

Y cuando caiga, yo, la canción rota
 y roto el corazón; y cuando caiga
 después de fulminar la última nota,
 y contemple al tirano victorioso,

haré un esfuerzo, y con furor ardiente
¡alzaré en alto mi tronchada lira
y se la romperé sobre la frente!...



Entre el poeta de *Iras Santas* y de *Azahares* media un abismo. En el primero, está él entero, con sus pasiones, sus entusiasmos y sus odios; con todas sus cualidades y con todos sus defectos; con sus hipérboles atrevidas ó deformes y con sus metáforas grandilocuentes ó disparatadas. En el segundo, apenas su sombra.

Por lo tanto, yo no ahogaré mi sinceridad por complacerle, sinó que le diré francamente: —No vuelva á posar los dedos sobre las cuerdas, para usted inarmónicas, de los violines, porque desafina; ni tenga veleidades de dama, ni fluctúe en sus derroteros. Sea poeta y sea hombre, luche y cante, y tambien sucumba si necesario fuere por su ideal. Estudie mucho y bien; haga luego un auto de fé con todos sus versos amatorios y eróticos; y por más que en la mayoría de las revistas literarias, escritas por muchachos que ignoran el valor del adjetivo, le digan y le repitan que son *admirables*, créame á mí: son *malos*! —

No ponga en conflicto la sinceridad de estas declaraciones. Se las hace un hombre que estima su talento, y que no duda de su triunfo futuro.




MIGUEL CANE

MIGUEL CANÉ

• • Un buen libro ó una hermosa poesía, hacen honor de Dios para abajo, á todos los hombres del mundo en cualquier terreno que pisen, desde el trono hasta el cadalso!

RICARDO GUTIÉRREZ.

 NTRE los de su generación, que han enriquecido y dado vigoroso impulso á las letras nacionales, y que en la actualidad se destacan en el periodismo, en el foro, en la diplomacia y en el parlamento, le corresponde indiscutiblemente á Miguel Cané un sitio de honor.

Sus obras le han creado nombre dentro y fuera del país. Atestiguan un escritor de conciencia, un observador atento, un paisajista de colorido. En términos concretos: una personalidad intelectual propia y descollante.

No hay en esta parte del continente quien cuide más el lenguaje, ame más la lengua armoniosa y el período sonoro,—que tiene en circunstancias el brillo radiante del arco iris, la escultórica belleza de una estatua modelada por Canova, ó la serena placidez de un arroyuelo cristalino, que se desliza silencioso por la llanura florida.

Miguel Cané ha tenido en los clásicos griegos y latinos sus modelos constantes, y un maestro ejemplar en Juan Carlos Gómez, aquél

en cuya mirada eternamente melancólica. «se adivinaba la idea del infinito que le abrumaba.» (*)

Las pláticas del sabio, aprovecharon al discípulo, llegando á escalar con pié firme, las tortuosas sinuosidades, que le ocultaban la cima.

Su estilo es una mezcla de estilos: hay en él golpes de realismo crudo como en el de Zola, rasgos sencillos y galanos como en el de De Amicis, pasajes tristes y grises como en el de Becquer.

Del francés se ha asimilado los giros caprichosos, las dobles interpretaciones y la malicia chispeante; del italiano la suave melopea; y del español la corrección académica, empapada en un entusiasmo meridional y varonil que encanta.

La sonrisa, que jugueteaba en los labios traviosos de Eduardo Gutiérrez,—sellados para siempre bajo la fría loza del sepulcro,—y que brincaba en sus notas espirituales, le falta; pero, tiene el concepto cabal del mundo, el sentimiento soberano, y algo de Rubén Darío, para trasplantar al papel los colores azules y rosados de la naturaleza y de la vida.

En conjunto, es el escritor más literato de su tierra, aunque griten los envidiosos y se horripilen los pedantes que no quieren reconocer el mérito, ó temen manifestarlo públicamente.

(*) Manuel Lainez.—*Necrología: Juan Carlos Gómez—El Diario.*

Ese es Miguel Cané. No escribe solamente: esculpe.



Los que miran todo lo que es nacional ó americano, con un aire de marcado desdén: los que por dársela de entendidos y de impecables, repiten que no existe nada en el Nuevo Mundo que valga la pena del análisis, y aborrecen y desprecian con soberbia presunción á los ingénios más preclaros, por el solo hecho de haber nacido de este lado del *charco*; los que por crearse reputación de críticos severos se rien hasta de Andrade y de Sarmiento,—descontentos eternos, incapaces de producir algo que valga un comino,—hallarán apasionado y falso este juicio; pero de éstos no me preocupo ni quiero preocuparme como no sea para lamentar su ineptia.

De serias meditaciones nacieron los *Ensayos Literarios* de Cané, que más que ensayos de escritor novel, parecen el fruto de un cerebro maduro.

¡Qué variedad de temas encierra ese pequeño elzevir, abordados con criterio recto y espíritu reposado!

Son verdaderas miniaturas artísticas, esmaltadas sobre marfil, que tocan á veces á la perfección de Groussac.

Allí se enlazan la fantasía, la crítica, la estética y la bibliografía.

La semblanza del cantor de *Lázaro* y *La Fibra Salvaje*, cuyos versos esparcen el sabor místico de las cartas de Jacobo Ortiz á su Teresa — es fotográfica. Las mono-

grafías inspiradas en el *Fausto* de Gounod y en los *Hugonotes* de Meyerbeer, (*) revelan su refinado criterio de músico poeta, su amor á la melodía espontánea que baja al corazón, y su admiración por los laberintos intrincados de Beethoven y las fragorosas resonancias de Wagner.



Su libro *En Viaje*, del que voy á dar una ligera idea, es bajo todo concepto digno de una especial consideración.

Después del prólogo, inicia la narración de anteriores viajes, salpicados de escenas, aventuras y peripecias. Las maniobras de bordo, la heterogeneidad de pasajeros que lleva el buque en su estiva repleta, el recuerdo de la patria, el hogar, la familia, los amigos... le dan tema para llenar algunas páginas que se lee ávidamente.

Con precisión hace conocer la bahía de Rio Janeiro, las islas, los cerros... y las caprichosas y rientes perspectivas de la entrada, que igualan en belleza á los poéticos sitios de la Suiza y los Pirineos.

Pasa la *Gironde* frente á las abrasadoras costas de Africa, y de un rasgo de pluma, pinta á Corea y Dakar, con su aspecto triste, con sus arenales interminables.

Entre tanto el vapor vuela sobre las aguas.

El océano, con su monotonía invariable unas veces, y otras con su furia infernal y aterradora

(*) Miguel Cané.—*Ensayos Literarios*.

dora, lo aburre, sumiéndole en una inmensa tristeza nostálgica.

Llega á Burdeos.

Los nuevos horizontes le devuelven la alegría, le serenán el ánimo, le quitan el tedio, y con el corazón henchido de gozo, rebozando himnos, marcha á París; recorre las academias y los museos: el Louvre y el Luxemburgo, asiste á la Opera y á la Comedia Francesa; al Senado y á la Cámara de Diputados, en cuyas tribunas escucha á tres oradores famosos: Gambetta, Simón y Pelletan.

Presencia las pomposas fiestas del 14 de Julio, conmemoración de la toma de la Bastilla; da una somera relación de la ciudad, de sus plazas, de sus calles, del entusiasmo febril y justo de los franceses, en ese día de regocijo universal, y consigue un asiento en el Instituto, donde Renan, el filósofo del siglo, hace oír su voz, un tanto apagada por la nieve de los años, en un discurso sobre la virtud, sencillo y persuasivo, conmovedor y elocuente.



¿Y quién lo diría? Se cansa de París, de París que lo reúne todo!

En dos horas salva la distancia que le separa de la rubia Albión, atraviesa el Paso de Calais, y, en Lóndres!

Va á la Cámara de los Comunes: habla de las dotes de Pitt, de Fox, de Beaconsfield, de Bright y de Gladstone, esos colosos de la oratoria, que con sus sabias leyes han hecho de la Inglaterra una potencia temible; contempla

en las galerías de Westminster, las maravillas que la naturaleza y el genio del artista han creado; asiste á la representación del *Demonio* de Rubinstein, en el *Coven-Garden*, cantado por la Patti; y su corta estadía en Lóndres termina con una visita al *Brown*. Cruza de retorno el canal de la Mancha, y, de nuevo en Francia.

En el tren que le conduce á Saint-Nazaire, tiene un agradable encuentro: el de un venerable anciano; le habla de la República Argentina que en otra época visitara, lo mismo que Venezuela y Colombia; conversan, intiman y evocan sombras y memorias de tiempos heroicos.

Una vez en el ansiado puerto, se embarca en el *Ville du Brest*, donde en confuso torbellino halla la agrupación más heterogénea que es posible concebir: frailes, comerciantes, diplomáticos, saltimbanquis, escritores, cantantes, un presidente de república, haciendo el viaje divertido por los mil episodios curiosos y picantes que se suceden en el transcurso de la navegación, y que Cané narra con su gracia peculiar.

Hace escala, sucesivamente, en Saint Pierre, Point á Pitre, Guadalupe y Martinica, comarcas infestadas por las fiebres palúdicas y el cólera morbus, que pesan como una eterna maldición sobre esos pueblos.

Presencia las maniobras de los negros en el embarque del carbón, y la danza lasciva, que según él, es la bacanal más inmunda que pueda idearse.



Algunas jornadas de marcha, y llega á Caracas. Presencia los Andes, y describe el imponente y grandioso panorama; recuerda con fraternal cariño los héroes de la Independencia de América, al valeroso Paez, al benemérito Sucre, al inmortal Bolívar, que vivirán por siempre en la historia del continente y en el corazón de sus hijos, como ardientes campeones de las luchas por la libertad.

En La Guaira espera el vapor que ha de conducirle á su destino, viéndose precisado á alojarse en el *hotel*, «que como una venganza enclavaron las potencias infernales en la tétrica bahía.»

¡Qué páginas tan bien perfiladas, son aquellas en que trata del general Miranda, ese guerrero que hizo brillar el filo de su espada en ambos hemisferios!

No desmerecen en nada los cuadros que traza al recorrer el trayecto que une Salgar con Barranquilla.

¡Cuántos sacrificios para remontar la rápida corriente del Magdalena, entre el calor sofocante que ahoga la respiración, los mosquitos hambrientos que le chupan la sangre, las fiebres perniciosas que ocasionan víctimas; y ¡colmo de amarguras! el *Antioquia* rozando el fondo del cauce por el gran calado, convertía la marcha de penosa en mortal.

Felizmente, se traslada á un vapor cómodo y veloz, salvando los terribles y correntosos *chorros* del río, haciendose un tanto más llevadero el viaje.



Al caer la tarde, trocábase la atmósfera sofocante en ténue brisa que rizaba apenas la dormida superficie de las aguas, y entonces, Cané, sentado sobre la cubierta del *Montoya*, admiraba en toda su salvaje magestad las espléndidas riberas del Magdalena, tantas veces cantado por los poetas de Cauca, donde la vegetación vírgen crece lujuriosa cruzándose cual telarañas, entre toda clase de flores y plantas tropicales, y donde pájaros de raras y vistosas plumas llenan el aire con sus trinos melodiosos. Más allá se presenta bajo otro aspecto: infinitos caimanes pueblan el río; en una vasta zona las terribles rayas y las venenosas víboras hacen casi imposible la vida en sus márgenes.

Tiene ocasión de presenciar las puestas de sol más bellas que el capricho de un poeta puede soñar; y después de goees y padecimientos, de sueños y realidades, — con la amarga á la vez que risueña *Noche de Consuelo* — llega por fin á Bogotá. Cuenta su impresión indecible, al ver surgir de entre las montañas en tan apartadas regiones un centro europeo, y escapa de su pecho un grito de asombro al llegar al *Alto del Roble* que da ingreso á la meseta sobre la cual descansa la ciudad.

Estudia el porvenir de Colombia, su política, su constitución, la sociedad, la extremada libertad, y el rango que le corresponde en las repúblicas del Centro; describe á lo Bompand y Caldas, el país, el clima, la flora y la fauna; asiste á reuniones, banquetes, veladas literarias; explica la manera original de

organizar un baile, en el cual oye el *Bambuco*, cuyos ecos melancólicos y armoniosos le encantan; penetra á las iglesias, que las hay caprichosas y elegantes, antiguas y modernas; al Capitolio y al Altozano; hace una excursión al gigantezco y soberbio Salto del Tequendama; borda su leyenda, cita las opiniones de Humboldt sobre su formación y los viajeros célebres que lo han visitado. La descripción del Salto prodigioso es patética, hay tal vigor de pincel en ella, que supera por la fuerza brutal y el colorido vigoroso, á la que trazó Sarmiento ante la catarata del Niágara.



Dedica un capítulo entero á la *Inteligencia* de los colombianos; juzga á Gutiérrez González, el poeta dulce y armonioso; á Rafael Pombo, que popularizó sus cantos con el pseudónimo de *Edda* la bogotana; á Diego Fallón, que hablaría en consonantes un día entero, — á José M. Marroquín, el escritor castizo y correcto, chistoso é inagotable; á Ricardo Carrasquilla, que maneja el verso con suma facilidad; á José M. Sampedro, fecundo escritor colombiano; á Miguel A. Caro, el más feliz de los traductores de Virgilio, considerado así por Menéndez Pelayo; y á Rufino Cuervo, talento sólido, que se ha conquistado, una reputación literaria que salvando aquella «morada de las águilas», ha atravesado los mares.

Terminada su misión en Colombia, regresa por el mismo camino transcurrido, hallando

singulares atractivos, describiendo panoramas espléndidos; hasta que baja á Colón, y vuelta de nuevo á los *hoteles* nauseabundos y asquerosos. . .

Llena otro capítulo sobre el canal de Panamá, esa obra magna, que inmortalizará á Lesseps, el cortador de istmos.

Analiza su importancia geográfica y comercial, las dificultades topográficas que es necesario vencer para su ejecución, los beneficios incalculables que reportará en el futuro, y se extiende en mil diversos é ilustrativos comentarios, sobre ese canal y el de Suez, que representan dos de las obras estupendas y ciclópeas realizadas en este siglo luminoso que ha obscurecido el pasado, y que dejará huella profunda en los venideros.

En Nueva York demora quince días, estudiando las inclinaciones y costumbres yankees; frecuenta la sociedad, los paseos, los teatros, visita el Niágara; no pierde, en una palabra, nada de lo que interesar pudiera la atención, amenizando su relato con anécdotas tan raras como la de la *miss* rubia del *sleping-car*, que en circunstancia semejante, habría hecho pecar al mismo San José, el de la pureza tradicional; y después de una travesía agradable y feliz, desembarca en el Havre, importante puerto francés, y punto final de su viaje.



Tal es descarnado y en síntesis, el libro de Miguel Cané.

No he hecho crítica. A ese respecto, el fallo le ha sido altamente favorable.

Al rememorar, quizá con excesiva prolijidad, los sitios en que fué actor ó simple espectador, he querido llamar la atención de los espíritus literarios sobre este conversador gentil, y formular una invitación amistosa á los que aun no le han leído, en la convicción de que hallarán perfectamente explicable y lógica mi impaciencia.

Para hallar prosa más atildada y lírica, habría que llegar hasta José Martí ó Rubén Darío.

En Cané, considero la elegancia suprema del estilo, que es la fuerza misteriosa del encanto, como su condición primordial, por medio de la cual atrae, seduce y vence, transportando al lector donde desea, sin fatigarlo, tocando las cuerdas de los corazones sensibles, é interesando sin ser nunca trivial.



Miguel Cané, es un temperamento y un artista. El se ha dado cuenta de la evolución fundamental que han sufrido las escuelas literarias, el arte, las ciencias y las religiones en el último tercio de este siglo, después de tanto derrumbe de mitos y de tantas complicaciones simbólicas desvanecidas, y marcha con él, comprendiendo la verdad del axioma, que dice que en arte es necesario ser de su época ó morir.

Su vuelta á Buenos Aires, después de una peregrinación difícil, de uno á otro extremo

del mundo civilizado, promete más de una sorpresa agradable.

Las delicadas tareas del foro en que se inicia, cambiando el hábito añejo del diplomata, por la toga flamante del abogado, no matarán por cierto al hombre de letras.

Y si se tiene en cuenta, que su «pasión por la pluma es incorregible», no sería extraño que los cronistas impacientes, anuncien en breve un nuevo libro de Miguel Cané, uno de los pocos en este país, que con legítimo orgullo puede decir que en él se quiebra el viejo aforismo: *¡Nemo propheta in patria sua!*

(1890)



JOSÉ MARÍA SAMPER

JOSE MARÍA SAMPER

• • La imitación en poesía es un elemento infecundo; solo la originalidad es bella, grande y digna de ser admirada.

ECHVERRÍA

LA persistencia es una fuerza, el poder capital del genio, la cualidad inseparable de los organismos superiores.

Con ella, se llenan en más ó menos tiempo y según las facultades intelectuales del hombre, los anhelos del presente y los ideales del porvenir.

Y sin esa fuerza invisible que da vida, que impele y alienta, conforta y reanima el espíritu, Colón no habría descubierto la América, Dante no habría escrito la *Divina Comedia*, ni Newton hubiera llegado á explicar jamás las leyes de la gravitación universal.

No trataré de ampliar esta proposición exacta; pero, sépase que en las reñidas batallas de la vida, donde los débiles caen y los fuertes llegan, si falta ese don precioso, está demás poseer inteligencia, imaginación, pensamiento.

Con la perseverancia se vence los mayores obstáculos; se levanta ciudades, se perfora montañas, se une mares, se abre ríos, se cambia, en suma, la faz del planeta.



José María Samper — entidad prominente en el parnaso, en el periodismo, en la política y en la magistratura colombiana, — debido á ella, ganó el terreno palmo á palmo, siendo sucesivamente: secretario de estado, diputado, senador, ministro, representante diplomático de varias naciones, recorriendo aceleradamente la escala de los puestos públicos.

En el congreso, dominaba los debates con la verbosidad de su frase altisonante y ampulosa, coloreada bajo el sol de los trópicos.

La palabra al pasar por sus labios se encendía, y fluía de ellos á la manera de torrente. Sereno y reflexivo en la parte doctrinaria del discurso, era rápido y mordaz, en la réplica. Manejaba con el acierto de Velez la ironía, sin tener el cachet especial y las salidas criollas y picantes que distinguían la oratoria de nuestro gran codificador. Inspirábase ardorosamente en las ideas liberales de la Francia, para ir contra las reacias tendencias de la fracción clerical, que pretendía imponer y arraigar sus añejas doctrinas en la patria de Simón Bolívar, el libertador de cinco repúblicas.

No solo en la tribuna parlamentaria se alzó viril su voz elocuente, sino que blandió la pluma como se empuña una espada y en *La Unión*, *La Ley*, *El Conservador* y *El Deber*, azotó el rostro de los enemigos de la libertad de conciencia, exhibiendo sus jesuíticos planes, sus recónditas emboscadas, sus miras de preponderancia temporal.

Y, cuando casi todos los hombres públicos arriaban sus enseñas y enlodaban sus ban-

deras, él, supo mantener la suya enhiesta, batiéndose en brecha contra esa secta que asoló la América como un vendabal: «que dejó al Paraguay sin vida; que cayó sobre Guatemala que la repudió al fin; sobre Costa Rica, que la espelió como mortal veneno; sobre Méjico, Colombia y Chile, que aun sienten el hálito emponzoñado de una influencia que perdura en la política y que ha minado la sociedad hasta impedir el progreso, y sobre el Ecuador, último refugio de Loyola, muerto en absoluto para la libertad». (*)

En *El Comercio* de Lima, (1862), tuvo polémicas de consecuencia, sosteniendo la república, el libre culto y el matrimonio civil, destruyendo los avances de la prensa ultramontana y sectaria con el escalpelo analítico de un filósofo.

Una tempestad se desató sobre el valiente escritor. Los clérigos iracundos le excomulgaron desde el púlpito y á estar bajo la dominación de un Torquemada, habría acabado sus días en la hoguera ó en la horca.



Son esos, sin contradicción, los períodos más luminosos de su vida de publicista, los que harán borrar un tanto la pésima impresión causada en la sociabilidad americana, por los repentinos y fundamentales cambios de principios, que llegaron hasta combatir la causa que trató de arraigar en el espíritu nacional en 1862, manchando esa bandera

(*) Michelet.—*Los Jesuitas*.

que salvó incólume de las iras del clericalismo, para afiliársele en cuerpo y alma, á costa de tantos sacrificios malgastados; soberano traspiés, que solo podía tener cabida en la conciencia calenturienta de un visionario, pero jamás en la de un hombre de su fibra.

Con sentimiento he contemplado la poca consistencia y solidez de ideas del señor Samper, que me han aminorado sumamente la talla del polemista y del tribuno.

Con sentimiento, porque no llegó á ella por medio de una evolución progresiva, sino de una manera brusca, radical, violenta, tratando de explicar su inexplicable conversión en la *Historia de un Alma*.

Samper, del más exaltado liberalismo, llegó hasta el fanatismo católico más exaltado.



Improvisador espontáneo, temerario y audaz, llevó el pecado en sus mismas cualidades. Sus piezas dramáticas y la mayoría de sus cantos están cuajados de extravagancias, de ripios, de ingenuidades y de lugares comunes.

Individualidad propia no la tuvo. Fluctuó entre el romanticismo empalagoso de Arolas y el pesimismo enfermizo de Becquer, que parece incrustado en sus estrofas por la fuerza. Sus versos, generalmente bien medidos, resultan flojos. A sus blasfemias y á sus ayes, les falta el soplo potente de la vida. No los provoca el escepticismo, ni los arranca el sentimiento; se hielan en su pluma, porqué no vienen del corazón.

Esas quejas amargas, esos lamentos deses-

perados, esos gritos fingidos, son imitaciones y remedos de los que brotaron de otras almas atormentadas por dolores atroces y por pasiones inmensas.

Bien decia Lamartine:

«Los poetas buscan el genio muy léjos: y se equivocan. El genio está en el corazón, bastan unas cuantas notas sencillas, tocadas piadosamente y por casualidad, para hacer llorar á todo un siglo y hacerse tan populares como el amor y tan simpáticos como el sentimiento.»

Lo que es Samper, si las buscó, no supo hallarlas.

La forma generalmente incorrecta, no alcanza los resplandores intensos de la idea sentida, y es por esto que la expresión externa y el fondo no se equilibran.

En prueba de ello, ahí va un fragmento de un canto dedicado á la que fué su esposa, Soledad Acosta; escrito en las márgenes del río Magdalena, en los albores de la vida, en la edad de las ilusiones lisonjeras, de los sueños venturosos y de las risueñas esperanzas de gloria:

Es la hora feliz de los amores,
De la ideal contemplación divina,
En que el alma en delirios tentadores
Infinitos tesoros adivina.

Hora de paz, de mística bonanza
En que la luz de la ilusión nos guía,
Y se vive de gloria y esperanza,
Y el corazón, soñando, se extasia.

Es entonces que viene á la memoria
De cuanto, inquietos, en el mundo amamos,
Y del amor en la secreta historia
Todo un cielo de dichas encontramos.

Es por eso, mi bien, hora por hora
Gozo en la noche y con tu sombra vivo,
Y en la tranquila soledad te adora
Más mi agitado corazón altivo.

Tú reinas siempre, *Soledad* amada,
De mi amor en el hondo santuario,
Y es tu imájen doquier acariciada,
El talismán de mi vivir precario.

Por tí voy de la vida el mar cruzando;
Por tí á la gloria sin cesar aspiro;
Si soy feliz tu inspiración amando,
Tuyo será mi postrimer suspiro.

Samper, no solo se concretó á las entonaciones líricas, sinó que abordó la novela y el drama con un candor casi infantil; y demás está decir, que lo que produjo en esos géneros, son ensayos y bosquejos incompletos y mediocres. Ninguna de sus novelas ha alcanzado resonancia, y de sus piezas dramáticas, ninguna ha merecido figurar hasta ahora en el repertorio teatral.



Durante su misión diplomática en París, Lima, Santiago y Buenos Aires, contribuyó á la confraternidad mental del continente, dando á conocer en *El Americano* y en *El Correo de Ultramar* de París, á los estadistas y á los hombres de letras más notables de este hemisferio.

Propuso al presidente de la república de Chile, la fundación de una Academia correspondiente de la Española; publicó en *El Mercurio* de Valparaiso los *Romances Históricos* de la guerra épica, y en veladas literarias y científicas, estrechó fuertes y dura-

deros lazos de amistad, con nuestros poetas, oradores y magistrados.

A propósito del centenario de Simón Bolívar, (1886) escribió una monografía sobre la vida del libertador, estudiando su origen y su carácter y siguiéndolo en todo el curso de su existencia batalladora; en sus sueños de libertad y en sus homéricas etapas de Boyacá, Pichincha y Junin, levantando las calumnias propaladas por sus enemigos,—entre muchas de las cuales corrió la de que quería proclamarse rey — vindicándolo ante la posteridad.

Más que una historia, el libro de Samper es un panejórico á la memoria del héroe que con San Martín, fundó las nacionalidades independientes del Nuevo Mundo.

«Nada es menos natural que el estilo febriciente de ese opúsculo donde la palabra se hincha, como la rana de la fábula y donde las expresiones, superan á los hechos. Los adjetivos más retumbantes, pierden su fuerza y parecen pálidos y descoloridos. La tensión continua del espíritu desmaya y decrece paulatinamente, y el lector que empieza el libro con voz trémula é inflexiones teatrales, acaba por no oír en él sino el insípido redoble de las palabras que se atropellan y marchan en legiones, dejando detrás una nube de polvo y un ronco y monótono estruendo.» (*)

Sin embargo, su soneto al Napoleón americano tiene relieve:

(*) Martín García Mérou: *Impresiones*.

Luz hecha espada, al Universo alumbra;
hombre hecho rayo, sobre Iberia estalla;
y es el poeta—rey de la batalla,
y es el águila—genio que se encumbra!

Su alma de fuego el porvenir columbra
su fé de heroico apóstol avasalla;
la libertad fecunda con metralla;
su voz cautiva y su poder deslumbra

Siembra, del Orinoco al Chimborazo,
laurel de gloria que la patria inspira:
vida le da con su potente brazo;

Con lo imposible y lo eternal delira
y el gigante del mar en el regazo,
sobre la tumba de Colombia espira.



Las obras de Samper llegan á treinta; y esa extraordinaria fecundidad, le dañó, como á la mayoría de los ingenios americanos que escribieron sin castigar el estilo y sin comprender que todos esos volúmenes de fofa enciclopedia, servirían en el futuro de pasto á la polilla.

A pesar de esto, se salvarán del olvido y se apreciarán, en su justo medio, los *Viajes por Europa*, las *Apuntaciones críticas para la historia de Nueva Granada* y el *Ensayo político y social de Colombia*, que revelan vasta nutrición en economía, derecho y ciencias sociales.

Su lenguaje fluido, tenía especialmente en la descripción de la naturaleza, el vivo matiz de las selvas americanas; á veces corría cristalino y terso, como una onda sonora; otras, se enturbiaba, arremolinándose, como el agua de las cascadas al precipitarse en los abismos, simulando fantásticas imágenes,

y dada la situación de ánimo, se tornaba tranquilo ó violento, á veces desordenado, pero nunca trivial, y en el entusiasmo tenia el raro poder de iluminar de un solo rasgo todo un cuadro.

Fué el primer bardo colombiano que dió á conocer en las reuniones literarias de su hogar las poesias de Jorge Isaacs, y no fué de los últimos en pulsar la lira para entonar el salmo colosal de la epopeya.



Después de una agitada y laboriosa existencia, llena de luces y de sombras, José María Samper, entregó su alma á Dios, en el solitario retiro de Anapoima, cercanias de Bogotá, en 1888.

Se despidió de su esposa é hijos, resignado y sereno.

Colombia, olvidó en la hora trágica de su destino las defecciones del politico y los cambios de frente del filósofo, para no recordar sinó al consejero y al maestro; y juveniles voces, entrecortadas por la emoción, supieron interpretar el sentimiento público al darle el último, el supremo adiós.

Ahora, sus cenizas reposan en el cementerio de Bogotá, bajo los álamos sombríos, mientras que sus melancólicas trovas de amor, continúan resonando en los valles del Cauca y en las alturas del Combeima.



JOAQUÍN CASTELLANOS

JOAQUÍN CASTELLANOS

••

La poesía es la consagración de las edades muertas y la válvula pasional de las asociaciones vivas. Y mientras la canción materna sea necesaria á la cuna, la carta á la ausencia y el recuerdo al sepulcro, los pueblos necesitarán de *ella*, y los que no la tuvieran propia, la pedirán prestada.

CARLOS ROXLO.



El frío positivismo lo invade todo. El dicho frecuente de que la humanidad va derecha al materialismo, se está convirtiendo en una realidad palpitante en este país. Se olvida lamentablemente las altas producciones del cerebro en aras de la política, y de esa febriciente brega no alcanza á retraernos ninguna otra preocupación levantada. Cada día que transcurre, van escaseando más los intelectuales de paladar delicado y gusto exquisito, que saben donde reside lo bello y donde debe buscarse las nobles expansiones del espíritu.

Y, sin embargo, no todo debiera ser política en este país, devorado por mil ambiciones encontradas. De vez en cuando sería necesario estudiar nuestro pequeño mundo literario y tratar de ensancharlo con el estímulo y con el ejemplo. Por desgracia, entre nosotros, al pensador, al literato, al artista, lo mata la indiferencia pública y el ambiente burgués.

Sobra dinero para las orgías, los frontones, las carreras de caballos, los teatros por secciones,—que han encanallado el gusto público,—para los bizantinismos á la moda, y el juego desenfrenado; y no se posee para comprar una obra nacional que, buena ó mala, significa un esfuerzo, que debería tener también su recompensa y no la alcanza.

Por esto vemos que, si los diarios y las revistas crecen y se multiplican,—aunque no en la proporción debida,—el libro muere y los autores se eclipsan.



Son pocos, muy pocos, los que en medio del rudo batallar diario, siguen rindiendo culto á las musas y al ideal. Los más, decepcionados, se han encerrado en un mutismo desesperante, que no cuadra con su naturaleza artística.

Guido Spano, Miguel Cané, David Peña, Joaquín Castellanos, Calixto Oyuela, Juan Antonio Argerich, Enrique Rivarola y Gervasio Méndez han arrojado la pluma léjos, cansados de escribir sin resultado. Continúan de pié: Groussac, Darío, Obligado, Lugones, Magnasco, Wilde, Mansilla, Federico Tobal, Leopoldo Díaz, Joaquín González, Julio Piquet, Ricardo Jaimes Freyre y una docena de jóvenes más, roncos todos de tanto gritar, sin ser oídos, y que bien pronto, si no reaccionamos, dejarán la pluma y los entusiasmos artísticos, para ir á perderse en la sombra.

¡Triste y decepcionante destino del arte entre nosotros!

Pregúntese á los libreros cuántas ediciones se ha hecho y cuántos volúmenes se ha vendido de las *Poestias* de Obligado, de los *Poemas* de Andrade, de los *Cantos* de Oyuela, de los *Sonetos* de Diaz, de *La Tradición Nacional* de Joaquín González, de las *Hojas al Viento* de Guido Spano, del libro de viajes de Miguel Cané, de la novela de Groussac y de tantas otras obras, no menos meritorias, saludadas á su aparición como mensajeras de una resurrección literaria y artística.

Pregúntese, y la respuesta será en extremo mortificante para el espíritu.

Es necesario convencerse: sin tierra fértil no hay buena sementera, como no habrá publicistas sin público.

La mayor satisfacción para el hombre de letras,—por no decir la única,—es que sus producciones sean discutidas, criticadas y leídas.

En Europa: una poesía, un artículo, un cuadro, una línea arquitectónica, ó una tesis de escultura monumental, son capaces de suscitar en las muchedumbres discusiones, cóleras, alabanzas ó vituperios. (*)

Entre nosotros, el mejor mercado de las transacciones lícitas é ilícitas, la idea no se cotiza; y nada logra romper la espesa capa de indiferentismo que cubre la vida espiritual.

El sociólogo atribuirá este fenómeno, á que vivimos en continua efervescencia popular,

(*) Enrique Panzacchi: *Á la obra*.—*Revista Lettre e Arti*.

originada por los desaciertos políticos, por los descabellados planes financieros, por la incesante agitación de los partidos, amén de las revoluciones que estallan en el sur del continente, y de los atentados anarquistas que tienen por escenario el universo, y que reclaman perennemente la atención del público.

Sera así.

Pero, aunque esas causas accidentales no existieran, creo que el Arte no tiene aquí su centro.

No basta poseer un Ateneo y una Academia, es indispensable un núcleo por así decir, *artista*; un núcleo que ame la Ciencia, la Poesía, el Arte, las cosas bellas del espíritu.

Y es ya tiempo de preocuparse del pensamiento argentino; porque « la prosperidad de un país,—lo dijo Lutero,—no depende de la abundancia de sus rentas, ni de la fuerza de sus fortalezas, ni de la belleza de sus edificios públicos: consiste en el número de sus ciudadanos cultos; en sus hombres de educación, ilustración y carácter: aquí es donde se encuentra su verdadero interés, su principal fuerza, su real poder ».



Joaquín Castellanos, oriundo de Salta, es el primer poeta de vuelo que ha dado aquella provincia. Tuvo el raro tino de conservar y guardar sus ensayos en cartera, para no arrepentirse más tarde de algún atentado

lírico. Vino á Buenos Aires en 1885, sin presentaciones de cronistas amigos, ni recomendaciones de nadie; y con una sola manifestación de su talento se abrió paso en esta Babel colosal.

Con motivo de los Juegos Florales que el Centro Español organizó aquel año, presentóse á concurso con la composición *El Viaje Eterno*, que obtuvo el primer premio. Los que asistieron la noche de la velada al teatro Colón, no habrán olvidado la tempestad de aplausos y la lluvia de coronas y de flores que cubrieron el escenario, al terminar la lectura de las metálicas estrofas.

Joaquín Castellanos, desconocido hasta aquella noche, se levantó al día siguiente poeta consagrado.

La prensa y los viejos maestros no desdeñaron tributarle publicamente sus elogios. Su nombre, unido al canto, corrió la República y se esparció por la América toda, entre un redoble triunfal.

A partir de ese acontecimiento, su lira tuvo dos vibraciones: *El Nuevo Eden* y *El Borracho*. En el primero, «severo y elegante, se concreta á celebrar la independencia de la idea, las conquistas de la ciencia y la fé inquebrantable en el progreso humano» (*) En el segundo, de corte vulgar y fondo escéptico, canta al vicio; y si por el lado artístico se nota falta completa de observación y de análisis, por el lado moral es á todas luces

(*) Martín García Mérou.—*Recuerdos Literarios*. Buenos Aires. Lajoaune, 1891.

pernicioso y falso. Colocar *El Borracho* en la categoría de las obras fantásticas é imaginativas, de Espronceda, Byron, Baudelaire y Poe, es desconocer el verdadero arte y confundir lo original con la copia servil. Esa composición es una blasfemia á Dios, y señala evidentemente un retroceso, aunque en determinados pasajes el poeta haya logrado levantar la inspiración del nivel de los fétidos pantanos:

El aire está impregnado de sollozos,
 Estériles los campos y sombríos,
 Crecen con sangre y lágrimas los ríos
 Llevando sangre y lágrimas al mar!
 Como fiera en acecho está el abismo,
 Y en la naturaleza y en el alma
 Torva domina esa siniestra calma
 Que suele las borrascas presagiar!
 ¡Todo es noche y dolor! Allá en la tarde
 Ebrio se acuesta el sol en el ocaso
 Y las estrellas con incierto paso
 Ebrias caminan de su disco en pos!
 ¡La tierra es un sepulcro de que el cielo
 Es la lápida inmensa y triste y muda;
 ¡Todo es noche y dolor! . . . Ebrio, sin duda,
 Cuando hizo el universo estaba Dios!



Después enmudeció.

Han pasado algunos años. La esperanza que hizo alimentar, no se ha desvanecido. Su escasa producción intelectual prueba que dirigió su espíritu en otros rumbos.

Vió a su patria gemir bajo el azote de los malos. Autoridades, pueblos, instituciones, sintieron el contagio de la plaga bizantina que se desplomó sobre el país. Los caracteres

se quebraron, el gobierno se convirtió en un cacicazgo, y la fortuna pública y los bancos estuvieron á merced de cualquier politicastro improvisado. Entonces, un hombre incorruptible, de alma serena y de carácter férreo, cuya trágica desaparición acaba de helarnos, Leandro Alem, se presentó en la arena con una bandera que era simbolo de pureza inmaculada. Surgió sin estrépito, y elevándose lentamente, llegó á ser entre nosotros un profeta, casi un semidiós. Jamás las masas populares han tenido en ningún momento histórico un idolo de carne y hueso más justamente adorado. Su aureola de batallador dió luz á su aureola de tribuno, y ambas se confundieron hasta unirse en un solo foco gigantesco. Grabó en su enseña, con mágicas palabras su programa de principios; y para detener la avalancha de ignominia que amenazó borrarlos de la escena del mundo, fué hasta la revolución. Un grupo de corazones incontaminados y valientes se congregó en torno del anciano gallardo. Obrero de la primera hora, Joaquin Castellanos luchó denodadamente en la prensa, en la tribuna, en los comicios y «en el día sin sol de la batalla».

Tiró la lira, rompió las cuerdas amadas y empuñó el remington.

El coronamiento de esa empresa santa no lo hemos visto, y probablemente no lo veremos ya.

Lo que pasó después nadie lo ignora. Se sucedieron las traiciones, los acuerdos, las negras infamias, el suicidio del apóstol.

Y el artista que había enmudecido, impotente para detener la marcha de los sucesos que lo arrastran, ha hecho estallar en un supremo esfuerzo *La última cuerda*:

Hay un íntimo acorde insondable
Que del arte la voz corporiza,
Con el alma su ritmo armoniza
Y lo temple en igual diapasón.
De la lira gentil cada cuerda
Corresponde del pecho á una fibra;
Para cada compás con que vibra
Un latido le da el corazón.

En el tosco laúd que yo pulso
Del placer ya la cuerda está rota;
Fué su son una lánguida nota
Extinguida en mi albor juvenil.
La que un cántico alzara á la gloria
Solo un vago rumor la recuerda;
Mi laúd no conoce la cuerda
Donde suena el aplauso servil.

Estalló en un esfuerzo impotente
La que penas y lástimas llora,
Y arranqué la vibrante y sonora
Donde un tiempo cantara el amor.
Ya en mi bronca guitarra argentina
Nada más que una cuerda subsiste;
La bordona que, enérgica y triste,
De la patria responde al clamor!

Joaquín Castellanos, decepcionado de las realidades presentes, se ha encerrado de nuevo en su Torre Ebúrnea, y de ese aislamiento saldrá un canto de duradera vibración, porque ha llegado á la edad en que el escritor ó el poeta, desprendiéndose del roce contagioso que dejan las obras de los viejos maestros, rompe con las cadenas que lo sujetan y se forma un estilo propio.

La originalidad del estilo! Hé ahí la más difícil cualidad del escritor!

Bossuet y Hugo para no citar más que dos la poseían; el uno, robusto y bíblico, atraviesa las edades impertérrito; y el otro, vigoroso cual nuevo Homero, parte, con la aureola de la serena inmortalidad, á desafiar los siglos.



El Viaje Eterno, por sus proporciones, su erudición y sus bellezas, es un esfuerzo de inspiración y de inteligencia laudable. Y no obstante las muchas estrofas que huelgan, engarzadas para llenar huecos y que poco ó nada dicen á la inteligencia y al corazón, sigue siendo, hasta la fecha, la promesa más grata que Castellanos ha firmado al porvenir.

Hay en él la pujanza de Andrade, sin llegar á la altura de ese coloso que produce vértigo con su grandilocuencia épica, que, arrastrado «por la hipérbole y en alas de la metáfora», llegaba á la mansión donde nacen las borrascas, se forman los ciclones y estalla el rayo.

Como él, pertenece á la escuela objetiva que lleva el lirismo hasta el límite máximo; ve la montaña y no nota el llano; oye el grito del águila y se le escapa el gorgojo del ruiseñor apasionado; á esa escuela, que canta solo «lo grandioso y lo colosal», donde á menudo naufragan reglas y se rompen formas.

Castellanos no ha escrito, no tiene en sus poesías una sola que luzca por la sensibilidad, esa sensibilidad exquisita que ha vibrado con mágicos acentos en el arpa de Ricardo Gutiérrez, no ha hallado hasta ahora la fibra de

las ternuras íntimas y de las delicadezas supremas.

En el género oratorio que ha dado alas á *Prometeo*, es dónde su inspiración y su fantasía encuentran terreno en que desbordarse.

Arranca el pensamiento humano, el viajero inmortal de las edades, allá en el nebuloso oriente, y recorriendo la esfera de la tierra, apagándose en un ciclo, brillando en otro, sigue su marcha eterna hacia la libertad.

Pasa el Egipto misterioso y deja su nombre escrito en los portentosos monumentos de la derruida civilización pagana.

Siempre con rumbo al Occidente avanza hacia la Grecia y llega á Roma, que

.....
 En vano por instantes se incorpora
 En vano asirse á la extensión desea;
 Vacila y cae, y la extensión le absorbe
 Haciendo en pavoroso desconcierto
 Despertar á las razas del desierto
 Y en su ancha base estremecer al orbe!
 Así volcado, en rápido hundimiento
 Cae el mundo romano
 Como vieja montaña desquiciada;
 Pero se salva el pensamiento humano!
 Porque su vago y misterioso efluvio
 Flota sobre los grandes cataclismos
 Como en las vastas aguas del diluvio
 Sobrenadaba el Arca en los abismos!

Entonces....

Dos poderes al mundo esclavizaban
 Dictándole sus leyes:
 Los reyes á los pueblos dominaban
 Los papas á los pueblos y á los reyes!

La Edad Media y el fanatismo religioso amenazaban hundir el pensamiento:

Alzando aquí un cadalso, allí una hoguera.

Los crímenes impunes, el poder de la iglesia que cohibía toda manifestación del intelecto, sepultaron á España, «la émula de Roma», que fué á caer en silencioso ocaso, desde el zenit de su cielo.

¿Por qué? Por qué...

Desmintiendo su voz con sus ejemplos,
El clero oraba hipócrita de día
Y en la noche, á espaldas de los templos,
En bacanales lúbricas reía!

La humanidad yacía en el abismo, el poder en manos de los fanáticos apóstatas y autoritarios que gobernaban con el escarnio, con el puñal y con el veneno. Donde se alzaba una voz para anatematizar esos actos, de perfidia y salvajismo, se apagaba en la horrenda horca.

Juan Hus, Savonarola y Giordano Bruno, innovadores audaces, cayeron los primeros envueltos en las llamas de la inmensa hoguera entronizada en la caduca Europa:

.....
Hasta que ardiendo en entusiasmo santo
Lutero apareció como un Mesías,
Y en medio al estupor de las naciones
Hizo pedazos ese impuro manto
Y la tierra barrió con sus girones!
Ese hondo tabernáculo de vicios
Así del todo abierto
Así desnudo el ídolo del todo
Mostró á la Europa atónita lo que era
La Iglesia: brillo y esplendor por fuera;
Por dentro sangre, podredumbre y lodo!

Lutero, este Jesús del Occidente
 Que restituye al hombre la conciencia,
 Y Guttenberg, cuyo sublime genio
 Presta á la inteligencia
 Las alas fulgurantes del relámpago,
 Socavan el cimiento
 Del Vaticano y con pujanza altiva,
 Ponen en libertad al pensamiento
 Como se suelta un águila cautiva!

El eclipse se disipa un tanto, y «los primeros fulgores de la idea renacen». Galileo y Colón descubren

El uno nuevos mundos en la tierra,
 El otro nuevos astros en el cielo!

Kepler y Newton hallan las leyes de la rotación planetaria y explican las de la gravitación universal. Y mientras que recogién-dose en sí mismo, Descartes estudia los misterios incógnitos del alma. . .

Haley, ese profeta de la ciencia
 Sublime indagador del infinito
 Con quien tuvo su espíritu gigante
 Largas horas de muda confidencia,
 Dice al cometa errante:
 «Tal día brillarás en nuestro cielo»
 Pasa un siglo, y á la hora prefijada
 Un nuevo astro con triunfante vuelo
 Se presenta en la bóveda azulada!
 Hacia ella Franklin sube
 En alas de su genio, y extendiendo
 El brazo de metal del pararrayo
 Roba su chispa eléctrica á la nube!
 ¡Franklin ya tiene en su poder el rayo,
 El arma de los dioses;
 Y cuando llega la hora
 Al valeroso Washington la entrega
 Para que sea en sus robustas manos
 La espada redentora
 Con que arrebate el cetro á los tiranos!

Se acerca el día de la batalla definitiva entre la tiniebla y la luz, entre la ignorancia y la ciencia, entre la verdadera religión y los falsos dogmas; se acerca la hora triunfal del pensamiento humano, en su proyección hacia la libertad ansiada.

.....
 Rousseau los corazones enardece,
 Diderot argumenta y Voltaire rie!
 Y en esa risa irónica y potente,
 Que hiere como el filo de una espada,
 Hay un vago estertor de multitudes,
 Un rumor sordo de cadenas rotas
 Que hace temblar la mitra y la diadema;
 Esa risa sublime tiene notas
 De burla, de sollozo y de anatema!

.....
 Para que brille el día
 Después de las tristezas de esa larga
 Noche de pavorosa tiranía
 Que fué del mundo horror y vilipendio,
 No de los astros el fulgor bastaba;
 Esa noche moral necesitaba
 La llama abrazadora del incendio!
 Y el incendio estalló y ardió en la tierra;
 Se levantó como un titán el pueblo.

Y cetros y cadenas
 Echando al fuego de sangrientas piras,
 Hizo, al salir de su mortal desmayo,
 Esclavo de sus cóleras al rayo
 Y al trueno heraldo de sus justas iras!
 Como un mar azotado por los vientos

La muchedumbre ruge
 Con el furor del contenido encono
 Se agita, se abalanza y á su empuje
 Deshechos ruedan el altar y el trono,
 La Francia, en honda convulsión lanzaba
 Grito de libertad tan alto y fuerte
 Que para siempre sonará en la historia;
 Fué un volcán en fusión que vomitaba
 Lava de muerte en erupción de gloria!

Y el viajero inmortal de las edades, vence-

dor de nuevo en la grandiosa lid, cruza los mares y viene á posarse en el pico dominador del Chimborazo, donde

San Martín y Bolívar
 Empuñan en sus manos
 La espada con que Washington un día
 El cetro arrebató de los tiranos!
 Para librar naciones
 Sus pobres pero intrépidas legiones
 Atravesaron páramos sombríos;
 Tiñeron con su sangre de leones
 Las pampas y las selvas y los ríos!
 Treparon las mesetas de los Andes.
 Y pueblo alguno ni época en la historia
 Hombres y hazañas contempló tan grandes
 Sobre tan alto pedestal de gloria!
 Al pié de esas gigantes cordilleras
 Que hacen la tierra aproximar al cielo,
 Y bañarla en su luz; en las riberas
 De ríos dilatados como mares
 De llánuras sin fin sobre la allombra
 De inexplorados bosques seculares,
 Su trono asienta el pensamiento humano,
 Rey del orbe moderno.
 Y en el vergel del argentino llano
 Detiene el curso de su viaje eterno!
 ¡Y allí demorará siglos y siglos,
 Que al fin encuentra en esa tierra virgen,
 En donde el sol del porvenir asoma
 Una patria más bella que la Grecia,
 Más potente que Roma!
 La patria americana,
 En cuyo suelo, espléndido y fecundo,
 Vendrá por fin á realizar el mundo
 La libertad de la conciencia humana!

.....



Puede afirmarse que Olegario Andrade ha hallado, al fin, quien recoja su lira sin des-templarla.

Las estrofas que componen este canto son

sonantes y metálicas, y se leen con el mismo intenso placer que las de la *Atlántida*, si bien el poeta salteño dista todavía mucho del vuelo gallardo de aquel gran lírico.

La versificación rotunda, el plan trazado, el metro elegido, se adaptan y se ajustan con la elección del asunto, que si bien en sus comienzos es un tanto confuso y vago, está tratado con verdad y con conocimiento de la historia general de la humanidad.

Parte la composición de un punto nebuloso, pero sigue luego la marcha y los acontecimientos de los siglos y las edades; combate la espantosa noche de la Edad Media, con su fanatismo religioso refractario á la Razón y á la Ciencia, y proclama bien alto el pensamiento libre.

Una buena dosis de sentido práctico, un poco menos de esos sueños panteístas, que tanto mal han ocasionado en las composiciones poéticas del bardo enterriano; un estudio continuo de los trovadores griegos y latinos —manantial inagotable del arte,—depuración prolija antes de entregar las producciones al fallo de la opinión, y el joven poeta ocupará, al poco andar, el vacío hasta hoy irreparable, que dejó en nuestro Parnaso el cantor de *Atlántida* y de *Prometeo*.



En el altar de la patria se han depositado ya una série de cantos fragmentarios de la Odisea continental; á esa labor han contribuido López, Mármol, Andrade, Varela, Gutiérrez, Chassaing, en trozos incompletos; falta,

pues, el poema integral sobre la Revolución y la Independencia de América, y necesario es que ese vacío se llene, grabando en estrofas de imperecedera forma nuestro pasado de gloria, de idéntica manera como hicieron los griegos con sus héroes.

Los dioses, los titanes y los guerreros, de *La Iliada* y *La Odisea*,—esas dos grandes creaciones poéticas, que han atravesado dominadoras y victoriosas épocas y edades, imperios y repúblicas, monarquías y dictaduras, y que sobreviven sobre todas las escuelas y sobre todas las tendencias porque llevan en sí el germen de la eterna juventud,—no hubieran llegado hasta nosotros, á través de tantos siglos, «si Homero no los hubiera cantado».

Pulse el atrevido bardo aquella lira que en manos de Andrade rugía, arrancando acentos y apóstrofes, truenos y rayos, luces y sombras; estudie el escenario donde se derramó tanta sangre para conquistar la posición independiente; contemple el panorama opulento de la flora andina, la cordillera que domina el Illimani; reconstruya las huestes de San Martín y de Belgrano: encuadre en ese marco las batallas sangrientas de Chacabuco y de Maipo; evite en lo posible las repeticiones, las asonancias, las frases rimbombantes, las figuras ampulosas, los versos vacíos; y ensaye un canto á la Independencia de América, que, dados los elementos que ésta le presta, podría nivelar su estro con la epopeya.

(1896)



RUBÉN DARÍO

RUBÉN DARÍO

••

En arte caben todas las escuelas y todas las tendencias. No hay ni *realistas* ni *idealistas*. Hay autores que escriben bien y otros que escriben mal. He ahí todo.

LORENZO STECCHETTI.

RUBÉN Darío, es el poeta de los versos de colores, el enamorado de las hadas, el *visionario* del empireo azul, el cantor del símbolo, de la leyenda y de la fábula, con sus ninfas, sus faunos y sus sátiros, y el americano más *griego* en la expresión insuperable de sus formas aristocráticas.

Sus cuentos,—caprichosos y radiantes como su nombre,—tienen la exquisita florescencia tropical, la nitida blancura de una estatua marmórea, la tersa brillantez de una coraza antigua, la movilidad de la onda y la transparencia del cristal. (*)

Sus períodos de prosa resuenan con la sonoridad soberbia de una estrofa; y sus estrofas remedan los ecos de una romanza acariciadora que baja de lo alto, entre acordes de melodía divina, «en medio de la solemne tranquilidad nocturna!»



(*) Véase *La Ninfa*, *El Rubí*, *El Sátiro Sordo*, *El pájaro azul*, y *El velo de la Reina Mab*.

Muchos años atrás,—cuando de la América Central llegaban los ecos de su lira,—en el círculo intelectual de esta metrópoli, despertó un rumor de aplausos que repetía á porfía la alabanza continental. Recuerdo que fui de los primeros en celebrar la aparición de su canto *Á las Glorias de Chile*, y el lector curioso podrá ver en las colecciones de *El Nacional*, al lado de apreciaciones puramente mías sobre su índole poética, la casi total reproducción de sus cuentos, incluso la célebre *Canción del Oro*, que levantó en América un grito de admiración.

Estábamos acostumbrados á la prosa serena, erudita, de vuelo amplio de Mitre; á la nerviosa, racionalista y filosófica de López; á la brillante, artística y profunda de Alberdi; á la melancólica, sentida y triste de Jorge Isaacs; á la mordaz, turbulenta y arrebatadora de Sarmiento; pero no conocíamos esos giros extraños del lenguaje, esos tejidos de nubes y rayos de sol,—que adquieren á veces la vaguedad temblorosa de las imágenes espectrales,—sinó al través de los arabescos de Flaubert y de Goncourt, escritos en lengua extraña y en países no menos extraños.

Rubén Darío, fué, pues, una doble sorpresa; hasta se dudó de que existiese en América tal escritor; y la sorpresa y la duda continuaba todavía royendo el espíritu, cuando el afortunado robador del fuego sagrado tomaba ya por asalto el camino de la gloria, «en medio de las violentas batallas del arte contemporáneo».

Las dudas sobre su nombre de pila y sobre

su existencia real, no tienen ya razón de ser. A esta hora se han desvanecido totalmente, pues el primoroso prosador de Nicaragua, vive en Buenos Aires; pero, si la verdad no se discute, confesemos que él es una *planta exótica* en este hemisferio, en el que no ha tenido ascendientes y no sería aventurado predecir que no tendrá sucesores.

Y para dar mayor fuerza á esta afirmación y á este pronóstico, remontémonos hasta el origen mismo de las letras americanas.



El escudriñador audaz hallará un Olmedo, que hace resonar la trompa épica en las quebradas ecuatorianas y alza á Bolívar en soberbia panegiria; un Andrade, que se hunde en la antigua fábula y reconstruye el mito ariano sobre la idea moderna, presentándonos la ensangrentada faz de Prometeo con un poder de evocación fulgurante y desconocido; un Mármol, «que ha pedido sus acentos al huracán, al mar, al Tequendama y á la catarata de truenos de las tormentas americanas», y que, sentado en el trono de Júpiter,—según la bella expresión de Altamirano,—«fulmina á Rosas, con el rayo vengador de los profetas iracundos de Israel»; un Juan de Dios Peza, que «crea la poesía del hogar y de las candideces divinas de la infancia»; un Carlos Guido, que ha puesto la forma antigua al servicio de las ideas nuevas y de la humanidad batalladora; un Matias Behety, el misántropo bohemio, que surgió en la sombra, brilló un instante á la manera de esas luciér-

•

nagas que cruzan el espacio, y desapareció en la noche siniestra como Edgard Poe; pero no hallará el poeta de prosa escultural y verso bruñido, caprichoso, ondulante, lleno de filigranas sutiles y colores íricos; sensual y místico á la vez por extraña amalgama cerebral, que ha sabido fundir las auroras ténues y los crepúsculos sombríos, recoger el suspiro de la brisa, el gorjeo del ruiseñor enamorado, la música de las selvas tropicales y á veces también el sordo rumor de la tempestad.

Los modernos simbolistas franceses tendrán más facilidad nativa, más chispa espontánea, mayor novedad, erudición y gracia en el decir, —propias del centro intelectual en que ellos aparecieron;—pero, no siempre el colorido apropiado, la proporción casi matemática entre uno y otro período, la igualdad de entonación castigada donde todo es concluido, limado, pulido, abillantado, donde no se vé un solo brochazo chocante ó hiriente, sinó la combinación de la plena luz con el matiz sombrío que es la piedra de toque de los vigorosos coloristas de la paleta, y el secreto don de los poetas patentados que han conseguido legar á la posteridad las eternas vibraciones de su lira.



Su estilo, primoroso y terso cual lámina de bronce, tiene el poder de despertar infinitas sensaciones y de evocar recuerdos infinitos: sentimental, de sencillez homérica, cuando arrulla la eterna canción de la esperanza; se torna som-

brío y tétrico, con fulguraciones de relámpagos si los negros nubarrones de la derrota empañan el sol en la batalla, y entonces murmura la elegía espantosa de la muerte; ya sereno, radiante, escultórico, en la descripción de la naturaleza viva, ya rápido y acre «como insulto enconado» en la cólera fulminante, ya «pujante y agudo cual bote de lanza» en la maldición violenta, va recorriendo todo el pentágrama, desde la nota prolongada y sonora del órgano sagrado, hasta las medias tintas paradisiacas que adormecen, encantan y llevan al espíritu, envuelto en sus arpegios vaporosos, á la esfera celeste de las ficciones portentosas ó ideales.

«A la lengua española le quitó la armadura, que le daba pesado continente, y le enseñó la ágil esgrima del florete; él la hizo dejar su grave canto llano y la inició en los sutiles dibujos de la eufonía y de la música modernas; agregó á la paleta sombría de Velázquez, de Zurbarán y de Ribera, las nieblas de Corot, los tintes sonrosados de Chaplin, y persiguiendo la verdad al par de la belleza, demostró que el artista domina siempre la materia, por rebelde que ella sea, pudiendo trazarse en castellano páginas tan nuevas, tan atrevidas y tan ricas en color como las mismas telas de Fortuny». (*)



Afiliarlo á una escuela es imposible; sería

(*) Julio Piquet—*Artículo de La Nación á su llegada al Plata.*

desnaturalizar su idiosincracia. Pertenece á todas y á ninguna. En absoluto: «no es romántico, ni naturalista, ni *neurótico*, ni decadente, ni simbólico, ni parnasiano». (*)

Valera lo ha dicho ya con su autoridad reconocida. Es todo eso fundido.

Si se le juzga por el canto épico *Á las glorias de Chile*, donde pinta los combates navales del Pacífico con el pincel rojo de Verney, haría creer que deriva del dios Hugo; si por las *Cuatro estaciones del año*, diríase que Horacio le dió la voluptuosidad sensual, y Lucrecio «la amargura que brota del fondo de todo deleite»; y si por *Anagke*,—himno de amor á la naturaleza circunstante,— creeríase que bebió en Heine esa ironía escéptica y cruel, que pasma y espanta á los ortodoxos y á las almas creyentes.

Contrasta que en sus versos, al lado del amor puro, de la fé consoladora, de la plegaria sublime y de la esperanza inmortal, se escuche de pronto el grito ahogado de desesperación de Byron, la duda temblorosa de Nuñez de Arce, el pesimismo horrendo de Leopardi ó la blasfemia á Dios de Carducci.

Pero al *imitar* á esos vates, no pierde jamás su sello peculiar, su originalidad maravillosa, su nota *azul*.

Él hace sus excursiones por todos los olímpos de la Poesía y del Arte y vuelve sin dejar el rastro.

El soneto *Caupolicán*, calcado en un episodio de *La Araucana* de Ercilla evoca, por la

(*) Valera—*Cartas Americanas*.—Madrid. 1889.

solidez de la contextura, la robustez de la fibra y la densidad plena de la expresión las estrofas de bronce de Walt-Whitman.

Es algo formidable que vió la vieja raza:
Robusto tronco de árbol al hombro de un campeón
Salvaje y aguerrido, cuya fornida maza
Blandiera el brazo de Hércules, ó el brazo de Sansón.

Por casco sus cabellos, su pecho por coraza,
Pudiera tal guerrero de Aráuco en la región,
Lancero de los bosques, Nemrod que todo caza,
Desjarretar un toro, ó estrangular un león.

Anduvo, anduvo, anduvo. Le vió la luz del día,
Le vió la tarde pálida, le vió la noche fría,
Y siempre el tronco de árbol á cuestras del titán.

«¡El Toqui, el Toqui!» clama la conmovida casta.
Anduvo, anduvo, anduvo. La Aurora dijo: «Basta».
É irguióse la alta frente del gran Caupolicán.

Ahora ved algo completamente opuesto, exquisitamente sutil. Una melodía de Grieg versificada por D'Annunzio; el esfuerzo mayor que conozco en toda la poesía de nuestra lengua, para convertir la palabra humana en sonido musical: una maravilla de delicadeza y de gracia:

Era un aire suave de pausados giros;
El hada Harmonia ritmaba sus vuelos;
É iban frases vagas y ténues suspiros
Entre los sollozos de los violoncelos.

Sobre la terraza, junto á los ramajes,
Diriase un trémolo de liras eolias
Cuando acariciaban los sedosos trajes
Sobre el tallo erguidas las blancas magnolias.

La marquesa Eulalia risas y desvíos
Daba á un tiempo mismo para dos rivales,
El vizconde rubio de los desafíos
Y el abate jóven de los madrigales.

Cerca, coronado con hojas de viña,
Reía en su máscara Término barbudo,
Y, como un efebo que fuese una niña,
Mostraba una Diana su mármol desnudo.

Y bajo un bosque del amor palestra,
Sobre rico zócalo al modo de Jonia,
Con un candelabro prendido en la diestra
Volaba el Mercurio de Juan de Bolonia.

La orquesta perlabá sus mágicas notas,
Un coro de sonos alados se oía;
Galantes pavanas, fugaces gavotas
Cantaban los dulces violines de Hungría.

.....
Es noche de fiesta, y el baile de trajes
Ostenta su gloria de triunfos mundanos.
La divina Eulalia, vestida de encajes,
Una flor destroza con sus tersas manos.

El teclado harmónico de su risa fina
Á la alegre música de un pájaro iguala,
Con los staccati de una bailarina
Y las locas fugas de una colegiala.

¡Amoroso pájaro que trinos exhala
Bajo el ala á veces ocultando el pico;
Que desdeñes rudos lanza bajo el ala.
Bajo el ala aleve del leve abanico!

Al compás de un canto de artista de Italia
Que en la brisa errante la orquesta deslíe,
Junto á los rivales la divina Eulalia,
La divina Eulalia, ríe, ríe, ríe.

.....
¿Fué en ese buen tiempo de duques pastores,
De amantes princesas y tiernos galanes,
Cuando entre sonrisas y perlas y flores
Iban las casacas de los chambelanes?

¿Fué acaso en el Norte ó en el Mediodía?
Yo el tiempo y el día y el país ignoro,
Pero sé que Eulalia ríe todavía,
¡Y es cruel y eterna su risa de oro!

Darío ha escrito antes y después del *Aire Suave* muchas composiciones poéticas hermosas, porque un espíritu tan exquisito no puede producir sinó cosas hermosas y exquisitas; pero, lo repito, á mi juicio, es en ella donde ha tocado la cima de todas las elegancias.

A los que niegan al cerebral la cuerda del sensitivo, les recomiendo el soneto *Margarita*.

Emerje de él la misma velada tristeza, la misma nota quejosa y doliente de Gutiérrez Nájera, cuando había ya dado al amor y á la esperanza un supremo adiós.

¿Recuerdas que querías ser una Margarita Gautier? Fijo en mi mente tu extraño rostro está, Cuando cenamos juntos, en la primera cita, En una noche alegre que nunca volverá.

Tus labios escarlatas de púrpura maldita
Sorbían el champaña del fino baccarat;
Tus dedos deshojaban la blanca margarita
«Si... no... si... no...» y sabías que te adoraba ya!

Después, ¡oh flor de Histeria! llorabas y reías;
Tus besos y tus lágrimas tuve en mi boca yo;
Tus risas, tus fragancias, tus quejas, eran mías.

Y en una tarde triste de los más dulces días,
La Muerte, la celosa, por ver si me querías,
Como á una margarita de amor, te deshojó!

De pronto, sube á buscar inspiraciones nuevas á los espacios infinitos del éter; vá á besar los labios de una estrella, «princesa del divino imperio azul», para apagar su sed insaciable de *ideal*, y produce su *Romanza en prosa*; desciende luego en un vértigo á la tierra y traza *El Rey Burgués*, en el que deslinda el arte verdadero del falso y simboliza al bardo desgraciado, al antiguo bohemio desaparecido, al trovador errante, que no tiene entrada en el palacio del rey, porque no se comprenden las armonías de su lengua magnífica ni su misión trascendental, y se le reserva un puesto de *organista*, allá á la orilla del estanque de los cisnes, donde en una noche de invierno espantable y fría, azotado el rostro por el cierzo helado, muere con las manos en el manubrio.



Los Raros es el fruto de la plena madurez. Darío levanta á sus dioses literarios un templo ornado de arcos triunfales.

Abre la marcha Leconte de Lisle, «el vicario de Hugo», en una prosa sonante, amartillada y metálica, hecha á fuego. La figura del poeta, se destaca del fondo, luminosa y gallarda como la de un emperador. Y nos lleva en pos de él á la India y á la Grecia, á aquel extraño mundo de Walmiki y de Homero, donde Leconte de Lisle fué á desentrañar sus *Poemas Trágicos* y sus *Poemas Bárbaros*.

Diez años antes le había cantado en estos versos armoniosos:

De las eternas musas el reino soberano
Recorres, bñjo un soplo de vasta inspiración,
Como un rajah soberbio que en su elefante indiano
Por sus dominios pasa de rudo viento al son.

Tú tienes en tu canto como ecos de oceano;
Se vé en tu poesía la selva y el león;
Salvaje luz irradia la lira que en tu mano
Derrama su sonora, robusta vibración.

Tú del fakir conoces secretos y avatares;
A tu alma dió el Oriente misterios seculares,
Visiones legendarias y espíritu oriental.

Tu verso está nutrido con savia de la tierra;
Fulgor de Ramayanas tu viva estrofa encierra,
Y cantas en la lengua del bosque colosal.

Viene en seguida Paul Verlaine, el «pobre viejo divino,» muerto en un hospital. El estilo pierde aquí la grandeza y la sonoridad de los violentos cobres oratorios, y toma tonalidades suaves y vibraciones sollozantes de arpa. La vida del admirable poeta, que arrasaba su pierna arquilótica por los bulevares de París, entre la impasible indiferencia de

los burgueses satisfechos, está allí resumida, en cuatro rasgos con las bregas constantes, los amargos pesares y las tremendas desventuras, que obsediaban á aquel desdichado ser, connubio de libertino y de blasfemo, de creyente y de poseído, «que se defendía del demonio con el escudo de la plegaria,» y que terminó su accidentada existencia, en una casa de salud.

La monografía se completa con el solemne *Responso*, escrito al día siguiente de la muerte del gran Panida de Francia:

Padre y maestro mágico, liróforo celeste
Que al instrumento olímpico y á la siringa agreste
Diste tu acento encantador;

Panida! Pan tu mismo, que coros condujiste
Hacia el propileo sacro que amaba tu alma triste,
Al son del sistro y del tambor!

Que tu sepulcro cubra de flores Primavera,
Que se humedezca el áspero hocico de la fiera,
De amor si pasa por allí;

Que el fúnebre recinto visite Pan bicorne;
Que de sangrientas rosas el fresco Abril te adorne
Y de claveles de rubí.

.....
Que púberes canéforas te ofrenden el acanto,
Que sobre tu sepulcro no se derrame el llanto,
Sino rocío, vino, miel:

Que el pámpano allí brote, las flores de citeres,
Y que se escuchen vagos suspiros de mujeres
Bajo un simbólico laurel!

De noche, en la montaña, en la negra montaña
De las Visiones, pase gigante sombra extraña,
Sombra de un Sátiro espectral;

Que ella al centauro adusto con su grandeza asuste;
De una extra-humana flauta la melodía ajuste
Á la armonía sideral.

Y huya el tropel equino por la montaña vasta;
Tu rostro de ultratumba bañe la luna casta
De compasiva y blanca luz;

Y el Sátiro contemple sobre un lejano monte,
 Una cruz que se eleve cubriendo el horizonte
 Y un resplandor sobre la cruz!

Villiers de L'Isle Adam, tercero de la serie, «nació para triunfar y murió sin ver su triunfo.» Quedó como prototipo intermedio, entre el talento y el genio. Darío cuenta sus últimos instantes y la escena última, cuando antes de entregar su alma a Dios, «pidió unirse en matrimonio a la pobre é inculta muchacha, con la cual había tenido un hijo.»

Sigue León Bloy, «el formidable é inflexible ejecutor de los más crueles suplicios». Literariamente hablando, «azota, quema, empala y decapita; tiene el knut y el cuchillo, el aceite hirviente y el hacha.» En este boceto, uno de los más bellos del grupo por el entusiasmo con que está trazado, el homenaje resulta mayor del que León Bloy, en realidad merece. No así el de Jean Richepin, «el gallardo bohemio, cómico y gimnasta, que hace versos á su imagen y semejanza bien vertebrados y musculosos, montando el pegazo con la desenvoltura con que domaría un potro en la pampa». Aquí el estilo se mantiene diáfano y sereno, y el elogio mesurado no llega nunca al ditirambo.

Jean Moréas, es un trozo de crítica analítica, de paciente exámen bibliográfico y de aguda observación. Darío penetra con su mirada audaz al corazón y al cerebro de Moréas, y lo juzga con altura en su doble faz de poeta y de hombre.

Lo mismo procede con *Rachilde*, «satánica flor de decadencia, picantemente perfumada,

misteriosa y hechicera, y mala como un pecado.» Semblanza curiosa ésta, de una mujer, que ha llegado á pintar el sensualismo con la fuerza de Balzac y de D'Annunzio. Y lo raro del caso está en que la escritora perversa, es una virgen pura!

Dario sale de París y pasa á Bruselas, para darnos á conocer otro raro: Teodoro Hannon, «elegante y refinado, satánico y poseído», que tiene sus raíces en Baudelaire y en Poe.

Y de Bruselas, un salto, y estamos en Montevideo, patria del Conde de Lautreamont, que «vivió desventurado y murió loco», dejando escrito en el manicomio su poema *Cantos del Maldoror*, páginas aterradoras, que dejan en el espíritu la impresión glacial y horrible de las del suplicio de Ugolino, en el Infierno del Dante.

Y entra Max Nordau, que considera degenerados ó locos, á todos los grandes escritores contemporáneos, y entre los cuales tiene el acierto y el buen gusto de no colocarse él. El crítico juzga con detención al psicólogo alemán, y prueba que de mentes desequilibradas no habrían podido salir nunca obras tan primorosamente artísticas, como las que ha producido este fin de siglo.

Se oye de pronto un coro de clarines épicos del lado de Francia, que saludan el paso del águila napoleónica. Es George D'Esparbés, que aparece con su *Leyenda del Águila*.

Dario entona un himno al inspirado y le entreteje una corona de laureles. La frase adquiere aquí fulguraciones de cascos guer-

ros, y los períodos suenan como redobles de tambores.

De nuevo sale de París y vá á Cuba, para sacar del olvido á Augusto de Armas, «que llevó al suelo francés las energías espirituales de América», delicado poeta que murió en flor, amado por Sully Prudomme, Leconte de Lisle, Mendes y José María de Heredia, cuyas íntimas confidencias recogió Enrique Gómez Carrillo, en su lecho mortuorio.

Este no es propiamente un estudio, sinó la siempreviva, depositada en la tumba de un hermano en el ideal.

Desfilan después como formas vivientes: la figura de Laurent Tailhade, con su «calva imponente y su cuello robusto, sobre el que se alza la cabeza firme y enérgica»; Fra Domenico Cavalca, «dulce y santo poeta, que respiraba el aroma paradisiaco del milagro, y que vivía en la atmósfera del prodigio»; la de Eduardo Dubus, que hace oír en sus versos, el arco de los violines á la sordina, y cuyo parecido con Baudelaire, no está solo en sus rasgos fisonómicos, sinó también en sus estrofas llenas de poderoso encanto.

Y llega Edgar Allan Poe, «el príncipe de los poetas malditos», al que muchos han llegado á considerar el rey de los poetas de nuestro siglo. En este estudio,—fragmento de un libro futuro,—Rubén Darío revela más claramente su honda penetración crítica. Se abre con una portada, donde despliega como en un vasto escenario la hermosa bahía de Nueva York. Hay allí un vigor pictórico deslumbrante, que no dejaba sospechar siquiera

el autor de *Azul*. En el fragmento que presenta, estudia el *hombre* y su influencia en la literatura universal, y nos inicia con Ingram, en los misterios de aquella alma tan combatida y tan grande.

De Norte América, vuela á los países escandinavos, y acuña en una moneda de bronce, la extraña fisonomía de Ibsen, «el enorme visionario de la nieve», que ha creado su teatro, preconizando un socialismo basado en la sinceridad, en la nobleza y en la virtud humanas.

Cierran la série: Eugenio de Castro, que con *Sagramor* y *Belkiss* inoculó en Portugal una ráfaga de arte puro y Jose Martí, el cubano que introdujo en la literatura americana los «niágaras» de Castelar, la flexibilidad y la gracia de Gautier y los colores vivos y llameantes de los Goncourt.

No sabría precisar porqué este tributo á José Martí, deja en mi alma una impresión tan honda. Quizá las luchas y los sacrificios en pró de la libertad de su amada isla; quizá el cariño y la estimación profunda que ligó á ambos espíritus, nacidos y desarrollados bajo el sol de los trópicos; quizá la trágica muerte del que fué el alma de la revolución que todavía humea; ó el pensar qué cumbres habría hollado aquel hombre extraordinario, quizá todo esto reunido, el caso es que no puede leerse esa página, sin que la más viva emoción embargue el ánimo.

Un espíritu severo, encontrará que en esos retratos, las sombras no existen casi, ó por lo menos no están bien distribuidas. Indudable-

mente hay en *Los Raros*, un exceso de optimismo y de luz. Es la bondad, que está en la propia naturaleza del autor, que baña con su fulgor, á veces ténue, á veces deslumbrante, la frente de esos artistas y poetas maravillosos, que con rarísimas excepciones han merecido el desdén de la multitud, lote por desgracia reservado á los fuertes y á los audaces, que se atreven á abrir nuevos rumbos al espíritu humano.



Los Aristarcos,—que hasta ahora han respetado esta vigorosa y sólida personalidad intelectual,—dirán, quizá, más tarde, que sus *tipos* imaginativos no están ni en la naturaleza ni en la vida, que son de otras épocas, de otras edades, de otros mundos, porque nacen de la teogonía, de la leyenda, de la fábula de las fantasías orientales; los maestros de retórica, hallarán exceso de hipérboles, de símiles, de metáforas, de onomatopeyas en sus composiciones sorprendentes; los gramáticos, calarán sus lentes convexos para pescar algún defecto ortográfico ó algún error de puntuación en su prosa marmórea; pero, no importa, Rubén Darío, aislado entre la pléyade de los grandes prosistas, quedará en la historia literaria de América como una nota personal y única.

No puede escribir sobre una heroína, sin convertirla en una diosa; hablar de los pálidos soñadores, hermanos de la muerte, sin envolverlos en un nimbo de luz; imprecicar al océano, sin hacernos oír el bullicio turbulento

de sus tumbos colosales; cantar el amor, sin conmover los íntimos resortes de todos los corazones enamorados; narrar los épicos relatos de la guerra, sin estremecernos, evocando de las ondas saladas los cuadros épicos, como aquel del hundimiento de *La Esmeralda*, en que se oye el toque de los clarines, el redoble de los pãrches, el trueno de las baterias y los vivas de los héroes, que no se rinden ni aún bajo la lluvia de metralla que ralea las filas. Y de entre el lago de sangre, que enrojece la cubierta y el mar, á la luz del incendio, mientras la nave se hunde, vése surgir de pronto la figura radiante de Prat, como una visión de las antiguas epopeyas orfeicas, que salta al abordaje del *Huáscar* y cae lidiando cual león enfurecido al lado de aquellos moribundos sublimes.



Hay música de besos en sus rimas, deslumbradores reflejos de sol, pálidos rayos de luna, negruras de abismo, sonidos ritmicos de arpas eólicas, esperanzas azules y tristezas grises, amores fugaces y dolores acerbos, el fúnebre clamor de la derrota y el cántico sonoro del triunfo; y sobre todo lo dicho,—la gracia soberana,—en él, inseparable de la suprema distinción.

(1896).



JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA

JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA

..

Quedo sometido al blando arrullo de sus versos con la emoción que muchas veces han dejado en mi espíritu las grandes sinfonías de Stradella y de Wagner.

ALBERDI.



ERTRUDIS Gómez de Avellaneda y Juana Borrero en la hermosa Perla de las Antillas, cuna de Zenea, de Tolón, de Mendi-ve y de Heredia; Amalia Puga, en el Perú; Marietta de Veintemilla, en el Ecuador; Carolina Freire, en Bolivia; Juana Manuela Gorriti y Josefina Pelliza de Sagasta, en la Argentina, han hecho brillar su pluma y difundido los acordes de su lira del Plata al Rimac y del Rimac á las selvas tropicales.

Josefina Pelliza, ha sido la poetisa nacional de mayor inspiración, por no decir la única de real y verdadera inspiración. Su plétorica fecundidad, tan alabada, es el mayor reproche que la enrostran los que se atienen á la calidad y no dan mayor importancia á la cantidad. Ha tratado de hacer literatura *argentina*, recogiendo tradiciones dispersas; pero, el idealismo celeste ha muerto la tentativa, malgastando así asuntos preciosos en rimas incoloras y vacías. Ha desflorado temas científicos y metafísicos, con demasiada ligereza y superficialidad, que pobre idea darían de su

musa si se les fuera á juzgar con el austero criterio de la severidad crítica; pero, en honor á la verdad, que es un culto, tiene algunos fragmentos en el canto *Inmortal*, destinados á larga vida, á pesar de sus místicas abstracciones.

La colección de Cortés, ramillete fragante de lirios y azucenas, editada en París por Garnier, y la selección poética americana, aparecida en 1882 en Veracruz, registran tres composiciones de esta poetisa, que están muy léjos de la perfección estética de *Inmortal* y tan distantes de éste en profundidad de pensamiento, como lo está *El Siglo XIX* de *El Viaje Eterno*.



La señora de Sagasta ha abordado un ensayo en la novela, influenciada quizá por las lecturas románticas y contagiosas de Fernandez y Gonzalez y Perez Escrich, que francamente más le valiera no haberlo intentado. Allí, palpita el romanticismo puro, amanerado y empalagoso de los novelistas españoles de antaño; no recuerdo ya siquiera su título y no lo recordarán conmigo los que han tenido la increíble fortaleza de espíritu de leerla íntegra.

De aquella literatura ampulosa y vacía, apenas me ha quedado la vibración lejana de una música de palabras incoherentes, que se choca, se confunde y se pierde en la penumbra del recuerdo.

¡Qué esfuerzo malgastado! ¡Que derroche de ingenio! ¡Qué tiempo perdido tan mala-

mente! Y con todo, en aquella masa informe de papel apolillado, hay cuadritos que parecen escorzados por Watteau. Desgraciadamente no abundan.

Ese esfuerzo en la novela ha sido tan infructuoso como el de la gentil *Eduarda*, en sus dramas *imposibles*.

Pero la Pelliza reaccionó al entrar en la era de la reflexión madura, cuando ya no prima el corazón sobre el cerebro. Digeridas las lecturas serias, y empapada la inteligencia en las ciencias positivistas, dióse cuenta cabal de lo que trataba,—y convencióse de que el arte de hacer novelas, no era tan viable como le parecía.



Un intervalo largo, especie de periodo de incubación, sucedió á ese ensayo, que malgrado ser «un cuasi atentado literario», obtuvo las frases cariñosas y los elogios de cajón en esta tierra optimista, siempre dispuesta á elogiarlo todo, lo mismo á la ramplona mediocridad, que al excelso númen, hasta que se presentó con sus *Conferencias* de mérito indiscutible, en que alejándose de la tradición romántica y de las preocupaciones añejas, y comprendiendo el espíritu humanitario de las sociedades adelantadas, siguió sus tendencias y sus transformaciones incesantes, bajando de la atmósfera celestial y mística en que se cernía, á la vida real, lanzando en las corrientes populares, un libro, bello por su estructura artística, y notable por su contenido fecundo.

Si, esas *Conferencias*, para los peritos, valen

por las fantasías *El Alba, Primavera, Otoño é Invierno*, filigranas primorosas, pero huecas como calabazas, que han muerto antes que ella; mientras que las *Conferencias* nó, porque hay en ellas algo de esa moral universal, que predicó Smiles en su *Evangelio Social*, y porque las madres y la sociedad tienen allí el derrotero sano señalado con conciencia, por una argentina, que es honra de nuestras letras.

Su profesión de fé; las ideas atrevidas que vierte acerca de las mujeres de España, de la *Edad Media*, de la Revolución Francesa y del presente; los recuerdos que evoca de damas heroicas, virtuosas y geniales; la misión de éstas en la sociedad moderna y sus deberes para con la patria y sus semejantes, muestran de cuerpo entero á la valiente escritora, que sin timidez ni indecisión, aborda y resuelve un delicado problema sociológico.

Las *Conferencias* son hasta hoy la obra de consulta más sana y provechosa, que ha salido de pluma femenina en esta parte de América, y un esfuerzo intelectual de trascendencia.



A las *Conferencias*, ha seguido *Pasionarias*.

Pasaré por alto la primera parte, en que veo desfilar en progresiva marcha *El Siglo XIX* con sus descubrimientos portentosos y sus revoluciones atrevidas, que han cambiado la faz del mundo; en que pasa *Recuerdo*, triste como una balada de Platen, en que se siente en *Sollozo* el frío de la tumba; dejaré á un lado *Ilusión y Verdad, El Nido y La Novia, Orgullo y La Nada*, que tienen chispa-

zos en que prima la sensibilidad exquisita de un espíritu eminentemente lírico, para llegar de un salto á los *Cantos*, que serán el pedestal de su fama futura.

Ramira, es un idilio campestre. Por la armonía musical y por el balsámico aroma del amor que espárcese, no se creería hermano de *César*, el poema de la pampa salvaje, que constituyó su mayor fracaso.

Es la historia triste de una muchacha sencilla y modesta, nacida en medio de los campos, á pleno sol; que adornaba sus gracias con las violetas silvestres recogidas al borde de los mansos arroyuelos y que ignoraba las pasiones innobles: inocente como la virtud y tímida como la niñez:

Una tarde, azorada
 Bajó la cuesta y la empinada loma
 Buscando el nido del hogar paterno
 Como busca su rama la paloma...

 Al descender al llano del ribazo,
 Un gallardo oficial, cortóla el paso,
 Y le dijo al oído
 Un canto no escuchado
 Y hasta entonces por ella no aprendido...

el canto del amor, que encendiése de súbito en su corazón, arraigándose fuertemente en aquella mujer jóven y bella que lo sentía bullir en su alma y en su carne, con toda la intensidad de la naturaleza virgen que la rodeaba:

El toque de cornetas:—los rumores
 De bélicos aprontes se escucharon,
 Y el bizarro oficial ciñó la espada,
 Adios, le dijo á su gentil amada,
 Adiós prenda querida!

Solo me arrancarán tu imagen pura
 Al arrancarme con tu amor la vida!
 Yo volveré, le dijo, sino muero;
 Espérame mi bien, *alma querida!*
 Ah! no temas, mi amor, que no se olvida
 Ese rostro hechicero,
 Ese tu dulce, voluptuoso ambiente;
 Yo volveré, le repitió el viajero
 Y con transporte la besó en la frente.

Se fué como una sombra voladora, y desapareció en la espesa bruma, que se extendía como un inmenso sudario en la planicie sin fin:

Mucho tiempo tardó, nunca volvía
 Y ella siempre esperaba.
 «Ha de volver, en su dolor decía»
 Y la frente ocultaba
 Y en la ausencia del alma se moría!...

Su semblante rosado, marchito por las lágrimas y el pesar de la espera,—en la ausencia del ser amado,—había tomado ese tinte amarillento y livido que señala el supremo paroxismo del dolor en el alma desgarrada.

Cumplió su promesa el varonil soldado: volvió después de la batalla á aquella aldea lejana, perdida en el llano y al sitio solitario juró amarla; buscóla en el hogar, en el bosque, en el estanque, en el desierto, en la tierra y en los astros;... buscóla en vano.

Y solo...

Cuando él la rienda á su corcel volvía

Sintió una voz celeste que gemía
 Y que su canto de expresión ardiente
 El nombre de su amada repetía...

Era una ave muy blanca...
 ¡Tal vez el alma de Ramira, errante!...

Que su amarga congoja suspiraba,
 Y que gimiendo amante
 En las ramas del sauce le llamaba.
 En la nota sentida
 Con que arrullaba su mortal querella;
 Murió, decía, tu infeliz querida:
 Y agitaba su pluma estremecida
 Como se agita en el zenit la estrella.
 Él se fué repitiendo desolado
 ¡Murió, murió, mi virginal querida!
 Mientras el ave oculta en el ramaje,
 Cada vez más sentida,
 Su lamento tristísimo entonaba
 Entre las hojas del ceibal perdida!



En *Inmortal* he hallado armonías métricas y reminiscencias ideológicas; algo más, versos afines con los de *La Fibra Salvaje*, que prueban que la distinguida poetisa ha tenido en Ricardo Gutiérrez uno de sus modelos constantes.

Como alguien ha dicho, *Inmortal* «es el poema del alma en que se anotan las infinitas impresiones, los recuerdos y los arrullos de la esperanza»; es la relación fantástica de dos espíritus, que separados en la tierra se unen por último en el cielo.

Ved como pinta la imagen errante:

En la nube del cielo
 En la estrella del alba brilladora;
 En la planta del suelo;
 Y en el canto del ave más canora;
 En todas partes: su mirada veía.
 Su dulcísima risa enamorada;
 En las hojas del libro que leía,
 En la nube celeste que cruzaba
 Y hasta en el cáliz de la flor que abría.

Y al hallarse de nuevo sus almas en la tierra: *un solo grito, un estallido dieron:*

Una, dijo: Consuelo! otra, Leonardo!
 Y suave, suavemente, se inclinaron,
 Sus labios se tocaron,
 Se atrajeron los dos y se oprimieron,
 ¡Y sus almas amantes se ligaron
 Y en infinito beso se fundieron!

Sentidas, son las estrofas que siguen á *Consuelo*, y que comienzan:

Padre, perdón! mi corazón no puede,
 Con el inmenso afán de su ternura,
 Y sollozando, muere...

No lo son menos las que componen *Íntima* y que terminan el canto con este desenlace místico:

Ah! llévame Señor, seré un satélite,
 Una estrella apagada,
 Que siga siempre sin cesar su rumbo:
 Acerca mi alma en el dolor postrada
 Al alma de Consuelo;
 Y ya que sobre el mundo
 Nos apartó el destino;
 Que se unan nuestras almas en el cielo
 Con tu poder, Dios mio!...

Inmortal, sin colocarse por su inspiración, por su belleza estética y por el sentimiento de ternura que encierra, al par de las buenas producciones modernistas del día, no desmerece en nada al lado de los versos femeninos, aplaudidos por Varela en sus *Cartas Americanas*.

Su lira multiforme, encuentra arpegios no soñados é inspiraciones no aprendidas: «son los hallazgos del talento».

Poetisas americanas hay que tienen compo-

siciones académicas, irreprochablemente confeccionadas: las hay que la sobrepujan en la robusta entonación (la Avellaneda), y en lo hondo de las ideas (Juana Borrero); pero, en la cuerda del amor idealizado, si bien se le aproximan, ninguna le aventaja.

Algunos de sus versos exhalan, como lijeros vapores, fragancias de trébol; y producen la misma triste y fascinadora emoción que deja en el alma un vals de Strauss ó un nocturno de Chopin.

La riqueza de su versificación incorrecta, preñada de metáforas, giros y perífrasis, se hace en circunstancias monótona; adoleció de un defecto capital: no separaba bien los colores detonantes de las tintas intermedias; ni sabía producir los contrastes, de tan bello efecto en las *Pentélicas* de Andrés A. Matta y en los *Rondeles* de Olaguibel.

La alegoría y la fábula, tuvieron marcada predilección en sus composiciones y por instantes las anteponía á la verdad que es la suprema belleza, y á veces sacrificaba ésta en aras de aquella.



Josefina Pelliza de Sagasta, no se preocupó de buscar la *forma ideal purísima* que con tanta insistencia persiguió y alcanzó Goethe; abusó de la fantasía que en sus vagas nebulosidades mata la idea madre; miró el mundo y las cosas por un prisma rosado, y no supo penetrar de lleno en las miserias de la naturaleza humana, con decisión y firmeza inquebrantables; y si en vez de mostrar ese marcado

desdén por los preceptos literarios hubiera cuidado la rima y la confección paciente que reclama el verso, sujetando el brioso corcel de su rápida y espontánea inspiración, que lo echaba todo por tierra; se habría convencido de «que las palabras solas no son ideas, ni el choque de los sonidos armonía, ni la confusión ciencia, ni la fisiología dolor»; y habría sonado la hora de hacer su apología.

Ese día ya no llegará, porque nuestra primer poetisa nacional ha muerto; pero, los tres cantos que esmaltan *Pasionarias*, al par que señalan un paso más hacia adelante, representan con todas sus deficiencias, un triunfo legítimo conquistado por su autora; y alcanzarán simpática resonancia, en la república toda, allí donde los lleve la imprenta, difusora de las luces y de los pensamientos de los pueblos, y donde se hallen cerebros que piensen y corazones que sientan.

(1895).



FRANCISCO BILBAO

FRANCISCO BILBAO

••

La tempestad hace ver la habilidad del marino; el valor del capitán se pone á prueba en el campo de batalla; y en los momentos del peligro es cuando aprendemos á conocer mejor á los hombres.

DANIEL.

F FRANCISCO Bilbao, heraldo de las libertades públicas y apóstol del liberalismo en Chile, fué un reformador, un espíritu de ideas avanzadas, un propagandista de las doctrinas de Lamennais, de Michelet y de Edgard Quinet, que le amaron como á uno de sus discípulos esclarecidos. Quería escuelas en vez de conventos, labriegos y no frailes, tribunas y no púlpitos, hombres y no jesuitas; quería el imperio de la constitución y de la ley, sobre todos los personalismos y sobre todas las aristocracias. Era un principista de raza como Alberdi, y, como él, enemigo implacable de clericales y fanáticos. Y debido á esos principios inquebrantables, por los que luchó sin descanso durante toda su vida con un valor y una firmeza increíbles, sufrió persecuciones inauditas y sentencias infames. Fué condenado á presidio por *blasfemo*, «como los judíos condenaron al defensor del pueblo hebreo antes de clavarlo en la cruz», «*porque*

•

pregonaba la verdad», (*) y después desterrado para siempre de Chile, muriendo en el ostracismo, lejos de la tierra que él libertó de la hidra jesuítica, con su propaganda incesante y con sus escritos valientes, llenos de verdad y de luz.

¡Extraña figura de hombre y de tribuno!



Contemplémosla un instante, en uno solo de sus rasgos, en el momento en que niño aun entraba á actuar en las convulsiones y debates de Chile.

Era allá por el año 1859. El clericalismo imperaba al otro lado de los Andes, sostenido por un gobierno de fuerza, «que suspendió la constitución, que coartó la libertad de imprenta y hasta la de reunión, cubriendo de sangre, de cadáveres y de cadalsos el territorio chileno, para detener en su desenvolvimiento el espíritu democrático, el desarrollo de las ideas liberales y la expansión de los principios de igualdad en el pueblo.» (**)

¡Plena edad media!

La luz había cedido su sitio una vez más á la sombra. Los cleróforos levantaban de nuevo su rojo estandarte de guerra, soñando con una inquisición en América, en pleno siglo XIX.

La prensa amordazada. El pensamiento mo-

(*) Figueroa—*Historia de Francisco Bilbao—Santiago de Chile. 1894.*

(**) Figueroa.—*Historia de Francisco Bilbao.—Santiago de Chile. 1894.*

ribundo. Ninguna voz se escuchaba en medio de ese inmenso desconcierto de creencias y de preocupaciones. ¡Chile retrogradaba á la época del coloniaje!

«El pueblo, ignorante y extraviado, no sabía donde dirigir sus pasos.

«Necesitaba una gran luz, un conductor sincero, un verdadero apóstol, porque entregado á si mismo se perdía. Su ansiedad era natural y creciente.

«En ese momento apareció en la escena una figura simpática, atrayente, coronada con la aureola de la verdad, resplandeciente con la luz divina de la justicia. Era el apóstol del pueblo. Era Francisco Bilbao.

«La multitud lo recibió en sus palmas y lo saludó con una aclamación unisona y entusiasta.

«Sus enemigos se estremecieron.

«La luz se había hecho al fin, y aquella luz aterradora iba á penetrar por todas partes, iba á hacer caer todas las máscaras y á hacer brillar todos los derechos.

«El pueblo corrió en tropel y se aglomeró alrededor de su tribuno, con toda la fé y con toda la esperanza de los grandes creyentes.

«El pueblo tenía razón, Bilbao habló, y las tinieblas que habian amontonado la mentira y la maldad comenzaron á disiparse. Los enemigos del pueblo, se irguieron entonces terribles y resueltos á anonadar á aquella gran individualidad.

«Pero Bilbao no era un hombre, era la encarnación de una idea; y las ideas no pueden ser anonadadas.

«Bilbao continuó hablando y el pueblo continuó instruyéndose, y concluyó por comprender todos sus derechos, al mismo tiempo que toda la injusticia de los insolentes mandones que se los habían arrebatado.

«La persecución estalló implacable sobre él; pero aun en medio de la bruma de aquella tempestad de injurias, de calumnias, de venganzas, la noble cabeza del tribuno se agitaba siempre y se agitaba más á medida que se hundía.

«Iba á desaparecer. Sin embargo el meteoro había brillado lo suficiente para alumbrar la escena. Sus enemigos no podían perdonárselo, y ebrios de coraje y de despecho se arrojaron sobre él». (*)

Entonces, en medio de ese caos sin nombre, fué cuando publicó *La sociabilidad chilena*, que iluminó el horizonte como un rayo de sol.

«Los que se hayan encontrado en un cataclismo volcánico,—escribe su hermano don Manuel;—los que hayan presenciado el derrumbe súbito de una población: los que hayan sentido caer á sus piés un rayo; esos solo pueden tener idea del efecto que produjo la aparición de *La sociabilidad chilena* en la capital de Chile.

«Atacar el catolicismo en su foco y en aquella época, despertar esa sociedad aletargada por el dominio idiotizador de un clero numeroso, sacudir ese mónstruo que trescientos años vejetaba en las delicias de una omnipo-

(*) José María Torres Arce—*Los Mártires del Deber—Santiago de Chile.*

tente dominación, era un heroísmo. El que á esto se atrevió era un jóven de veintiun años.

«La conmoción fué general, y la sociedad, el clero y los poderes civiles se pusieron á la altura de la barbárie».

Eduardo de la Barra, el ilustrado proscrito residente en nuestro país, agrega, hablando de esta obra de Bilbao:

«Allí se herian de muerte las más arraigadas preocupaciones y creencias, de manera que todo el fuego del infierno pareció poco para aquel audaz innovador. El coro de las maldiciones llegó al frenesí: tronaba el púlpito contra el nuevo Lutero, los salones hacían eco, y hasta ciertos liberales protestaron de aquella obra *pésima y peligrosa*». (*) ¡Qué tiempos aquellos!



Y sin embargo, en su profesión de fé racionalista, que tomo de los *Mensajes del Proscrito*, tuvo en mira, como muy bien dice un distinguido historiador, más que sus doctrinas de filósofo los destinos de su país.

«Si mi vida tiene significación, es porque se ha identificado con la marcha de la revolución, con el desarrollo de la idea, con la lógica de la libertad.

«Chile es catolicismo y edad media, feudalidad y oligarquía encubierta por el jesuitismo con el nombre de república. El catolicismo es enemigo neto de la soberanía del pueblo

(*) Eduardo de la Barra—*Francisco Bilbao ante la Sacristía*.

y hace concesiones aparentes á la República.

«República es filosofía y porvenir, democracia transparente por la identidad del pensamiento y de los actos.

«Somos, pues, los partidarios de la República sin disfraz y obedecemos á la lógica hasta sus últimas consecuencias:

«El problema de Chile se presentó á mi inteligencia con toda su pureza, con todas sus dificultades, con todos sus obstáculos. Y era solo.

«Lo acepté. Tuve más fé en la razón que en los hechos dominantes y contrarié los hechos.

«Allí puse el problema, no sólo de la sociabilidad chilena, sino de la sociabilidad americana, por la identidad de origen y de dogmas imperantes en América.

«Todas las cuestiones de educación, garantías, contribución, diezmos y primicias, comercio libre, códigos, matrimonios, la Iglesia y el Estado, que forman el combate de los pueblos hispano-americanos, tienen una unidad. Voltejean en torno de esa unidad, pero no se atreven ni partidos ni gobiernos á tocarla.

«Yo presenté la unidad de la solución de los problemas con toda la brusquedad del hombre sin táctica, sin reticencias, sin doblez, con toda el alma, quizá de un modo salvaje, en un estilo de peñascos, pero con el entusiasmo del que saliendo de las catacumbas de la Edad Media, ve la luz y bendice la belleza de la libertad».

Y más adelante agrega con la misma franqueza y valentía del iluminado.

«Hay dos religiones que se dividen la vida de la América. ¿Necesitaré nombrarlas? Lo haré para que no se me culpe de reticencia: la una es el catolicismo, la otra es la religión libertad.

«Vi los dogmas asentados en mi patria, como dos campamentos enemigos, y en medio de ellos un vínculo de engaños». (*)

El reto lanzado á la faz de la oligarquía clerical no halló contrincantes. ¡El anatema que les arrojó al rostro, en su célebre opúsculo, fué una anatema sin réplica, fué el grito del pueblo oprimido y de las plebes hambrientas, convertido en apóstrofe!

«Los señores feudales de la inteligencia gritaron: es *blasfemia*; los hombres *moderados y morales*, gritaron: *inmoralidad*; los señores de la tierra, los dueños de la hacienda del pueblo gritaron: *sedición*.

«Fué juzgado y condenado como blasfemador sin ser oído, prohibiéndosele la palabra en la defensa, cuando su nombre y su porvenir se hundían.

«Tamaña injusticia no se había cometido jamás contra ninguno en el territorio de su país.

«Desde ese momento la palabra nueva recibió la sanción que da el despecho de los enemigos, que impotentes en su fuerza acallaron por la fuerza al acusado. Deuda es esa, que todavía no se ha pagado y que

(*) Francisco Bilbao—*Mensajes del Proscrito*.

clama en la conciencia del que encargado por Dios para ser juez, debía escuchar al hermano en su momento terrible, cuando invocaba la justicia».



La acusación contra Bilbao, se llevó pues á efecto.

El fiscal acusó la obra, considerándola *blasfema, inmoral y sediciosa*.

El 20 de Junio, reunido el jurado en la sala del juzgado escuchó al fiscal don Máximo Mujica, el que después de haber repetido los términos de la acusación, dijo: «El señor Bilbao, para manifestar su audacia en combatir las instituciones más sagradas, pone en choque con los principios de la religión de Jesús, las doctórinas del sabio apóstol de las gentes. No contento el autor con haber cometido los crímenes de blasfemia é inmoralidad *parece* que quiere concluir su obra con la sedición; se queja de que el poder ejecutivo no borre la religión del Estado y destruya la ley fundamental».

Y á raíz de esas *inepcias*, como las clasifica un biógrafo, el fiscal, quizá satisfecho porque el acusado no quiso llevar defensor, después del desistimiento inesperado del señor Matta, «se esforzó por ejercer presión en el jurado» y acabó así:

«Jurados, estas son las leyes que condenan el escrito acusado. Con sofismas solamente se os puede contestar».

Y entonces se levantó Francisco Bilbao. Todas las miradas se reconcentraron en aquella

cabeza erguida, en aquella frente alta y serena, llena de luces misteriosas.

Su espíritu no tuvo un solo desfallecimiento; y sereno, con la persuasión de la verdad, que se abre paso al través de todas las argucias y de todas las emboscadas, «planteó la cuestión en el terreno de la discusión histórica y la solucionó en el de la filosofía y de la moral», con estas breves y profundas palabras:

«La sociedad ha sido conmovida en sus entrañas.

«El lugar en que nos hallamos y la acusación que se me hace, revelan el estado en que nos encontramos en instituciones y en ideas.

«Aquí hay dos nombres, el del acusador y el del acusado, dos nombres enlazados por la fatalidad histórica, que rodarán en la historia de mi país.

«Entonces, veremos señor fiscal, cual de los dos cargará con la bendición de la posteridad.

«La filosofía tiene también su código, y este código es eterno.

«La filosofía os asigna el nombre de retrógrado. ¡Y, bien! innovador, hé aquí lo que soy: ¡retrógrado, hé ahí lo que sois!»

Estas palabras produjeron un efecto tremendo en el ánimo del fiscal y de los jurados. Querían apagar aquella voz con persecuciones continuas, con acusaciones llenas de cargos infamantes, y aquella voz lejos de debilitarse, cobraba nuevos bríos en la lucha, se iluminaba como por un destello sobrehumano, tomaba la forma de una sentencia bíblica, se hacía lapidaria. El silencio en la sala era profundo. Después del breve exordio trans-

•

cripto, en que establecía el rol del victimario y de la víctima, dejándolo al fallo de la posteridad, entró á refutar los puntos en que se basaba la acusación:

«No soy *blasfemo*,—dijo,—porque amo á Dios; no soy *inmoral*, porque amo y busco el deber que se perfecciona; no soy *sedicioso*, porque quiero evitar la exasperación de mis semejantes oprimidos».

Y terminó su improvisación con este párrafo, que encerraba una profecía:

«Señores: he sondeado la fosa que se me abre; he tanteado la piedra sepulcral que se me arroja y vengo con mi conciencia tranquila, á reflejar en mi frente la sentencia absolutoria ó á resignarme al fallo que me condene. Pero también, digo, señores jurados, que ya divisó el día en que mi patria, impulsada por el soplo poderoso y bendito del progreso, dirigirá su mas cariñosa mirada hacia mí, su hijo desconocido hoy, para ensalzar mi pobre nombre, y hacer de mi palabra condenada la palabra de luz y de civilización».

Los debates terminaron en medio de los aplausos estruendosos del pueblo, «mientras los fanáticos, incitados al asesinato por el presbitero Ugarte, improvisaban tumultos en las calles, para perseguir al jóven reformador victorioso á pesar de su condenación».

El presidente del tribunal,—agrega un testigo ocular,—de acuerdo sin duda con los excitadores de afuera, ordenó al acusado saliese á la plaza á esperar la resolución que el jurado iba á pronunciar.

«Creia que la multitud se apoderaría del hereje y lo acabaría».

¡Pero cuál no sería la sorpresa de aquel al ver á la juventud formar un baluarte inexpugnable, al apóstol del credo liberal, á su defensor valiente, al fustigador temerario de todos los despotismos de la tierra!

Bilbao salió de la sala de los debates y «sin esperar la inspiración de persona alguna», se escuchó esta sola aclamación unánime: *¡Viva el defensor del pueblo!* que debió resonar en los oídos de los jueces como una maldición y una protesta.

«El entusiasmo se hizo entonces frenético. Todos querían acercarse á Bilbao, y los esfuerzos fueron tales y la aglomeración tan rápida y pletórica, que se sentía la sofocación. El acusado, pasando por una série de impresiones tan variadas y fuertes, fatigado con los debates, cayó desmayado.

«El médico de la facultad don Guillermo Blest, tomó á Bilbao en sus brazos y le condujo á un hotel inmediato.

«Allí lo reanimó. Vuelto á abrir sus puertas el tribunal lo *condenó en tercer grado como blasfemo é inmoral*».

La pena consistía en 1200 pesos fuertes de multa, ó en su defecto seis meses de prisión.

No tengo el dinero, dijo Bilbao, al juez. «Entonces á la carcel,» ordenó éste.

Mil voces gritaron *¡no!* «Jamás permitiremos su prisión.»

Y esa misma muchedumbre que el fraile Ugarte incitaba al crimen, y que creia con-

traría al eminente tribuno, se cotizó en un instante para pagar la multa.

«Enseguida pidió se le entregaran los jueces. Unos huyeron por puertas escusadas, y los que quedaron imploraron la protección de Bilbao, el que se dirigió al pueblo solicitando el perdón para tan pobres gentes. Y lo obtuvo.

«Después, la multitud se agrupó, suspendió en sus hombros á Bilbao y le llevó por las calles y paseos de Santiago, á los gritos de: Viva la libertad del pensamiento.

Muera el fanatismo.

Viva el defensor del pueblo.» (*)



He querido señalar, ayudado por el historiador, este rasgo sublime en la vida de Bilbao, tanto más que las generaciones que se han sucedido, no presentan, por cierto, muchos caracteres de esta estirpe; rectos como línea matemática, inquebrantables en sus principios, firmes en sus derroteros, é intachables en su vida pública y en su vida privada, capaces de escalar todos los cadalsos, antes que renegar de sus convicciones!

Edgard Quinet, le ha tributado un homenaje merecido en su obra *La Revolución Francesa*; Lastarria, ha dicho de él, que «fué un gran patriota y un gran escritor;» Eduardo de la Barra, lo juzga «un hombre profundamente pensador;» Leopoldo Lugones, lo considera «el cerebro más luminoso y el espí-

(*) Manuel Bilbao—*Vida de Francisco Bilbao*.

ritu más férreo que ha producido la América»; (*) Juan María Gutiérrez, Guillermo Matta, José Antonio Torres, Manuel Blanco Cuartin, Orrego Luco, Benjamin Vicuña Mackenna y otros publicistas, han agotado en su honor los elogios más justicieramente discernidos.

Madamme. Quinet, relata en sus *Memorias del Destierro*, la manera como se presentó Bilbao al ilustre filósofo francés:

«La primera vez que asistió al curso de Edgard Quinet oyó estas palabras que parecían dirigidas á él: .

«Chile solamente parece que conserva el alma de los antiguos araucanos».

«Al día siguiente, Bilbao se presenta en la calle de Mont Parnasse, número cuatro.

«Edgard Quinet ve entrar á un hermoso jóven de aspeto algo espartano, que le da una carta, pronunciando esta sola palabra: «Leed».

«Era una profesión de fé ardiente de entusiasmo, animada del ambiente de las cordilleras.

«La adopción moral estaba hecha, y duró hasta la muerte.

«Francisco Bilbao era el vínculo entre Edgard Quinet y la América; era el eco fiel del

(*) Y en una carta particular, á propósito de Bilbao me decía: «Demócratas como él querría un millón! Cuando me acuerdo de Bilbao, vibro, y comprendo más que nunca todo lo que vale ese inapreciable oro que se llama *carácter*, tan escaso en América como los cedros en Canaán. Oh! Bilbao era un Fuerte, honra del Continente, espíritu de soberbia envergadura, espíritu caudal, cuyo aleteo enorme resonará por largo tiempo en el viento». . .

Colegio de Francia, cuya propaganda continuaba al otro lado del océano.

«Jamás maestro alguno, tuvo un discípulo cuyo pensamiento se identificase más con el suyo.

«Hombre de acción, pensador, escritor, Bilbao reunía en grado supremo á la intrepidez del pensamiento, el amor á la verdad y á la libertad.

«El elemento natural de su alma era el heroísmo.

«Participaba del Cid y del Araucano, la altivez castellana en una naturaleza primitiva, indómita.

«Aparecía en él, yo no sé que reflejo de los tiempos antiguos; sin duda, porque como él solía decir, Homero y Platón eran su escuela de acción y de belleza.» (*)

Aproximándose la muerte, la esperó con la resignación del justo. Rechazó los auxilios de la religión por inútiles. Rodeaban su lecho en el día gris de la partida, su desolada esposa, sus amigos José V. Lastarria, Eduardo Guido, Francisco López Torres, Juan M. Lagos, el doctor Rawson y su hermano Manuel, uno de los que han vindicado su memoria en un libro memorable.

Pocos días antes de entregar su alma á Dios, dirigió á Edgard Quinet esta carta cariñosa, último relámpago de aquel noble espíritu:

«Os escribo delante de la ventana entreabierta, en medio de un jardín de flores. Mi querida mujer, vestida de blanco, canta acom-

(*) Mme. Quinet.—*Memorias del Destierro.*

pañándose del arpa. La gran naturaleza es siempre bella, y nuestra alma no se abatirá, sino que se engrandecerá cada vez más.

«Sé que estamos en la buena vida, y nos amamos tanto, adorado maestro, que jamás la tierra satisfará nuestra necesidad de unión.

«A pesar de todo, mi pensamiento no hace sino revolver proyectos, ideas y campañas.

«¡Qué hermoso es vivir con horizontes infinitos!»

Madamme Quinet, narra así los postreros momentos del elocuente tribuno:

«Su última hora fué digna de toda su existencia. Sonriendo, comparaba su muerte—«á la primera batalla que mandaba en jefe».— Sintiendo que ésta se acercaba, exclamó como Lamennais: *«Hé aquí los bellos momentos»*.

«Espiró pronunciando los nombres queridos de sus maestros: Michelet! Quinet!

«¡Vida demasiado pronto arrebatada!

«Michelet, expresando el pensamiento de todos los amigos de Bilbao, ha dicho:

«Había entrevisto un Washington del Sur. (*)»



Los publicistas de Chile, desde Benjamín Vicuña Mackenna hasta Figueroa, han tratado de presentar en todas sus faces á este extraño varón, cuya existencia ha sido una batalla continua desde la cuna al sepulcro, contra los

(*) Mme. Quinet.—*Memorias del Destierro*.

falsos dogmas y contra los falsos apóstoles de la libertad y de la luz.

Lo han conseguido en parte; pero, sin ofender la memoria del primero,—el más notable historiador de Chile,—ni amenguar la meritoria labor del segundo, es de sentirse que Francisco Bilbao, no haya hallado aun el Macaulay que ilumine su enérgica fisonomía.

Sin embargo, ésta adquiere, día á día, contornos más netos. Las pasiones que ofuscan, ceden ya el cetro á la eterna justicia, el veredicto de la posteridad se acerca. Cuando se formule, veremos surgir en toda su grandeza, la noble y gallarda figura del luchador y del proscrito, que no renegó jamás de su credo, ni aun en el instante de la muerte,—en que rechazó al confesor, «porque no queria intermediarios entre Dios y el hombre»,—bajando al sepulcro envuelto en la doble aureola del martirio y la gloria.

Pero, si sus conciudadanos han hecho ya acto de reparación y de justicia, publicando su vida y sus obras; la República de Chile, tiene todavía pendiente una deuda con aquel apóstol, que tuvo por altar: la patria; por dios: el derecho; y por arma: la palabra.

Sus cenizas que yacen en suelo argentino,—después de cincuenta años de proscripción,—deben volver á Chile, custodiadas por el ejército y cubiertas con el pabellón nacional.

Y para que la obra de reparación sea completa, es indispensable que la estatua en bronce que existe en Valparaiso, modelada por el escultor Plaza, se levante en uno de los paseos

públicos. «Sus compatriotas, irán á pedirle inspiraciones, irán á pedirle fortaleza en los momentos del desaliento ó de la duda, ó cuando se aproxime la prueba solemne, *con el recogimiento legendario del romano ante la tumba de sus grandes muertos!*

••

(1895)



LEOPOLDO DÍAZ

LEOPOLDO DÍAZ

••

Es de un significado elocuente para el arte nacional, que los tres poetas más ilustres de este siglo hayan encontrado en liras argentinas las más herinosas repercusiones de su genio y las más altas notas de su panegrico. El *Fausto*, de Estanislao del Campo, ha reflejado á la distancia la inmortal creación de Gœthe y el canto á Byron forma un digno paralelo con el de Andrade á Victor Hugo.

JOAQUÍN CASTELLANOS



LA revolución radical que los maestros europeos han operado en la novela, en la poesía, en el drama y en las demás manifestaciones estéticas, ha tenido en este continente tres exquisitos temperamentos literarios, que reflejando aquel movimiento, lo impusieron: Rubén Darío, Julián del Casal y Gutiérrez Nájera.

La perfección de la forma,—que ha sido y es preocupación constante de los cerebros pensadores,—fué su norte. A ella se lanzaron con todo el ardor y el entusiasmo de la intrépida juventud. Lucharon contra escuelas pasadas de moda, contra tendencias artísticas vetustas y arraigadas, contra la marea romántica, que invadió dos mundos, y lucharon solos contra todos, hasta imponer los ideales del Verbo Nuevo, destronando á los retóricos arcaicos y á los versificadores sin médula,

haciendo saltar los viejos moldes académicos en mil fragmentos insoldables, arrojando al mar los tratados de teóricos inócuos y levantando en alto las banderas modernas.

No trataron solo de halagar el oído, sino de preocupar el pensamiento. No buscaron única y exclusivamente el acorde ritmado, ó sea la vibración deleitosa del verso, sino que esa vibración repercutiese en el alma de las multitudes con la doble fuerza de la belleza y de la emoción. Vistieron la idea con púrpura regia; dieron al verso melodía y onda musical, y á las estrofas alas sonantes, impulsando los espíritus hacia el mundo misterioso del ensueño.

El idioma en sus liras, tomó giros nuevos: preludios de viola, sollozos de oboe, *pianísimos* de violín y fragorosas resonancias de orquesta.



El impulso de estos nuevos heraldos de la poesía en América, tuvo su eco en las riberas del Plata.

Despertaron las arpas mudas. *Almafuerte*, «la voz que clama», hizo oír los vibrantes sonos de su mágico instrumento en *La sombra de la patria*,—que es á la vez una elegía, una imprecación y un rugido;—Jaimes Freyre, busca el origen de su *Castalia Bárbara* «en la Edad Media soñadora y heroica, en el viejo Panteón germánico, en los muros aureos y plateados de Walhalla, y en los caracteres runicos de Orga»; Leopoldo Lugones, inspira sus poemas extraños y demoníacos

cos y sus salmos socialistas y apocalípticos, en el Evangelio, en la Biblia y en las visiones infernales del Dante; la muerte de Verlaine, sugiere á Díaz su *Elegía*, en la que se declara decadentista; y hasta los fabricantes de rimas insipidas, entran en el movimiento, impulsados por la corriente, y creyendo secundarlo, lo remedan. Pero en fin, en medio de tanto derroche de flores artificiales, de tanto abalorio abominable, de tanta falsa quincalla, de tanta tontera rimada, apodérase de todos, de iniciados y de profanos, un deseo vehemente de salir de la vulgaridad, de ennoblecer la idea con nuevos atavios, de elevar el númen, abandonando la nota plañidera y fingida del dolor humano, el pesimismo enfermizo y los fúnebres ayes desolados, para elevar himnos al amor y á la vida, y hundir la mirada en las nebulosas fuentes del septentrión y del oriente y en las brumas lejanas de la leyenda cristiana, llena de místicas remembranzas.

Esta es la influencia de los *raros* de América, de esos poetas innovadores, «desdeñados por la crítica normal» é ignorados del inmenso rebaño humano, refractario á la belleza superior, que no siente, ni sentirá jamás, sobre su epidermis rústica, la exquisita sensación estética, que se exterioriza, á veces, en erizamientos histéricos de la piel, ó en oleadas de sangre, que afluyen de pronto del corazón al cerebro.



Leopoldo Díaz, empezó á rimar sus pensa-

mientos, de niño. Cayó en la debilidad de los adolescentes, afanosos de llegar al Helicón con las alas todavía implumes.

Hacia excursiones furtivas á alguna revista anémica ó algún periódico inédito, para empollar su huevo erótico, dando cauce á la inspiración febril, alumbrando estrofas rebosantes de líricos arrebatos, de adjetivos hiperbólicos y de ripios sonoros, que él creía entonces sonidos metálicos de buena ley. No hallando tribuna más alta, llenó con ella los cuadernos de estudiante, los *albums* de niñas y las epístolas sentimentales.

Allí quedan las primeras manifestaciones de su estro. Produjo, entre los quince y los veinte años, una infinidad de versos malos: á la mujer, á la luna, al arroyuelo; y sin haber probado la copa amarga de Childe Harold, sin conocer aun el amor con sus divinos éxtasis y los celos con sus tormentos atroces, sin haber mordido las «frescas y tentadoras manzanas» de carne, y sin haber vivido, ni sufrido lo bastante para apreciar la existencia en su faz bella y en su faz abominable, se convirtió en un soñador decepcionado.

Su familia le colocó en la Escuela Naval; quería hacer de él un militar; pero, convenciónse á tiempo que no había la estofa de la que salen los almirantes y los guerreros. Aspiraba á una esfera superior de la intelectualidad. El periodismo lo atraía, y los tipos de imprenta ejercían sobre su espíritu una influencia poderosa; se diría que le cantaban al oído el eterno *ritornello*.

Un buen día, Andrade le dió entrada en

La Tribuna Nacional, acogió sus versos con cariño paterno, y el improvisado cadete se convirtió en un cronista parlamentario «acorado y puntiagudo». Se le veía todas las tardes atravesar la plaza de la Victoria en dirección al congreso, solemne y grave, medido en un largo sobretodo verde, con su inseparable bastón de tala y su chambergo criollo; «*todo un traje de poeta en carnaval*». (*)



Después desapareció. No se supo más de él. Se dijo que había ido de secretario de legación al Paraguay.

Se contaron aventuras galantes y amores tempestuosos. Y en efecto, algo de eso debió acontecer. Quizá el cambio y la amplitud de los horizontes, el silencio de aquellas selvas impenetrables, los rumores de aquellos bosques llenos de gorjeos ó las emanaciones penetrantes de la flora tropical, en medio de la naturaleza salvaje y misteriosa, despertara su corazón, el caso es que inundó los periódicos con sus endechas y sus versos amorosos; pero, ya eran de mejor factura, más tersos, sutiles y armoniosos. Se veía la garra. Salvaba el escollo de los ritmos difíciles, con garbo y con gracia. Dominaba mejor el idioma. Se arriesgaba á traducir á Guerra Junqueiro, á Olindo Guerrini, á Josué Carducci, á Sully Prudhomme, y produjo entre otras, esta bella quinteta, que enderezó á su amada:

(*) José Manuel Eizaguirre — *Brocha Parlamentaria*. — Buenos Aires. Escary. 1891.

Si tú eres rama, yo seré nido,
 si eres aloudra, seré sauzal,
 si eres tristeza, seré gemido,
 callada noche, si eres olvido,
 y si eres odio, seré puñal! (*)

y esta melodía melancólica, delicada y fina
 como una perla de Oriente:

En la copa sutil de Bohemia
 Donde el vino en burbujas estalla
 Nivea perla entre rojos rubies,
 Cayó de tus ojos, temblando, una lágrima..

Dé la copa gimieron los bordes
 Produciendo armonías extrañas
 Y en el vago rumor de la fiesta
 Errantes suspiros cruzaron la estancia.
 ¿Qué pasó por tu frente al instante?
 ¿Qué recuerdos vibraron en tu alma?
 ¿Qué apagó la sonrisa en tus labios
 Y el lúbrico fuego veló en tu mirada?

Del pasado en la bruma indecisa—
 Como un muerto rasgó su mortaja—
 Y acudió á tu memoria dormida
 Mi amor, cual lloroso, doliente fantasma.

Torcedor de tus horas alegres,
 En tu día feliz sombra trágica,
 Era yo que surgí en tu conciencia
 Y alceme de pronto, gritándote: infamia!



Allá por el año 1886 volvió á Buenos Aires,
 convertido en un aristocrático hombre de
 mundo. Entró de lleno en la prensa militante;

(*) Recorriendo las *Poesías* de Selgas, encuentro el
 origen de esa quinteta en la octava siguiente:

Si eres, paloma,
 Yo seré nido;
 Si tú eres fuente,
 Seré raudal;
 Si eres tristeza
 Seré gemido;
 Si eres la gloria
 Seré inmortal.

Coincidencia.....?

y en la diaria gimnasia mental, se templó el periodista. Fustigó el oficialismo político de Juárez y sus secuaces con ataques hirientes, que iban derechos al bulto como flechas que salen del arco tendido. Y, aunque no era ya el balbuciente é indeciso forjador de rimas eróticas, y si un versificador espontáneo y un liróforo laureado en varios certámenes, el grupo de los «aristos» no lo quería aceptar en su cenáculo; hasta que en los cantos épicos, probó que él también sabía blandir la espada vengadora y el yambo de Barbier y doblando las cuerdas de la lira azotó el rostro á nuestra edad «la más vil de las edades» y dió al bronce la vibración de la cólera sagrada.

Y fué poeta. Guido le alentó. Desde entonces, cada nueva composición suya, la saludaba el viejo bardo con un entusiasmo tan noble como es sincero el cariño que Díaz profesa al viejo cantor de nuestras glorias.

En la batalla, una de sus entonaciones líricas de mayor empuje, cristalizó un momento histórico de general decaimiento de la fibra moral, cuando los flamantes advenedizos, arrastrados por espléndidas yuntas de rusos, paseaban sus huecos cerebros y sus bolsas repletas por los parques y avenidas de esta capital, á la vista del buen público; cuando el egoísmo, la hipocresía, la adulación y el dolo, eran una escuela política; y el fausto y la sed de oro, constituía la única ambición de la juventud argentina; en una época en que «los afortunados especuladores de tierras» y los politicastos improvisados, «va-

lian más que todos los talentos juntos», le hizo prorrumper en este santísimo grito:

¡El odio es varonil—el odio es santo!
 Las grandes almas que caldeó la idea
 Deben al odio levantar el canto
 En que la inspiración relampaguea;
 Fustigar al histrión ardiendo en ira,
 Al hipócrita, al vil, al impudente.
 Retorciendo las cuerdas de la lira
 Cruzar el rostro y azotar la frente!

Con ese apóstrofe inicia su canto viril. Pinta en seguida la lucha por la vida, «donde el imbécil como el corcho flota», y donde el genio coronado de espinas en vez de laureles, jadeante, bajo el peso de su carga se le ve marchar: Sisifo eterno:

Devorar en silencio los ultrajes
 De ser pobre y obscuro, frente al necio;
 Sufrir del poderoso el ruin desprecio
 Porque tiene palacios y carruajes;
 Sentirse avergonzado ante el pigmeo
 Cubierto de diamantes; ser hormiga
 Cuando vive en el alma Prometeo;
 Ser águila caudal y deslizarse
 Perdido entre las sombras, como el buho:
 Ser león y á los canes humillarse
 Que ostentan esterlinas por trofeo;
 Esquivar al reptil, cuando se puede
 Aplastarle de un golpe la cabeza;

.....
 Doblar la frente de rubor cubierta
 Ante el pillo que cruza á vuestro lado,
 Y el grito sofocar del pecho airado
 Del sicofanta en la lujosa puerta;

.....
 Ser traicionado cual Jesús; del fatuo
 Y del cobarde recibir la ofensa;
 Mofa ser del pedante; la ironía
 Provocar de la turba que no piensa;

Sufrir del ignorante y del idiota
 El frívolo desdén: la risotada
 Escuchar del histrión; . . .

.....
 ¿Concebis peor martirio—igual tormento?
 ¡Rencores del enano hacia el gigante!
 En los oscuros círculos del Dante
 Así se despedaza el sentimiento!

Anatematiza después á los crasos potentados, á los modernos Faltaff, cuya suprema voluptuosidad está en llenarse la panza y «cuya piel es una coraza de desvergüenza»; apostrofa luego á la juventud, que se achata, en medio de una ignorancia brutal por las cosas del espíritu, y de una concupiscencia bizantina, rayana en la decrepitud, en este ambiente de sport, de hipódromos y de *cinderella dance*, y cierra su imprecación con este clamor:

Se arrastra el pensamiento envilecido,
 Como el pájaro herido
 Que pugna en vano por tender el vuelo:
 ¡Mísero el hombre, de Luzbél caído
 Ni el odio siente, ni el afán de cielo!
 Entre el ruido febril de las orgías
 Ni se oye de Daniel transfigurado
 El grito de las ondas profecías,
 Ni el lamento del Job desesperado,
 Ni el rugido tonante de Isaías!



Byron, leida en el Ateneo dos años ha, ante un escogido auditorio, es una apoteosis lírica al bardo genial de la Inglaterra. «En esculturales serventesios ha modelado su efigie en la actitud y con la talla que le corres-

ponden, esculpiendo su imagen de poeta sobre un pedestal de héroe». (*)

A esa composición, le falta sin embargo, unidad de plan, y armonía cronológica; de tal manera evidente, que suprimiendo algunas cuartetas desmayadas, ganaría indudablemente en hermosura.

He aquí algunas estrofas de ese inspirado himno:

Dióle Satán, con su viril orgullo
 La altivez de su indómita energía,
 El piélago insondable su murmullo,
 Y el dolor su titánica elegía.
 ¡Cuál esplenden sus altas concepciones!
 Hay en sus gigantescas fantasías
 Iris, nieblas, estruendos, convulsiones,
 Relámpagos, sollozos y armonías.
 ¡Fascinador gentil. . . Ante su paso
 Encadená las almas soñadoras,
 Las envuelve con brumas del ocaso
 Y las incendia con fulgor de auroras.
 A saludarle en el postrer recinto
 Llorando van las últimas sirenas;
 Se álzán los rotos bronce de Corinto
 Y los tronchados mármoles de Aténas.
 Su triunfo el orbe estremecido aclama;
 ¡Byron! . . repiten las riberas solas. . .
 Y al hondo porvenir vuela su fama
 Como va el huracán sobre las olas.

A esos cantos, siguieron: *La Canción del Oro*, paráfrasis del conocido poema en prosa de Rubén Darío; *Noches Lúgubres*, que dedicó al Dr. Eduardo L. Holmberg, inspirada en las leyendas germanas; la traducción de *El*

(*) Joaquín Castellanos. *Carta—prólogo á «Byron» Buenos Aires. Jorge A. Kern.—1894.*

Cuervo, El Dorado, El Lago, A Zaute, Eulalia, La Ciudad del Mar, Tierra del Sueño, Ulalume y El Palacio Encantado, de Edgar Poë; los *Poemas Bárbaros*, de Leconte de Lisle; *El Vaso Roto y Las Estalactitas*, de Sully Prudhomme; *Mística*, de Ada Negri; fragmentos de la *Póstuma* de Stecchetti y de *La Leyenda de los Siglos* de Victor Hugo; revelándose en la mayoría de ellas, traductor fidelísimo, escapando al calificativo de *traduttore*, con que se designa á los que sin profunda posesión de los idiomas, acometen la ardua tarea; aunque Groussac le ha demostrado terminantemente, que la primera ley del traductor en verso es no intentarla.

Como muestra de ese género de labor, reproduzco *El Sueño del Cóndor*, de Leconte de Lisle, el cual le valió una alentadora carta del ilustre poeta, aprobando su versión:

Mas allá de las rígidas pendientes,
 Mas allá de las rudas cordilleras,
 Mas allá de las brumas conocidas
 Por las águilas negras.
 Mas alto que las cumbres horadadas
 En espirales tétricas
 Do el flujo hierve de las igneas lavas,
 Con la flotante plumazón revuelta
 El gran pájaro lleno de sombría
 Taciturna indolencia,
 El espacio infinito, el sol que muere,
 Con sus ojos impávidos contempla.
 Sobre salvajes pampas que se extienden
 De los montes al pié, la noche rueda;
 Adormece de Chile las ciudades,
 Y el Pacífico mar y las riberas,
 Y el divino horizonte y el callado
 Continente, y por todo se pasea:
 Del llano á la colina y desde el valle

A la garganta oculta en la ladera
 Crece, de cima en cima, el torbellino
 Con sorda agitación de alta marea;
 Como un espectro, en el peñón erguido,
 Entre vagos fulgores, él espera
 Sobre la nieve que sangrar parece,
 Al mar siniestro que tenaz le acecha
 Y el mar sube por fin y le circunda,
 La Cruz Austral, en tanto, centellea,
 Del cielo en los abismos constelados.
 De dicha él grazna; su plumaje tiembla,
 Iergue el cuello pelado y musculoso,
 Atrás la nieve de los Andes queda,
 Con ronco grito sube,
 Sube tan alto, que ni el viento encuentra,
 Y, distante del mundo y de la vida,
 Distante de la tierra,
 Duérmese el cóndor, en el aire helado
 Con sus alas inmóviles abiertas.



Bajo-Relieves, su último volumen, es una colección de camafeos y de cinceladuras. En él, antes que un inspirado, se revela un orfebre, que rinde á la forma desmedido culto.

No hay en sus sonetos el estallido pasional de la edad florida, ni el grito épico que caracterizó su segunda manera.

El chorro continuo de inspiración que surgía de su cerebro no se ha agotado; al lado de estrofas casi perfectas no se ven ya ingenuidades de niño; pero de vez en cuando, la idea languidece, hasta que cruza un relámpago, que da vida á la imagen y al cuadro y lo salva.

Decididamente, Díaz va hacia el modernismo, la escuela que siguen hoy todos los jóvenes talentos.

Ha incrustado en sus *Bajo-Relieves*, «antiguas figuras femeninas, hieráticas, sacerdotales, heroicas y amorosas, tal cual las evocadas en los sonetos Heredianos, en las *Princesas* de Banville ó en el *Intermezzo* de D'Annunzio; decoraciones suntuosas de fiestas rituales, apoteosis; simulacros marmóreos, teorías de blancas desnudeces ó fogosas danzas de ménades; el fausto pagano y las religiosas priápeas; calcos, renovaciones ó creaciones, formas *vitales* ó inanimadas»; (*) pero que para mí tienen la rigidez del mármol.

Las semblanzas de mujer que exhuma de la antigüedad greco-romana, de la Edad Media, de Shakspeare, de los *Nibelungos* y de los textos bíblicos, no ha conseguido animarlas; no ha sabido poner en ellas la nota pasional, ni hacer circular la sangre en sus organismos fosilizados.

Sus sonetos, representan el triunfo de la gracia y de la distinción; pero quien como él tiene una lira resonante, de cuerdas múltiples, donde encuentran vibraciones todos los metros y todas las maneras, debiera ensayar algo profundamente subjetivo, y abandonar ese molde, que en su estrechez insalvable, no le permitirá jamás emprender el vuelo, ni desarrollar un tema debidamente.

Le aconsejo ésto, porque en él, es una modalidad que amenaza, degenerar en una manía, capaz de acortarle las alas y de hacerle

(*) Rubén Darío. Juicio sobre *Bajo-Relieves*, en *La Razón de Montevideo*.

fracasar, el día que intente elevar su musa á la región de las nubes.

Encerrar en catorce versos figuras colosales como Jesús, Homero, Sócrates, Shakspeare, Dante, Camoens, Milton, Miguel Angel, Juvenal, Voltaire, Lamartine y Victor Hugo, es una tentativa imposible. Son personajes tan grandes, que no caben en la pequeñez del marco; de ahí la imposibilidad absoluta de de abarcarlos en conjunto.

Cerca de doscientos, es el número extraordinario de sonetos que ha producido Diaz; y equivocado está, si cree haber hecho obra de artista, con solo haber vencido las dificultades del metro, en ese género de composiciones.

Sin embargo, he aquí uno, que es una revelación y una victoria:

Dijo á la blanca luna el asfodelo:
 «Oh reina del azur, solemne y triste!
 ¡Qué misteriosa palidez te viste,
 Ofelia vagabunda por el cielo?

Cándido cisne de color de hielo,
 ¿En qué profundo Flegetón caíste?
 ¿A qué brumoso páramo tendiste
 Las plumas albas con silente vuelo?»

Calló la flor y doblegó en la urna
 Su fúnebre corola taciturna,
 Cual simbólica imágen de lo inerte,

Mientras el astro como esquife indiano
 De vela de ámbar, se perdió en lo arcano
 Con rumbo á las riberas de la Muerte.



Cosa rara: pudiendo tener ya individualidad marcada, le falta sello profundamente

personal. En Arte, es un ecléctico, un deseoso, un buscador; ha querido ser romántico y realista, simbolista y decadente. Ha ido con Guido á buscar inspiraciones á la Grecia, y ha ido con Darío á Paris á escuchar el Verbo de Verlaine, de Moréas y de Mallarmé.

Ha rendido vasallaje á Leconte de Lisle, á Byron, á Poë, á Lamartine y á Victor Hugo; en una palabra: ha seguido todas las corrientes, pero no ha sabido hallar aun la suya propia.

Ha imitado servilmente á Hugo en *La Cólera del Bronce*, y en sus estrofas á Verlaine ha imitado á Darío.

Y, es una lástima, que quien como él ha recibido la lira, que es un don de Dios, no la haga vibrar en un canto que quede.

Yo quisiera, pues, ver á este poeta, que viene á compartir los laureles con la media docena de espíritus valientes, decididos á toda costa á no dejar que la marea positivista nos barra las últimas ilusiones, es decir, que la Poesía, la más alta expresión del espíritu humano, muera en nuestra tierra; quisiera verlo volver á orillas de los ríos natales ó bajo la fronda de los bosques sonoros, donde recibió sus primeras impresiones y entonó sus primeras trovas de amor; quisiera que dejara todas las civilizaciones muertas en su eterno sueño; que abandonase el mundo de la Grecia y de la Roma antiguas, con sus personajes y sus símbolos, suficientemente estudiado por los comentadores y los arqueólogos, consagrado por el arte plástico é inmortalizado durante veinte si-

glos por las tradiciones históricas, por la voz de los poetas y por el pincel y el buril de los artistas, y volviere sus ojos á los horizontes infinitos de la tierra y del cielo, se inspirase en nuevos ideales humanos, ó bajase á los abismos de su propio corazón, para arrancar de allí la estrofa reveladora de la vida interna, *que arde y tiembla como una lengua de fuego!*

(1896)



JOSÉ MARÍA HEREDIA

JOSÉ MARÍA HEREDIA

Su cuerpo envuelve del sepulcro el velo,
Pero le hacen la ciencia, la poesía
Y la pura virtud que en su alma ardía,
Inmortal en la tierra y en el cielo.

Inscripción en la lápida de su tumba.



AS severas exigencias de la crítica, tacharán las poesías de este esclarecido bardo cubano de un recargado romanticismo, sobre todo las que produjo en su génesis; pero, esa tendencia y las imperfecciones y ligerezas propias de la infancia, se atenúan si se las observa en grupo ó si se considera que nos hallamos frente á un hombre, que ha sido un *fenómeno*, de que no se tiene noticias en la historia literaria del continente. Y digo un *fenómeno*, aunque el vocablo parezca un tanto estafalario, pues á los ocho años,—cuando apenas comienza el uso de razón,—traducía á Horacio; á los diez, hizo lo que no alcanzó Ovidio, escribía sus *Ensayos Poéticos*, intercalados, en parte, en sus *Obras Completas*; y un lustro después, según refieren los biógrafos, graduábase de bachiller en derecho en la Universidad de la Habana.

Hé ahí explicado un calificativo que á primera vista pareció quizás aventurado.



Heredia (*) quedó huérfano de padre, precisamente cuando más necesitaba de sus consejos y de sus vistas, para guiarse en el enmarañado laberinto de pasiones y de odios, suscitados al querer emanciparse Cuba de la española dominación.

Bullía en la Isla una atmósfera candente de lucha, en la que penetró en cuerpo y alma, consagrándole su capacidad, su pluma, sus medios, incitando al pueblo á la revuelta, hasta que estalló en Tara, amenazadora y terrible, teniendo que huir proscrito á los Estados-Unidos con muchos de sus compatriotas, perseguidos por identidad de aspiraciones y de ideales, continuando en el ostracismo su ardorosa propaganda separatista.

Hombre de una sola pieza, de un carácter firme como la fé; de esos, que por la situación más aciaga que crucen, no se agostan ni trepidan, afrontando los mayores peligros y rompiendo con todas las obstrucciones despóticas, anatematizaba á España con estrofas áticas que cruzaban como saetas el encapotado cielo de la monarquía.

Batallaba Heredia al par de tantos otros emigrados, en Nueva York, fulminando á los enemigos declarados de la libertad cubana, costándoles á algunos, como al Tirteo Zenea, el cadalso, decretado por las cortes de la Península; y á otros el suicidio, como Car-

(*) Heredia era de mediana estatura, delgado, de cuerpo y de complexión delicada; sus facciones, sin ser regulares, tenían un conjunto agradable.—Guiteras.—*Revista Cubana.*

los Manuel de Céspedes, que dió el grito de independencia, y que para no caer bajo las garras del general Rodas, — el cual hubiera premiado con el patibulo, tan rara osadía, — prefirió ultimarse á si propio.

Y esos patricios, anhelantes de libertad, subian las gradas de la horca, fabricada para los grandes criminales, como se sube á una tribuna, con la estoica serenidad de un espartano.



Esa opresión, en que los tenia el extranjero yugo, coadyuvó á que surgieran en Cuba, notables poetas liricos, entre ellos el citado Zenea, que no alcanzó nunca á los golpes de luz de Victor Hugo, pero que supo colocarse á la vanguardia de sus contemporáneos, alentando los ejércitos con sus vibrantes himnos de guerra.

Heredia cruzó por una era nebulosa y terrorífica: fué tenazmente perseguido, y sus intranquilas jornadas en el territorio de la Unión, en Méjico y en Caracas, no hicieron vacilar sus convicciones. Aferrado á ellas, no cejaba ni desistía por nada, y sus resoluciones que eran para él irrevocables, las llevaba al terreno de la práctica, burlándose de las huestes enemigas cuya furia redoblaba.

La insurrección quedó vencida, pero el sentimiento emancipador no ha muerto todavía; está latente en la sangre de los descendientes de aquellos bizarros luchadores, poetas y soldados, cuya personificación más alta en el

presente han sido José Martí y Máximo Gómez: la cabeza y el brazo.

Pacificada la Isla, inicióse una guerra sin cuartel á los insurrectos y no pudiendo atacar á Heredia en su inmaculada probidad, la emprendieron con sus producciones literarias, tratando de presentarlo como un vulgar versificador. Entre los que creían amenguar su legitima reputación se hallaba un compatriota suyo: Desval, que años luego, reformó su inmaturo juicio, sobre «el gran poeta», como le llamó Alberto Lista.

Trenzáronse en ágría contienda otros dos criticos; uno como se supone entusiasta por Heredia y el otro furibundo enemigo, que en su ciego apasionamiento, llegó hasta decir de él, «que era un tonto que se propuso hacer versos, sin tener idea de lo que escribía».

Léjos de hacer mal al primer lírico de Cuba, esos dicterios atroces, desenfreno de espíritus poco delicados, llamó sobre sí la atención de los escritores del viejo y nuevo continente, que hicieron públicas sus opiniones. En contraposición á la anterior, resumo en seguida las que he podido hallar entre mis viejos papeles:

«Yo juzgo,—escribía Alberto Lista,—en primer lugar por el sentimiento, anterior á toda critica, que han excitado en mí las composiciones de Heredia. Este sentimiento decide del mérito de ellas. El fuego de su alma ha pasado á sus versos, y se trasmite á los lectores; toman parte en sus penas y en sus placeres; ven los mismos objetos que el poeta y los ven por el mismo aspecto que él. Siente

y pinta, que son las dos prendas más importantes de Homero; con esto digo que Heredia es un gran poeta». (*)

Carlos Mazade, redactor de la *Revista de Ambos Mundos*, lo expresó así:

«Los versos del desgraciado autor de la célebre oda *Al Niágara* son quejas hiperbólicas, exasperaciones elocuentes de imaginación, contra *le maitre espagnol*.... Heredia no es propiamente un poeta revolucionario: sus versos son la expresión ideal y ardorosa de este vago instinto de independencia, que fermenta en el corazón de la juventud cubana». (**)

El sabio Andrés Bello, autoridad respetable en materia de crítica, estampó el siguiente juicio:

«Siento no solo satisfacción, sino orgullo, en repetir los aplausos con que se han recibido las obras poéticas de D. José María Heredia, llenas de rasgos excelentes de imaginación y sensibilidad, en una palabra, escritas con verdadera inspiración. Entre las prendas que sobresalen en los opúsculos, se nota un juicio en la distribución de las partes, una conexión de ideas y á veces una pureza de gusto, que no hubiera esperado de un poeta de tan pocos años... Con felicidad ha trasladado á sus versos las impresiones de aquella naturaleza magestuosa del Ecuador, tan digna de ser contemplada, estudiada y cantada». (***)

(*) Alberto Lista.—*Juicio sobre las Poesías de Heredia*.

(**) *Revue des Deux Mondes*—Tomo XII.

(***) Andrés Bello.—*Obras Completas*, Vol. VII.

Victor Amunátegui, después de corroborar las opiniones que anteceden, sintetizó la suya de esta manera:

«Heredia fué dos veces poeta; fué poeta en sus versos, componiendo algunos animados en su inspiración y realizados por las bellezas artísticas; y fué poeta en sus acciones, trabajando por ver realizado en la tierra, un ideal de justicia, y no vacilando delante de ningún sacrificio para hacer triunfar sus convicciones».

Se ocuparon de él más ó menos extensamente: Martínez de la Rosa, Manuel José Quintana, Nicasio Gallego, Villemain, García del Río, Irisarri, Ampere, Torres Caicedo, Juan María Gutiérrez, y cien más, escritores algunos de nombradía universal.



En sus cantos, en sus dramas y en sus tragedias hay un fin social, humanitario ó filosófico, netamente comprobado.

No miraba el mundo «al través del lente convexo que engrandece todo hasta deformarlo», ni en sus líricos arrebatos se excedía jamás hasta desfigurar la Naturaleza con hipérboles y metáforas descabelladas. Transmitía á sus estrofas el rumor de las olas, el rugido de las fieras, el vuelo de las águilas, el fuego de los volcanes y los estremecimientos del amor, expresados con acentos, voces y gritos desgarradores y potentes; «penetrando con la intuición allí donde no pueden penetrar los sabios con el raciocinio».

A los veinticinco años, con ó sin fortuna, había sido ya abogado, historiador, poeta,

orador, magistrado, periodista, profesor en lenguas, catedrático en ciencias, letras y filosofía, «razón por la que muchos de sus escritos se resienten de la rara volubilidad de su suerte».

Las poesías de Heredia se han abierto camino, hallando prosélitos en el otro bando de los mares, reproduciéndose en España y vertiéndose en Alemania, Inglaterra y Francia á los respectivos idiomas nacionales.

Su posesión plena del francés y del inglés, le permitía traducir composiciones de Beranger, Legouv  , Delavigne y Byron con extraordinaria pureza, amold  ndolas en armoniosa rima al verso castellano.

Ved la excelente imitación que hizo de la trágica *Visión* de Byron, en la lengua de Quintana y de Cervantes:

Un sueño tuve, fúnebre y extraño
 Extinguirse v   el sol, y las estrellas
 En el espacio eternas silenciosas,
 Extraviadas y pálidas giraban.
 La tierra helada, ennegrecida y ciega
 En la pesada atmósfera dormia,
 Y las cansadas horas se arrastraban,
 Sin que en sus alas lánguidas trajeran
 La vuelta de la luz. Los hombres todos
 Sus miseras pasiones    intereses
 Sepultaron al fin en el abismo
 De universal desolación. Vivian
 Al esplendor de hogueras, y los tronos,
 Los palacios de reyes coronados
 Y las chosas humildes consumieron
 Por procurarse luz. Grandes ciudades
 Así desaparecieron, y los hombres
 En torno    sus hogares abrazados
 Para mirarse por la vez postrera
 Se congregaban. Los antiguos bosques
 Se incendiaron también: hora tras hora
 Consumidos cayendo se apagaban.

De aquella luz al lúgubre reflejo
Los hombres azorados parecían
Espectros yertos, pálidos: algunos
Los ojos encubriéndose lloraban:
Otros, corriendo por doquier, miraban
Con desesperación al yermo cielo,
Que tenebroso y mudo, parecía
El paño funeral del mundo muerto.
Con blasfemias feroces á la tierra .
Luego inclinaban los cansados ojos,
Rechinando los dientes, y morían.

.....
El hambre las entrañas consumía,
Espiraban los hombres, y sus huesos
Quedaban, cual sus carnes, insepultos.
Los flacos á los flacos devoraban,
Los perros á sus amos embestían
Exceptuando uno solo, que un cadáver
Guardando estaba con doliente ahullido,
Y al fin murió lamiéndole la mano.
Dos de una gran ciudad sobrevivieron,
Y eran mortales, fieros enemigos.
Junto á un altar del fuego devorado
Vinieron á encontrarse; con sus manos
Descarnadas y yertas revolviendo
Las brazas moribundas y cenizas,
Alzaron débil, momentánea llama,
Y al verse con su luz el uno al otro,
Gritaron de terror, y perecieron.
Quedó el mundo vacío, despojado
De árboles, yerbas, hombres y de vida,
Sin tiempo ni estaciones, mudo caos
Los ríos, lagos y mares sumergidos
En un silencio fúnebre yacían,
Y en sus profundidades cavernosas
Ningun sér animado se agitaba.
Acabaron las férvidas mareas
Al espirar la luna su señora;
Los vientos en la atmósfera estancados
Se consumieron, y también las nubes,
Y tinieblas informes, silenciosas,
Remplazaron del todo al Universo.

Adaptó y tradujo las tragedias *El Fanatis-*

mo de Voltaire, el *Albúfar* de Ducis, el *Saúl* de Alfieri, *Sila* de Youy, representada en Méjico en Diciembre de 1825, y *Cayo Graco* y *Tiberio* de Chenier, estrenadas en el teatro principal de la misma ciudad en Enero de 1827 con gran éxito. (*)

Entre sus composiciones originales más celebradas, se hallan el *Himno al Sol*, *Al Océano*, *Á Washington*, *Á Una Tempestad*, *Immortalidad* y *Las Sombras*, poema de medianas ideas, de palidos pensamientos, pero de sonora cadencia.

En el canto *Al Niágara*, es donde su fantasía ha desplegado libremente las alas, en la série de digresiones filosóficas y visiones agigantadas, «haciendo un contraste marcado las imágenes severas, con las inspiraciones delicadas:

Torrente prodigioso, calma, acalla
 Tu trueno aterrador; disipa un tanto
 Las tinieblas que en torno te circundan;
 Déjame contemplar tu faz serena,
 Y de entusiasmo ardiente el alma llena.

.....
 ¿Qué voz humana describir podría

De la sirte rugiente
 La aterradora faz? El alma mía
 En vago pensamiento se confunde
 Al mirar esa févrida corriente,
 Que en vano quiere la turbada vista
 En su vuelo seguir al borde oscuro
 Del precipicio altísimo: mil olas
 Cuál pensamiento rápidas pasando,
 Chocan, y se enfurecen,
 Y otras mil y otras mil ya las alcanzan

(*) Elias Zerolo. — *Prólogo á las Poemas de José María Heredia—Edición de París—1893.*

Y entre espuma y fragor desaparecen.

.....
Asombroso torrente!

¡Como tu vista el ánimo enagena
Y de terror y admiración me llena!
¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?

¿Que poderosa mano

Hace que al recibirte

No rebose en la tierra el Oceano?
Abrió el Señor su mano omnipotente;
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas
Y armó con su arco tu terrible frente.

.....
Niágara poderoso!

Adiós! Adiós! Dentro de pocos años
Ya devorado habrá la tumba fría
A tu débil cantor, duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso
Viéndote algún viajero,

Dar un suspiro á la memoria mía!
Y al abismarse Febo en occidente,
Feliz yo vuele á do el Señor me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama,
Alce en las nubes la radiosa frente.

«En esta poesía no hay, sin embargo, la belleza severa del gran lírico de la antigüedad. En presencia del Etna y en la descripción de los fenómenos del mar de Sicilia, Píndaro no se acuerda de sí, no mezcla á los terrores de la naturaleza su personalidad, ni se queja de su vida. Heredia, por el contrario, ve la catarata, se asombra, la mide con las fuerzas de su espíritu, y creyéndose digno de ella, canta su belleza, describe su grandor, encuentra semejanza entre el torrente que se desborda y los siglos que se atropellan; lamenta su juventud y se acuerda de su patria; llora su triste abandono y piensa en Dios,

fuente de todo lo bello. ¿Que más puede pedirse á un poeta?» (*)

El Himno del Desterrado, encierra una profecía que no está léjos de cumplirse allá en Cuba, donde no queda un solo palmo de tierra que no haya sido regado con la sangre de sus defensores y de sus mártires.

Está escrito con pujanza y nervio, teniendo estrofas tan viriles como éstas:

Pues perdí la ilusión de la dicha
 Dame ¡oh gloria! tu aliento divino;
 ¿Osaré maldecir mi destino,
 Cuando pueda vencer ó morir?
 Aunque habrá corazones en Cuba
 Que me envidien de mártir la suerte,
 Y prefieran espléndida muerte
 A su amargo, azaroso vivir.

.....
 ¿Ya que importa que al cielo te tiendas
 De verdura perenne vestida,
 Y la frente de palmas ceñida
 A los besos ofrezcas del mar,
 Si el clamor del tirano insolente,
 Del esclavo el gemir lastimoso
 Y el crugir del azote horroroso,
 Se oye solo en tus campos sonar?

.....
 Vale más á la espada enemiga
 Presentar el impávido pecho,
 Que yacer de dolor en un lecho,
 Y mil muertes muriendo sufrir,
 Que la gloria en las lides anima
 El ardor del patriota constante,
 Y circunda con halo brillante
 De su muerte el momento feliz.

¿A la sangre teméis...? En las lides
 Vale más derramarla á raudales,

(*) Miguel A. Perez—*Figuras Americanas. París. Garnier Hnos. 1891.—Juicio de Emilio Martín.*

Que arrastrarla en sus torpes canales
Entre vicios, angustias y horror.

.....

Cuba! al fin te verás libre y pura
Como el aire de luz que respiras,
Cual las ondas hirvientes que miras
De tus playas la arena besar.
Aunque viles traidores le sirvan,
Del tirano es inútil la saña,
Que no en vano entre Cuba y España
Tiende inmenso sus olas el mar.

La Estrella de Cuba, del mismo metro que la que precede, la supera no obstante en brío y valor. Es el grito amargo del pros-crito, rebosante de patriótica indignación:

Al sonar nuestra voz elocuente
Todo el pueblo en furor se abrazaba,
Y la Estrella de Cuba se alzaba
Más ardiente y serena que el sol.
De traidores y viles tiranos
Respetamos clementes la vida,
Cuando un poco de sangre vertida
Libertad nos brindaba y honor.

Hoy el pueblo de vértigo herido
Nos entrega al tirano insolente
Y cobarde y estólidamente
No ha querido la espada empuñar;
Todo yace disuelto, perdido. . .
Pues de Cuba y de mí desespero
Contra el hado terrible, severo,
Noble tumba mi asilo será,

Nos combate feroz tiranía
Con aleve traición conjurada,
Y la estrella de Cuba eclipsada
Para un siglo de horror queda ya.

.....

Los cobardes ocultan su frente
La vil plebe al tirano se inclina,
Y el soberbio amenaza, fulmina,
Y se goza en victoria fatal.

.....

Si el cadalso me aguarda en su altura
 Mostrará mi sangrienta cabeza
 Monumento de hispana fiereza,
 Al secarse á los rayos del sol;
 El suplicio al patriota no inflama;
 Y desde él mi postrero gemido
 Lanzará del tirano al oído
 Fiero voto de eterno rencor.



Su ingénita prudencia, sus principios de orden dentro de la constitución, su juicio razonado si no siempre exácto, se palpan con consultar sus discursos ó sus disertaciones políticas.

En Méjico, en una circunstancia solemne, pronunció una pieza oratoria en la que hacia esta enérgica exhortación:

«Jamás olvidemos que la justicia es la base de la libertad; que sin justicia no puede haber paz, y sin paz no puede haber confianza, ni prosperidad, ni ventura. Maldigamos las furias de la discordia y de la ambición, que han precipitado en una tumba sangrienta á los libertadores de Anauhac, y hecho vagar en playas extrangeras á muchos de sus beneméritos hijos».

«Unión, moralidad y respeto religioso á las leyes, ó solo habrán perecido tantos héroes para dejarnos un cielo amenazador cubierto con los nublados sangrientos de la anarquía».

Se ha dicho que el mérito y la inteligencia van mancomunados á la modestia, y Heredia era un ejemplar de esa verdad que se aproxima al axioma; no se imponia nunca como

autoridad, ni los triunfos, ni los laureles, ni los aplausos, eran capaces de envanecerlo.

Sus críticas en Literatura y Poesía, se resentían de una extremada benevolencia; la delicada sensibilidad de su alma noble no le permitía fustigar á un autor, y antes que por el prurito de hacer mal, no se ocupaba de un libro mediano, lo dejaba pasar desapercibido.

Publicó numerosas obras: prospectos, opúsculos, folletos, revistas, sobre tópicos históricos, literarios, dramáticos y poéticos, traspasando el fuego sagrado de su alma á sus patrióticos versos y á sus virulentos y enérgicos escritos.

Lástima que poeta tan grande, haya desaparecido á una edad en que muchos comienzan recién á vivir. Sus sueños de emancipación, no los vió cumplidos: la estrella solitaria que quería ver flamear á todos los vientos en la bandera sagrada, se apagó con él. Tenía treinta y cinco años cuando murió; y á pesar de su fugaz vida, queda Heredia como el primer lírico de la hermosa Antilla, y el más fogoso promotor de la independencia y de la libertad cubana, á cuyo movimiento se consagró con todo el ardiente entusiasmo de las grandes causas y de los sacrificios sublimes.



OSVALDO MAGNASCO

OSVALDO MAGNASCO

••

A los hombres del progreso pertenece el lento y laborioso cultivo de los principios, el estudio de las estaciones propicias á los injertos de tal ó cual idea, el trabajo continuo, el riego de la jóven planta, el abono de la tierra, la cosecha para todos.

VICTOR HUGO.

HE desconfiado siempre de los que intentan llegar de un salto hasta la cima. He tenido y tengo más fé, por los que van escalando la montaña con paso firme y seguro, midiendo el precipicio y afirmando bien la planta para no caer. Los primeros, producen al presentarse una impresión de asombro. Diríase que hubiesen aunado todas las fuerzas de su organismo y de su capacidad cerebral, para imponerse de golpe á la admiración pública, y que exhaustos por el empuje inicial, violento é irresistible, quedasen estacionarios, sin avanzar ya, ni retroceder. Son,—si se me permite el simil,—como esos insectos nocturnos que alumbran un instante la vía, para dejarla luego en más honda oscuridad: cerebros sin ciencia, imaginaciones desbordantes, sin el necesario sedimento que dá el reposo del estudio, navios varados por falta de fondo.

Los segundos, recuerdan al marino: hacen día á día sus cálculos matemáticos, saben que

mar navegan, que meridiano cruzan, que rumbo siguen, y no se apartan del derrotero, que les señala la brújula infalible.

Los primeros, áciertan á veces por casualidad, se les creeria designados por mandato providencial. Los segundos, tienen conciencia de sus propias aptitudes, y obran por la convicción que da el saber: evitan las corrientes, salvan los escollos, desvian los ciclones y llegan al puerto sin temor de naufragar.



Oswaldo Magnasco, es de estos últimos. Ha ido subiendo la áspera ladera, apartando el obstáculo, y abriéndose brecha á golpes de hacha. Ha hecho su aprendizaje en el texto y en el aula, en el foro y en la prensa, en el club y en la cátedra, en la barra y en la tribuna parlamentaria. Ha sido á la vez teórico y práctico. No está en la cumbre; pero, es ya una figura juvenil, simpática, que tiene contornos viriles y que se destaca con perfiles inconfundibles en nuestro agramántico escenario intelectual. Es de Entre-Ríos,—que con Santa Fé y Corrientes, lleva la delantera en las pacíficas labores del brazo,—y que no quiere ser pospuesta á sus demás hermanas, en la confección del pensamiento: de esa provincia, que engendró á Urquiza, militar afortunado que quebró la cerviz de Rosas, libertando la República, después de veinte años de execrable dominación; á Onésimo Leguizamón, el orador de formas helénicas y de argumentación clavada, iniciador del ruidoso debate sobre educación y escuela laica, que tuvo repercusión continen-

tal, y que dió la victoria á los *leaders* del partido liberal; á Josefina Pelliza de Sagasta, la poetisa de las melancólicas endechas amorosas y de las sollozantes y tiernas elegias; á *Martín Fierro*, el psicólogo del gaucho y el pintor legendario de las costumbres y paisajes de la Pampa; á Gervasio Méndez, el bardo de los versos dolorosos y amargos como su alma enferma, que destilan las acres voluptuosidades del martirio; y á Olegario Andrade, el de los épicos alientos, de inspiración titánica, que cabalgaba «sobre negros corceles de granito» y «sobre carros de tormenta», y cuyos cantos han quedado como gritos de victoria.

Allí también, en las márgenes de los ríos superiores, entre las umbrosidades de la fronda vió la luz Osvaldo Magnasco, heredando de su padre las virtudes morales, el inalterable temple del carácter y las enérgicas altiveces del espíritu.

Ingresó en el histórico Colegio del Uruguay, con otros muchachos de su época, hoy de envidiable figuración en las esferas altas de la sociabilidad argentina, dejando bien marcadas las genialidades propias de su temperamento impetuoso y de su indómita pujanza varonil.

No caeré en la candidez de relatar uno á uno los rasgos biográficos de su vida, porque no puede tener biografía ni historia, quien no ha vivido aun lo bastante para formársela, y porque no entra en la índole de estos ensayos críticos, sinó como algo accidental.



El frontón y el circo, el *mundo* teatral y la exhibición callejera, — escenario en que generalmente actúa nuestra juventud dorada, — no tuvo seducciones para él. Podía vérsese y se le ve aun en su gabinete de estudio, á solas con sus *maestros*, profundizando á Macaulay el sociólogo, al filósofo Spencer, al internacionalista Bruschi y recreando el espíritu abatido, en Horacio y Virgilio, sus dioses predilectos!—De su mutismo, sale solo para manifestar alguna idea nueva, alguna reforma sentida, alguna iniciativa generosa y patriótica, ó para rebatir teorías vetustas ó falsas preocupaciones de líricos dogmatismos.

Su extremo en el periodismo lo hizo á los catorce años, nó como la mayoría del gremio estudiantil, acometido por «la rabia del verso» y rimando disparates á granel, sinó terciando en una cuestión trascendental, en la que pedagogos de nuevo cuño pedían la supresión de los estudios griegos y latinos por inútiles. Los que pregonaban tamaño desatino, no se daban cuenta de la enormidad. Consideraban esas lenguas, en las que se han escrito los monumentos eternos de la literatura clásica, manantial inagotable, en donde es preciso ir á beber la diafanidad pura, la claridad transparente, la sencillez suprema como un decorado supérfluo, ó algo así como un simple barniz de pedantesca erudición.

El imberbe contrincante, impugnó esa *herregía*, en una série de artículos briosos y persuasivos, que pusieron de manifiesto su preparación filológica y su temple de ilustra-

do y sereno contendor, prevaleciendo las cátedras en los establecimientos educacionales de la nación, derrotando á los *innovadores*, que perseguían por ese medio, — quizá sin sospecharlo, — el triunfo del frivolidismo sobre la ciencia. ..

En el ochenta y dos, originó otra polémica de vastos alcances universales, sosteniendo que «la filosofía carece del carácter científico de otras ramas del saber humano»; afirmación paradógica que dió margen á discusiones reñidas que trascendieron á la vecina República y al Brasil. No recuerdo los términos precisos de la cuestión; pero á mi juicio, partía ésta de una base falsa. Puede concederse que la filosofía no descansa sobre leyes tan sólidas como las ciencias físicas y las ciencias exactas y que no tenga *utilidad práctica*; pero, de ahí á negarle *carácter científico*, media un abismo.

En su opúsculo sobre los *Fundamentos del Derecho Penal*, manifestaba su disconformidad con los profesores y alumnos, que hacían de la justicia un principio justificativo de la pena, «doctrina errónea porque falsifica los hechos y olvida totalmente las enseñanzas de la experiencia»; vulgarizando de paso el sistema de Bentham, en el que afirmaba sus deducciones, llegando con un tratadista experimentado, á la conclusión de que: «las falsas ideas que los legisladores se han formado de la *utilidad* son fuente fecunda de errores, arbitrariedades é injusticias».

Lanzado ya en la corriente de las discusiones y en la liza de los debates científicos,

à veces más encarnizados y sangrientos que los lances personales, su pluma iba adquiriendo flexibilidad y garbo en esta esgrima de la prensa, que vigoriza, cuando no mata, las organizaciones más robustas.

En el ochenta y cinco, publicaba dos volúmenes sobre Derecho Internacional público y privado, en los que resumía las conferencias que los catedráticos daban en la Universidad, y que sirvieron de guía y de consulta à los alumnos que cursaban esa rama; ordenando con idéntico propósito una série de trabajos fragmentarios sobre *Prevención del Crimen*, *el Error y la Ignorancia*, *El Matrimonio de los Romanos*, *Viabilidad y Disposiciones de Ulpiano* y *los Preliminares del Derecho Constitucional*, que señalan la progresión paulatina de su talento, y que pasaré de largo, para detenerme en su obra capital *Sistema de Derecho Penal*, con la que se graduó doctor en jurisprudencia.



La tésis que versaba sobre esa materia, en relación con la antropología, vino à romper el molde estrecho de los rutinarios engeguedidos y à derrumbar anacrónicas teorías idealistas. Necesariamente debía levantar resistencias tenaces en el grupo numeroso de los sectarios de la vieja escuela y de los creyentes empedernidos, refractarios por principio que no se apartan de la via tradicional.

Su aparición levantó un clamor prolongado en el campo de los retrógrados, valiéndole el

anatema de estos y el aplauso de todos los liberales de la República.

Con ella optó al *Premio Varela*. Las opiniones se unificaron en su favor. Nadie se atrevió á disputarle el triunfo; y, cosa extraña, la facultad resolvió no otorgarle la merecida distinción. Es que había de por medio una cuestión religiosa, dos bandos antagónicos: el liberalismo y el clericalismo, que se rechazan como los polos contrarios de una pila voltaica. Se chocaron, y en el choque quedó sacrificado el revolucionario de la idea nueva.

El doctor Magnasco estudia en esa obra el delito en su manifestación morbosa, los fenómenos fisio-psicológicos que presenta el delincuente; sostiene que la criminalidad es hereditaria, que el delito es una enfermedad y el delincuente un enfermo; prueba que es peligroso resolver los problemas penales con el solo auxilio del criterio jurídico y que es menester la aleación de la ciencia médica para formular un fallo consciente; señala las actuales deficiencias de los códigos, los medios de reforma y el régimen para llegar á la regeneración moral del asesino; resume las doctrinas de Lombroso, el fundador del sistema penal vigente; las de Garófalo, «criterio independiente y sagaz»; las de Marro, «espíritu amplio y nutrido, observador de las anomalías infinitas de la especie»; las de Ferri, «el asimilador convencido»; y las del grupo ya respetable de los reformadores, «que están socavando el ruinoso edificio del clasicismo injusto, abriendo horizontes nuevos á las investigaciones modernas y preparando el triunfo

seguro y definitivo del dogma humanitario de actualidad».

La seriedad de sus doctrinas positivas vienen abonadas con casos prácticos, demostrándose iniciado en la medicina y en la ley, en la fisiología y en la frenología experimental, con las que se interna en el intrincado microcósmos humano, para extraer inducciones razonables y conclusiones lógicas.

Es un positivista, un observador y un psicólogo, que no comulga con teorías ni paradojas, y que animado del deseo de aprender va á las cárceles á examinar los *tipos* para reconocer «que no es dable al hombre rebelarse contra las fatalidades invencibles que son una triste herencia de nuestra naturaleza defectuosa».

Entre los que abrieron opinión sobre el trabajo, recuerdo al historiador de San Martín y de Belgrano; al doctor José Pedro Ramirez, jurisconsulto uruguayo de nota; á abogados respetables del Río de la Plata y á los diarios *Corriere della Sera* y *Perseveranza* de Milan, colegas serios, que hicieron el elogio del joven doctor, encomiando su iniciativa atrevida y valiente, al afrontar los estudios antropológicos, hasta entonces totalmente desconocidos en el país.



Se reveló orador en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y en la cátedra de derecho internacional en el Colegio Militar de Palermo; después en la tumba de aquella es-

peranza malograda que se llamó Alberto Navarro Viola, y más tarde en la de Sarmiento, el atleta intemperante de la palabra escrita de mirada profética, admirable en la lucha é incomparable en todo, hasta en su misma desmedida é inaudita vanidad.

En medio de cien arengas, más ó menos pasables, que traían las vibraciones del sentimiento de América por medio de representantes autorizados, lamentando la muerte del «gran luchador» y donde se escucharon las voces altas y elocuentes de Wilde, Del Valle, Groussac, Matta y Sierra Caranza, hizo oír la suya designado por el «Centro Jurídico» para darle el supremo adiós.

Esa oración fúnebre, en que hizo la apología de Sarmiento, emocionó á la concurrencia, quedando como una de las piezas oratorias más sentidas que allí se pronunciaron.

Después, electo diputado por su provincia natal, trepó á la tribuna parlamentaria. Tomó parte en las sesiones ruidosas de estos últimos tiempos, fecundos en conflictos financieros, políticos é internacionales, batiéndose con oradores ya hechos como Lársen y Mansilla; terció en la discusión del presupuesto, de las moratorias, de los derechos de aduana, y en las interpelaciones hechas á los Ministros de Hacienda y de Relaciones Exteriores, pronunciando un erudito discurso sobre neutralidad, al suscitarse el incidente con la cancillería chilena, originado por la violación de nuestro territorio, por las tropas del coronel Stephan.*

El doctor Magnasco, con no pocas de las cualidades, que según Timon requiere el orador, incurre, aunque no á menudo, en los defectos más graves.

Caldeado á veces por la fogocidad de la réplica, descuida el fondo concreto del asunto y lo personaliza, ó en alas de su imaginación pletórica, derrocha el adjetivo hiperbólico, tocando en la vaga ampulosidad.

El uso y el abuso de las metáforas y de las comparaciones grandilocuentes, y el afán inexplicable de querer dar á su peroración proyecciones grandiosas, aunque se trate de asuntos nimios, son faltas punibles que debe tratar de corregir, antes de que pasen á formar parte de su propia idiosincrasia. Hay en su oratoria, exceso de frondosidad literaria; pero así y con todo, queda una bella figura de orador: Su cabello largo, de onda rebelde, cae en desórden sobre su frente alta; sus ojos apacibles, adquieren inusitada brillantez; la palabra fluye espontánea al par del gesto; y el cuerpo pequeño, semi-escondido allá en su banca, se yergue insensiblemente, se diría que crece por instantes, hasta llenar la sala con su voz timbrada, reclamando la atención de sus oyentes, convenciéndolos con su vivísima dialéctica y con su sinceridad reconocida. En los arranques de oratoria patriótica sabe tocar también la cuerda vibrante de la emoción.



Pero, á mi juicio, la facultad más ampliamente desarrollada en él y que debiera

cultivar con preferencia á toda otra, es la de la crítica. Entre nosotros no existe el frío analista, ni el severo censor. No hay término medio en el elemento de apreciación: ó el garrotazo brutal ó la panegiria hueca.

En nuestra, sociabilidad deficiente, se ha visto colocar al nivel del poeta inspirado al pseudo-vate; junto al sabio respetable, el rap-sodista vergonzante.

El público mismo carece de gusto: aplaude con igual intensidad al artista perfecto y á la rastrera mediocridad: las grandes creaciones de Shakspeare, como los horripilantes dramones nacionales.

El análisis crítico que el Dr. Magnasco ha hecho de la versión castellana de la *Divina Comedia* del Dante, realizada por el General Mitre, entra en el camino de una saludable reacción.

No es el esfuerzo malévoló del que solo va en busca de defectos, ni el reconocimiento tácito sin el pleno y detenido exámen; no es el himno apologístico de Ortega Munilla, ni la insulsa gracia de los gacetilleros miopes; es el estudio razonado y sereno, tal cual lo realiza Valera en España, Lemaitré en Francia, Panzacchi en Italia; es la prueba palpable, junto á la afirmación categórica; la deducción lógica, junto al detalle minucioso y paciente, que desentraña disecando, y se insinúa por los sentidos, hasta adquirir la forma tangible de una verdad elemental.

La traducción del General Mitre es una empresa literaria de aliento,—quizá la de mayor aliento que haya emprendido hasta hoy

escritor alguno en la América del Sud,—es una tentativa temeraria, que como labor de conjunto desafía toda crítica, y dígase lo que se quiera, es digna de la más alta consideración.

El Dr. Magnasco, llamado por Ricardo Gutiérrez, «el más ilustre intérprete del Dante en lengua española», después de numerosas excursiones al cosmos dantesco, arriba á la síntesis de que éste, como Homero y Virgilio, es *intraducible*. . . . Disiento en este punto con el erudito investigador, replicándole con el general Mitre: «Todo es *traducible*, incluso el Dante».

«Las traducciones pueden ser mejores ó peores que el original, como la representación de un paisaje puede ser más bella que la naturaleza; pero la traducción como el cuadro, es un producto artificial que produce simplemente la ilusión, sin la realidad y el movimiento de la vida».

«En esto consiste la diferencia ó la inferioridad de las copias respecto de los originales, ó sea entre el arte y las cosas animadas, y esto, si prueba que son dos cosas diferentes, no implica la imposibilidad absoluta de la reproducción». (*)

El Dr. Magnasco, para abonar su tesis,—brillantemente sostenida,—va alineando canto por canto y cotejando el original con la versión, arraiga en el ánimo del lector la convicción de que el General ha traducido

(*) Bartolomé Mitre.

mal, pero no de que el Dante sea intraducible.

El procedimiento que el analista aplica á la versión citada, es en extremo exigente, y si fuera á aplicarlo á todas las obras del espíritu humano, desde la *Biblia* hasta los poemas contemporáneos, con el mismo rigor, llegaría á esta conclusión: *nada es traducible*, porqué todas las traducciones en verso, al lado del *documento vivo*, son simples *reflejos* que tienen la moribunda palidez del plenilunio:

Imposible entonces, que el general Mitre haya podido reproducir la pureza del lenguaje, el verso transparente, la cadencia rítmica, la metrificaci3n exacta de los clásicos tercetos del *Infierno*, deslumbrantes y sonoros como láminas de acero.

La nativa frescura, la inspiraci3n inmarcesible, la intensidad filos3fica, la idea generatriz, el sentimiento estético, todo tiene forzosamente que haber variado, al ser transportado á un idioma, que aunque de idéntica raiz, muchos de sus vocablos carecen del significado correlativo. Pero, no obstante lo dicho, el historiador argentino puede descansar en la confianza de que ha realizado una empresa que hace honor al país, á su erudici3n probada, á sus conocimientos léxicos y filológicos y á su reconocido talento.



El criterio estético de Magnasco es un tanto excéntrico. Ha llegado á clasificar de «sonoras vacuidades» la literatura de Zola, de Maupassant y de Daudet, apóstoles del naturalismo moderno. Fuera de los maestros

del Lacio, no sabe sentir la belleza, y remontando el pensamiento hasta los escritores de la Grecia antigua habría que darle la razón.

De todos modos, los tres estilistas franceses contemporáneos, están muy por encima del epíteto irreflexivo y mordaz.

De sus monografías puramente literarias, debo mentar el paralelo que de las dotes oratorias de Pedro Goyena y José Manuel Estrada, hizo después del memorable debate religioso sobre matrimonio civil; el retrato fotográfico del Dean Alvarez, el venerable prelado; el de López Jordan, el caudillo valeroso de las selvas entrerrianas y el de Guillermo Rawson, ese extraño varón, que espera aun el Plutarco, que reproduzca los razgos salientes de su austera efigie.

Preside en su organismo un admirable equilibrio; tiene la inteligencia natural y la ilustración, que es su indispensable complemento.

Con estos antecedentes y con el bagaje de experiencia, cosechada en diez años de asidua labor intelectual, es dable esperar que el doctor Magnasco continuará ejercitando sus fuerzas en obras tan serias como las que aquí he celebrado, y que le llevarán, indudablemente, á más altos destinos.



Su carrera política, se resume en un párrafo:

Viril espíritu de lucha,—en plena juventud, no podía permanecer en la abstención enervante;—«anhelaba respirar aires de batalla!» Armado con todas armas, bajó á la arena quemante de las controversias políticas y de

las agrias polémicas que trae aparejadas, afiliándose á un partido poderoso. Llevó su colaboración á *Sud-América*, contóse después en el número de sus redactores ilustrados, asumiendo la dirección al alejarse el señor Varela Ortiz. . .

Tocáronle en lote los días sombríos del unicato. Con un golpe de vista sagaz, abarcó la gravedad de la situación. Habría podido hacer una retirada oportuna y esquivar el bulto, pero comprendió que no era la actitud que cuadra á las almas nobles. En su vidrioso cargo apagó odios arraigados siendo de los pocos, que con raro tino, supo nivelar la cabeza con el corazón, la reflexión serena con el sentimiento sincero, sin tocar en el ataque soez, ni en la abalanza servil.

En el hervor de la pelea habrá cometido arbitrariedades, quizá hasta injusticias; pero, nadie podrá enrostrarle una sola cobardía, ni un solo hecho indecoroso para su altura moral de caballero.—En todo tiempo y á toda hora, no rehuyó la responsabilidad de sus actos pasados y acompañó al doctor Juárez, en los momentos amargos de la tremenda espaciación, probando así su consecuencia en la amistad, que continúa inalterable, hasta el presente, si bien más de una vez levantó su voz en el parlamento argentino, para batir á sus partidarios ó para votar en contra de las unanimidades deprimentes.

Hoy no está afiliado á ningún bando político: es un elemento independiente; que desearía ver encarrilar la República en las prácticas constitucionales, no por los extremos

violentos que anarquizan y extenúan su vitalidad, sinó por la tranquila *evolución* de los partidos, único *faro* visible en el horizonte sombrío, que pacificaría el espíritu público, justamente alarmado, y ahorraría nuevos desbordes sangrientos y nuevas vergüenzas á la patria.

Piensa bien el doctor Magnasco.

En las terribles circunstancias actuales, en que hasta la nacionalidad misma peligra, los conductores de pueblos están en el deber sagrado de salvarla á toda costa, sacrificando las más puras ambiciones y ahogando los más legítimos rencores, en vista de la magnitud del cataclismo!

(1892).



SALVADOR DÍAZ MIRÓN

SALVADOR DÍAZ MIRON

••

«Cayó desde la cima de la gloria hasta el abismo de la miseria humana; mudo, sombrero, sin proferir una queja, como el águila que después de luchar con las tempestades, rueda moribunda sobre la roca de granito».



s la cabeza más alta de Méjico; «una tempestad viviente». Nació en Veracruz, y debió ser en una noche de borrasca, mientras el trueno estallaba en las nubes y el mar bramaba en las rocas escarpadas del golfo.

En Diaz Mirón el hombre está unido al poeta. Hay seres que nacen con una aureola en la frente, heridos desde la cuna por el infortunio y predestinados de antemano á la lucha y al sacrificio. El poeta de Veracruz ha sido de estos.

«Figuraos un hombre de treinta y cinco años, enjuto, más alto que mediano, más blanco que moreno, densamente pálido, con grandes ojos negros que centellean y se apagan como focos inseguros de luz eléctrica; con cabellos abundantes, ensortijados y oscuros que caen en desórden sobre una frente abultada y poco espaciosa; agregad una boca desdeñosa que acentúa un bigote fino retorcido hacia arriba, y tendreis la imágen fiel del poeta; que ha llevado una juventud mas tormentosa que la

de Byron; que ha hecho versos y repartido estocadas, ha jurado amores y castigado insolencias cubriéndose alternativamente de gloria, de lágrimas y de sangre». (*)



Díaz Mirón fué, en sus primeros años, un soñador. Su alma, cual rosa que estalla primavera, se abrió á todos los horizontes de la vida. Vislumbró en el porvenir cosas inmensas y deslumbradoras. La esperanza le sonrió. Llegó al pleno goce del vivir; vino la explosión del amor, que á los veinte años se desata en versos, en himnos y en gritos de júbilo.

La maldad, la hipocresía, la traición, la envidia ruin y la sed de oro, que devora á las multitudes, no las conocía. Estaba en la edad en que se contempla los objetos, las cosas, y el mundo, por un cristal purísimo; la edad en que el alma está todavía incontaminada y blanca y no «ha perdido aun sus geniales y prístinos lineamientos»: la edad, en que todos los hombres parecen buenos y todas las mujeres puras.

Más adelante, á medida que fué avanzando en el camino de la experiencia y de la vida, empezó á columbrar como montes negros y lejanos, el Desaliento y la Duda.

Vinieron para él también, las horas de sombría tristeza. Sus sueños de poeta, se desvanecieron; el prosaismo se desplomó sobre su

(*) Carlos G. Amézaga.—*Poetas Mexicanos. Buenos Aires. Coni. 1896.*

alma. El pasado, le pareció encantador; el presente, gris; el porvenir, sin esperanza. Allá en las secretas voliciones de su cerebro, se fué formando una niebla densa, la de la duda, «esa hija del mal y de la muerte», que le atormentó con sus garfios punzantes. La amargura inundó su espíritu, y llegó á desesperar...

..... ¿A dónde iba
 Por el rudo peñón cortado á tajo?
 Miré el cielo ¡y estaba muy arriba!
 La sima con su vértigo me atrajo;
 Torné la faz á la traspuesta hondura,
 Vi la tierra ¡y estaba muy abajo!
 Y á la mitad de la pendiente dura,
 Donde el fragoso alud brota y resbala,
 Dudé entre la vergüenza y la locura.
 Y un gran buitre al pasar me hirió con su ala;
 Y oré sabiendo que el incienso sube
 Á excelsitudes que el condor no escala.
 Imploré con fervor... Y me detuve,
 Observando con pasmo que mi ruego
 Se condensaba en derredor en nube.
 Y algo como una lágrima de fuego
 Brilló en ese vapor, germen de estragos
 Y dijo á mi dolor, convulso y ciego:
 —Yo soy el númen de tus sueños vagos;
 Yo soy la llama de la zarza ardiente;
 Yo soy la estrella de los Reyes Magos.
 Yo soy la Redención.—Y eco rugiente
 Se levantó del valle y parecía
 Como rumor de mar... y alcé la frente
 Y puse el pié en la nube que partía.



¡Doloroso contraste! El poeta que supo salvarse del abismo de la duda, cayó en otro no menos fatal: el del delito.

Paseándose una noche por el *foyer* de un teatro, del brazo de su señora, acercósele un individuo desconocido, un *yankee*, el cual mos-

traba complacencia en arrojarles al rostro el humo de su pipa. Díaz Mirón suplicole tuviera la bondad de no repetir su *gracia*, porque podía costarle cara. El yankee hizo caso omiso de la advertencia; continuó fumando, sin inmuntarse, y al volver á ejecutar su insolencia, el poeta indignado, le arrancó violentamente el pito de la boca y lo arrojó léjos.

Estalló el tumulto consiguiente; se fueron á las manos; pero después del primer ataque, en que ambos salieron contusos, la guardia restableció el orden.

Al siguiente día, el yankee, se apostó en la acera por donde acostumbraba á pasar el poeta, esperándole con el deliberado propósito de provocarlo de nuevo.

Apenas enfrentaron, aquel, armado de un nudoso bastón, se acercó para apalearlo. Díaz Mirón, que conocía la *generosa* intención de su adversario, amartilló el revólver y apuntándole, le gritó:

«No se acerque ó le pego un tiro».

Este no escuchó la intimación y le atropelló; pero antes que el bastón tocase las espaldas del poeta, una bala certera atravesó el cráneo del agresor, y le dejó exánime.

Díaz Mirón se presentó el mismo á la policía á delatar el hecho.

La sociedad condenó casi unánimemente, sin atenuación, ese impulso irrefrenable de su naturaleza impulsiva.

Haya ó nó sido en buena ley, es de lamentar ese lunar negro, que salpica su túnica inmaculada. La fatalidad lo ha perseguido desde entonces clavándole implacablemente

la garra feroz; y el fallo de la justicia adverso, lo ha encerrado en una cárcel, donde yace enfermo y casi moribundo.



Y sin embargo, este poeta debiera estar en un trono, sentado en el sillón que Altamirano dejó vacío.

Andrade, al morir, lo hizo heredero de su maravilloso instrumento. Después de él, la poesía americana no ha vuelto á escalar cimas más altas y bajar á precipicios más hondos, por donde Díaz Mirón la arrastró, cual nuevo Elías, en su carro de fuego.

Es cierto que no ha agregado ninguna cuerda á la lira, es cierto que no ha hecho innovaciones en la métrica; pero, ¿quién, sin salir de los moldes usados, ha dado mayor energía al ritmo?; ¿quién, en aquella zona, ha cristalizado la idea con la pureza y la brillantez de él?; ¿quién ha sabido dar á sus cantos el acento sincero de la verdad, la profundidad del apotegma, el nervio poderoso, de este «lírico y magnífico león»? Ninguno.

Dejemos á Darío, que es una nota aislada en todo el parnaso de nuestra lengua; á Gutiérrez Nájera, ese delicioso *Duque Job* que ha sido el artista aristócrata por excelencia; á Julián del Casal, que tenía en su pluma los destellos del Verbo Nuevo; á Luis Urbina, ese adorable coppeista, que domina la nota tierna y la nota desolada; y miremos á los demás.

Muy respetables, muy correctos, muy doctos, muy académicos, con su barniz científico;

pero sin un solo resplandor interno, de esos que parecen descender de ultraterrestre esfera, ó salir del seno del eterno misterio.

Ved como canta *Á las cosas sin alma*:

Cosas sin alma que os mostráis de ella,
O la servis en muchedumbre tanta,
Temblad; ¡la móvil hora no adelanta
Sin que os imprima destructora huella!

De la materia resistente y bella
Tomad lo que más dura y más encanta:
Si sois piedra, sed mármol; si sois planta,
Sed laurel; si sois llama, sed estrella.

Más no esperéis la eternidad. El lodo
Se disuelve en la ola que lo crea:
Dios y la idea por diverso modo,
Pueden sólo flotar en la marea
Del objeto y del ser: Dios sobre todo,
Y sobre todo lo demás la idea!

Podrá objetarse, y no sin fundamento, la nebulosidad de los dos últimos versos que cierran el soneto; discutirse el fondo filosófico del mismo, y la primacia que resulta en él de la idea sobre la materia, considerando *eterna* la primera y *perecedera* la segunda; si bien en ese punto, podría contestársele con los tercetos de Manuel Acuña: *Ante un cadáver*:

La materia, inmortal como la gloria,
Cambia de forma, pero nunca muere.

O con el verso del *Coloquio de los Centauros*:

Grineo, sobre el mundo tiene un ánima todo (*)

(*) Rubén Darío. *Prosas Profanas*. Buenos Aires. Coni. 1896.

Lo que no puede negarse, so pena de carecer de sentimiento estético, es la serena armonía rítmica de esa joya poética.



Díaz Mirón es un revolucionario en la idea y no en la forma.

Ha hecho su educación «sustantivando lo abstracto», estudiando los clásicos antiguos y los modernos innovadores; y sólo así, en un ejercicio constante y vario ha logrado dominar las cuerdas sonoras; pasando, sin escollar, con soberana intrepidez, del estilo sentencioso y bíblico de Job, á los líricos arrebatos de Víctor Hugo.

Es de los que encierran un pensamiento en un verso, y un cúmulo de ideas en una estrofa.

Artista: no se deja vencer jamás por la imaginación; lo subordina todo á la reflexión.

Hasta en sus arranques y en sus coléricos apóstrofes, se nota la lima, calcula el efecto. Es un táctico de la poesía, como lo fué Napoleón de la guerra.

Ejecuta sus estrofas, á la manera que un arquitecto basa los cimientos de un palacio. Levanta primero el plan de su obra en el cerebro, y después, lanza la palabra terrible:

Bruto partiendo el corazón de César;
Espartaco asolando la Campania;
Tell rechazando con el pié el esquiife;
Cromwell ante el suplicio de un monarca;
Mirabeau en el Tabor de las naciones;
Bolívar con tres pueblos á la espalda;
Hidalgo predicando el exterminio
Y Grant blandiendo su invencible espada,
Fueron volcanes que estallaron: fueron

Llagas contra cilicios sublevadas;
Fueron rayos forjados en las nubes
Formadas lentamente por las lágrimas
Que convertidas en vapor, habían
Subido al cielo á demandar venganza!

De tierras que han sufrido convulsiones,
De cráteres y vómitos de lavas,
Surjieron siempre á deleitar los ojos
Las flores de hermosura más gallarda.
Sobre odios y desastres y congojas,
Sobre estragos y cóleras y ansias,
Sobre aras y temblores y tinieblas,
Dios puso el ideal y la esperanza.
El Nilo desbordado y tormentoso,
Inunda con violencia la comarca
Y es invasión de fangos por do quiera;
Pero, en esas arenas calcinadas
Esa invasión de fangos es la vida,
Y esa invasión de fangos es sagrada!

¿Sentís la belleza de esas estrofas escultu-
rales y enérgicas?

El tema empieza solemne y grave como el
de una sinfonía; y va subiendo, subiendo en
crescendo, desarrollando el motivo, que se
embellece por momentos, con otros nuevos
que surgen aislados y van á confundirse con
el capital, como los tributarios de un gran río,
hasta adquirir las proporciones de un clamor
que se levanta al cielo.

Las ideas, cual ondas bravías, se chocan,
diríase que quisieran saltar del molde; luego,
se serenán y se expanden en círculos con-
céntricos, como los que produce la piedra,
arrojada al centro de un lago sereno.

Y el poeta continúa bramando:

¡Oh! rayos que os forjáís entre las nubes
Formadas lentamente por las lágrimas!
¿Cuándo fulminaréis á los sayones

Que oprimen y envilecen el *Anahuac*?
 ¡Oh! Nilo desbordado y tormentoso
 Que inundas con violencia la comarca,
 ¿Qué primavera enflorará el desierto
 Cuando retires tus impuras aguas?
 ¿Qué incubación de proceres palpita
 Entre tanta abyección y tanta infamia?
 ¿Qué paládines purgarán la tierra
 En donde sólo en los escudos de armas
 Hay águilas que triunfen de serpientes
 Y no serpientes que estrangulen águilas?
 ¡Silencio! ¿Quién responde á mis acentos?
 ¿Es la voz de los muertos por la patria?
 Nó: la voz de los muertos fuera triste
 Y no causara sensación tan grata.
 Oigo un coro celeste cuyos tonos
 Ensordece y confunde la distancia,
 Y me parece cual canción de alondras
 Que anuncia el claro amanecer del alba.
 Ese dulce murmullo que me alegra,
 Ese vago rumor que me entusiasma,
 Brota quizá, de los profundos senos
 De las mujeres que á lo léjos pasan...
 ¡Cada una lleva un nimbo en la cabeza
 Y acaso un redentor en las entrañas!

El final está lleno de grandeza y de fé. El poeta se convierte en profeta, «y parece descubrir, en el horizonte del porvenir la legión libertadora que no puede ver á sus hermanos yacientes en el polvo de la esclavitud». (*)

Allí ha volcado el autor su alma y ha puesto el más alto sello viril en la estrofa, presagiando una aurora solemne.

En la composición transcripta y en la que dice que él es el forjador de una fragua, en la cual construye «yelmos, espadas y picas, para todos los derechos que combaten

(*) Carlos G. Amézaga. *Poetas Mexicanos*.—Buenos Aires. Comi. 1896.

por la vida», Díaz Mirón se revela socialista. Él ha sentido su cabeza agitada por un viento de libertad desconocida, por la Revolución Social, que preocupa actualmente á todos los cerebros pensantes, y de la cual saldrá el completo caos, ó la ansiada regeneración del género humano.



En Méjico se le ha considerado un demoníaco, porque ha enaltecido las novísimas conquistas de la idea, y fulminado las mitras, las coronas y las diademas; se le ha juzgado un mal ciudadano, porque no ha dejado pasar en silencio los ultrajes; un neurótico, porque ha sabido hacer respetar su honor castigando la calumnia.

De sus repetidos lances tiene en el cuerpo señales evidentes de la pistola y del sable; y nuevo manco de Lepanto en América, como á su ilustre homónimo, le falta un brazo, perdido en la refriega.

Su musa no rie jamás; El mismo se encarga de definirla: «La musa que se mira en la fuente de Castalia y que se ama á si misma, como Narciso, será muy gallarda, muy tierna, pero no me agrada, y ello es culpa de mi organización. Esa musa no es en mi musa: mi musa es el siglo, es el pueblo, es la patria. Más aun: es la humanidad.» Y por ella, se sacrifica; por ella, impreca, blasfema, maldice, derrumba, alienta y clama!

Se diría que Luzbél le dió el rojo, para teñir con sangre los cuadros más sombríos.

Canta al mar enfurecido de pié en la proa

de la nave y aplaca el rumor de las olas y el silbido de los vientos en las jarcias. Así á su pueblo. La montaña, el huracán, el trueno y el rayo hallan ecos en su lira; no la quietud solemne, la noche estrellada, los paisajes rientes, las tardes serenas, el pequeño mundo.

Es un antipoda de Fray Luis de León.

Le falta la nota tierna y los colores tenues en su paleta. Cuando pinta, lo hace á líneas firmes, á pinceladas amplias, á golpes de espátula; empapa la esponja y traza grandes brochazos, y siempre con un vigor de tintas asombroso. A veces, rompe la tela.

Este fuerte no sabe hacer mimos á su amada; ni reverencias á nadie; por esto, de su lira no saldrá nunca un idilio, un madrigal, un ditrambo, un canto de amor.

Ruge, y ruge siempre: contra las miserias sociales; contra «la clerocracia, tutora prepotente»; contra la desigualdad de los sexos; contra los privilegios de castas; contra los falsos apóstoles de la moral; contra los conculcadores de la ley; contra los traficantes de la dignidad humana; contra los explotadores de la mujer; contra los esquilmadores de las masas hambrientas; contra los patrióteros inicuos, que violan la imágen sagrada de la patria; y con palabras violentas, que hieren como ligazos.

Y si la libertad perece, la luz se eclipsa, el fanatismo triunfa; se levanta el poeta y hace tronar el anatema.

Por esto, los tiranos y los perversos tiemblan si sienten su aliento. Encerrado entre los barrotes de una cárcel inmundada, allá en Ve-

racrus, él no cesa en su misión y le dice a *Gloria*, su divina desposada:

No intentes convencerme de torpeza
Con los delirios de tu mente loca:
Mi razón es al par, luz y firmeza,
Firmeza y luz, como el cristal de roca!

Inútil es que con tenaz marmullo
Exageres el lance en que me entredo:
Yo soy altivo, y el que alienta orgullo,
Lleva un broquel impenetrable al miedo.

¡Deja que me persigan los adyectos!
Quiero atraer la envidia, aunque me abrumen...
La flor en que se posan los insectos
Es rica de matiz y de perfume!

Los claros timbres de que estoy ufano,
Han de salir de la calumnia ilesos.
Hay plumajes que cruzan el pantano
Y no se manchan... ¡Mi plumaje es de esos!

Fuerza es que sufra mi pasión... La palma
Crece en la orilla que el oleaje azota.
El mérito es el naufrago del alma:
Vivo se hunde, pero muerto, flota!

¡Confórmate mujer! Hemos venido
A este valle de lágrimas que abate;
Tú como la paloma, para el nido;
Y yo como el león para el combate!



El que ha escrito estos versos es un gran poeta.

Recordemos que Carlyle ha dicho que las naciones que no los poseen, por grandes y prosperas que sean, «son grandezas sin voz». «Necesitan aprender a hablar». (*) La República de Méjico puede estar orgullosa; *ha hablado*; ha tenido en Díaz Mirón su inspirado cantor, que ha hecho escuchar a toda

(*)-Carlyle.—*Los Héroes*.

hora, en medio de las desgracias públicas y de las catástrofes más espantosas, la voz eternamente vibrante de Jesús.

Él, ha luchado en pro de su pueblo y de pueblos extraños, con una valentía única y con una consagración, sin ejemplos: ha sido espada para todos los derechos, y baluarte donde se estrellaron todos los déspotas.

Los movimientos y agitaciones internas que se han desencadenado en las democracias inorgánicas de la América Central, aniquiladas por el ejército y el centralismo gubernativo, ha sabido llevarle el contingente de su pluma y de su brazo; peleando de frente y á pecho descubierto, en la arena de sangre y en la arena periodística.

Enamorado de la libertad, «que es el último amor de los fuertes y de los elegidos», se ha medido con contendores terribles, que formaban legión, los cuales no lograron abollar con sus lanzas su coraza de acero.

El rasgo típico de su fisonomía moral es la sinceridad; no disfrazando jamás su pensamiento por nada del mundo; diciendo las verdades lisa y llanamente, á quienes no estaban acostumbrados á oír sinó el panegirico; dando mandobles á derecha é izquierda, abriendo heridas al amor propio, nunca por maldad, ni por el placer de molestar ó de zaherir á determinadas individualidades, sinó para corregir vicios y costumbres ingénitas.

Hizo verdadera crítica literaria, social, artística y política; y no pudiendo tragar la

prosa banal, el discurso hueco, el disparate rimado, ni la gracia cursi, se indignaba contra esos avances de la ignorancia audaz, por considerarlos atentatorios á la majestad del arte.

Su pluma en el combate se convertía en espada flamígera y cortante. Con ella cegó la cabeza al despotismo, á la clerocracia, al militarismo.

Los tiranuelos le persiguieron á muerte; los frailes le fulminaron; el mismo pueblo que en otro tiempo le tegió coronas, se ha olvidado de él; los artistas despreocupados, dejan morir al compañero sin un socorro. . .

En él,—¡suprema irrisión!,—parece cumplirse una vez más la sentencia bíblica: «El que predica, sube al patíbulo!»

La violencia orgánica,—que á dado á su palabra en el ataque la fuerza del proyectil que mata, y á sus cuartetas el sonido de un coro de trompas bélicas,—rompiendo el equilibrio en su cerebro, lo ha perdido.

Deploremos, ¡oh americanos todos! la desgracia que hace enmudecer para siempre la lira de este *gran vencido!*

Las sombras espesas y murtuorias, descenden ya en tropel sobre su cuerpo debilitado y sobre su alma lacerada.

La antorcha que llevó en su mano, como una enseña triunfante, con la que alumbró tantas tinieblas, lentamente se apaga.

En lontananza, un águila emprende el vuelo, atraviesa los Andes, y corta con sus alas grises el azul profundo del cielo, camino de la eternidad.

De vez en cuando, el león prisionero, se yergue y hace escuchar todavía un rugido. A intervalos, se ve entre los barrotes de su prisión un rojizo resplandor. Son las últimas llamaradas de una luz que se extingue.

••
(1896).

MATÍAS BEHETY

••

Cruzaba entre la turba silencioso:
Noble y pálida faz, frente severa,
Hondo mirar, flotante cabellera,
Visionario y mendigo luminoso.
Iba con sus harapos majestuoso.
¿Grande, entre grandes, por ventura no era?
Adoraba la gloria—una quimera—
Y se hundió en el abismo tenebroso.
Fué su breve existir ruda batalla
Con el tedio, el olvido y la canalla.
¿Tuvo algo del arcángel su caída!
Clarovidente, soñador, poeta,
Bajó la noche sobre su alma inquieta,
¿Y sediento de luz ahogó la vida!

LEOPOLDO DÍAZ

HACE tiempo que deseaba esbozar la simpática figura de Matías Behety, aquel soñador pesimista, misterioso y escéptico, que cruzó como un meteoro nuestro mundo intelectual, dejándonos apenas algunas irradiaciones luminosas y fugaces de su cerebro exótico y original como pocos. Voy á tratar de hacerlo ahora, pues la reclusión solitaria en que vegeto, (*) lejos de los centros sociales y literarios, me ha contagiado también á mi, sumiéndome en una nostalgia inexplicable, que terminará por apagar los bríos juveniles, dejándome sólo el amargo sedimento de decepciones y de desencantos, ante la tremenda realidad de la vida.

(*) *Monte Alto*. Gualeguay.—Provincia de Entre-Ríos.

Los anhelos de gloria, las ilusiones celestes, los entusiasmos artísticos, los sueños de oro, se van desvaneciendo paulatinamente, á medida que pasan los años, para ir á perderse en la penumbra del recuerdo, tomando el tinte encantador de las cosas que fueron.



Hoy «el cielo esta opaco, el aire frio, el día triste, flotan brumosas y grises melancolías». El aburrimiento y el tedio han subido cuarenta grados centígrados sobre el termómetro de la paciencia. Me siento soberanamente hastiado. La pluma, acostumbrada á correr sobre la hoja tersa, participa también de este estado enervante del espíritu, se paraliza; y las ideas han volado del cerebro, como bandada de palomas blancas, para ir á ocultarse en las sombras semigrises de la atmósfera cargada.

Ante mi vista se extiende un horizonte brumoso y amenazador, que tiene algo de la solemne magestad de la tumba. El invierno con su fúnebre crespón, ha caído á plomo sobre la naturaleza, enfriando y humedeciendo la atmósfera, la tierra, el organismo; en lo alto, las nubes se atropellan con furia; cae la lluvia que empaña la nitidez de los cristales; el rayo, ilumina el espacio con sus zig-zag caprichosos y fantásticos; retumba el trueno en lontananza, simulando las descargas de una artillería gigantesca; mientras que las ráfagas heladas penetran por las celosías, y gimen la monótona canción de despedida al sol, á la primavera y á la luz.



Y no sé por qué extraña asociación de ideas, en este día tan triste, veo resurgir del cuadro sombrío, como una visión *gradita*, la pálida imagen de Matías Behety, con sus ojos pequeños, vivaces y chispeantes; su hermosa cabeza byroniana; su frente despejada y marmórea; su voz aflatada con un marcado dejo femenino, que contrastaba con la virilidad de su temperamento; su cuerpo bien proporcionado, de estatura mediana, encajado en una levita de paño negro, llena de manchas, que no abandonaba jamás, y que se diría llevaba sobre su persona como protesta muda de su existencia de bohemio. Le veo aun con la pluma en la diestra mano, en su actitud eternamente militante y varonil!

Conocí á Matías Behety casi en los últimos días de su vida, cuando la enfermedad del siglo: el escepticismo, había hecho presa en su alma, conjuntamente con la miseria y el hambre, y cuando, no hallando ya medios de olvidar penas y martirios, iba á la taberna á marearse con los vapores del alcohol y del humo, atrofiando en aquel ambiente deletéreo su fresca y lozana inteligencia.



David Peña, ese nobilísimo espíritu que se eclipsa, cuando debiera brillar con luz más vívida, é irradiar resplandores luminosos, acababa de fundar un diario: *Las Novedades*, al que llevaban su colaboración una buena parte de la juventud estudiosa de aquel tiempo, confiando á Matías Behety la redacción principal.

Recuerdo siempre con cariño, casi con profunda veneración, aquel pequeño arcéopago, donde hice mi primer estreno literario. Allí comenzaba á burilar sus sonetos Diego Fernández Espiro, enamorado de la frase rítmica y de la estrofa sonora: Juan Carlos Gómez, «el último de los románticos», como le llamó Lucio López, ligado á Peña por una amistad de maestro á discípulo, enviaba sus conferencias de derecho, que dictaba en la Universidad de Buenos Aires, llenas de ciencia y de erudición; *Grantaire* hacía miniaturas literarias sobre cualquier tema, engarzando un argumento á veces soporífero en una forma exquisita, llena de encanto; Eduardo Gutiérrez, el folletinista de los dramas policiales, daba la nota risueña, en ocasiones gruesa, pero irresistible en su lenguaje pintoresco; *Fray-Mocho*, perseguidor encarnizado de frailes y sotanas, se echaba encima las iras de esos benditos, no desperdiciando ocasión de sumirles la boya, ó de amagarles un zurriagazo, hallando todavía tiempo para trazar sus *Recuerdos de Entre Ríos*, impresiones rústicas de la vida en la pampa, que se destacaban en la plancha nítida como un chispazo en la obscuridad; y Matías Behety, tocaba las cuestiones de política interna, en un editorial «grave, mesurado, pitagórico», como hacía encajes primorosos y filigranas sutiles en prosa hondamente sentida y en versos de brillos y colores extraños.



La impresión que dejó en mi ánimo al ser

me presentado, fué más bien de conmiseración que de admiración. Había en su rara fisonomía melancólica y severa *algo* que no sabría definir ni explicar. Su semblante tenía la palidez mortal, pero ocultaba el sufrimiento y la pena, bajo una sonrisa de bonhomía que parecía espontánea y natural. Quería *gozar* con su dolor á sólas, y ocultar los secretos de su alma herida á la plebe estúpida, que no los hubiera escuchado ni comprendido. Llevaba marcada en su rostro la huella del escepticismo y del descreimiento más cruel, y dolía pensar que no hubiera una persona que se preocupara de desviar á ese sér inteligente—en la plenitud de las fuerzas físicas é intelectuales—del camino de la perdición y del vicio.

¡Las desgracias del hogar y la miseria, para los espíritus selectos, son las causas que les arrojan á la fatalidad y á la muerte!

Pero su *seriedad* no era pedantesca. Cuando se le solicitaba para dirimir una de las tantas cuestiones que se debatían en aquella sala bulliciosa, parecía como querer declinar todo honor; pero, luego, instado por el grupo, dejaba asomar á sus labios la amarga sonrisa volteriana, y con una seguridad que asombraba, dictaba su fallo que tenía la fuerza de una sentencia, para volver á reclinar en seguida su cabeza pensativa sobre el papel, llenando carillas y carillas *ad libitum*: y una vez terminada su obra, corría á la taberna á beber y á beber, sin preocuparse de las apreciaciones elogiosas que arrancaba su frase armoniosa, castiza, cincelada, á los que

recien nos iniciábamos en la vida literaria.



Y de nada valían para hacerle variar de *método* los consejos cariñosos de *David*, la prosopopeya de *Diego*, ni las reprensiones traviesas de *Alvarez*. Escuchaba aquellos consejos elevados con indiferencia glacial. La gloria, de que ellos le hablaban, no pasaba de ser «una mentira tan bella como ilusoria»; y el arte que él había amado tanto, porque era artista hasta la médula de los huesos, no tenía ya secretos deleites para él. En otra época, en que la esperanza le sonreía como una niña de ojos azules, había acariciado él también el ideal de la belleza suprema; pero los reveses de la suerte, mataron esa y otras grandes aspiraciones de la vida.

Estaba ya en la senda que conduce al precipicio: *la diritta via era smarrita*; y, la cumbre, demasiado escarpada, se ocultaba á su vista, creyéndola para siempre inaccesible.

El ave negra le había arrebatado á su padre, á sus hermanos, á su amada, y no quería alejarse de su alcoba, como esperando una presa que tardaba en entregársele. ¡Para él no brillaba ya el sol, ni titilaban las estrellas, ni tenían aromas las flores! El amor se le presentó en forma de cadáver para dar el golpe de gracia á su existencia insufrible. Sin embargo, ninguno de los que le conocíamos sospechaba que se hallase tan cercano á su fin.

Su espíritu, aparentemente tranquilo, no dejaba siquiera entrever la tempestad que

bullia en su alma; y fué, bajo esa excitación nerviosa y delirante, cuando trazó el magnífico cuadro *La Visión de la Muerte*, de una verdad patética y de una crudeza de realismo desconocidas en la colectividad literaria argentina.

..



Matias Behety era una individualidad artística inconfundible. Tenia la nota personal, el epíteto que pinta, la ironía fina, la frase gráfica, la anécdota oportuna, y cierto subjetivismo olimpico que resplandece en el monólogo de *Hamlet*, en las *Noches* de Musset, en la última lamentación de Lord-Byron y en los versos intensos de esos coloristas admirables que se llamaron Gerard de Nerval Carlos Baudelaire y Teodoro de Banville.

Respetando la opinión autorizada de Arsenio Houssaye, (*) sigo pensando que Behety no llega á Poë, ni por el carácter fantástico, ni por las abstracciones de soñador metafísico, ni por el pesimismo indefinible, ni por la abundosa imaginación creadora de cosas extrañas, infernales y sentidas.

¡Desengañado del mundo y de los hombres, vivió luchando y sufriendo, ahogando el grito del dolor y las amarguras que le tocaron en lote; y murió solo, abandonado, sin un compañero que escuchase su última confi-

(*) Arsenio Houssaye, en un extenso estudio sobre Matias Behety, escrito en París para *La Prensa* de Buenos Aires, le llamó *el Edgard Poë Sud Americano*. •

dencia y que cerrase sus labios de moribundo en el día fatal de la partida!

¡Pobre poeta! ¡Si hubiera vivido, si ese pesimismo escéptico que marchita tantos talentos en flor, no hubiese hecho presa en su naturaleza demasiado sensible; si no hubiese perdido tan temprano la fé en los ideales, la firmeza en el rumbo y el valor en la lucha sin tregua; en una palabra, si la segur impía hubiera respetado esa existencia preciosa, quizá las letras argentinas, que tuvieron su Victor Hugo en Andrade, habrían tenido en Matías Behety su Alfredo de Musset!



El pálido cantor de la Vida y de la Muerte ahogó su alma en su propio resplandor. A mi mismo, se me antoja ahora un personaje más *fantástico que real*: me recuerda aquellas figuras bizarras que Henri Murger arrancó del *Barrio Latino* de París, para trasladarlas á sus cuadros eternos. A medida que los años transcurran, irá creciendo siempre más en la imaginación popular aquel tipo desgraciado y *diabólico*, que pasó como una visión luminosa; y creo que hará obra patriótica, á la vez que un gran acto de justicia merecida, el que consiga dar nuevo aliento al poeta del dolor, levantándole del sepulcro sombrío en que duerme el eterno sueño.

(1892)

••

ÍNDICE

•

•

ÍNDICE

PRÓLOGO	VII
NOTICIA BIOGRÁFICA	XVIII
PRELIMINAR	XIX
Mariano Moreno	I
Abigail Lozano	9
Olegario Andrade	19
Alejandro Magariños Cervantes	35
Esteban Echeverría	47
Benjamín Vicuña Mackenna	61
Juan C. Lafinur	71
José Joaquín Olmedo	79
Domingo F. Sarmiento	91
Jorge Isaacs	99
Juan B. Alberdi	113
Guillermo Matta	121
Vicente Fidel López	131
Manuel Acuña	139
José Valentín Gómez	153
Manuel Gutiérrez Nájera	159
Florencio Varela	177
Rafael María Baralt	187
Carlos Guido Spano	195
Francisco J. Caldas	209
José Rivera Indarte	217

Ricardo Palma	225
Martín García Mérou	235
José S. Chocano	253
Miguel Cané	261
José María Samper	273
Joaquín Castellanos	283
Rubén Darío	299
Josefina Pelliza de Sagasta	317
Francisco Bilbao	327
Leopoldo Díaz	345
José María Heredia	361
Osvaldo Magnasco	375
Salvador Díaz Mirón	391
Matías Behety	407

—